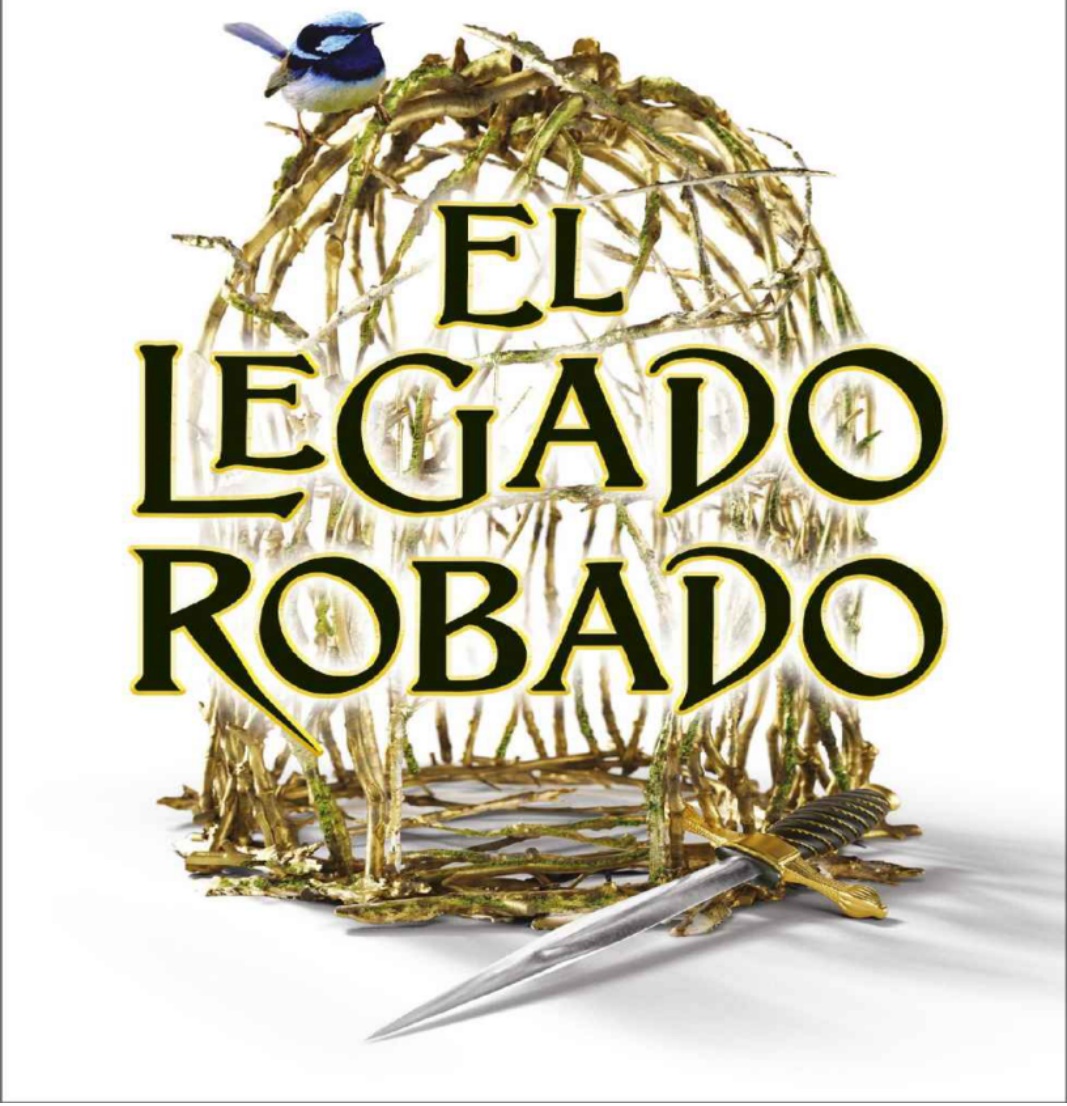
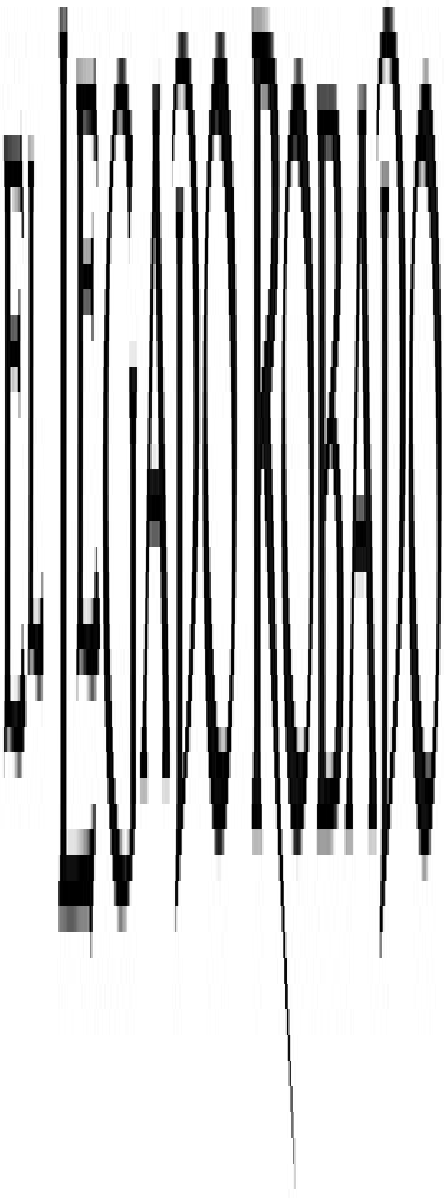
HOLLY BLACK

Autora *best seller* #1 del *New York Times*





EL LEGADO ROBADO

HOLLY BLACK

Traducción de Aitana Vega Casiano

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The Stolen Heir*
Editor original: Little, Brown Books for Young Readers
Traducción: Aitana Vega Casiano

1.ª edición: marzo 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2022 *by* Holly Black
© de la traducción 2023 *by* Aitana Vega Casiano
Publicado en virtud de un acuerdo con el autor, gestionado por BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.
All Rights Reserved
© 2023 *by* Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19413-54-3

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Robin Wasserman,
que tiene la maldición (y la bendición) de la visión auténtica.

Un Mapa
de las
Tierras Mortales
que se
transitan en este
relato
CORTE
DE LOS
DIENTES
BOSQUE
DE
PIEDRA
MERCADO
DE
UNDRY
CORTE
DE LAS
TERMITAS
FAIRFOLD
LOS
BOSQUES
DE
WREN
Las Islas
cambiantes
de Elphame
CORTE
DE LAS
POLILLAS

Sentadas muy quietas y acurrucadas,
una noche junto a la chimenea,
mientas una ráfaga de viento azota fuera,
algo araña en la ventana.
Una cara oscura mira adentro; un escalofrío.
Nadie oyó nada. Nadie vio nada.
Agitó los brazos y las alas.
¡Sabía que vendrían a por mí!
Tan malos como se puede llegar a ser.
Toda la noche bailaron bajo la lluvia,
vueltas y vueltas en una cadena infinita,
lanzando mordiscos al cristal de la ventana.
Quería hacerme gritar y chillar,
tirar las mantas al suelo.
Esa noche quería quedarme en la cama.
Si hubieras dejado una luz encendida,
nunca me habrían llevado.

Charlotte Mew
La niña cambiada

Prólogo

Un transeúnte encontró a una niña sentada en el frío suelo de cemento de un callejón, jugando con el envoltorio de un paquete de comida para gatos. Para cuando la llevaron al hospital, tenías las extremidades azules por el frío. Era una cosita enjuta, tan delgada que parecía hecha de palos.

Solo sabía decir una palabra, su nombre. Wren.

Al crecer, su piel conservó un ligero tono azulado, parecido al de la leche desnatada. Sus padres adoptivos la abrigaban con chaquetas, abrigos, mitones y guantes, pero, a diferencia de su hermana, nunca tenía frío. El color de sus labios cambiaba como lo haría un anillo que representa los estados de ánimo, azulados y morados incluso en verano y rosados solo cuando se encontraba cerca del fuego. Podía pasarse horas jugando en la nieve, construyendo elaborados túneles y simulando peleas con carámbanos, y no entrar en casa hasta que la llamaban.

Aunque parecía huesuda y anémica, era fuerte. A los ocho años, era capaz de levantar las bolsas de la compra que pesaban demasiado para su madre adoptiva.

A los nueve años, desapareció.

De niña, Wren leía muchos cuentos de hadas. Por eso, cuando llegaron

los monstruos, supo que la culpa era de ella, por haberse portado mal.

Se colaron por la ventana; empujaron la jamba y rajaron la mosquitera sin hacer ningún ruido, así que la niña siguió durmiendo, acurrucada con su zorro de peluche favorito. Solo se despertó cuando sintió unas garras en el tobillo.

No le dio tiempo a gritar antes de que unos dedos le taparan la boca.

No le dio tiempo a dar ninguna patada antes de que le inmovilizaran las piernas.

—Te voy a soltar —dijo una voz áspera con un acento desconocido —. Pero si despiertas a alguien de la casa, te aseguro que lo lamentarás.

Aquello también era como en un cuento de hadas, por lo que Wren no se atrevió a romper las reglas. Se quedó totalmente callada y quieta, incluso cuando la soltaron, aunque el corazón le latía tan fuerte y tan rápido que temía que fuera a convocar a su madre.

Una parte egoísta de sí misma deseaba que así fuera, que su madre viniera, encendiera la luz y desterrara a los monstruos. No rompería las reglas si era el estruendo de su corazón el que la despertaba, ¿verdad?

—Siéntate —ordenó uno de los monstruos.

Obediente, Wren hizo lo que se le decía. Mientras los miraba, con dedos temblorosos enterró al zorro de peluche bajo las mantas.

Mirar a los tres seres que flanqueaban la cama le provocó un escalofrío incontrolable. Dos eran unos seres altos y elegantes con la piel del color gris de las piedras. La primera, una mujer con el pelo claro recogido en una corona de obsidiana dentada, llevaba un vestido de un material plateado que ondeaba a su alrededor. Era preciosa, pero la mueca cruel de su boca le indicó que no debía confiar en ella. El hombre hacía juego con la mujer, como si fueran piezas de un tablero de ajedrez, y llevaba una corona negra y ropas de la misma tela plateada.

A su lado se encontraba una criatura enorme y enjuta, con la piel pálida como un hongo y la cabeza cubierta de una mata de pelo negro

y salvaje. Sin embargo, lo más destacable eran sus largos dedos en forma de garra.

—Eres nuestra hija —dijo uno de los monstruos de la cara gris.

—Nos perteneces —añadió el otro con voz rasgada—. Nosotros te creamos.

Conocía el concepto de los «padres biológicos», como los que tenía su hermana, unas personas muy agradables que venían a visitarla de cuando en cuando y se parecían a ella, y que a veces traían consigo abuelos, rosquillas o regalos.

Había deseado tener sus propios padres biológicos, pero nunca se le ocurrió que su deseo fuera a conjurar una pesadilla como aquella.

—Bueno —dijo la mujer de la corona—. ¿No tienes nada que decir? ¿Te has quedado demasiado impresionada en presencia de su majestad?

La criatura con garras emitió un bufido nada educado.

—Será eso —dijo el hombre—. Qué agradecida te sentirás porque te alejemos de todo esto, niña cambiada. Levántate. Date prisa.

—¿A dónde vamos? —preguntó Wren. Hundió los dedos en las sábanas a causa del miedo, como si pudiera aferrarse a la vida que había tenido hasta ese momento si apretaba con la suficiente fuerza.

—A Faerie, donde serás una reina —dijo la mujer, con un dejo de asco en la voz, donde debería haber habido persuasión—. ¿Nunca has soñado con que alguien viniera a buscarte y te dijera que no eras una simple niña mortal, sino un ser de magia? ¿Nunca has deseado que alguien te sacara de tu patética e insignificante vida para transportarte a otra de grandeza?

Wren no podía negar que lo había pensado. Asintió. Las lágrimas le ardían en la garganta. Eso era lo que había hecho mal. Esa era la maldad que albergaba su corazón y que había quedado al descubierto.

—Dejaré de hacerlo —susurró.

—¿Qué? —preguntó el hombre.

—Si prometo no volver a desear nada de eso, ¿puedo quedarme? —preguntó mientras le temblaba la voz—. ¿Por favor?

La mano de la mujer le dio una bofetada tan fuerte que resonó

como un trueno. Le empezó a doler la mejilla y, aunque las lágrimas le picaban en los ojos, estaba demasiado sorprendida y enfadada como para llorar. Nadie le había pegado antes.

—Eres Suren —dijo el hombre—. Y nosotros somos tus creadores. Tu padre y tu madre. Yo soy lord Jarel y ella, lady Nore. Esta que nos acompaña es Bogdana, la bruja de la tormenta. Ahora que conoces tu nombre verdadero, déjame que te muestre también tu auténtico rostro.

Lord Jarel extendió la mano hacia ella e hizo un movimiento como si pretendiera desgarrarla. Allí, bajo la superficie, estaba su yo monstruoso, que la miraba desde el espejo del tocador; su piel como la leche desnatada dio paso a una carne azul pálida, del mismo color que las venas enterradas. Cuando separó los labios, vio unos dientes afilados como los de un tiburón. Solo sus ojos seguían siendo igual de grandes y del mismo color verde musgo, y la contemplaban con horror.

No me llamo Suren, quiso decir. *Esto tiene que ser un truco. Esa del espejo no soy yo.* Sin embargo, incluso mientras pensaba las palabras, se dio cuenta de cuánto se parecía el nombre de Suren a su propio nombre. Suren. Ren. Wren. Un acortamiento infantil.

Niña cambiada.

—Levántate —dijo la enorme criatura, con las uñas tan largas como cuchillos. *Bogdana*—. No perteneces a este lugar.

Wren aguzó el oído para escuchar los ruidos de la casa. El zumbido del calefactor, los lejanos roces de las uñas del perro de la familia al arañar el suelo, inquieto mientras dormía y corría por los campos de los sueños. Intentó memorizar cada sonido. Con la mirada desenfocada por las lágrimas, memorizó su habitación, desde los títulos de los libros de las estanterías hasta los ojos vidriosos de sus muñecas.

Acarició por última vez el pelaje sintético del zorro de peluche y lo hundió más bajo las sábanas. Si se quedaba allí, estaría a salvo. Temblando, se deslizó fuera de la cama.

—Por favor —volvió a rogar.

El rostro de lord Jarel se retorció en una sonrisa cruel.

—Los mortales ya no te quieren.

Wren negó con la cabeza, porque era imposible. Su padre y su madre la querían. Su madre le quitaba la corteza de los sándwiches y le daba besos en la punta de la nariz para hacerla reír. Su padre se acurrucaba con ella a ver películas y después la llevaba en brazos a la cama cuando se quedaba dormida en el sofá. A pesar de todo, la certeza con la que el hombre hablaba le provocó una oleada de terror.

—Si admiten que desean que sigas con ellos —dijo lady Nore, en un tono suave por primera vez—, entonces puedes quedarte.

Wren salió al pasillo, con el corazón desbocado, y corrió a la habitación de sus padres, como cuando tenía una pesadilla. El ruido de sus pies al arrastrarse por el suelo y su respiración entrecortada los despertó. Su padre se incorporó y se sobresaltó; levantó el brazo en un gesto protector delante de su madre, que la miró y gritó.

—No os asustéis —dijo mientras avanzaba hasta el borde de la cama y apretaba las sábanas con los puños—. Soy yo, Wren. Me han hecho algo.

—¡Apártate, monstruo! —rugió su padre. La asustó tanto que retrocedió hasta chocar con la cómoda. Nunca lo había oído gritar así, y menos a ella.

Las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

—Soy yo —repitió, con la voz quebrada—. Vuestra hija. Me queréis.

La habitación estaba igual que siempre. Las paredes de color beige pálido. Una cama de matrimonio cubierta por un edredón blanco salpicado de pelo de perro marrón. Una toalla tirada al lado del cesto de la ropa sucia, como si alguien la hubiera tirado y hubiera fallado. El aroma de la estufa y el olor a petróleo de una crema desmaquillante. Sin embargo, era una versión distorsionada de pesadilla del otro lado del espejo, en la que todas esas cosas se habían convertido en algo horrible.

En el piso de abajo, el perro se puso a ladrar con desesperación.

—¿A qué estáis esperando? Sacad a esa cosa de aquí —gruñó su padre mientras miraba a lady Nore y a lord Jarel como si no los viera

a ellos, sino a alguna especie de autoridad humana.

La hermana de Wren apareció en el pasillo, frotándose los ojos, claramente despertada por los gritos. Rebecca la ayudaría; se aseguraba de que nadie se metiera con ella en el colegio y la llevaba a la feria a pesar de que ninguna otra hermana pequeña tenía permitido ir. Sin embargo, al ver a Wren, saltó sobre la cama con un grito de horror y rodeó a su madre con los brazos.

—Rebecca —susurró, pero su hermana hundió la cara en el camisón de su madre—. Mamá —suplicó, con la voz ahogada por las lágrimas, pero su madre no la miraba. A Wren le temblaban los hombros por los sollozos.

—Esta es nuestra hija —dijo su padre y abrazó a Rebecca, como si Wren hubiera intentado engañarlo.

Rebecca, que también era adoptada. Que debería ser igual de suya que Wren.

Wren se arrastró hasta la cama, llorando tanto que apenas le salían las palabras. *Por favor, dejad que me quede. Me portaré bien. Lo siento, lo siento, lo siento por lo que haya hecho, pero no dejéis que me lleven. Mamá. Mami. Mamá, te quiero, por favor, mami*.

Su padre trató de empujarla con el pie y le presionó el cuello, pero ella se acercó de todos modos mientras levantaba la voz hasta gritar.

Cuando le rozó la pantorrilla con los dedos, le dio una patada en el hombro que la tiró al suelo. Aun así, se arrastró hacia atrás, entre llantos y súplicas, gimiendo miserablemente.

—Basta —dijo Bogdana. Acercó a Wren hacia sí de un tirón y le pasó una de sus largas uñas por la mejilla en un gesto que casi se parecía a la dulzura—. Ven aquí, niña. Te llevaré en brazos.

—No —gimió la niña y enroscó los dedos en las sábanas—. No. ¡No!

—No es correcto que los humanos te hayan tocado con violencia, a ti que eres nuestra —dijo lord Jarel.

—Nuestra para herirte —coincidió lady Nore—. Nuestra para castigarte. Pero nunca suya.

—¿Deberían morir por la ofensa? —preguntó lord Jarel y la

habitación se sumió en silencio, salvo por los sollozos de Wren.

»¿Deberíamos matarlos, Suren? —volvió a preguntar, más fuerte—. ¿Deberíamos dejar entrar a su perro mascota y hechizarlo para que se volviese contra ellos y les desgarrase la garganta a mordiscos?

En ese momento, Wren dejó de llorar por una mezcla de asombro e indignación.

—¡No! —gritó. Se sentía incapaz de controlarse.

—Entonces escucha y deja de llorar —dijo lord Jarel—. Vendrás con nosotros de buena gana o mataré a todos los que están en esa cama. Primero a la niña y luego a los demás.

Rebecca soltó un sollozo asustado. Los padres humanos de Wren la observaron con renovado horror.

—Iré —dijo por fin, con nuevas lágrimas en la voz, incapaz de detenerlas—. Ya que nadie me quiere, iré.

La bruja de la tormenta la levantó y se fueron.

Encontraron a Wren bajo las luces intermitentes de un coche patrulla dos años después, caminando por el arcén de la autopista. Tenía las suelas de los zapatos desgastadas, como si hubiera bailado hasta consumirlas, la ropa rígida por la sal del mar y unas cicatrices que le estropeaban la piel de las muñecas y las mejillas.

Cuando el policía intentó preguntarle qué le había pasado, no quiso o no supo responder. Le gruñía a cualquiera que se acercara demasiado, se escondía bajo la cama de la habitación a la que la llevaron y se negaba a darle ningún nombre ni ninguna dirección sobre dónde había estado su casa a la señora que habían traído para que hablara con ella.

Sus sonrisas le dolían. Todo le dolía.

En cuanto le dieron la espalda, desapareció.

1

La inclinación de la luna me indica que son las diez y media cuando mi no hermana sale por la puerta de atrás. Es su segundo año de universidad y tiene un horario extraño. Mientras la observo desde las sombras, deja un tazón de cereales vacío en el escalón superior del porche astillado y hundido. Luego echa leche de un cartón. Derrama un poco. En cuclillas, frunce el ceño hacia la línea de árboles.

Por un momento imposible, es como si me mirase.

Me sumerjo más en la oscuridad.

El aroma de las agujas de pino flota en el aire, mezclado con el moho de las hojas y el musgo que aplasto entre los dedos desnudos. La brisa arrastra el olor de los restos pegajosos, podridos y azucarados que aún se aferran a las botellas del contenedor de reciclaje, de algo pútrido que hay en el fondo del cubo de basura vacío, de la dulzura química del perfume que lleva mi no hermana.

La observo con hambre.

Bex deja la leche para un gato del barrio, pero me gusta fingir que lo hace para mí. Para su hermana olvidada.

Se queda allí unos minutos mientras las polillas revolotean alrededor de su cabeza y los mosquitos zumban. Cuando vuelve a entrar, me acerco a la casa a hurtadillas y me asomo por la ventana. Mi no madre teje frente a la tele, mientras que mi no padre está en la barra del desayuno con el portátil, respondiendo el correo electrónico. Se lleva una mano a los ojos, como si estuviera cansado.

En la Corte de los Dientes, me castigaban si llamaba a los humanos que me habían criado «mi madre» y «mi padre». «Los humanos son animales», me decía Lord Jarel y acompañaba la amonestación con un fuerte manotazo. «Sucios animales. No compartes con ellos ni una gota de sangre».

Aprendí a llamarlos «no madre» y «no padre», con la esperanza de evitar la ira de lord Jarel. He conservado el hábito para recordarme lo que fueron para mí y lo que nunca volverán a ser. Para recordar que no pertenezco a ningún lugar ni a ninguna persona.

Se me eriza el vello de la nuca. Cuando miro alrededor, un búho me observa desde una rama alta con la cabeza ladeada. No, no es un búho.

Agarro una piedra del suelo y se la lanzo a la criatura.

Adquiere la forma de un gnomo y se eleva hacia el cielo con un chillido, batiendo las alas emplumadas. Da dos vueltas y se aleja en el brillo de la luna.

Las criaturas feéricas locales no son mis amigas. Ya lo he aprendido.

Otro motivo por el que no soy nadie, no pertenezco a ninguna parte.

Resisto la tentación de rondar durante más tiempo el patio trasero donde una vez jugué y me dirijo a las ramas de un espino en los límites del pueblo. Permanezco refugiada en la penumbra del bosque sombrío mientras mis pies descalzos se abren paso en la noche. A la entrada del cementerio, me detengo.

Enorme y cubierto con las flores blancas de principios de primavera, el espino se eleva por encima de las lápidas y otros marcadores de tumbas. Los lugareños desesperados, sobre todo adolescentes, vienen aquí para atar sus deseos a las ramas.

Me contaron las historias cuando era niña. Lo llaman el Árbol del Diablo. Vuelve tres veces, pide tres deseos y se supone que el diablo aparecerá. Te concederá lo que hayas pedido y se llevará lo que quiera a cambio.

Solo que no es el diablo. Ahora que he vivido en el mundo de las

hadas, sé que la criatura que hace los tratos es una glaistig, un hada con pies de cabra y un gusto por la sangre humana.

Me subo a una cuna de ramas y espero; los pétalos caen a mi alrededor con el vaivén de la copa del árbol. Apoyo la mejilla en la corteza áspera y escucho el susurro de las hojas. En el cementerio que rodea al espino, las tumbas cercanas tienen más de cien años. Las piedras están desgastadas y se han vuelto pálidas como los huesos. Nadie las visita ya, lo que lo convierte en el lugar perfecto para que la gente desesperada acuda sin ser descubierta.

Unas cuantas estrellas me guiñan el ojo a través del dosel de flores. En la Corte de los Dientes, había un nisse que trazaba mapas celestes con los que buscaba las fechas más propicias para la tortura, el asesinato y la traición.

Miro hacia arriba, pero sea cual fuere el enigma que esconden las estrellas, no sé leerlo. La educación que recibí durante el tiempo que pasé en Faerie fue más bien escasa, y la que recibí en el mundo de los humanos, inconsistente.

La glaistig aparece un poco después de la medianoche, dando tumbos. Va vestida con un largo abrigo burdeos que le llega a las rodillas, diseñado para resaltar sus patas de cabra. Lleva el pelo castaño recogido en una trenza apretada.

A su lado vuela una sílfide con la piel de color verde saltamontes y unas alas a juego. Es apenas un poco más grande que un colibrí y zumba por el aire sin descanso.

La glaistig se vuelve hacia el hada alada.

—¿El príncipe de Elfhame? Qué interesante tener a la realeza tan cerca…

El corazón me late con fuerza ante la mención de la palabra «príncipe».

—Dicen que es un malcriado —trina la sílfide—. Y que está asalvajado. Demasiado irresponsable para el trono.

No suena como el chico al que conocí, pero en los cuatro años que han pasado desde la última vez que lo vi, habrá tenido tiempo de sumergirse en todos los placeres de la Corte Suprema y de disfrutar

hasta el exceso de todas las delicias libertinas imaginables. Los aduladores y lisonjeros estarán tan ocupados peleándose por su atención que, de intentarlo, dudo de que se me permitiera acercarme a él ni para besarle el dobladillo de la capa.

La sílfide se aleja volando, por suerte sin acercarse a las ramas en las que estoy agazapada. Me acomodo para observar.

Tres personas vienen esa noche a pedir deseos. La primera es un joven con el pelo rubio rojizo con el que fui a cuarto curso, el año anterior a que me secuestraran. Los dedos le tiemblan mientras ata un trocito de papel a la rama con un poco de cordel. La segunda es una mujer mayor con la espalda encorvada. No deja de frotarse los ojos húmedos y la nota que ata a la rama está manchada de lágrimas. La tercera es un hombre con pecas y hombros anchos que lleva una gorra de béisbol tan calada que le oculta casi todo el rostro.

Es la tercera vez que viene el hombre pecoso y, a su llegada, la glaistig sale de entre las sombras. El hombre suelta un gemido de miedo. No esperaba que fuera real. Rara vez lo esperan. Se avergüenzan con sus reacciones y su terror, con los sonidos que emiten.

La glaistig lo obliga a decirle lo que quiere, aunque lo haya escrito tres veces en tres notas distintas. Dudo de que se moleste en leer los deseos.

Yo sí lo hago. Este hombre necesita dinero por culpa de un mal negocio. Si no lo consigue, perderá su casa y su mujer lo abandonará. Susurra esto mientras juguetea con su alianza de bodas. En respuesta, la glaistig pone sus condiciones: todas las noches, durante siete meses y siete días, debe llevarle un cubo de carne humana fresca. Puede cortarla de sí mismo o de otro, lo que prefiera.

Acepta con entusiasmo, desesperado y tonto, y deja que ella le ate un trozo de cuero ensortijado alrededor de la muñeca.

—Está hecho de mi propia piel —dice—. Me permitirá encontrarte, sin importar cómo intentes esconderte de mí. Ningún cuchillo hecho por un mortal puede cortarlo y, si no cumples lo que has prometido, se apretará hasta cercenarte las venas del brazo.

Por primera vez, el pánico se asoma a su rostro, el que debería haber sentido desde el principio. Es demasiado tarde y una parte de él lo sabe. Sin embargo, lo niega apenas un instante después; el conocimiento aflora y se vuelve a enterrar en el fondo de su mente.

Algunas cosas parecen demasiado terribles para ser ciertas. Pronto aprenderá que lo peor que se le ocurra no es más que el principio de lo que están dispuestos a hacerle. Recuerdo esa comprensión y espero poder evitársela.

Entonces la glaistig le dice al hombre con pecas que se ponga a recoger hojas. Por cada una que ponga en la pila, recibirá un billete de veinte dólares en su lugar. Tendrá tres días para gastar el dinero antes de que desaparezca.

En la nota que ató al árbol, escribió que necesitaba cuarenta mil dólares. Eso son dos mil hojas. El hombre hace lo posible para reunir un montón lo bastante grande y busca con desesperación por el cuidado cementerio. Saca algunas hojas del bosque que bordea la zona y arranca puñados de los árboles con ramas bajas.

Mientras miro su botín, pienso en ese juego de las ferias en el que tienes que adivinar el número de gominolas que hay en un tarro.

No se me daba nada bien ese juego y me preocupa que a él tampoco.

La glaistig hechiza las hojas para que parezcan dinero con un gesto aburrido de la mano. El hombre se llena los bolsillos con los billetes y persigue unos cuantos que el viento barre hacia la carretera.

Esto parece divertir a la glaistig, pero es lo bastante inteligente como para no quedarse a reírse. Es mejor que el hombre no se dé cuenta de que lo han engañado. La feérica desaparece en la noche, envuelta en su magia.

Cuando ya tiene los bolsillos llenos, el hombre procede a meterse más billetes en la camisa, donde se acumulan sobre su barriga y forman una panza artificial. Cuando sale del cementerio, me dejo caer en silencio desde el árbol.

Lo sigo durante varias manzanas, hasta que encuentro una oportunidad para acelerar y agarrarlo por la muñeca. Al verme, grita.

Grita, igual que mi no madre y mi no padre.

Doy un respingo por el sonido, pero la reacción no debería sorprenderme. Sé qué aspecto tengo.

Mi piel es del azul pálido de un cadáver. Mi vestido está manchado de musgo y barro. Mis dientes están hechos para que sea más fácil desgarrar la carne del hueso. Mis orejas también son puntiagudas, ocultas bajo una mata de pelo azul sucia y enmarañada, ligeramente más oscura que mi piel. No soy un hadita con unas bonitas alas de polilla. No formo parte de la aristocracia, cuya belleza vuelve a los mortales locos de deseo. Ni siquiera soy una glaistig, a la que apenas le hace falta usar un hechizo si lleva unas faldas lo bastante largas.

Intenta alejarse, pero soy muy fuerte. Con mis dientes afilados no tardo en cortar la cuerda de la glaistig y deshacer así el hechizo. Nunca se me llegó a dar bien hechizar, pero en la Corte de los Dientes aprendí muy bien a romper maldiciones. Me echaron suficientes como para que fuera necesario.

Le pongo una nota en la mano. El papel es suyo, con su deseo escrito en un lado. *Llévate a tu familia y huye*, escribí con uno de los rotuladores de Bex. *Antes de que les hagas daño. Y lo harás.*

Se me queda mirando mientras me marcho corriendo, como si yo fuera el monstruo.

Ya he visto desarrollarse este trato en particular. Todo el mundo empieza convencido de que pagará con su propia piel. Pero siete meses y siete días es mucho tiempo y un cubo de carne es demasiado para cortarte a ti mismo todas las noches. El dolor es intenso y empeora con cada nueva herida. Pronto resulta fácil hallar justificación para cortar a quienes te rodean. Después de todo, ¿no lo has hecho por su bien? A partir de ese punto, las cosas se desmadran con facilidad.

Me estremezco al recordar las miradas de horror y asco de mi no familia. Las personas que creía que siempre me querrían. Tardé casi un año en descubrir que lord Jarel los había hechizado para borrar ese amor, que sus hechizos habían sido la razón por la que había estado tan seguro de que no querrían que me quedase.

Incluso ahora, no sé si siguen hechizados.

Tampoco sé si lord Jarel amplificó y explotó el auténtico horror que sentían al verme o si lo fabricó por completo por arte de magia.

Deshacer los hechizos de la glaistig, deshacer todas las maldiciones que descubro, es mi venganza contra Faerie. Liberar a todos los que estén atrapados. No me importa si el hombre aprecia lo que he hecho. Lo que me da placer es la frustración de la glaistig al darse cuenta de que otro humano más ha escapado de su red.

No puedo ayudarlos a todos. No puedo evitar que todos acepten lo que les ofrece y paguen el precio. Además, la glaistig no es la única feérica que va por ahí ofreciendo tratos. Pero hago lo que puedo.

Cuando vuelvo a la casa de mi infancia, mi no familia ya se ha ido a la cama.

Levanto el pestillo de la puerta y me muevo a hurtadillas por la casa. Veo lo bastante bien en la oscuridad como para desplazarme por las habitaciones sin necesidad de luz. Me dirijo al sofá y me aprieto contra la mejilla el jersey que mi no madre ha dejado a medio terminar; siento la suavidad de la lana y respiro su familiar aroma. Pienso en su voz cuando me cantaba sentada en la esquina de mi cama.

Estrellita, ¿dónde estás?

Abro la basura y saco los restos de la cena. Trozos de bistec y puré de patatas amontonados con los residuos de lo que debió de ser una ensalada. Todo está mezclado con servilletas de papel arrugadas, envoltorios de plástico y pieles de verduras. Elijo de postre una ciruela que está blanda por un extremo y un poco de mermelada que queda en el fondo de un tarro en la papelera de reciclaje.

Engullo la comida mientras intento imaginar que estoy sentada a la mesa con ellos. Trato de volver a imaginarme como su hija y no como lo que queda de ella.

Un cuco que quiere volver a meterse en el huevo.

Los demás humanos se dieron cuenta de que había algo malo en mí en cuanto puse un pie en el mundo de los mortales. Fue justo después de la Batalla de la Serpiente, cuando la Corte de los Dientes se disolvió

y lady Nore huyó. Sin ningún sitio adonde ir, vine aquí. Aquella primera noche de vuelta, un puñado de niños me encontraron en un parque y decidieron espantarme con palos. Cuando uno de los más grandes me pinchó, me lancé a por él y le hundí los dientes afilados en el brazo. Le desgarré la carne como si fuera una lata.

No sé lo que le haría a mi no familia si me apartasen de nuevo. Ahora no soy de fiar. Ya no soy una niña, sino un monstruo auténtico, como los que vinieron a por mí.

Aun así, me siento tentada a romper el hechizo, a revelarme ante ellos. La tentación siempre está ahí. Sin embargo, cuando pienso en hablar con mi no familia, pienso en la bruja de la tormenta. Dos veces me ha encontrado en los bosques que rodean el pueblo humano y las dos dejó el cuerpo ahorcado y despellejado de un mortal sobre mi campamento. Alguien que, según ella, sabía demasiado de las hadas. No quería darle un motivo para elegir a un miembro de mi no familia como su próxima víctima.

En la planta de arriba se abre una puerta y me quedo paralizada. Doblo las piernas y me abrazo las rodillas en un intento por volverme lo más pequeña posible. Unos minutos después, oigo cómo alguien tira de la cadena y vuelvo a respirar con normalidad.

No debería venir aquí. No siempre lo hago; algunas noches consigo mantenerme alejada y me limito a comer musgo y bichos y a beber agua sucia de los arroyos. Rebusco en los contenedores de los restaurantes. Rompo hechizos para convencerme de que no soy como ellos.

Pero algo me empuja a volver, una y otra vez. A veces lavo los platos del fregadero, meto la ropa mojada en la secadora o me como un brownie. A veces, robo cuchillos. Cuando me enfado mucho, rompo algunas de sus cosas en jirones. En ocasiones me quedo dormida detrás del sofá y tengo que esperar hasta que todos se han marchado al trabajo o a clase para volver a arrastrarme fuera. Busco en las habitaciones restos de mí misma, boletines de notas y manualidades hechas con hilo. Fotos familiares que incluyen una versión humana de mí, con el pelo pálido, la barbilla puntiaguda y los ojos grandes y

hambrientos. Pruebas de que mis recuerdos son reales. En una caja marcada como «Rebecca», encontré mi antiguo zorro de peluche y me pregunté cómo se explicarían una habitación entera llena de mis pertenencias.

Ahora Rebecca se hace llamar Bex, un nombre nuevo para empezar de cero en la universidad. Es muy probable que les diga a todos los que le preguntan que es hija única, pero forma parte de casi todos los buenos recuerdos que tengo de la infancia. Bex bebiendo chocolate caliente frente a la tele y aplastando malvaviscos hasta que se le quedaban los dedos pegajosos. Dándonos patadas en las piernas la una a la otra en el coche hasta que mamá nos gritaba que parásemos. Bex sentada dentro del armario, jugando conmigo con muñecos, levantando a Batman para besar a Iron Man y diciendo: «Se casarán y tendrán gatos y vivirán felices para siempre». Imaginar que me han borrado de todos esos recuerdos me hace rechinar los dientes y me siento aún más como un fantasma.

Si hubiera crecido en el mundo de los mortales, tal vez iría a la universidad con Bex. O estaría viajando y descubriendo cosas nuevas, saltando de un trabajo temporal a otro. Esa Wren no dudaría de su lugar en el mundo, pero para mí ya es imposible imaginarme en su piel.

A veces me siento en el tejado y observo cómo los murciélagos revolotean a la luz de la luna. O veo dormir a mi no familia y acerco la mano con valor al pelo de mi no madre. Esta noche, sin embargo, solo como.

Cuando termino con los restos que he rescatado de la basura, me acerco al fregadero y meto la cabeza debajo del grifo para engullir el agua dulce y clara. Después de llenarme, me limpio la boca con el dorso de la mano y salgo al porche. En el último escalón, me bebo la leche que ha dejado mi no hermana. Un bicho se ha caído dentro y flota en la superficie. También me lo bebo.

Estoy a punto de escabullirme al interior del bosque cuando una larga sombra asoma desde el patio lateral, con unos dedos como ramas.

Con el corazón en un puño, bajo los escalones y me escondo debajo del porche. Me meto justo antes de que Bogdana aparezca en la esquina de la casa. Es tan alta y aterradora como la recuerdo de aquella primera noche, e incluso peor ahora que sé de lo que es capaz.

Se me corta la respiración. Tengo que morderme el interior de la mejilla con todas mis fuerzas para obligarme a no mover ni un músculo.

Observo cómo Bogdana arrastra una uña por el revestimiento hundido de aluminio de las paredes. Tiene los dedos largos como tallos de flores y los miembros enjutos como ramas de abedul. Mechones de pelo negro y liso enmarcan su rostro pálido como una seta y ocultan en parte unos ojos diminutos que brillan con malicia.

Mira a través de los cristales de una ventana. Qué fácil le sería levantar el marco para colarse dentro, degollar a mi no familia mientras duerme y después arrancarles la piel del cuerpo.

La culpa es mía. Si hubiera sido capaz de mantenerme alejada, no habría percibido mi olor aquí. No habría venido. Es culpa mía.

Tengo dos opciones. Quedarme donde estoy y oírlos morir. O alejarla de la casa. La decisión está clara, salvo por el miedo constante que me ha acompañado desde que me arrancaron del mundo mortal. El terror está grabado en lo más profundo de mi médula.

Sin embargo, el deseo de que mi no familia viva es mucho más profundo que el deseo de estar a salvo. Aunque ya no tenga un lugar a su lado, necesito salvarlos. Si desaparecieran, la última pizca de lo que una vez fui se iría con ellos y me quedaría a la deriva.

Tomo aire con la respiración aún entrecortada y salgo de debajo del porche. Corro hacia el camino, lejos de la cobertura del bosque, donde no le costará nada alcanzarme. Hago caso omiso del ruido de mis pasos en el césped e ignoro las ramas que se parten bajo mis pies descalzos. El chasquido de cada una atraviesa el aire de la noche.

No miro atrás, pero sé que Bogdana tiene que haberme oído. Tiene que haberse dado la vuelta, con las fosas nasales dilatadas para olfatear el viento. El movimiento atrae la mirada del depredador. Despierta el instinto de persecución.

Me estremezco por los faros de los coches cuando llego a la acera.

Las hojas se enredan en los grumos de barro de mi pelo. Mi vestido, que antes era blanco, es ahora de un color apagado y manchado, como el atuendo que se esperaría que llevase un fantasma. No sé si los ojos me brillan como los de un animal. Sospecho que sí.

La bruja de la tormenta me persigue, veloz como un cuervo y certera como una condena.

Obligo a mis piernas a moverse más deprisa.

Fragmentos afilados de grava y cristal se me clavan en los pies. Me estremezco y tropiezo un poco mientras imagino que siento el aliento de la bruja en la nuca. El terror me da fuerzas para seguir avanzando.

Ahora que la he atraído hacia mí, tengo que librarme de ella de alguna manera. Si se distrae aunque sea por un instante, podré escabullirme y esconderme. Me volví toda una experta en esconderme cuando estaba en la Corte de los Dientes.

Me meto por un callejón. Hay un hueco en la valla de malla metálica del fondo, lo bastante pequeño como para colarme por él. Corro en su dirección y resbalo en el barro y la basura. Llego a la valla y aprieto el cuerpo por la abertura; el metal me araña la piel y el olor metálico flota en el aire.

Mientras sigo corriendo, oigo el temblor de la valla cuando alguien se pone a escalarla.

—¡Detente, niña estúpida! —grita la bruja de la tormenta tras de mí.

El pánico no me deja pensar. Bogdana es demasiado rápida y demasiado segura. Lleva matando a mortales y a feéricos por igual desde mucho antes de que yo naciera. Si convoca un rayo, estoy muerta.

El instinto me empuja a querer escapar a mi parte del bosque. Refugiarme en la cúpula que he entretejido con ramas de sauce. Tumbarme en el lecho de piedras lisas de río que encajé en el barro después de una tormenta hasta conseguir una superficie lo bastante plana para dormir. Envolverme en mis tres mantas, a pesar de que están apolilladas, manchadas y chamuscadas por el fuego en una

esquina.

Allí tengo un cuchillo de trinchar. No es más largo que uno de sus dedos, pero está afilado. Es mejor que ninguna de las cuchillas pequeñas que llevo encima.

Salgo disparada en dirección a un complejo de apartamentos y corro entre los charcos de luz. Atravieso las calles y un parque infantil; el chirrido de las cadenas de los columpios me retumba en los oídos. Después de todo, me dirijo al bosque.

Se me da mejor desentrañar encantamientos que crearlos, pero desde la última visita de la bruja, he protegido mi guarida para que una oleada de miedo invada a cualquiera que se acerque demasiado. Los mortales se mantienen alejados del lugar e incluso los feéricos se inquietan cuando se aproximan.

No tengo muchas esperanzas de que vaya a ahuyentarla, pero tampoco tengo muchas esperanzas en general.

Bogdana era la única persona a quien temían lord Jarel y lady Nore. Una bruja capaz de provocar tormentas, que había vivido durante incontables decenas de años y sabía más de magia que la mayoría de los seres vivos. La había visto rajar y devorar humanos en la Corte de los Dientes y destripar a un feérico con sus largos dedos solo por haberse sentido insultada. Había visto los relámpagos que brotaban cuando se enfadaba. Bogdana había ayudado a lord Jarel y a lady Nore con su plan de concebir a una hija y ocultarme entre los mortales, y muchas veces había sido testigo de mis tormentos en la Corte.

Lord Jarel y lady Nore nunca dejaron que olvidase que les pertenecía, a pesar de mi título de reina. A lord Jarel le complacía atarme y arrastrarme como a un animal, mientras que lady Nore me castigaba con ferocidad por cualquier desaire, real o imaginario, hasta que me convertí en una bestia que gruñía, arañaba y mordía, que apenas era consciente de nada más que del dolor.

Una vez, lady Nore me arrojó al páramo de nieve aullante y cerró las puertas del castillo.

«Si ser reina no te gusta, niña ingrata, búscate tu propia fortuna»,

me dijo.

Caminé durante días. No encontré nada para comer más que hielo ni oí nada más que el viento helado que soplaba a mi alrededor. Cuando lloraba, las lágrimas se me congelaban en las mejillas. Pero seguí adelante, mientras esperaba, contra todo pronóstico, encontrar a alguien que me ayudara o alguna forma de escapar. Al séptimo día, descubrí que había estado caminando en círculos.

Fue Bogdana quien me envolvió en una manta y me llevó adentro cuando me desmayé en la nieve.

La bruja me llevó a mi habitación, con las paredes de hielo, y me depositó sobre las pieles de la cama. Me tocó la frente con unos dedos el doble de largos de lo que deberían ser los dedos. Me miró con sus ojos negros y negó con la cabeza, enmarcada por una melena de pelo salvaje y alborotado.

—No siempre serás tan pequeña y asustadiza —dijo—. Eres una reina.

La forma en que lo dijo me impulsó a levantar la vista. Hizo que sonase como algo de lo que debería sentirme orgullosa.

Cuando la Corte de los Dientes se aventuró hacia el sur, a la guerra con Elfhame, Bogdana no nos acompañó. Pensé en que tal vez no volvería a verla y lo lamenté. Si había alguien que había cuidado de mí al menos un poco, era ella.

Por eso, que sea ella quien me pisa los talones y me persigue por las calles lo vuelve aún peor.

Cuando oigo acercarse las pisadas de la bruja, aprieto los dientes y trato de acelerar el paso. Ya me duelen los pulmones y los músculos.

Intento convencerme a mí misma de que tal vez pueda razonar con ella. Tal vez solo me persigue porque he huido.

Cometo el error de mirar atrás y pierdo el ritmo. Vacilo cuando extiende una larga mano hacia mí, con las afiladas uñas a punto para desgarrar lo que se les cruce en su camino.

No, no creo que pueda razonar con ella.

Solo me queda una opción, así que me doy la vuelta. Lanzo un mordisco al aire mientras recuerdo la sensación de clavar los dientes

en el carne. Lo bien que me sentía al hacer daño a alguien que me daba miedo.

No soy más fuerte que Bogdana. Tampoco más rápida ni más astuta. Pero estoy más desesperada. Quiero vivir.

La bruja se detiene de golpe. Al ver mi expresión, da un paso al frente, y yo siseo. Hay algo en su rostro, algo que destella en sus ojos negros, que no comprendo. Parece triunfante. Busco una de las cuchillas que guardo en el vestido mientras vuelvo a desear tener a mano el cuchillo de trinchar.

Lo que saco es una navaja plegable y tengo problemas para abrirla.

Oigo el golpeteo de unos cascos y creo que es la glaistig, que ha venido a ver cómo me llevan. A regodearse. Ha debido de ser la que ha alertado a Bogdana de lo que he estado haciendo, la culpable de que esto esté pasando.

Pero no es la glaistig quien emerge de la oscuridad del bosque. Es un joven con patas y cuernos de cabra, vestido con una camisa de cota de malla dorada y un estoque de hoja fina en la mano, quien aparece en el círculo de luz de una farola cerca de un edificio. Tiene el rostro inexpresivo, como en un sueño.

Me fijo en los rizos de pelo rubio leonado que lleva recogidos detrás de las orejas puntiagudas, en la capa color granate que le cubre los anchos hombros, la cicatriz alargada a un lado de su garganta y la diadema de su frente. Se mueve como si esperase que el mundo se plegara a su voluntad.

Por encima de nosotros, las nubes se concentran. Apunta la espada hacia Bogdana.

Después me mira.

—Nos has conducido a una persecución muy entretenida. —Sus ojos ambarinos brillan como los de un zorro, pero no hay ninguna calidez en ellos.

Podría haberle dicho que no apartara la vista de Bogdana. La bruja aprovecha la oportunidad y se lanza a por él, con las uñas preparadas para abrirle el pecho.

Otra espada la detiene sin que el joven tenga que esquivarla. Esta

la sostiene la mano enguantada de un caballero. Lleva una armadura de cuero marrón esculpido con bandas anchas de metal plateado. Tiene el pelo corto y de color negro y su mirada es cautelosa.

—Bruja de la tormenta —dice.

—Apártate de mi camino, chucho —le espeta la bruja al caballero —. O convocaré un rayo que te partirá en dos.

—Tal vez domines los cielos —responde el hombre con cuernos de la cota de malla dorada—, pero, por desgracia, estamos en el suelo. Márchate o mi amigo te atravesará antes de que llegues a conjurar ni una llovizna.

Bogdana entrecierra los ojos y se vuelve hacia mí.

—Volveré a por ti, niña —dice—. Y cuando lo haga, más vale que no huyas.

Después se adentra en las sombras. En cuanto lo hace, intento salir corriendo hacia un lado, con la intención de escapar.

El hombre de los cuernos me agarra del brazo. Es más fuerte de lo que esperaba.

—Lady Suren —dice.

Gruño desde lo más profundo de la garganta y le lanzo un arañazo a la mejilla. Mis uñas no son ni de lejos tan largas o afiladas como las de Bogdana, pero sangra de todos modos.

Emite un siseo de dolor, pero no me suelta. En lugar de eso, me retuerce las muñecas en la espalda y las sujeta con fuerza, sin importarle cuánto gruña o patee. Entonces sucede lo peor; la luz le ilumina la cara en un ángulo diferente y por fin reconozco de quién es la piel que se me ha metido bajo las uñas.

El príncipe Oak, heredero de Elfhame. Hijo del gran general traidor y hermano de la Alta Reina mortal. Oak, a quien una vez estuve prometida en matrimonio. Que una vez fue mi amigo, aunque él no parezca recordarlo.

¿Qué era lo que había dicho la sílfide? «Malcriado, irresponsable, asalvajado». Me lo creo. A pesar de la reluciente armadura, está tan poco entrenado en el manejo de la espada que ni siquiera ha intentado bloquear mi ataque.

Sin embargo, a ese pensamiento lo sigue otro: he atacado al príncipe de Elfhame.

Ahora sí que tengo problemas.

—Las cosas serán mucho más fáciles si haces exactamente lo que te decimos a partir de este momento, hija de traidores —me informa el caballero de ojos oscuros con la armadura de cuero. Tiene la nariz larga y el aspecto de alguien que se siente más cómodo en guardia que sonriendo.

Abro la boca para preguntar qué quieren de mí, pero tengo la voz áspera por la falta de uso. Las palabras salen confusas y los sonidos no son los que yo pretendía.

—¿Qué le pasa? —pregunta y frunce el ceño como si fuera una especie de insecto.

—La vida salvaje, supongo —dice el príncipe—. Lejos de la sociedad.

—¿Ni siquiera hablaba consigo misma? —pregunta el caballero y enarca las cejas.

Vuelvo a gruñir.

Oak se lleva los dedos a la cara y los retira con una mueca de dolor. Tiene tres largos cortes, que sangran despacio.

Cuando vuelve a dirigir la mirada hacia mí, hay algo en su expresión que me recuerda a su padre, Madoc, que nunca era más feliz que cuando iba a la guerra.

—Ya te advertí que nunca sale nada bueno de la Corte de los Dientes —dice el caballero y niega con la cabeza. Luego toma una cuerda y me ata con ella las muñecas; la pasa entre mis manos para asegurarla. No me perfora la piel como hacía lord Jarel, que me clavaba una aguja enhebrada con una cadena de plata entre los huesos de los brazos. Todavía no siento dolor.

Pero no dudo de que lo sentiré.

2

Mientras avanzo a trompicones por los bosques, pienso en una forma de escapar. No me hago ilusiones de que me libraré de un castigo. He golpeado al príncipe. Y si supieran de las maldiciones que he disuelto, se enfurecerían aún más.

—La próxima vez recordarás no bajar la guardia —dice el caballero mientras observa las heridas en la mejilla de Oak.

—Mi vanidad se ha llevado la peor parte —responde él.

—¿Te preocupa tu cara bonita? —pregunta el caballero.

—Hay muy poca belleza en el mundo —dice el príncipe con ligereza—. Pero no es ahí donde reside mi mayor soberbia.

No puede ser una coincidencia que hayan aparecido con armaduras y listos para la batalla casi al mismo tiempo que Bogdana empezó a husmear en la casa de mi no familia. Todos me buscaban, y sea cual fuere la razón, dudo de que me vaya a gustar.

Respiro el olor familiar de la corteza húmeda y el moho de las hojas. Los helechos se vuelven plateados a la luz de la luna; el bosque se llena de sombras cambiantes.

Muevo las muñecas a modo de prueba. Por desgracia, estoy bien atada. Flexiono los dedos para intentar deslizar uno fuera de la atadura, pero los nudos están tan apretados que ni siquiera me permiten eso.

El caballero resopla.

—No me parece que sea el comienzo más afortunado para una

misión. Si la bruja no hubiera visto a tu reinecita justo aquí, a estas alturas estaría llevando su piel como abrigo.

El gnomo con cara de búho. Pongo una mueca; no sé si debo sentirme agradecida. No tengo ni idea de lo que pretenden hacer conmigo.

—¿No es esa la definición exacta de la suerte, haber llegado en el momento justo? —Oak me lanza una mirada cargada de picardía, como si fuera un animal salvaje y se estuviera pensando si sería divertido domesticarme.

Lo recuerdo en la Corte Suprema, cuando estaban a punto de condenarme por los crímenes de traición de la Corte de los Dientes, por ser su reina. Tenía once años y él acababa de cumplir nueve. Entonces estaba atada, como ahora. Lo recuerdo a los trece años, cuando me encontró en el bosque y lo mandé a paseo.

A los diecisiete, ha crecido hasta ser más alto que yo y se ha vuelto esbelto y bien definido. Su pelo atrapa la luz de la luna y el dorado cálido se entrelaza con el platino. El flequillo le rodea los pequeños cuernos de cabra, sobre unos ojos de un ámbar asombroso y una constelación de pecas en la nariz. Tiene la boca de un embaucador y la fanfarronería de alguien acostumbrado a que la gente haga todo lo que él quiere.

La belleza de las hadas es diferente a la de los mortales. Es elemental y extravagante. En Faerie hay criaturas de una gracia tan extraordinaria que resulta doloroso mirarlas. Otras con un encanto tan apabullante que los mortales lloran al verlas o se quedan paralizados, asolados por el deseo de contemplarlas aunque sea solo una vez más. Aunque mueran en el acto.

La fealdad puede ser igual de exagerada. Entre los feéricos, algunos son tan horribles que todos los seres vivos se encogen de horror al verlos. Otros tienen un aspecto grotesco tan exagerado y voluptuoso que casi se vuelve bello.

No es que los mortales no sean hermosos, muchos lo son, pero su aspecto no te provoca una conmoción. Sí me siento un poco aturdida por la belleza de Oak.

Si lo miro demasiado tiempo, me entran ganas de darle un mordisco.

Vuelvo la mirada a mis pies embarrados, arañados y doloridos, y luego a las pezuñas de Oak. Recuerdo haber leído en un libro escolar de ciencias robado que las pezuñas están hechas del mismo material que las uñas. Queratina. Por encima de ellas, una capa de pelo del mismo color que el de su cabeza desaparece bajo el puño de un pantalón que le llega justo por debajo de las rodillas y deja al descubierto la extraña curva de la parte inferior de sus piernas. Unos pantalones ajustados le cubren los muslos.

Me estremezco con la misma fuerza que estoy dedicando a evitar retorcerme contra mis ataduras.

—¿Tienes frío? —me pregunta y me ofrece su capa. Es de terciopelo bordado, con un diseño de bellotas, hojas y ramas. Está cosida con delicadeza y parece fuera de lugar tan lejos de Elfhame.

Es una pantomima que ya conozco. Una representación de galantería mientras me mantiene amarrada, como si el frío del aire fuera la mayor de mis preocupaciones. Sin embargo, supongo que así es como se espera que se comporten los príncipes. Las obligaciones de la nobleza y todo eso.

Como tengo las manos atadas, no sé cómo piensa que me la pondré. Al ver que no digo nada, me la pasa por los hombros y me la ata al cuello. Le dejo hacerlo, aunque estoy acostumbrada al frío. Es mejor tener algo que no tenerlo, y es suave.

Además, me envuelve las manos y las oculta de la vista. Lo que significa que, si consigo soltarme las muñecas de los nudos, nadie se dará cuenta hasta que sea demasiado tarde.

Ya van dos veces en que ha sido insensato.

Intento concentrarme en escapar y en no permitir que la desesperación se apodere de mí. Aunque tuviera las manos libres, aún tendría que escapar. Sin embargo, de conseguirlo, creo que podría evitar que me siguieran. Tal vez al caballero le hayan enseñado a seguir un rastro, pero yo tengo años de experiencia en ocultar el mío.

Las habilidades de Oak, si es que tiene alguna más allá de ser un

señorito, me son desconocidas. Cabe la posibilidad de que, a pesar de toda su palabrería y su pedigrí, el príncipe se haya traído al caballero para asegurarse de que no se tropiece y se empale con su elegante espada.

Si me dejaran sola por un momento, podría bajar los brazos y pasarlos por debajo de las piernas parar llevarme las manos atadas a la parte delantera del cuerpo. Entonces, rompería la cuerda con los dientes.

No se me ocurre ninguna razón para que me concedan esa oportunidad. Aun así, al amparo de la capa de Oak, jugueteo con las ataduras e intento estirarlas todo lo que me lo permiten.

Cuando salimos del bosque, nos adentramos en una calle que me es desconocida. Las casas están más separadas que en el barrio de mi no familia y más deterioradas, con el césped descuidado. A lo lejos, un perro ladra.

Entonces me guían por un camino de tierra. Al final, hay una casa desierta con las ventanas tapiadas y la hierba tan alta que un cortacésped se atragantaría con ella. En el exterior hay dos corceles mágicos blancos como el hueso, con la suave curvatura del cuello más larga que la de los caballos mortales.

—¿Allí? —pregunto. La palabra se entiende a la perfección, aunque mi voz sigue sonando áspera.

—¿Demasiado mugriento para su alteza? —pregunta el caballero y levanta las cejas, como si no fuera consciente de que tengo el vestido sucio y los pies embarrados. Como si no supiera que ya no soy reina de nada, como si no recordara que la hermana de Oak disolvió mi Corte.

Encorvo los hombros. Estoy acostumbrada a los juegos de palabras como este, en los que no existe una respuesta correcta y todas las erróneas conllevan un castigo. Mantengo la boca cerrada y me vuelvo a mirar los arañazos en la mejilla del príncipe. Ya he cometido suficientes errores.

—Ignora a Tiernan. Por dentro no está tan mal —dice Oak y me dedica una sonrisa aduladora, de las que deberían convencerte para

bajar la guardia. Me tenso aún más. He aprendido a temer ese tipo de sonrisas. Continúa, con un gesto de la mano—. Entonces te explicaremos la necesidad de nuestra actitud tan descortés.

Descortés. Es un buen eufemismo para referirse a atarme.

El caballero, Tiernan, empuja la puerta con el hombro para abrirla. Entramos; Oak avanza detrás de mí para borrar cualquier esperanza de escapar. Los tablones de madera deformados gimen bajo sus cascos.

Es evidente que la casa ha estado vacía durante mucho tiempo. Los grafitis se extienden por el papel pintado de flores y han arrancado uno de los armarios bajo el fregadero, probablemente para acceder a las tuberías de cobre. Tiernan me conduce hasta una mesa de plástico agrietada que se encuentra en un rincón de la cocina junto con unas cuantas sillas de aspecto desgastado.

En una de ellas, está sentado un soldado con un ala donde debería haber un brazo, piel morena clara, una larga cabellera de color caoba y los ojos del sorprendente color púrpura de la montería. No lo conozco, pero creo reconocer la maldición. La hermana de Oak, la Alta Reina, ordenó que a los soldados que habían seguido a Madoc y no se arrepentían de sus actos los convirtieran en halcones después de la Batalla de la Serpiente. Los maldijeron para que, si querían recuperar su verdadera forma, tuvieran que abstenerse de cazar durante un año y un día, comiendo solo lo que otros les daban. No sé qué significa que ahora parezca maldito a medias. Si entrecierro los ojos, llego a ver los hilos de magia que lo rodean y se retuercen como raíces que intentan volver a crecer.

No es un hechizo fácil de deshacer.

En su boca, sobresalen las finas correas de cuero y los cierres dorados de una brida. Un escalofrío me recorre al reconocerla. También me es familiar.

La forjó el gran herrero Grimsen y se la regaló a mis padres.

Lord Jarel me puso esa brida hace mucho tiempo, cuando mi voluntad suponía un inconveniente que había que barrer como una telaraña. Ver la brida me trae de vuelta todo el pánico, el temor y la impotencia que sentía cuando las correas se me hundían poco a poco

en la piel.

Más tarde, trató de usarla para atrapar al Alto Rey y a la Reina. Fracasó y lo atraparon, pero me horroriza que Oak haya hecho que un prisionero la llevase, como si no fuera nada.

—Tiernan lo capturó delante de la Ciudadela de tu madre. Necesitábamos conocer sus planes y nos ha sido de gran utilidad. Por desgracia, también es inmensamente peligroso. —Oak sigue hablando, pero me cuesta centrarme en nada más que en la brida—. Tiene un grupo muy variopinto de vasallos. Y ha robado algo…

—Más de una cosa —dice el exhalcón embridado.

Tiernan da un puntapié a la pata de la silla donde está sentado, pero su única reacción es sonreír. Pueden hacer que haga cualquier cosa y diga cualquier cosa. Está atrapado dentro de sí mismo de forma mucho más segura de lo que estaría atado con ninguna cuerda. Admiro su rebeldía, aunque sea inútil.

—¿Vasallos? —Me hago eco de la afirmación del príncipe, con la voz rasposa.

—Ha reclamado la Ciudadela de la Corte de los Dientes y, dado que la Corte ya no existe, ha creado una nueva —explica Oak y levanta las cejas—. Está en posesión de una magia muy antigua. Puede crear cosas. Por lo que hemos logrado discernir, sobre todo criaturas hechas de ramas y madera, pero también partes de muertos.

—¿Cómo? —pregunto, horrorizada.

—¿Acaso importa? —dice Tiernan—. Se suponía que debías controlarla.

Espero que vea el odio en mis ojos. Por mucho que la Alta Reina obligara a lady Nore a jurarme lealtad después de la batalla, por mucho que pudiera darle órdenes, seguía sin tener ni la más remota idea de lo que debía hacer.

—Solo era una niña, Tiernan —dice Oak, lo que me sorprende—. Igual que yo.

Unas pocas brasas destellan en la chimenea. Tiernan resopla y se arrodilla ante ella. Añade algunos troncos de una pila, junto con páginas enrolladas que arranca de un libro de cocina ya roto. El borde

de una página se prende y las llamas se reavivan.

—Serías tonto si confiaras en la antigua reina de la Corte de los Dientes.

—¿Estás seguro de saber distinguir a nuestros aliados de nuestros enemigos? —Oak saca un palo largo de la pila de leña, lo bastante fino como para servir de fajina. Lo mantiene en el fuego hasta que el extremo echa chispas. Después, lo utiliza para encender las mechas de las velas colocadas por la habitación. Pronto, parpadean cálidos charcos de luz que hacen que las sombras cambien.

La mirada de Tiernan se desvía hacia el soldado embridado. Se lo queda mirando un largo rato antes de volverse hacia mí.

—¿Tienes hambre, reinecita?

—No me llames así —espeto con aspereza.

—¿Estamos gruñonas? —pregunta Tiernan—. ¿Cómo prefieres que se dirija a ti este humilde sirviente?

—Wren —digo, ignorando la burla.

Oak observa la interacción con los ojos entrecerrados. Soy incapaz de adivinar lo que piensa.

—¿Quieres alimento?

Niego con la cabeza. El caballero levanta las cejas con escepticismo. Tras un momento, se da la vuelta y saca una tetera, ya ennegrecida por el fuego, y la llena en el grifo del fregadero. Después la cuelga en una vara de soporte que han debido de colocar ellos mismos. No hay electricidad, pero la casa aún tiene agua corriente.

Por primera vez en mucho tiempo, pienso en darme una ducha. En cómo sentía el pelo cuando estaba peinado y desenredado, con el cuero cabelludo libre del picor ocasionado por el barro seco.

Oak camina hasta donde estoy sentada, con los hombros en una postura forzada hacia atrás por culpa de las ataduras.

—Lady Wren —dice y sus ojos ambarinos como los de un zorro atraviesan los míos—. Si te suelto las manos, ¿puedo fiarme de que no intentarás escapar ni atacarnos mientras dure nuestra estancia en esta casa?

Asiento con la cabeza una vez.

El príncipe me dedica una sonrisa rápida y conspiradora. Mi propia boca me traiciona y le devuelvo el gesto. Me hace recordar lo encantador que era, incluso de niño.

Me pregunto si habré interpretado mal la situación, si es posible que estemos en el mismo bando.

Oak saca un cuchillo de una muñequera oculta bajo la camisa de lino blanco y lo aproxima a la cuerda a mi espalda.

—No la cortes —advierte el caballero—. O tendremos que buscar una cuerda nueva. Podríamos tener que volver a atarla.

Me tenso y espero a que Oak se enfade porque le digan lo que tiene que hacer. Como miembro de la realeza, está fuera de lugar que alguien de menor categoría le dé indicaciones, pero el príncipe se limita a negar con la cabeza.

—No te preocupes. Solo voy a usar la punta de la hoja para ayudarme a deshacer los nudos más apretados.

Estudio a Tiernan a la escasa luz del fuego. No es fácil calcular la edad de los feéricos, pero no parece mucho mayor que Oak. Lleva el pelo negro despeinado y tiene un piercing en una de sus orejas puntiagudas, un aro de plata.

Me llevo las manos al regazo y froto con los dedos las hendiduras que la cuerda me ha dejado en la piel. Si no hubiera intentado liberarme con tanto ahínco, no serían ni la mitad de profundas.

Oak guarda el cuchillo y luego dice con gran formalidad:

—Mi señora, Elfhame te necesita.

Tiernan aparta la vista del fuego, pero no habla.

No sé cómo responder. No estoy acostumbrada a ser el centro de atención y me sonrojo.

—Ya le he jurado lealtad a tu hermana —logro decir. No estaría viva si no lo hubiera hecho—. Estoy a sus órdenes.

Frunce el ceño.

—Permíteme que te lo explique. Meses antes de la Batalla de la Serpiente, lady Nore se las arregló para provocar una explosión debajo del castillo.

Miro al antiguo halcón y me pregunto si habrá participado en el

ataque. Y si debería recordarlo. Algunos de mis recuerdos de aquella época son terriblemente vívidos, mientras que otros se desdibujan como la tinta que corre sobre el papel.

—Por aquel entonces, se creyó que había sido un ataque contra los espías de Elfhame y una mera coincidencia que perturbase el lugar de descanso de la reina Mab. —Oak hace una pausa y me observa como si tratara de determinar si comprendo lo que dice—. La mayoría de los cuerpos feéricos se descomponen en raíces y flores, pero el de Mab, no. Sus restos, desde las costillas hasta los huesos de los dedos, estaban imbuidos de un poder que impedía que se desmoronaran, un poder que daba vida a las cosas. Eso es lo que lady Nore robó y de ahí extrae su nuevo poder.

El príncipe señala con la mano al soldado embridado.

—Lady Nore ha intentado reclutar a más feéricos para su causa. A los que maldijeron como halcones, si vienen a su Ciudadela, les ofrece alimentarlos de su propia mano durante el año y un día en el que se les prohíbe cazar. Cuando recuperan su forma original, les exige lealtad. Entre estos, sus propios súbditos que se mantuvieron leales y los monstruos que fabrica, sus planes de venganza contra Elfhame parecen ir bien encaminados.

Miro al prisionero. La Alta Reina les concedió clemencia a todos los soldados que repudiaron lo que habían hecho y le juraron lealtad. A todos los que se arrepintieron. Pero él se negó.

Recuerdo estar yo misma ante la Alta Reina la noche que Oak habló en mi favor. «Recuerda cuando dijiste que no podíamos ayudarla. Ahora sí podemos hacerlo». La lástima en su voz.

Había presumido ante ella de conocer todos los secretos de lady Nore y lord Jarel, con la esperanza de ser útil, convencida de que, dado que hablaban delante de mí sin el más mínimo reparo, como si me considerasen un animal tonto más que una niña, no se habían guardado nada. Sin embargo, nunca habían hablado de esto.

—No recuerdo ninguna mención a los huesos de Mab.

Oak me mira durante un largo rato.

—Viviste en la Ciudadela de la Aguja de Hielo durante más de un

año, así que debes conocer su disposición, y puedes dominar a lady Nore. Eres su mayor vulnerabilidad. Independientemente de qué más haya planeado, tiene buenas razones para querer eliminarte.

Me estremezco ante el pensamiento, porque debería habérseme ocurrido antes. Recuerdo las largas uñas de Bogdana y el pánico al verme perseguida por las calles.

—Necesitamos que la detengas —dice Oak—. Y tú necesitas nuestra ayuda para defenderte de quien sea que envíe a matarte.

Odio que tenga razón.

—¿Hiciste que lady Nore te prometiera algo antes de marcharte de Elfhame? —pregunta Tiernan con esperanza.

Niego con la cabeza y aparto la mirada, avergonzada. En cuanto pudo, lady Nore se escabulló. Nunca tuve oportunidad de decirle nada. Y cuando me di cuenta de que se había ido, lo único que sentí fue alivio.

Pienso en las palabras que pronunció ante la Alta Reina, cuando Jude le exigió que me jurase lealdad: «Yo, lady Nore de la Corte de los Dientes, juro seguir a Suren y obedecer sus órdenes». Por desgracia, no añadió nada sobre no clavarme una daga en la espalda. Nada sobre no enviar a una bruja de la tormenta tras de mí.

Tiernan frunce el ceño, como si el hecho de que no le diese ninguna orden a lady Nore fuera una confirmación de que no soy de fiar. Se vuelve hacia Oak.

—Conoces el rencor que lady Nore guarda contra Madoc, justificado o no. Quién sabe qué desaires no habrá olvidado esta.

—No hablemos de mi padre —responde Oak. Madoc, el traidor que atacó Elfhame con la ayuda de la Corte de los Dientes. Antes de eso, el gran general fue el responsable de la matanza de la mayor parte de la familia real. También es el padre adoptivo de Oak.

Madoc había intentado poner a su hijo en el trono, con la intención de gobernar a través de él. Aunque hubiera sido la cabeza de Oak la que habría lucido la corona, todo el poder habría pertenecido al gorro rojo. Al menos hasta que lord Jarel y lady Nore engañaran a Madoc y se adueñaran del poder.

Sé lo precario que resulta ser una reina sin poder, controlada y completamente degradada. Podría haber sido el destino de Oak. Pero si el príncipe le guarda algún rencor a su padre, no se le nota en la cara.

Tiernan se inclina hacia delante, toma un atizador para sacar la tetera de metal de la vara en la que cuelga y la coloca con cuidado sobre una toalla doblada. El vapor se eleva en una columna ininterrumpida.

Después, saca de un armario de la cocina varios envases de poliestireno de ramen instantáneo, junto con una caja ya abierta de té de menta. Al notar que lo miro, señala con la cabeza a Oak.

—El príncipe me descubrió este manjar del mundo de los mortales. Fastidia la magia durante un tiempo, por culpa de toda esa sal, pero es innegable que es adictivo.

El olor me recuerda la satisfacción de tomar algo tan caliente que te quema la boca, algo sacado directamente de un horno, en lugar de congelado en un cubo de basura.

No me acerco a los envases de fideos, pero cuando Oak me tiende una taza de té, la acepto. Miro en el fondo y veo algo de sedimento. «Azúcar», me diría si le preguntara, y al menos una parte lo sería, pero no puedo estar segura de que el resto no sea una droga de algún tipo o incluso un veneno.

No me quieren muerta, intento convencerme a mí misma. *Me necesitan*.

Yo también los necesito, si quiero vivir. Si lady Nore va a por mí, si Bogdana la está ayudando, el príncipe y su compañero son mi única esperanza de escapar.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —Me enorgullece pronunciar la frase completa sin que se me quiebre la voz.

—Ven conmigo al norte —dice Oak y se sienta en la silla de plástico junto a la mía—. Ordena a lady Nore que se ponga un lazo en la cabeza y se ofrezca en bandeja de plata a Elfhame. Recuperaremos los huesos de Mab y acabaremos con la amenaza de…

—¿Contigo? —Lo miro fijamente, segura de haberlo entendido

mal. Los príncipes se quedan en sus palacios, disfrutando de juergas y desenfreno y ese tipo de cosas. Sus cuellos son demasiado valiosos para arriesgarlos.

—Y con mi valiente amigo Tiernan. —Oak lo señala con la cabeza y el caballero pone los ojos en blanco—. Juntos los cuatro, contando a Hyacinthe, recuperaremos la Ciudadela y acabaremos con la amenaza que pende sobre Elfhame.

Hyacinthe. Así que ese es el nombre del soldado maldito.

—Cuando completemos nuestra misión, podrás pedirme un favor y, si está a mi alcance y no es demasiado terrible, te lo concederé. —Me pregunto cuáles son los motivos del príncipe. Tal vez la ambición. Si entregara a lady Nore él mismo, podría pedirle un favor propio al Alto Rey y cimentar su posición como heredero, lo que eliminaría sin duda a cualquier futuro hijo de la línea de sucesión.

No me cuesta imaginar que un príncipe esté dispuesto a cualquier cosa para asegurarse un camino inquebrantable hacia el trono. Un trono que, según algunos, debería haber sido suyo desde el principio.

Sin embargo, no puedo evitar pensar en la sílfide que dijo que no sería un gobernante adecuado. Demasiado malcriado. Demasiado asalvajado.

Claro que, dado que estaba en compañía de la glaistig y la glaistig es horrible, quizá lo que piense no debería importar.

Tiernan saca un estuche de pergaminos de madera tallado con un dibujo de vides. Contiene un mapa que despliega sobre la mesa. Oak fija los bordes con tazas de té, cucharas y un ladrillo que sospecho que habrán arrojado por una de las ventanas.

—Primero debemos ir un poco hacia el sur —dice el príncipe—. Para ver a una bruja que nos dará información que espero nos ayude a engañar a lady Nore. Luego nos dirigiremos al norte y al este, sobre el agua, al Paso de los Aullidos, a través del Bosque de Piedra, hasta su fortaleza.

—Un grupo pequeño es ágil —dice Tiernan—. Es más fácil esconderse. Aunque creo que cruzar el Bosque de Piedra es una idea absurda.

Oak traza la ruta hacia la costa con un dedo y nos dedica una sonrisa pícara.

—La idea absurda es mía.

Ninguno de los dos parece dispuesto a contarme nada más acerca de la bruja, ni sobre las artimañas que se supone que nos ayudará a planear.

Me quedo observando el camino y su destino. La Ciudadela de la Aguja de Hielo. Supongo que sigue ahí, resplandeciente bajo el sol como si estuviera hecha de azúcar caramelizado. Como vidrio caliente.

El Bosque de Piedra es peligroso. Los trols que viven allí no pertenecen a ninguna Corte y no reconocen más autoridad que la suya propia, y los árboles parecen moverse por sí mismos. Pero todo es peligroso ahora.

Desvío la mirada hacia Hyacinthe, observo su ala de pájaro y la brida que se le hunde en las mejillas. Si Oak se la deja puesta durante el tiempo suficiente, se convertirá en parte de él, invisible e imposible de quitar. Será para siempre esclavo del príncipe.

La última vez que la llevé, el plan de lady Nore y lord Jarel de atacar la Corte Suprema fue el único motivo por el que cortaron las correas, que me dejaron las cicatrices que todavía hoy me recorren los pómulos. Un recordatorio de lo que me harían si les desobedecía.

Entonces me presentaron ante la Alta Reina y propusieron que me uniera en matrimonio con su hermano y heredero, el príncipe Oak.

Cuesta explicar cuán brutal puede ser la esperanza.

Pensé que aceptaría. Al menos dos de las hermanas de Oak eran mortales y, aunque sabía que era una tontería, no podía evitar pensar que eso significaba que serían amables. Tal vez una alianza les convendría a todos y entonces escaparía de la Corte de los Dientes. Mantuve el rostro lo más inexpresivo posible. Si lady Nore y lord Jarel pensaban que la idea me agradaba, habrían encontrado la manera de convertirla en un tormento.

Oak estaba tumbado en un cojín a los pies de su hermana. Nadie parecía esperar que se comportase con ningún tipo de decoro formal. Ante la mención del matrimonio, levantó la vista y se estremeció.

Su hermana mayor curvó el labio de forma casi imperceptible, como si la idea de que me acercara a él le resultara repugnante. «Oak no debería relacionarse con esa gente, ni con su espeluznante hija», dijo.

En ese momento, lo odié por cómo lo apreciaban, por estar mimado y porque lo trataban como si mereciera protección, cuando yo no tenía ninguna.

Tal vez todavía lo odie un poco. Pero fue amable conmigo cuando éramos niños. Es posible que una parte de él todavía lo sea.

Oak podría quitarle la brida a Hyacinthe en cualquier momento. Del mismo modo, podría decidir ponérmela a mí. Si soy la mayor vulnerabilidad de lady Nore, podría considerarme un arma demasiado valiosa como para dejarla escapar.

Es un riesgo demasiado grande pensar que un príncipe sería tan amable como para no hacer algo así. Incluso aunque no usara la brida para controlarme ni invocara la autoridad de su hermana, no me queda más remedio que ir al norte y enfrentarme a lady Nore. Si no lo hago, volverá a enviar a la bruja de la tormenta, o a algún otro monstruo, para acabar conmigo. Oak y Tiernan son la mejor oportunidad que tengo de sobrevivir el tiempo necesario para detenerla, y la única de acercarme lo suficiente como para dominarla.

—De acuerdo —digo, como si tuviera elección. Esta vez no se me quiebra la voz—. Iré contigo.

Después de todo, lady Nore me arrebató todo lo que me importaba. Me causará no poco placer hacerle lo mismo.

Pero eso no significa que no sea consciente de que, por muy cortés que se muestre Oak, soy tan prisionera como el soldado alado. Tengo poder para dominar a lady Nore, pero el príncipe de Elfhame tiene la autoridad para dominarme a mí.

3

La noche después de que Madoc, lady Nore y lord Jarel fracasaran en el intento de concertar nuestro matrimonio, Oak se escabulló hasta el campamento del ejército traidor de Madoc y la Corte de los Dientes. Allí me encontró atada a un poste como si fuera una cabra.

Tenía quizá nueve años y yo, diez. Le gruñí. Lo recuerdo.

Pensé que buscaba a su padre y que era un tonto. Madoc parecía el tipo de persona que lo asaría al fuego, se comería su carne y lo llamaría un acto de amor. Para entonces, ya estaba familiarizada con ese tipo de amor.

Se mostró perturbado al verme. Deberían haberlo enseñado a no dejar que las emociones se le reflejaran en el rostro. En cambio, asumía que a los demás les importarían sus sentimientos, por lo que no se molestaba en ocultarlos.

Me pregunté qué habría pasado si, cuando se acercara lo suficiente, lo hubiera inmovilizado en el suelo. Si lo hubiera golpeado hasta matarlo con una piedra, tal vez lord Jarel y lady Nore me habrían recompensado, pero me pareció igual de probable que me castigasen.

Además, no quería hacerle daño. Era el primer niño al que había conocido desde que había llegado a Faerie. Sentía curiosidad.

—Tengo comida —dijo mientras se acercaba y sacó un bulto de una mochila que llevaba al hombro—. Por si tienes hambre.

Siempre tenía hambre. Allí, en el campamento, me llenaba la

barriga principalmente con musgo y, a veces, con tierra.

Desenvolvió en el suelo una servilleta bordada, hecha de una seda de araña más fina que nada que yo hubiera llevado nunca, y reveló algo de pollo asado y unas ciruelas. Luego se alejó. Me dejó espacio para que me alimentara, como si él fuera el que daba miedo.

Eché un vistazo a las tiendas cercanas y al bosque, a la hoguera que había a unos pocos metros, con las brasas aún encendidas. Se oían voces, pero lejanas, y sabía por experiencia que, mientras lord Jarel y lady Nore no estuvieran, nadie vendría a comprobar mi estado, aunque me pusiera a gritar.

Me rugió el estómago. Quise lanzarme a por la comida, pero su amabilidad me tenía desconcertada y me pregunté qué querría a cambio. Estaba acostumbrada a los trucos, a los juegos.

Me quedé mirándolo y me fijé en la robustez de su cuerpo, una solidez que hablaba de lo que era tener suficiente para comer y permiso para corretear fuera. En los extraños cuernecillos de cabra que atravesaban sus suaves rizos de bronce y oro y en el insólito color ámbar de sus ojos. En la facilidad con la que se sentaba, con las piernas de fauno cruzadas y las pezuñas cubiertas de oro forjado.

Llevaba una capa de lana de un color verde intenso sujeta al cuello, lo bastante larga como para sentarse sobre ella. Debajo, vestía una túnica marrón con botones dorados y unos pantalones hasta la rodilla, que terminaban justo por encima de donde se curvaban sus piernas de cabra. No se me ocurría nada que yo pudiera tener que él quisiera.

—No está envenenada —dijo, como si fuera eso lo que me preocupaba.

La tentación ganó la batalla. Agarré un ala y desgarré la carne. Me la comí hasta el hueso, que partí para llegar al tuétano. Me miraba fascinado.

—Mis hermanas estaban contando cuentos de hadas —dijo Oak—. Se quedaron dormidas, pero yo no.

Seguía sin explicar nada acerca de sus razones para ir allí, pero sus palabras me provocaron un extraño y agudo dolor en el pecho.

Después de un momento, lo reconocí como envidia. Por tener hermanas. Por tener cuentos.

—¿Hablas? —preguntó y me di cuenta de cuánto tiempo había permanecido en silencio. En el mundo de los mortales, había sido una niña tímida y, en Faerie, nunca había salido nada bueno de mis palabras.

—No mucho —reconocí y, cuando sonrió, le devolví la sonrisa.

—¿Quieres jugar a un juego? —Se acercó, con los ojos brillantes. Se metió una mano en el bolsillo y sacó unas figuritas de metal. Tres zorros de plata descansaban en el centro de su palma callosa. En los ojos de los animales relucían esquirlas de peridoto.

Me quedé mirándolo, confundida. ¿De verdad había ido hasta allí para sentarse en la tierra y enseñarme unos juguetes? Quizá tampoco había visto a otro niño en mucho tiempo.

Agarré uno de los zorros para examinarlo. Era un trabajo muy detallado.

—¿Cómo se juega?

—Los lanzas. —Formó una jaula con las manos con los zorros dentro, las agitó y luego los lanzó a la hierba—. Si caen de pie, te llevas diez puntos. Si caen de espaldas, cinco puntos. Si caen de lado, ningún punto.

Aterrizaron dos tumbados de lado y uno de espaldas.

Extendí la mano con avidez. Quería sostener los zorros y sentirlos caer entre los dedos.

Cuando dos de ellos cayeron de espaldas, di un gritito ahogado de placer.

Una y otra vez, jugamos al juego. Dejamos marcas en la tierra.

Durante un tiempo, solo existió la alegría de escapar de donde estaba y de quien era. Pero entonces recordé que, aunque él no quisiera nada de mí, yo necesitaba mucho.

—Apostemos algo —propuse.

Se mostró intrigado.

—¿Qué quieres apostar?

No fui tan tonta como para pedir demasiado la primera vez.

—Si pierdes, me cuentas un secreto. Cualquier secreto. Yo haré lo mismo.

Jugamos y perdí.

Se inclinó, lo bastante cerca como para que oliera la salvia y el romero en los que habían envuelto sus ropas antes de ponérselas, lo bastante cerca como para arrancarle un trozo de garganta.

—Crecí en las tierras de los mortales —dije.

—He estado allí. —Pareció divertirle descubrir que teníamos algo en común—. He comido pizza.

Costaba imaginar a un príncipe de Faerie de viaje por el mundo humano por algo que no fuera una razón siniestra, pero comer pizza no sonaba siniestro.

Jugamos otra vez y perdió él. Le flaqueó un poco la sonrisa y bajó la voz a un susurro.

—Este es un secreto de verdad. No puedes decírselo a nadie. Cuando era pequeño, hechicé a mi hermana mortal. Hice que se golpeara a sí misma, muchas veces, y me reí mientras lo hacía. Fue horrible y nunca le he pedido perdón. Me da miedo hacer que lo recuerde. Podría enfadarse mucho.

Me pregunté a qué hermana habría hechizado. Esperaba que no fuera la que se sentaba en un trono y tenía su vida en sus manos.

Sin embargo, sus palabras fueron un recordatorio de que, por muy blando que pareciera o por muy joven que fuera, tenía la misma capacidad de ser cruel que el resto. Pero, cruel o no, todavía podía ganarme su ayuda. Me volví a mirar la estaca a la que estaba atada.

—Esta vez, si yo saco más puntos, cortarás la cuerda y me liberarás. Y si tú sacas más puntos… podrás pedirme que haga cualquier cosa y lo haré.

Un trato desesperado, pero la esperanza me había vuelto imprudente. Frunció el ceño.

—Si te libero —dijo—, ¿qué pasará?

Debía de preguntarse si me habrían atado porque era peligrosa. Tal vez se preguntaba si, una vez libre, me lanzaría a por él y le haría daño. Supuse que no era tan tonto como parecía, después de todo.

Aun así, si quería que le jurase lealtad, no podía.

Todas las Cortes juran lealtad a su gobernante y ese gobernante hace lo mismo ante la Corte Suprema. Cuando el Alto Rey Cardan llegó al poder, dado que yo me encontraba oculta y era la reina legítima de la Corte de los Dientes, la ausencia de mi juramento fue lo que permitió que lady Nore y lord Jarel lo traicionaran. Me matarían en el acto si me atreviera a pronunciar un juramento de lealtad ante nadie, porque me volvería inútil para ellos.

—Podríamos ir al palacio a que me enseñaras más juegos —dije. Me escondería allí todo el tiempo que pudiera, tal vez el suficiente para librarme de lady Nore y de lord Jarel.

Asintió.

—Lanza tú primero.

Me puse los zorros en la mano y les susurré en voz muy baja.

—Por favor.

Cayeron uno de espaldas, otro de pie y otro de lado. Un total de quince puntos. Bien, pero no genial.

Oak los recogió, los agitó y los lanzó. Cayeron todos de pie.

Treinta puntos.

Se rio y dio una palmada.

—¡Ahora tienes que hacer lo que yo quiera!

Volví a pensar en cómo había hechizado a su hermana por pura diversión y me estremecí. De pronto, el secreto que me había contado pasó a parecerme más una advertencia que una confesión.

—¿Y bien? —gruñí.

Oak frunció el ceño mientras pensaba en algo. Cuando relajó las cejas, temí lo que vendría a continuación.

—Canta una canción —dijo con una sonrisa pícara.

Miré hacia el campamento con pánico.

—Me oirán —protesté.

Negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Canta bajito. Llevamos todo este rato hablando. No hace falta que lo hagas más alto que hasta ahora.

Se me quedó la mente en blanco. Tal vez apenas un año antes, mi

no hermana y yo habíamos bailado por la casa al ritmo de canciones de películas sobre princesas valientes, pero en ese momento no lograba recordar ni una palabra. Lo único que me venía a la mente eran baladas sanguinarias de la Corte de los Dientes. Sin embargo, cuando abrí la boca, la melodía que me salió fue la de una canción que mi no madre me cantaba a la hora de dormir. La letra resultó una mezcla de las dos.

—Canta una canción de seis peniques —canté lo más bajito que pude—. Un bolsillo lleno de serpientes. Si me arrancan la cabeza, me curará los dolores.

Oak se rio como si fuera lo más divertido del mundo y no un extraño y sombrío galimatías. Sin embargo, por muy mal que me hubiera salido, la deuda estaba pagada, lo que significaba que tenía otra oportunidad de ganarme la libertad.

Recogí los zorros para jugar otra partida antes de que le diera tiempo a cambiar la apuesta.

Cayeron uno de pie y dos de lado. Cinco míseros y ridículos puntos. Era casi imposible ganar con eso. Me dieron ganas de patear las figuritas del suelo y tirárselas a Oak. Iba a deberle el doble y seguiría sin conseguir nada. Sentí el viejo ardor de las lágrimas detrás de los ojos y el sabor de la sal en la boca. Era una niña con mala suerte, destinada a la desgracia…

En la tirada de Oak, todos los zorros cayeron de lado y no sacó ningún punto.

Contuve el aliento y lo miré. Había ganado.

No parecía decepcionado por tener que cumplir su parte. Se levantó con una sonrisa y sacó un cuchillo de una funda en la que no había reparado, oculta en la manga de la camisa. Era una daga pequeña con forma de hoja; el mango estaba bañado en oro y estaba muy afilada.

Aun así, apenas consiguió separar algunos de los hilos de la pesada cuerda, e hicieron falta varios minutos de serrado para cortar cada uno. Ya lo había intentado con los dientes, sin éxito, pero no me había dado cuenta de lo duros que eran en realidad.

—Tienen algún tipo de encantamiento —dijo, frustrado.

—Corta más rápido —dije y me dedicó una mirada molesta.

Me vibraban los dedos por la tensión de la espera. Antes de que hubiera cortado ni siquiera una cuarta parte, el estruendo de los caballos y el traqueteo de un carruaje me indicaron que mi victoria había llegado demasiado tarde. Lady Nore y lord Jarel regresaban al campamento. Vendrían a comprobar que estuviera donde me habían dejado. Oak comenzó a cortar la cuerda con un ansia frenética, pero ya era imposible escapar.

—Vete —dije, con la voz teñida de una decepción amarga.

Me levantó la mano y apretó uno de los zorros plateados en la palma.

—Volveré mañana —dijo—. Lo prometo.

Contuve el aliento ante la promesa que había hecho con toda tranquilidad. Los feéricos no podían romper las promesas, así que no me quedó más remedio que creerle.

A la noche siguiente, toda la Corte de los Dientes se preparaba para lo que sería un banquete de celebración, según lord Jarel había anunciado con gran petulancia. La Alta Reina mortal había aceptado la brida, junto con su oferta de una tregua. Me habían dado un vestido y me habían dicho que no lo ensuciara, así que estaba de pie en lugar de sentada en el suelo.

Me preocupaba que Oak no llegara a tiempo de evitar que me llevaran al banquete. Estaba soñando con formas de suplicarle ayuda una vez en el castillo cuando emergió del bosque. Arrastraba una espada tras de él, demasiado larga para llevarla al costado. Me recordó cómo había saltado delante de su madre cuando el rey serpiente se lanzó a por ella, como el príncipe de un cuento que se enfrenta a un dragón. Tal vez fuera blando y querido, pero sabía ser valiente.

Me guiñó un ojo y me pregunté si sería valiente porque no

comprendía el peligro que corría.

Miré hacia el campamento y luego a él; abrí mucho los ojos en señal de advertencia. De todos modos, vino hasta mí, sacó la espada y empezó a serrar las ataduras.

—Se llama Noctámbula —susurró—. Es de Jude.

Su hermana. La Alta Reina. Ser parte de la realeza era una realidad muy distinta, tener una familia cuya relación contigo pesaba para ti más que su título. Cuyas armas no tenías miedo de robar.

La hoja estaba afilada y debía de estar muy bien hecha, ya que cortó la cuerda encantada mucho más rápido que el pequeño cuchillo.

—Su padre humano era herrero —continuó—. Forjó la espada antes de que ella naciera.

—¿Dónde está ahora? —Me pregunté si tendría su propia familia en algún lugar.

—Madoc lo mató. —El tono de Oak daba a entender que era consciente de que era algo malo, pero no tanto como para que su hermana le guardara rencor a su padre. No sé por qué debería haber esperado ninguna otra cosa; tal vez Oak hiciera una excepción con sus hermanas y hubiera disfrutado de comer pizza, pero no por eso iba a valorar las vidas mortales.

Miré en dirección al campamento principal, donde se encontraba la tienda de Madoc. Dentro, se estaría preparando para el banquete. Para engañar a Jude, su hija adoptiva, a quien pertenecía la espada y a cuyo padre había matado. Oak parecía actuar bajo la ilusión de que Madoc se preocupaba por él lo suficiente como para que, si lo atrapaban, estaría a salvo, pero yo dudaba de que ese fuera el caso.

La última hebra de la cuerda se quebró y quedé libre, aunque todavía me rodeaba la pierna.

—Estarán de camino al banquete —susurré—. Podrían vernos.

Me dio la mano y tiró de mí hacia el bosque.

—Entonces será mejor que nos demos prisa. Vamos, nos esconderemos en mi habitación.

Juntos, corrimos por el bosque musgoso, entre árboles blancos de hojas rojas y arroyos en los que nixes de ojos pálidos nos observaban

al pasar.

Me recordó un poco a uno de los juegos de lady Nore y lord Jarel. A veces actuaban de una manera que sugería un atisbo de afecto, para después comportarse como si nunca hubieran sentido nada más que asco. Dejaban a mi alcance algo que deseaba con desesperación, como por ejemplo comida, la llave de una habitación de la Ciudadela donde esconderme o un libro de cuentos en el que refugiarme, y después me castigaban por haberlo usado.

Pero corrí de todos modos. Me aferré a sus dedos como si fuera a arrastrarme a un mundo donde otro tipo de juegos eran posibles. La esperanza me calentó el pecho.

Redujimos la velocidad en algunos puntos cuando divisábamos a otros feéricos. A esa distancia del campamento de la Corte de los Dientes, los soldados que evitábamos ya pertenecían a Elfhame. Sin embargo, no era un dato que me tranquilizase. A Oak no le ocurriría nada si lo atrapaban, pero a mí bien podrían encerrarme en las mazmorras o llevarme a la Torre del Olvido.

En el palacio, pasamos ante el primer grupo de guardias. Le hicieron una reverencia a Oak y, si se sorprendieron al verlo con una niña que arrastraba un trozo de cuerda sucia, no dijeron nada al respecto. El palacio de Elfhame era una colina cubierta de hierba con ventanas. En el interior, las paredes eran de piedra, a veces cubiertas de yeso o tierra compactada. Nada que ver con las frías cámaras de hielo tallado de la Ciudadela. Subimos un tramo de escaleras y luego otro, hasta que una soldado nos cortó el paso.

Iba vestida toda de verde, con una armadura diseñada hábilmente con forma de hojas. Llevaba el pelo de color apio recogido sobre un rostro anguloso, como el de un insecto.

—Príncipe —dijo—. Vuestra madre os está buscando. Quería asegurarse de que estuvierais a salvo.

Oak asintió con rigidez.

—Dile que he vuelto.

—¿Y dónde debería decirle que estabais? —Me miró a mí y luego a la espada robada. Temí notar un destello de reconocimiento en sus

ojos.

—Dile solo que estoy bien —dijo el príncipe, ignorando la verdadera pregunta.

—Pero ¿con qué nombre debo llamar…? —comenzó la soldado en un intento por interrogarlo y, al mismo tiempo, mostrarse deferente con su príncipe.

A Oak se le acabó la paciencia.

—¡Llámanos como te apetezca! —la interrumpió. Luego me dio la mano de nuevo y subimos a toda prisa por las escaleras hasta entrar en su habitación, donde cerramos la puerta de golpe. Nos desplomamos apoyados en la madera.

Sonreía y, al mirarlo, me entraron unas extrañas ganas de reír.

La habitación era grande y estaba pintada de un blanco brillante. Una ventana redonda dejaba entrar la luz de las lámparas del exterior. Nos llegaban acordes de la música, probablemente del banquete, que no tardaría en empezar. Había una cama a lo largo de una pared, cubierta con un edredón de terciopelo. Sobre ella, colgaba un cuadro de un ciervo que comía manzanas en un bosque.

—¿Esta es tu habitación? —pregunté. Nada en ella me recordaba a él, salvo unos cuantos libros de bolsillo sobre una mesita y unos naipes esparcidos junto a un sillón.

Asintió, pero se mostró un poco cauteloso al respecto.

—Acabo de volver a las islas. Estuve en el mundo de los mortales con una de mis hermanas. Como te conté anoche.

Eso no era exactamente lo que me había dicho. Creía que lo había visitado, no que había vivido allí, y, desde luego, no en una época tan reciente.

Miré por la ventana. Tenía vistas al bosque y al mar de más allá; el agua oscura ondulaba a la luz de la luna.

—¿Vas a volver? —pregunté.

—Supongo. —Se arrodilló y abrió un cajón de la cómoda para enseñarme unos cuantos juegos y algunos bosques de juguete—. No pudimos traer muchas cosas.

Me imaginé que no sabría nada seguro, dada la improbabilidad de

que su hermana conservara la corona, con tantas fuerzas que conspiraban contra ella.

—Tienes el Uno —dije y saqué el juego de cartas para mirarlo como si fuera la reliquia de una ciudad perdida.

Sonrió, encantado de que lo reconociera.

—Y también el juego del molino, Sorry! y el Monopoly, pero ese es eterno.

—He jugado a algunos. —Me sentía tímida ahora que estábamos en el palacio, en su territorio. Me pregunté cuánto tiempo me dejaría quedarme.

—Elige uno —dijo—. Voy a ver si puedo robar algo de las cocinas. Tiene que haber muchísimas sobras, teniendo en cuenta la cantidad de comida que han preparado para esta noche.

Cuando se marchó, saqué con reverencia el juego Sorry! de la caja y acaricié con los dedos las piezas de plástico. Pensé en una noche que había jugado con mi no familia, Rebecca me había mandado a la casilla de salida tres veces seguidas y se burló de mí por ello, antes de que descubriera todo lo que tenía que perder en realidad. Había llorado y mi no padre le había dicho a mi no hermana que era igual de importante saber ganar que saber perder.

Quería que Oak me diera la oportunidad de demostrar que sabía ser una buena ganadora. Cuando volvió, traía consigo una tarta entera y una jarra de crema.

Se le olvidaron las cucharas, los platos y las tazas, así que nos llevamos a la boca puñados de relleno de arándanos y corteza y bebimos de la jarra. Nos manchamos los dedos y los bordes de las tarjetas del juego.

Embriagada por la alegría del momento, no me paré a pensar en el peligro hasta que el pestillo de la puerta giró. Apenas me dio tiempo a rodar debajo de la cama de Oak y taparme la boca con los dedos pegajosos y manchados antes de que Oriana entrara en la habitación.

Intenté quedarme lo más quieta posible. La esposa de Madoc había acampado con nosotros cuando estábamos en el norte y me reconocería al instante si me veía.

Por un momento, incluso consideré arrojarme a sus pies y suplicar piedad. Sería una rehén útil. Si Oriana me entregaba a la Alta Reina, tal vez no sería cruel. Al menos, no había oído ningún rumor de que fuera horrible en ese sentido.

Pero si se declaraba una tregua, entonces me entregarían de vuelta a lord Jarel y a lady Nore. La Alta Reina querría ceder en todas las peticiones sencillas que le hiciera para así tener la oportunidad de negarles las difíciles.

Además, no estaba del todo segura de qué lado estaba Oriana.

—¿Dónde estabas? —le preguntó a Oak, con voz aguda—. ¿Esto es lo que Vivi y esa tal Heather te dejaban hacer en el mundo mortal? ¿Escaparte sin avisar a nadie?

—Vete —dijo Oak.

—Los guardias me han dicho que tenías a alguien contigo. Corren rumores de que la niña monstruo de la Corte de los Dientes ha desaparecido.

Oak la miró con aburrimiento.

—No te acerques a ella estando solo.

—Soy el príncipe —dijo—. Puedo hacer lo que quiera.

Oriana se mostró sorprendida por un instante, luego dolida.

—Dejé el lado de Madoc por ti.

—¿Y qué? —No parecía mostrar ni un ápice de pena—. No tengo que escucharte ni hacer lo que me digas. Y no tengo que contarte nada.

Esperaba que le diera una bofetada o que llamara a los guardias para que lo hicieran por ella, pero entonces me di cuenta de que los guardias seguirían las órdenes del príncipe por encima de las de lady Oriana. Era a él a quien sus hermanas amaban, y ahora ellas albergaban todo el poder.

Sin embargo, jamás haría predicho cómo su madre se acercó y le tocó la frente para apartarle con los dedos el pelo dorado oscuro de los cuernos.

—Lo sé —dijo—. Tampoco siento emoción por la victoria de ningún bando. Antes deseaba que Madoc nunca hubiera ido a buscar a

esas chicas, pero ahora lo único que querría es que volviéramos a estar todos juntos como antes.

A pesar de lo que le había dicho, Oak apoyó la cabeza en su mano y cerró los ojos. En ese momento, comprendí lo poco que sabía de ellos, pero reconocía el amor y envidiaba cómo le acariciaba el pelo.

Oriana suspiró.

—Quédate en tu habitación esta noche; si no lo haces porque yo te lo pido, al menos hazlo porque el banquete será aburrido y tu hermana no se puede permitir más distracciones.

Tras darle un beso en la frente, se fue.

Cuando cerró la puerta, me recordó la precariedad de mi situación. Necesitaba encontrar una manera de persuadir a Oak para que me dejase quedarme en el palacio. Una razón para que se enfrentara a su madre y a sus hermanas en mi nombre. Estaba segura de que conocía los juegos de los mortales mejor que él, aunque hubiera estado en su mundo hacía menos tiempo; además, sabía cómo hacer trampas. Podía contar el número de manchas de arándanos y barajar para que las primeras cartas me beneficiaran más a mí. Rebecca lo hacía todo el tiempo.

—Juguemos al Go Fish —dije.

Pareció aliviado de que no le hiciera preguntas sobre su madre, como por qué estaba enfadado con ella o por qué había sido amable a pesar de todo. Volví a preguntarme si habría ido a buscar a Madoc cuando me encontró la noche anterior.

Empecé a barajar las cartas y hablé mientras lo hacía para que no me mirase las manos.

—¿Qué más había en las cocinas?

Frunció un poco el ceño y me puse nerviosa, hasta que me di cuenta de que se estaba concentrando.

—Faisán —dijo—. Pasteles de bellota. Ah, y creo que tengo algunos Ring Pops por aquí, de pedir caramelos en Halloween. Los conseguí yo mismo.

Tenía algo de espantoso, aunque una parte de mí deseaba poder haber hecho lo mismo.

Le repartí desde el fondo de la baraja y a mí desde la parte superior, donde había procurado poner muchas cerillas. Me ganó una vez de todos modos, pero yo gané dos veces.

Me dejó esconderme debajo de la cama ese día y el siguiente, después de haberme enterado de que nunca había existido una oportunidad de paz, de que la Corte de los Dientes había perdido la guerra y de que lord Jarel, mi padre, había muerto.

Fue la primera vez en más de un año que dormí toda la noche y hasta bien entrada la tarde sin despertarme.

Siempre me sentiré agradecida por aquello, incluso después de que los guardias me sacaran encadenada de su habitación tres días después. Incluso después de que la Alta Reina me mandara lejos de Elfhame y Oak no dijera ni una palabra para intentar impedírselo.

4

Detrás de la casa abandonada, dos caballos mágicos mastican dientes de león mientras esperan a sus jinetes. Ligeros como ciervos y con un suave halo de luz que les rodea el cuerpo, se deslizan entre los árboles como fantasmas.

Oak se acerca al primero. Tiene el pelaje de un color gris suave y lleva las crines trenzadas con algo que parece una red de la que cuelgan cuentas de oro. Unas alforjas de cuero se apoyan en sus flancos. Le acaricia la mano con el hocico.

—¿Has montado antes? —me pregunta y le dedico la mirada que se merece.

En la Corte de los Dientes, no me enseñaron casi nada de lo que se supone que una hija de la realeza debería saber. Apenas me enseñaron a usar la magia y por eso estoy como estoy ahora, con hechizos débiles, malos modales y ninguna familiaridad con los caballos mágicos.

—¿No? Pues estarías increíble con el cabello al viento tras de ti —dice Oak—. Salvaje como los feéricos de antaño.

Siento las espirales de la vergüenza en las entrañas. Aunque su intención haya sido burlarse, sus palabras me complacen tanto como me avergüenzan.

Tiernan tiene la mano en la espalda de Hyacinthe y lo guía por la hierba. Una forma extraña de tocar a un prisionero.

—Eres incapaz de no encantar a todas las serpientes que te

encuentras, sin importar lo frías o mortales que sean. Déjala tranquila.

Quiero enseñar los dientes, pero solo será una justificación de las palabras de Tiernan.

—Creo que ese consejo deberías habértelo aplicado a ti mismo hace años —responde Oak sin molestarse y, por la expresión del caballero, sé que la flecha ha dado en el blanco. Entrecierra los ojos.

Oak se pasa una mano por la cara y, en ese momento, parece agotado. Parpadeo y su expresión cambia a una de ligera diversión. Me pregunto si me lo habré imaginado todo.

—Mantener una conversación agradable con los compañeros hará que el viaje en sí resulte menos miserable.

—¿No me digas? —dice Tiernan, burlándose de la forma de arrastrar las palabras del príncipe—. Entonces faltaría más, por favor, continúa.

—Eso haré —responde Oak. Ahora es evidente que los dos están molestos uno con el otro, aunque no tengo ni idea de por qué.

—¿Cómo se llama el caballo? —pregunto en el largo silencio que sigue. Solo me queda una ligera aspereza en la voz.

Oak acaricia con los dedos el flanco aterciopelado del caballo y hace un esfuerzo para mejorar su humor.

—Mi hermana Taryn la llamó Damisela cuando éramos pequeños y así se quedó. Te ayudo a subir.

—¿No es adorable? —dice Hyacinthe, las primeras palabras que le oigo pronunciar—. Montar el caballo de tu hermana en la batalla. ¿Tienes algo propio, príncipe? ¿O solo las sobras y los desechos de las chicas?

—Levántate —le dice Tiernan con brusquedad—. Monta.

—Como ordenes —dice el soldado maldito—. Te encanta dar órdenes, ¿verdad?

—A ti, sí —responde Tiernan y monta detrás del prisionero. Medio segundo después, parece darse cuenta de lo que ha dicho y se le encienden las mejillas. No creo que Hyacinthe lo haya visto, pero yo sí.

—A la suya la llama Andrajosa —continúa Oak, como si la otra

parte de la conversación no hubiera pasado, aunque ignorarlos tiene que suponerle todo un esfuerzo.

Tiernan se da cuenta de que lo estoy observando y me dedica una mirada que me recuerda que, si fuera por él, estaría atada y amordazada y me llevarían a rastras tras los caballos.

—Necesito ir a por mis cosas —digo—. En mi campamento.

Oak y Tiernan cruzan una mirada.

—Por supuesto —dice el príncipe después de la conversación silenciosa que acaban de tener—. Muéstranos el camino, lady Wren.

Después entrelaza los dedos para que apoye un pie en ellos y me suba al caballo. Lo hago, aunque no me resulta fácil pasar la pierna por encima. Monta sin esfuerzo delante de mí y no sé dónde poner las manos.

—Agárrate —me insta Oak, así que no me queda más remedio que clavarle las uñas en la carne sobre los huesos de la cadera, justo por debajo de la cota de malla, para intentar no caerme. El calor de su piel me quema a través de la fina tela que lleva bajo las placas de oro y la vergüenza empuja ese calor hasta mis mejillas.

El corcel mágico tiene una agilidad sobrenatural; se mueve tan rápido que parece que vuela. Intento hablarle a Oak al oído, para darle indicaciones, pero siento que la mitad de lo que digo se la lleva el viento.

A medida que nos acercamos a mi refugio de ramas de sauce entretejidas, el caballo reduce la velocidad hasta el trote. Un escalofrío recorre al príncipe al percibir el hechizo que lancé para proteger el lugar. Se da la vuelta un segundo para dedicarme una mirada acusadora y, a continuación, levanta el brazo y lo aparta con la misma facilidad que si fueran telarañas.

¿Acaso piensa que planeaba usarlo para escapar? ¿Para hacerle daño? Cuando se detiene, desmonto con alivio y las piernas me tiemblan. En circunstancias normales, a esta hora es cuando me iría a dormir, así que estoy más agotada que de costumbre mientras me tambaleo hacia mi pequeño hogar.

Siento cómo la mirada de Oak se me clava en la espalda. No puedo

evitar ver este sitio a través de sus ojos. La guarida de un animal.

Aprieto los dientes y me meto dentro. Allí, busco la mochila vieja que encontré en un contenedor de basura. Meto varios objetos, sin estar segura de lo que podría necesitar. La menos sucia de mis tres mantas. Una cuchara de los cajones de la cocina de mis no padres. Una bolsa de plástico con siete gominolas de regaliz. Una manzana medio aplastada que he estado guardando. Una bufanda, con los extremos sin acabar, que mi no madre aún seguía tejiendo cuando la robé.

Oak camina entre un conjunto de anillos de hongos cercano mientras observa lo que hago desde la distancia.

—¿Has vivido aquí desde la última vez que hablamos? —pregunta y trato de no buscarle un significado oculto a las palabras. Su expresión no es de asco ni nada parecido, pero se esfuerza demasiado por mantener la cara neutra como para que me crea que no pretende esconder lo que piensa.

Hace cuatro años, era más fácil disimular lo bajo que había caído.

—Más o menos —digo.

—¿Sola? —pregunta.

No del todo. A los doce años, hice una amiga humana. La conocí rebuscando en la basura detrás de una librería, tratando de hallar libros de bolsillo con la cubierta arrancada. Me pintó las uñas de los pies de un azul brillante, pero un día la vi hablando con mi hermana y me escondí de ella.

Entonces, Bogdana apareció unos meses después y colgó una piel humana sobre mi campamento, una advertencia para que no revelara ninguno de nuestros secretos. Me mantuve alejada de los mortales durante un año después de eso.

Después hubo un chico al que salvé de la glaistig cuando yo tenía catorce años y él, diecisiete. Nos sentábamos junto a un estanque a pocos kilómetros de aquí y evitaba con mucho cuidado contarle cualquier cosa que pensara que no le fuera a gustar a la bruja de la tormenta. Creo que estaba medio convencido de que me había conjurado con su vapeador, que era una novia imaginaria. Le gustaba

provocar incendios y a mí me gustaba mirar. Al cabo de un tiempo decidió que, como no era real, daba igual lo que me hiciera.

Entonces le demostré que era muy real, y que también lo eran mis dientes.

La bruja de la tormenta volvió a venir después de aquello, con otro pellejo, y otra advertencia sobre los mortales, pero para entonces apenas la necesitaba ya.

Había una banshee de pelo plateado a la que visitaba a veces. Como era una sluagh, los demás feéricos locales la evitaban, pero yo me sentaba con ella durante horas mientras lloraba.

Sin embargo, al pensar en contarle a Oak algo de todo eso, me di cuenta de que haría que mi vida sonara aún peor, no mejor.

—Más o menos —vuelvo a decir.

Recojo algunas cosas y después las vuelvo a dejar en el suelo; desearía llevármelo todo conmigo, pero soy consciente de que no cabe. Una taza astillada. Un único pendiente que cuelga de una rama. Un pesado libro de texto de poesía de séptimo curso, con el nombre de Rebecca escrito con un permanente grueso en un lateral. El cuchillo de carnicero de la cocina familiar, que Tiernan mira con escepticismo.

Me quedo con los dos cuchillos pequeños que llevo encima.

Hay una última cosa que me guardo, con un movimiento rápido para evitar que ninguno la vea.

Un pequeño zorro plateado con ojos de peridoto.

—La Corte de las Polillas es un lugar salvaje, peligroso incluso para un príncipe de Elfhame. —Tiernan informa a Oak, sentado en un tronco mientras corta la corteza de una rama con una hoja pequeña y afilada. Intuyo que no es la primera vez que tienen esta conversación —. Sí, son vasallos de tu hermana, pero son violentos como buitres. La reina Annet se come a sus amantes cuando se cansa de ellos.

Hyacinthe se arrodilla ante el hilillo de un arroyo cercano para beber. Con una sola mano para apoyarse y sin otra con la que recoger el agua, mete la boca directamente en el cauce y engulle lo que puede. Ante las palabras de Tiernan, levanta la cara. Alerta, tal vez, a una posibilidad de escapar.

—Solo tenemos que hablar con la bruja de espinas —le recuerda Oak—. Le pediremos a la reina Annet que nos conceda un pasaje seguro por sus pantanos para encontrarla. La Corte de las Polillas está solo a medio día a caballo hacia el este, en dirección al mar. No perderemos el tiempo. No podemos permitírnoslo.

—La bruja de espinas —repite Tiernan—. Ha visto morir a dos reinas en la Corte de las Termitas. Incluso se rumorea que fue cosa suya. Quién sabe qué estará tramando ahora.

—Estaba viva durante el reinado de Mab —dice Oak.

—Ya era vieja durante el reinado de Mab —responde Tiernan, como si fuera un punto a su favor—. Es peligrosa.

—La vara de zahorí de la bruja de espinas sirve para encontrar cualquier cosa. —La tensión vibra en el aire mientras hablan. Estoy demasiado familiarizada con la sensación como para no reconocerla. ¿Está más asustado de lo que deja ver, un príncipe en su primera misión, que monta el bonito caballo de su hermana?

—¿Y después qué? —pregunta Tiernan—. La maniobra que planteas supone un gran riesgo.

Oak suelta un largo suspiro y no responde, lo que me lleva a preguntarme de nuevo por sus motivos. Por qué parte del plan ha evitado contar, esa en la que necesita que una bruja encuentre algo para él.

Tiernan vuelve a tallar y no hace más advertencias. Me pregunto lo difícil que será mantener a Oak alejado de los problemas y si lo hará por amistad o por lealtad a Elfhame. Mientras que Oak me recuerda a la luz del sol que se filtra entre los árboles del bosque, todo oro y sombras cambiantes, Tiernan es esos mismos bosques en invierno, con las ramas desnudas y frías.

Cuando me dispongo a levantarme, me fijo en que hay algo blanco encajado en el borde de la cabaña, entre las ramas entrelazadas. Un trozo de papel enrollado, sin marcas de suciedad. Mientras hablan, consigo alisarlo bajo una de las mantas mugrientas y leer lo que tiene escrito.

No puedes escapar del destino.

Reconozco la letra retorcida de Bogdana. Detesto la idea de que haya entrado en el lugar donde me siento más segura y la nota en sí me enfada. Una burla, para dejar claro que no va a dejar de cazarme. Una mofa, como si me diera ventaja en un juego que seguramente ganará.

Arrugo la nota y la guardo en la mochila, al lado del pequeño zorro plateado.

—¿Lo tienes todo? —pregunta Oak y me incorporo con aire culpable mientras me echo la mochila al hombro.

Una ráfaga de viento hace volar mi vestido raído a mi alrededor, con el dobladillo más sucio que nunca.

—Si antes te ha parecido que nos movíamos rápido… —empieza a decir el príncipe, con una sonrisa traviesa. De mala gana, camino hasta el caballo y me resigno a volver a subirme a su lomo.

Entonces las flechas surgen de la oscuridad.

Una se clava en el tronco de un arce cercano, justo encima de mi cabeza. Otra golpea el flanco del caballo de Tiernan, que suelta un relincho espantoso. Presa del pánico, me quedo mirando la madera áspera y desigual de las flechas, cubiertas con plumas de cuervo.

—¡Criaturas de palo! —grita el soldado alado.

Tiernan le lanza una mirada furibunda, como si fuera de alguna manera culpa de él.

—¡Montad!

Oak me tiende la mano y me sube a Damisela delante de él, con la espalda apoyada en su pecho cubierto de metal. Me aferro a los nudos de las crines del caballo y atravesamos la noche a toda velocidad. Los cascos del animal retumban como truenos y las flechas silban por el aire tras nosotros.

Las criaturas de palo se hacen visibles, bestias hechas de palos y ramitas, algunas con la forma de enormes lobos, otras parecidas a arañas y una con tres cabezas traqueteantes; no se parecen a nada que haya visto nunca. Unas pocas tienen formas vagamente humanas y van armadas con arcos. Todas están cubiertas de musgo y enredaderas, con piedras incrustadas en la tierra compactada en sus

centros. Pero lo peor es que, entre los trozos de madera y barro, veo lo que parecen ser dedos mortales encerados, tiras de piel y ojos mortales vacíos.

El terror se apodera de mí.

Lanzo una mirada llena de pánico hacia el caballo herido que cabalga tras nosotros, sobre el que van Tiernan y Hyacinthe. La sangre le mancha el flanco y sus pasos son tambaleantes e irregulares. Aunque se mueve rápido, las criaturas de mimbre son más veloces.

Oak tiene que saberlo, porque tira de las riendas y Damisela da la vuelta para dirigirse hacia nuestros atacantes.

—¿Puedes ponerte detrás de mí? —dice.

—¡No! —grito. Ya me cuesta bastante no caerme abrazada al cuello del caballo, con los dedos enroscados en sus crines, mientras aprieto los muslos con todas mis fuerzas para aferrarme a sus flancos.

Me rodea un brazo con el suyo y me aprieta contra él.

—Entonces agáchate todo lo que puedas —advierte. Con la otra mano, saca una pequeña ballesta de una de las alforjas y coloca una saeta con los dientes.

Dispara y falla estrepitosamente. La flecha se clava en la tierra entre Tiernan y el ciervo de palo. No hay tiempo para recargar y el príncipe no se molesta en hacerlo, se limita a respirar hondo, expectante.

Se me encoge el corazón mientras deseo con desesperación que ojalá tuviera talento para algo más que para romper maldiciones. Si tuviera el poder de la bruja de la tormenta, les lanzaría un rayo y los reduciría a cenizas. Si controlara mejor mi propia magia, tal vez podría ocultarnos tras una ilusión.

Entonces la flecha que Oak disparó estalla en un fuego azul y brillante, y me doy cuenta de que no había fallado. Las llamas devoran a los hombres de palo, que caen de los lomos de sus monturas leñosas, y una de las criaturas arácnidas escapa, envuelta en fuego, hacia el bosque.

El caballo de Tiernan casi ha alcanzado al nuestro cuando nos alejamos al galope. Siento que Oak se tensa detrás de mí y me vuelvo

a mirarlo, pero niega con la cabeza, así que me concentro en sujetarme.

Oírlos describir el poder de lady Nore era una cosa, pero ver a las criaturas de palo con trozos de carne había sido como una bofetada al comprender lo fácil que le sería cosechar partes humanas en las ciudades, como piedras en una cantera, y esculpir ejércitos de bosque. Elfhame tiene motivos para preocuparse. El mundo mortal tiene motivos para sentir miedo. Es peor de lo que imaginaba.

Los caballos salen del bosque y nos encontramos en una carretera suburbana que más adelante cruza una autopista. Es lo bastante tarde como para que haya poco tráfico. El hechizo de Tiernan nos envuelve; no es exactamente un disfraz, sino una especie de despiste. Los mortales llegan a ver algo por el rabillo del ojo, pero no a nosotros. Un ciervo blanco, quizá. O un perro grande. Algo que esperan ver y que encaja en el mundo, algo que pueden explicar. La magia me provoca un picor en los hombros.

Seguimos cabalgando durante lo que me parecen horas.

—¿Oak? —llama el caballero cuando llegamos a una encrucijada. Desplaza la mirada hacia mí—. ¿Cuándo le dieron al príncipe?

Me doy cuenta entonces de que el peso en mi espalda ha crecido mucho, como si Oak se hubiera desplomado hacia delante. Todavía me rodea con la mano, pero ha aflojado el agarre de las riendas. Cuando vuelvo la cabeza, veo que tiene los ojos cerrados, las pestañas le acarician las mejillas y las extremidades le cuelgan.

—No lo sabía… —empiezo.

—Serás tonta —masculla Tiernan.

Intento darme la vuelta en la silla de montar y agarrar el cuerpo del príncipe para que no se caiga. Se desploma contra mí, grande y cálido entre mis brazos. Pesa demasiado por culpa de la armadura y no estoy segura de poder sujetarlo. Le clavo los dedos y espero aguantar, aunque no me cuesta nada imaginar el cuerpo del príncipe tirado en el suelo.

—Alto —dice Tiernan y hace frenar al caballo. Damisela también se detiene, al ritmo de la montura del caballero.

—Bájate —le dice a Hyacinthe y luego le da un golpe en la espalda.

El soldado alado desmonta con una facilidad que sugiere que lo ha hecho muchas veces.

—¿A este es a quien sigues? —pregunta con un tono hosco mientras mira hacia el príncipe.

Tiernan desmonta.

—¿Sugieres que me alíe con esas cosas?

Hyacinthe no contesta, pero me estudia como si se preguntara si estoy de su lado. No lo estoy y espero que mi mirada se lo deje claro.

Tiernan se acerca a zancadas a Damisela. Levanta el peso de Oak en brazos y deposita al príncipe sobre la tierra cubierta de hojas.

Me bajo de la silla de montar sin gracia y golpeo el suelo con fuerza mientras me tambaleo sobre una rodilla.

Una mancha de sangre muestra que una de las flechas le acertó a Oak justo por encima del omóplato. Sin embargo, la detuvieron las escamas de la armadura dorada; solo la punta le perforó la carne.

Debía de estar envenenada.

—¿Está…? —Veo cómo se le mueve el pecho. No está muerto, pero el veneno aún podría estar recorriéndole las venas. Podría estar muriéndose.

No quiero pensarlo. No quiero pensar en que, si no hubiera estado detrás de mí, me habrían dado a mí.

Tiernan le comprueba el pulso. Luego se inclina y olfatea, como si tratara de identificar el olor. Se pone un poco de sangre en el dedo y la toca con la lengua.

—Dulcemuerte. Si usas suficiente, puede hacerte dormir durante cientos de años.

—Es imposible que hubiera mucha en la flecha —digo y espero que me responda que tengo razón.

Sin embargo, Tiernan me ignora y rebusca en una bolsa que lleva en el cinturón. Saca una hierba, que aplasta bajo la nariz del príncipe y luego se la pone en la lengua. Oak está lo bastante consciente para apartar la cabeza cuando el caballero le mete los dedos en la boca.

—¿Eso lo arreglará? —pregunto.

—Esperemos que sí —dice Tiernan mientras se limpia la mano en los pantalones—. Deberíamos buscar un lugar donde refugiarnos durante la noche. Entre los mortales, donde es poco probable que nos topemos con las criaturas de lady Nore.

Asiento deprisa.

—No debería ser un paseo demasiado largo. —Levanta al príncipe y lo sube a su corcel. Después nos ponemos en marcha y Tiernan guía a Damisela con las riendas. Hyacinthe camina detrás de él y yo me ocupo de la montura del caballero.

La mancha de sangre en su costado ha crecido y cojea de forma evidente. También llama la atención el trozo de flecha que sigue clavado en su costado.

—¿También estaba envenenada?

Asiente secamente con la cabeza.

—Aunque no lo suficiente como para acabar con ella. Es una chica dura.

Rebusco en la mochila y saco la manzana aplastada que he traído. Muerdo trozos para los dos caballos, que resuellan con gentileza en mis manos.

Acaricio el pelo del hocico de Andrajosa. No da la sensación de que le duela demasiado la flecha, así que opto por creer que estará bien.

—Tal vez sería mejor que durmiera cien años —dice Tiernan, aunque parece hablar más para sí mismo—. No me cabe duda de que lady Nore nos va a perseguir igual que nosotros a ella. Dormido está mejor que muerto.

—¿Por qué lo hace en realidad? —pregunto.

El caballero me mira con dureza.

—¿Hacer qué?

—No es una tarea digna de él. —No sé de qué otra manera explicarlo. En la Corte de los Dientes, lady Nore me hizo comprender que ella podía perforarme la piel hasta hacer encajar una correa de plata o causarme una agonía tan grande que mis pensamientos se

encogerían como los de un animal, pero cualquier falta de respeto por parte de un plebeyo sería castigada con la muerte. Ser de la realeza era algo importante.

Incluso en su peor momento, dudo de que la Alta Reina valore al príncipe menos de lo que lady Nore me valoraba a mí. Jude debería haber enviado una decena de caballeros en lugar de a su propio hermano, con nada más que un guardia para protegerlo.

—Tal vez haya una dama a la que quiera impresionar con sus heroicidades —dice el caballero.

—Su hermana, imagino —digo.

Se ríe.

—O lady Violeta, con los labios de color carmín y una corona de mariposas vivas en el pelo, según un poema que se ha escrito sobre ella. Oak pasó tres días en su cama antes de que apareciera un amante celoso, con una daga en la mano, y causara una escena lamentable. También hubo una lady Sibi, que declarará con dramatismo a cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar que Oak la volvió loca de pasión y luego, una vez que se cansó de ella, le partió el corazón en mil pedazos.

»En realidad, ahora que lo pienso, haría bien en no impresionar a Sibi más de lo que ya lo ha hecho. Pero podría ser cualquier de las otras decenas de bellezas de Elfhame, todas bien dispuestas a dejarse cautivar por sus heroicidades.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—Esa es una razón ridícula.

—Algunas personas son ridículas —dice Tiernan y dirige una mirada hacia el hosco Hyacinthe, que camina tras él—. Sobre todo cuando se trata de amor.

No es una visión muy halagadora de Oak, pero ahora mismo cuelga inconsciente del lomo de un caballo. También es muy probable que le haya salvado la vida a Tiernan. Y a mí.

—¿Es lo que crees de verdad? —pregunto.

—¿Qué? ¿Que hay una chica? De eso estoy seguro. Siempre la hay. Pero también creo que la valentía no es indigna de un príncipe —dice.

Hay rumores de que Cardan nunca quiso el trono, que se lo entregará a Oak sin pestañear en algún futuro impreciso. Sin embargo, cuando pienso en el Alto Rey Cardan, en sus rizos negros y su boca cruel, en su forma de comportarse, despreocupada y peligrosa a la vez, me cuesta creer que renunciará al poder. Por otra parte, no le costaría engañar a Oak para que fuera a una misión sin retorno. Lo alentaría con promesas de honor y hazañas.

—Si el Alto Rey y la Alta Reina lo han dejado marchar sin más protección que tu compañía, alguien lo quiere muerto.

Tiernan levanta las cejas.

—Tienes una mente desconfiada.

—Lo dice el amante de un traidor. —No estaba segura de tener razón, pero entonces me di cuenta de cómo Tiernan miraba a Hyacinthe cuando mencionó el amor y recordé lo que Oak le había dicho antes sobre la confianza.

Me llena de satisfacción ver cómo el golpe da en el blanco.

Tiernan me mira boquiabierto, como si hubiera estado convencido de que, solo porque mi voz está gastada por el desuso y parezco más una bestia que una chica, eso significase que no prestaba atención.

Hyacinthe suelta una carcajada hueca.

—¿Crees que el Alto Rey me está usando para conspirar contra el príncipe? —pregunta el caballero.

Me encojo de hombros.

—Creo que, aunque estés dispuesto a correr todos los riesgos del mundo por el príncipe, para ti solo hay uno. Y me parece extraño que la familia real permita que un príncipe se juegue la vida por un poco de gloria.

El caballero aparta la mirada y no responde.

Caminamos durante casi un kilómetro y medio antes de que Oak emita un gemido bajo e intente incorporarse.

—Jude —murmura—. Jude, no podemos dejarlo morir.

—Estás bien —dice Tiernan y le pone una mano en el hombro—. Los hemos perdido.

El príncipe abre los ojos de zorro leonado y mira alrededor.

Cuando me ve, vuelve a dejar caer la cabeza, como si le aliviase saber que sigo aquí.

Cerca del amanecer, llegamos a una playa azotada por el viento.

—Espera aquí con el príncipe —me dice Tiernan de camino a un embarcadero de piedra negra—. Hyacinthe, tus órdenes siguen siendo las mismas. Mis enemigos son tus enemigos. Protégela si es necesario.

El prisionero esboza una sonrisa maliciosa.

—No soy yo quien ha olvidado todo lo que juró.

No le veo la cara a Tiernan, así que no sé si el rencor de Hyacinthe le molesta.

En el aire cuelga el sabor del mar. Me lamo el labio superior y observo cómo Tiernan conduce al caballo herido hasta la arena. La pezuña de Andrajosa roza el borde de una ola. Al tocar la espuma del mar, agita las crines y emite un relincho que hace que se me erice el vello de los brazos.

Hyacinthe se vuelve hacia mí. El estruendo de las olas impide que Tiernan le oiga, pero de todos modos baja la voz.

—Hay cosas que podría contarte, si no llevase la brida. Libérame y te ayudaré.

No digo nada. Lo compadezco, pero no por eso es mi aliado.

—Por favor —dice—. No puedo vivir así. Oak eliminó la maldición cuando me atraparon, pero no tenía poder suficiente para evitar que volviera a aparecer. Lo primero ha sido el brazo y no sé qué vendrá después. Volver a perderme poco a poco es peor que ser un halcón por completo.

—Que quede claro, odio a lady Nore —digo, con un gruñido, porque no quiero escucharle. No quiero simpatizar con él más de lo que ya lo hago—. Si le eres leal, eso significa que también te odio a ti.

—Seguí a Madoc —dice Hyacinthe—. Y ahora soy prisionero de su hijo. Porque fui leal, no por no serlo. Más leal que mi amante, que no dudó en besarle los pies a otro y renegar de mí. Lady Nore prometió

quitar la maldición a cualquier halcón que se uniera a ella, pero nunca le he hecho ningún juramento. Puedes confiar en mí. A diferencia de los otros, no te traicionaré.

Al otro lado de la playa, el caballo de Tiernan se adentra en el agua negra, sin prestar atención a las olas que rompen contra su cuerpo.

«Más leal que mi amante, que no dudó en colgarse de las barbas de otro y renegar de mí».

—¿Andrajosa se está ahogando? —pregunto.

Hyacinthe niega con la cabeza.

—El pueblo del mar la llevará de vuelta a Elfhame y allí se curará.

Suelto el aire contenido. Miro a Oak, que apoya la mejilla en el costado de Damisela. La armadura brilla a la luz de la luna. Se le mueven las pestañas. Tiene callos en las manos.

—Quitarte la brida no detendrá ni acelerará la maldición —le recuerdo a Hyacinthe.

—No caigas en el hechizo del príncipe —advierte, mientras el caballero sube por las rocas hacia nosotros—. No es lo que parece.

Tengo varias preguntas en la punta de la lengua, pero no hay tiempo para hacerlas. Mientras Tiernan se acerca, miro al mar. Andrajosa ha desaparecido. Ya no le veo la cabeza por encima de las olas.

—Solo nos queda una montura —informa Tiernan.

Tampoco tenemos un lugar donde descansar. Estudio el espacio sombrío bajo el malecón. Podríamos acurrucarnos allí, en la arena fría y suave, sin que nos molestasen. Al pensarlo, caigo en la cuenta de lo agotada que estoy.

El caballero señala hacia la carretera.

—Hay un motel en esa dirección. He visto el cartel desde la orilla.

Recupera las riendas del caballo de Oak y lo conduce colina arriba. Lo sigo, por delante del soldado alado. Observo lo tensos que están el uno con el otro, con cuánto cuidado procuran mantenerse separados, como unos imanes que deben conservar una distancia segura si quieren evitar que su propia naturaleza los obligue a chocar.

Caminamos mientras las estrellas se apagan en lo alto y saboreamos la sal en el aire. Me pregunto si el zumbido del tráfico o el olor a hierro les molestará. Yo estoy acostumbrada. Mientras sigamos aquí, me muevo en terreno conocido. Cuando lleguemos a la Corte de las Polillas, nos habremos adentrado lo suficiente en Faerie para que las cosas se vuelvan resbaladizas e inciertas.

Al pensarlo, doy una patada a un vaso de un local de comida rápida petrificado y lo envío rodando hasta la cuneta.

Tras un puñado de calles, llegamos a un motel donde la maleza se cuela por las grietas del aparcamiento. Hay unos cuantos coches destartalados aparcados cerca del edificio de estuco de una sola planta. Un cartel en lo alto promete plazas libres, tele por cable y poco más.

El príncipe intenta incorporarse de nuevo.

—Quédate ahí —dice Tiernan—. Volveremos con las llaves.

—Estoy bien —dice Oak y se desliza del caballo, para desplomarse inmediatamente sobre el asfalto.

—¿Bien, dices? —repite el caballero, con las cejas alzadas.

—No podría decirlo si no fuera cierto —responde el príncipe y consigue ponerse en pie sin dejar de tambalearse. Se apoya con fuerza en un coche cercano.

—Hyacinthe —dice Tiernan y señala a Oak—. No dejes que se caiga de nuevo. Wren, vienes conmigo.

—Solo en sueños dejaría caer a un personaje tan importante —se burla Hyacinthe—. Ni en sueños, quiero decir. O algo así.

—Con lo que deberías soñar es con volar, halcón —dice Oak, con suficiente rabia que me pregunto si habrá escuchado parte de nuestra conversación anterior.

Hyacinthe se estremece.

—Wren —dice Tiernan de nuevo y señala hacia el motel.

—Se me dan mal los hechizos —advierto.

—Pues no nos molestaremos con usar ninguno.

La recepción apesta a cigarrillos rancios a pesar del cartel de «prohibido fumar» que hay sobre la puerta. Detrás del mostrador, una

mujer de aspecto agotado juega a algo con el móvil.

Nos mira y abre los ojos de par en par. Separa los labios para gritar.

—Estás viendo a personas totalmente normales por razones totalmente normales —dice Tiernan y, mientras la observo, los rasgos de la mujer se suavizan y se le empaña la mirada—. Queremos dos habitaciones, una al lado de la otra.

Recuerdo el hechizo que les echaron a mis no padres y detesto esta situación, aunque no le ha pedido que hiciera nada horrible. Aun así.

—Claro —dice la mujer—. No hay muchos turistas en esta época del año, así que tendréis casi todo el espacio para vosotros.

El caballero asiente vagamente mientras la mujer introduce una llave en blanco en la máquina.

Dice que necesita registrar una tarjeta para los imprevistos, pero tras unas pocas palabras, se le ha olvidado. Tiernan paga con billetes que no tienen el sospechoso aspecto de las hojas encantadas. Lo miro con extrañeza y me guardo en el bolsillo una caja de cerillas.

Fuera, el caballo que nos queda pasta en una zona de hierba llena de maleza y brilla suavemente mientras se come un diente de león. Nadie parece dispuesto a atar a Damisela.

Oak está sentado en el parachoques de un coche, con un aspecto un poco mejor. Hyacinthe se apoya en una pared de estuco sucia.

—El dinero —pregunto—. ¿Era real?

—Ah, sí —confirma el príncipe—. De lo contrario mi hermana se sentiría muy contrariada.

—Contrariada. —Repito la palabra, más rebuscada de lo necesario, aunque sé lo que significa. Enfadada.

—Muy contrariada —dice con una sonrisa.

Para los feéricos, los mortales suelen ser irrelevantes o un mero entretenimiento.

Supongo que a su hermana es imposible relegarla a ninguna de esas dos categorías. Muchos deben odiarla por ello.

Tiernan nos lleva a nuestras habitaciones, la 131 y la 132. Abre la primera y nos hace pasar. Hay dos camas individuales, con fundas de

aspecto rasposo. Hay una tele en la pared, sobre un escritorio desvencijado que han atornillado al suelo, por lo que la alfombra tiene unas pequeñas manchas circulares de óxido alrededor de los tornillos. La calefacción está encendida y el aire huele vagamente a polvo quemado.

Hyacinthe está de pie junto a la puerta, con el ala cerrada en la espalda. Me sigue con la mirada, sospecho que para evitar posarla en el caballero.

Oak se arrastra hasta la cama más cercana, pero no cierra los ojos. En cambio, sonríe al techo.

—Hemos aprendido algo de sus capacidades.

—¿Esperas que te diga que ha merecido la pena que te envenenaran? —espeta el caballero.

—Siempre me envenenan. Qué lástima que no fuera seta lepiota —dice el príncipe sin sentido.

Tiernan me señala con la barbilla.

—Esta cree que eres un tonto por estar aquí.

Frunzo el ceño, porque eso no era lo que quería decir.

—Ah, lady Wren —dice Oak, con una sonrisa perezosa. El pelo dorado le roza la frente y le oculta parte de los cuernos—. Eso me duele.

Dudo de que haya herido sus sentimientos. Sin embargo, aún tiene en la mejilla el corte de mis uñas. Tres líneas de sangre seca, rosadas en los bordes. Nada de lo que dice es mentira, pero todas sus palabras son acertijos.

Tiernan se arrodilla y comienza a desabrochar los lados de la armadura de Oak.

—Échame una mano, ¿quieres?

Me acuclillo al otro lado del príncipe, preocupada por hacer algo mal. Oak desvía la mirada hacia mí mientras, con dedos torpes, intento quitarle la cota de malla donde se le ha pegado a la herida. Suelta un débil resoplido de dolor, con los labios blancos en las comisuras de apretarlos para tragarse cualquier otro sonido que se le pueda escapar.

Debajo, se le levanta la camisa de lino manchada y deja a la vista su vientre plano y el hundimiento de los huesos de la cadera. Su sudor desprende un olor similar al de la hierba triturada, pero sobre todo huele a sangre. Me observa desde detrás de las pestañas con los ojos medio cerrados.

Sin la armadura de oro, casi se parece al chico que recuerdo.

Tiernan se levanta para ir a por toallas.

—¿Cómo sabía lady Nore que vendríais a buscarme? —pregunto en un intento por distanciarme de la extraña intimidad del momento, del calor y la cercanía de su cuerpo.

Si había enviado tanto a las criaturas de palo como a Bogdana, debía de estar muy interesada en mí de repente, después de haberme ignorado durante ocho años.

Oak intenta incorporarse en las almohadas y pone una mueca de dolor, mientras se le enrojecen las mejillas.

—Es probable que se haya dado cuenta de que pedirte que me acompañases sería el movimiento más inteligente —dice—. O tal vez tenga espías que vieron qué dirección tomamos cuando salimos de Elfhame.

Tiernan asiente hacia Hyacinthe desde el baño, donde empapa la tela bajo el agua humeante del grifo.

—Espías como él, supongo.

Frunzo el ceño mientras miro al exhalcón.

—No hay muchos trabajos disponibles para pájaros —dice Hyacinthe y levanta las manos en un gesto defensivo—. Y no te estaba espiando a ti.

Tiernan trae las toallas y levanta una con la intención de lavar la herida del príncipe. Sin embargo, antes de que lo haga, Oak se la quita y se la aprieta en el hombro; cierra los ojos por el dolor. El agua le resbala por la espalda hasta manchar las sábanas de color rosa.

—Estamos a pocos días a caballo de la Corte de las Polillas, pero nos falta una montura —dice Tiernan.

—Negociaré para conseguir otra —dice Oak con aire distraído. No sé si se da cuenta de que, en el mundo de los mortales, los caballos no

son algo que se pueda comprar en el mercado local.

Cuando el príncipe comienza a vendarse la herida, Tiernan me hace un gesto con la cabeza.

—Ven —dice y me acompaña fuera de la habitación—. Dejémosle que sueñe con todas las cosas que hará mañana.

—Como emitir un decreto real que prohíba que te burles de mí cuando me han envenenado —dice Oak.

—Qué más quisieras —responde Tiernan.

Vuelvo a mirar a Hyacinthe, ya que no me parece que el caballero le bese los pies al príncipe. En todo caso, parecen amigos que se conocen desde hace tiempo. Pero el antiguo halcón se hurga las uñas con una daga y nos ignora a todos.

Tiernan usa la segunda llave para entrar a un espacio casi idéntico al anterior. Dos camas, una tele. Manchas de óxido donde los tornillos han estado en contacto con la alfombra. Una colcha de poliéster que da la sensación de que no absorbería el agua si se le volcase encima.

Allí, el caballero me rodea el tobillo con una cuerda y me ata a la cama con suficiente holgura como para que pueda tumbarme o incluso darme la vuelta. Le siseo mientras lo hace y tiro de las ataduras.

—Tal vez él confíe en ti —dice Tiernan—. Pero yo no confío en nadie de la Corte de los Dientes.

Después dice unas palabras sobre el nudo, un pequeño encantamiento que estoy casi segura de que podría romper, con toda la práctica que he tenido en desentrañar los hechizos de la glaistig.

—Que duermas bien —dice y se marcha. Cierra la puerta con fuerza tras él. Se ha dejado la mochila y apuesto a que piensa volver y dormir aquí para tenerme vigilada. Y para evitar lo que sea que sienta por Hyacinthe.

Con rencor, me levanto y llevo la cuerda hasta el límite para echar el pestillo.

El amanecer se ha alargado hasta dar paso al día y, alrededor del motel, el mundo mortal se despierta. El motor de un coche arranca. Dos personas discuten cerca de una máquina expendedora. Se oye un portazo en la habitación contigua. Me asomo a la ventana, e imagino

que me deslizo hacia el horizonte y desaparezco. Imagino la cara de Tiernan al volver y no encontrarme.

Sin embargo, sería una tontería intentar enfrentarme a la bruja de la tormenta o a lady Nore yo sola. El mismo veneno que afectó al príncipe me habría dado a mí, solo que, sin armadura, la flecha se habría hundido mucho más hondo en la carne. Y nadie habría estado allí para darme un antídoto o llevarme a caballo.

Aun así, no quiero que me arrastren como a un animal y vivir preocupada porque me pongan una correa.

Si no van a respetarme y no me van a tratar como a una igual, entonces quiero que al menos Oak sea consciente de que tengo tanto derecho como él a cumplir esta misión, más razones para odiar a lady Nore y el poder para detenerla.

Pero no es fácil pensar en formas de convencerlos cuando tengo el tobillo atado a la pata de la cama y la mente se me nubla por el agotamiento. Saco una de las mantas de la mochila, me deslizo en el espacio polvoriento entre el colchón y el suelo y me hago un ovillo. La conciencia de los listones de madera sobre mí y el familiar olor a bosque de la manta me reconfortan.

Apoyo la cabeza en los brazos e intento acomodarme. Espero que me cueste conciliar el sueño en un lugar desconocido, lleno de sonidos extraños. Me duelen los muslos del viaje y los pies de tanto caminar. Sin embargo, cuando la luz del sol, cálida y espesa, entra en la habitación como la yema de un huevo roto, se me cierran los ojos. Ni siquiera sueño.

Cuando despierto, el cielo está oscuro. Salgo de debajo de la cama y el hambre me corroe el vientre.

Tiernan debe de haber entrado y vuelto a marcharse sin que me diera cuenta, porque el pestillo está abierto y su mochila ha desaparecido. Me deshago en un segundo del dichoso nudo encantado, voy al baño y lleno de agua el vaso de plástico que encuentro allí. La

engullo, lo vuelvo a llenar y bebo otra vez.

Al levantar la vista, veo mi propio reflejo y doy un paso atrás. Sin hechizos, tengo la piel del color gris azulado pálido de las hortensias y manchas de suciedad en una mejilla y en la nariz. Tengo el pelo enredado y lleno de hojas, ramas y barro, tanto que sería casi imposible saber que debajo es de un azul aún más oscuro. La barbilla puntiaguda es la misma que tenía cuando creía que era mortal. Un rostro delgado de ojos grandes y una expresión de sobresalto, como si esperase ver a otra persona cuando me miro en el espejo.

Al menos mis ojos podrían pasar por humanos. Son verdes, profundos y oscuros.

Sonrío un poco para ver mis horribles dientes afilados. Una boca llena de cuchillos. Hasta los feéricos se estremecen al verla.

Miro la bañera y pienso en lo que debo parecerle a Oak, ahora que ambos hemos crecido. Abro el grifo y dejo que el agua caliente me caiga sobre la mano. Cuando la suciedad se desprende, veo que la piel que hay debajo es de un azul más cálido y claro.

Pero sigo sin ser una dama de la Corte con los labios de color carmín y mariposas en el pelo. Soy escuálida, como un bicho palo.

Pongo el tapón de la bañera y dejo que se llene. Después, muy despacio, me meto dentro. El calor casi es más de lo que puedo soportar. Aun así, me restriego la piel con las uñas dentadas. En cuestión de minutos el agua está tan sucia que tengo que vaciarla. Después repito el proceso. Me hundo los dedos en el pelo e intento separar los enredos. Es doloroso y untarlo con el contenido de la botellita de acondicionador de cortesía no ayuda mucho. Todavía no estoy del todo limpia cuando salgo del agua, a pesar de la fina capa de arenilla que queda en la bañera.

Ahora que me he lavado, mi vestido se ve más sucio que nunca, desgastado hasta parecer de papel en algunas partes y descolorido por el sol y el barro. No tengo nada más, así que lo recojo y lo pongo bajo el grifo del lavabo, lo restriego con cuidado con jabón y espero no romperlo. Después, lo cuelgo en la barra de la cortina de la ducha y lo apunto con el secador de pelo. Todavía está húmedo cuando lo quito.

Empiezo a ponérmelo cuando veo una sombra que se mueve al otro de la ventana. Me tiro al suelo, pero no antes de reconocer los largos dedos. Mientras me arrastro desnuda debajo de la cama, oigo el sonido de unas uñas que arañan el cristal. Me preparo para que Bogdana rompa la ventana o tire la puerta abajo.

No pasa nada.

Respiro una vez. Luego otra.

Minutos después, llaman a la puerta. No me muevo.

La insistente voz de Oak surge desde el otro lado.

—Wren, abre.

—¡No! —grito mientras salgo a rastras de debajo de la cama y me retuerzo para ponerme la ropa.

Oigo unos roces y un ruido sordo, y entonces algo metálico se desliza por el hueco entre la puerta y el marco. Se abre.

—Creí que eras… —empiezo a explicar, pero no estoy segura de que me esté prestando atención. Se ha guardado lo que ha usado para forzar la puerta y recoge del suelo un portabebidas de cartón con cafés y una gran bolsa de papel.

Cuando levanta la vista, se queda paralizado un momento, con una expresión ilegible en el rostro. Luego desvía la mirada y la dirige hacia un punto justo por encima de mi hombro.

Bajo la vista hacia la forma en que la tela húmeda del vestido se ha pegado al cuerpo y me estremezco. Se me ven los pechos, incluso los pezones. ¿Habrá pensado que lo he hecho para llamar su atención? La vergüenza me calienta las mejillas y me recorre el cuello.

Pasa junto a mí y deja la bolsa de papel en la cama. Sus rizos dorados están apenas despeinados y lleva una camisa de lino fresca, blanca y sin arrugas, como si nunca lo hubieran envenenado ni disparado ni se hubiera caído de un caballo. Desde luego, no ha lavado la ropa en el fregadero. Además, esboza una sonrisa divertida que me resulta insufrible.

Me envuelvo en la colcha de la cama.

—No estaba seguro de lo que te gustaba. —Procede a sacar un mango, tres manzanas verdes, un puñado de higos secos, una bolsa de

galletitas saladas con forma de peces de colores, bocados de pizza congelados y cuatro perritos calientes envueltos en papel de aluminio. Todo lo hace sin mirarme—. Parecen de carne, pero no lo son.

Tengo tanta hambre que no me importa aceptar uno de esos raros perritos calientes veganos.

—¿No comes carne? A tu padre no le hará ninguna gracia.

Se encoge de hombros, pero algo en su cara me dice que el tema ya se ha discutido antes.

—Más para la lista.

Después me distraigo comiendo. Engullo tres de los cuatro perritos calientes con tanta rapidez que, cuando paro, veo que Oak curva la mano con gesto protector sobre el que queda. Me llevo un higo a la boca y trato de dar bocados más pequeños.

Deja el resto de la comida sobre el colchón y se dirige a la puerta.

—Tiernan me ha dicho que debería darte las gracias por no haberme dejado caer de cabeza, por muy tentada que te sintieras a hacerlo —dice—. Se cantarán baladas sobre tu contención.

—¿Por qué crees que he sentido esa tentación? —Todavía tengo un gruñido en la voz del que soy incapaz de librarme.

—Muchos la sienten. Debo de tener algo en la cara. —Sonríe y pienso en el amante celoso con el cuchillo.

—Tal vez sea por arrastrarlos a misiones —digo.

Se ríe.

—No es así como pensaba volver a verte.

—Imagino que pensabas no volver a verme nunca —digo, para recordarme las muchas diferencias entre nuestras posiciones en la vida.

Se le borra la sonrisa.

—Me pareció que era lo que querías.

Quisiera que no me molestara que ya no sonría, pero lo hace.

La puerta se abre. Tiernan está al otro lado y nos mira con el ceño fruncido.

—Pongámonos en marcha. Tenemos un largo camino por delante.

Fuera, veo que hemos adquirido un nuevo caballo, negro como la

tinta y con olor a agua de mar. El corcel mágico de Oak se aleja de él y resopla con fuerza por las fosas nasales.

La nueva montura me mira con avidez y me doy cuenta de lo que tengo delante. Es una de las hadas solitarias, un devorador de carne. Un kelpie.

5

—Sube —dice Tiernan con impaciencia y señala con la cabeza al kelpie.

La cosa ni siquiera tiene silla de montar, y mucho menos riendas. Miro a Damisela con nostalgia y me pregunto si el caballero pretende obligarme a montar en un monstruo carnívoro por pura aversión.

Pero Oak se le acerca de buena gana y le acaricia el costado con aire distraído. Después se sube al lomo del kelpie y me tiende una mano. Vuelve a llevar la armadura dorada y el chico que había sido mi amigo se convierte en un hombre al que no conozco.

El caballero me aúpa detrás del príncipe. Cuando llevo las manos a la cintura de Oak, soy consciente del calor de su piel incluso a través de la armadura, de su cuerpo pegado a mis muslos, y aunque la capa que me ha prestado cubre la fina tela de mi vestido, no tengo forma de protegerme de ello.

—Espero que te sientas descansado después de la dosis de dulcemuerte —dice Tiernan a Oak—. Porque nos has destrozado el horario.

Oak lo mira de tal manera que sospecho que por fin va a echarle la bronca por el exceso de familiaridad. Aunque de ser así, este no es el momento.

Me pregunto cuánto le estará costando al kelpie no salir corriendo en dirección al estanque para ahogarnos a ambos. Aunque, como hada solitaria, es muy probable que haya jurado obediencia a Elfhame, así que solo me resta esperar que no le quede más remedio que cumplir

su palabra. Apenas tengo tiempo de rodear con los brazos la cintura del príncipe y tratar de no caerme antes de que nos pongamos en marcha y atravesemos la tarde en un ritmo sin descanso.

Cruzamos los bosques salpicados de savia de Pine Barrens y carreteras iluminadas por los brillantes faros de los coches. Mi pelo se agita detrás de mí y, cuando Oak mira hacia atrás, tengo que apartar la mirada. Con la diadema en la frente, la espada en el cinturón y la reluciente cota de malla, parece un caballero salido de la imaginación de un niño, de un libro de cuentos.

El amanecer llega con tonos rosas y dorados, y el sol brilla en lo alto cuando nos detenemos. Tengo los muslos más doloridos que antes por el roce con los flancos del kelpie y hasta siento los huesos cansados. El pelo se me ha enredado más que nunca.

Acampamos en un bosque, tranquilo y espeso. El lejano siseo del tráfico me indica que los caminos mortales siguen cerca, pero si no escucho con atención, podría confundirse con el sonido de un arroyo. Oak desempaqueta y desenrolla las mantas mientras Tiernan enciende un fuego. Hyacinthe observa, como si los desafiase a que le pidieran ayuda.

Me escabullo y vuelvo con puñados de caquis, dos setas planas tan grandes como cascos, ajos silvestres y ramitas de arbustos de especias. Incluso Tiernan reconoce que lo he impresionado, aunque creo que le molesta que Oak me haya permitido alejarme.

El príncipe lo ignora y encuentra una forma de cocinar las setas. Han traído queso y pan negro y, mientras comemos, Oak nos cuenta historias de la Corte. Fiestas ridículas celebradas por el Alto Rey. Bromas que ha gastado y por las que lo han castigado. No menciona a sus amantes, pero nos habla de un romance tragicómico que involucra a un kupa, una ninfa y uno de los consejeros del rey que todavía seguía en marcha cuando se fue.

Incluso Tiernan parece diferente a la luz del fuego. Cuando le sirvió el té a Hyacinthe, añadió miel sin que nadie se lo pidiera, como si ya lo hubiera preparado así muchas veces. Y cuando se lo entregó y sus dedos se rozaron, reconocí en su rostro el agudo dolor de la

nostalgia, el rechazo a pedir algo que sabes que te será negado. No tardó en ocultarlo, pero no fue lo bastante rápido.

—¿Me vas a decir qué se supone que va a encontrar para nosotros esa bruja de la Corte de las Polillas? —pregunto cuando las historias se terminan.

Quiero saber la respuesta, pero, más que eso, quiero descubrir si confían en mí lo suficiente como para darme una.

Tiernan mira a Oak, pero los ojos claros del príncipe me miran solo a mí.

—Los límites del poder de lady Nore, espero. La bruja de espinas vivió en la época de Mab y, si lo he entendido bien, sobre sus huesos pendía una maldición.

—Entonces, ¿no es un objeto? —pregunto mientras repaso su conversación en el bosque.

Oak se encoge de hombros.

—Eso depende de lo que nos diga.

Reflexiono la respuesta mientras me acuesto con algunas de las mantas del príncipe. Están perfumadas con los olores de Elfhame y me acerco mi propia manta embarrada a la nariz para borrarlos.

Esa tarde nos espera otro largo y agotador viaje, con solo un breve descanso para comer. Cuando nos detenemos, siento que estoy a punto de caerme del kelpie y ya no me importa que empiece a mordisquearme.

Cerca, un río ancho y salobre burbujea contra las rocas. Altas y esbeltas palmeras forman solitarias islas de escombros y raíces. En una empinada ladera, se levanta un único muro de un edificio de hormigón de cinco plantas. Parece un castillo recortado en cartulina, plano en lugar de tridimensional.

—Se supone que la entrada a la Corte de las Polillas está por aquí —dice Tiernan.

Me bajo del kelpie y me tumbo en la maleza mientras Oak y Tiernan debaten sobre cómo encontrar la entrada al territorio. Respiro la fina niebla que emerge del agua, los olores de la tierra y la hierba mojada del río.

Cuando abro los ojos, hay un joven pie donde antes estaba el kelpie. Tiene el pelo castaño, del color del barro del lecho de un río, y los ojos del verde turbio del agua estancada. Me sobresalto, me alejo a rastras y busco un cuchillo en la mochila.

—Saludos —dice con grandilocuencia y se inclina—. Seguro que quieres saber el nombre de aquel que te ha llevado a cuestas, que ha ayudado sin reparos a un joven príncipe en un momento de necesidad, antes del comienzo de su auténtico reinado…

—Claro —lo interrumpo.

—Jack de los Lagos —dice con una sonrisa amenazante—. Una alegre criatura. ¿Y a quién tengo el honor de dirigirme?

Me mira.

—Soy Wren —digo e inmediatamente siento el deseo de no haberlo hecho. No es mi verdadero nombre, pero todos los nombres tienen poder.

—Tienes una voz inusual —dice—. Rasposa. Bastante atractiva, en realidad.

—Me dañé las cuerdas vocales hace mucho tiempo —explico—. Al gritar.

Oak se interpone entre nosotros y agradezco el descanso.

—Estás hecho todo un caballero, Jack.

Jack se vuelve hacia el príncipe y recupera la siniestra sonrisa.

—Oak y Wren. Wren y Oak. ¡Delicioso! Los dos con nombres de criaturas del bosque, pero ninguno tan simple como eso. —Mira a Tiernan y a Hyacinthe—. No tan simples como estos dos.

—Suficiente —dice Tiernan.

Jack no aparta la mirada de Oak.

—¿Brincaréis para deleitar a la Reina de las Polillas? Es una gobernante sombría y no es fácil ganarse su favor. Aunque vos no tenéis que preocuparos por impresionar a nadie, alteza.

Sus palabras me producen un escalofrío.

—No me importa brincar un poquito —dice Oak.

—Ya basta de impertinencias —dice Tiernan y se mete en la conversación. Echa los hombros hacia atrás y se cruza de brazos, la

viva imagen del oficial del ejército de Madoc que una vez fue—. Has tenido el privilegio de llevar al príncipe durante una parte de su camino y eso es todo. Sea lo que fuere lo que consideremos oportuno darte en recompensa, ya sea una moneda o una patada en los dientes, lo aceptarás y darás las gracias.

Jack de los Lagos bufa, ofendido.

Los ojos de Hyacinthe brillan de ira, como si el caballero le hubiera hablado a él.

—Tonterías —interviene Oak—. Tus cascos han sido rápidos y firmes. Acompáñanos a la Corte, descansa los pies y toma un tentempié. —Le da una palmada en el hombro a Tiernan—. Nosotros somos los que tenemos razones para darte las gracias, ¿no es así?

El caballero lo ignora, claramente sin experimentar el sentimiento de asombro ante el príncipe Oak que espera que muestre Jack de los Lagos.

—Por aquí —dice el príncipe y nos guía por la orilla. Lo sigo e intento no resbalar en el barro húmedo.

—Decide tú mismo lo bien que pagan la gratitud —dice Hyacinthe al kelpie y se toca la correa de cuero de la brida—. Y no les des motivos para que te lo agradezcan demasiado.

Tiernan pone los ojos en blanco.

Un bloque sólido de hormigón nos obstaculiza el camino, con el río a un lado y una colina cubierta de árboles venenosos de manzanilla de la muerte al otro. Los restos del viejo edificio no tienen puerta, solo grandes ventanales que muestran un paisaje aún más prohibitivo y pantanoso al otro lado. Sin embargo, siento la quietud en el aire, la crepitante presencia de la magia. Oak se detiene y frunce el ceño. Estoy segura de que también lo siente.

El príncipe apoya la mano en el hormigón, como si tratara de encontrar la fuente.

Jack de los Lagos está vadeando el agua y parece ansioso por arrastrar a alguien a las profundidades.

Hyacinthe avanza hasta situarse cerca, con la mano libre apretada, como si echase algo en falta. Me pregunto qué arma usaría cuando era

soldado.

—Apuesto a que te crees que ya sois todos muy amiguitos.

Bajo la voz hasta un susurro ronco y recuerdo lo que hablamos junto al mar.

—No estoy bajo el hechizo de nadie.

Mira al príncipe, de pie en el alféizar de la ventana, y luego vuelve a mí.

—Parece un libro abierto, pero ese es su juego. Guarda muchos secretos. Por ejemplo, ¿sabías que recibió un mensaje de lady Nore?

—¿Un mensaje? —repito.

Sonríe, satisfecho por haberme puesto nerviosa.

Antes de que me dé tiempo a presionarlo para que proporcione más detalles, Oak se vuelve hacia nosotros con una sonrisa que exige respuesta.

—Venid a ver.

Un prado de flores fluye imponente al otro lado de la ventana. No hay ningún río, ni hierba ni barro. Solo un sinfín de flores y, entre ellas, huesos dispersos, tan blancos como los pétalos.

El príncipe salta al prado, hunde las pezuñas bajo las flores, y después se acerca a mí.

No caigas en su hechizo.

Me recuerdo que conocí a Oak cuando éramos niños, que tenemos los mismos enemigos. Que no tiene ninguna razón para engañarme. Aun así, no consigo olvidarme de las palabras de Hyacinthe, así que rechazo con un movimiento de cabeza el ofrecimiento de Oak y bajo yo misma.

—Es precioso, ¿verdad? —pregunta, con una sonrisita en el rostro. Un destello en sus ojos de zorro.

Lo es, por supuesto. Todo Faerie lo es, mientras que la carnicería se esconde justo debajo.

—Seguro que a la reina de las Polillas le encantará saber que el príncipe heredero piensa así de su reino.

—Estás de un humor espinoso —dice.

Como si no caminase sobre zarzas todo el tiempo.

Avanzamos por un paisaje sin sol ni luna en el cielo hasta que llegamos a una parcela donde un pozo medio oculto por la niebla que se arremolina se hunde en las profundidades. Allí, cortados en la tierra, hay unos escalones que descienden en espiral hacia la oscuridad.

—La Corte de las Polillas —dice Jack de los Lagos en voz baja.

Cuando vuelvo a mirar los campos, los huesos me molestan; signos de muerte esparcidos por una alfombra de flores. Ojalá no hubiéramos venido aquí. Siento un temor que me parece una premonición.

Me doy cuenta de que Oak tiene la mano en la espada mientras comienza a descender. Lo seguimos, Tiernan detrás del príncipe, después Jack y yo, y Hyacinthe en la retaguardia, con la brida clavaba en las mejillas. Sostengo el cuchillo contra el vientre, inhalo el rico aroma de la tierra y recuerdo todas las veces que he roto maldiciones, todas las jugarretas que les he hecho a los feéricos.

Entramos en un largo pasillo de tierra compactada, con raíces pálidas que forman un entramado a lo largo del techo. Algunos cristales brillantes iluminan el camino. Me siento cada vez más incómoda cuanto más nos adentramos en la colina. Siento el peso de la tierra sobre mí, como si el pasadizo fuera a derrumbarse y sepultarnos a todos. Me muerdo el labio y sigo adelante.

Por fin, entramos en una caverna de techo alto, cuyas paredes brillan con mica.

Allí se encuentra una trol de piel verde, con piercings en las mejillas y dos pares de cuernos negros que le sobresalen en la cabeza. De sus caderas cuelgan dos sables. Lleva una armadura de cuero, cuidadosamente trabajada para que parezca que hay una decena de bocas gritando en la placa pectoral.

Al vernos, frunce el ceño.

—Soy la vigilante del paso a la Corte de las Polillas. Declarad vuestro nombre y vuestro propósito al venir aquí. Después es muy probable que os mate.

La expresión del rostro de Tiernan se endurece.

—¿No conoces a tu propio soberano? Este es el príncipe Oak,

heredero de Elfhame.

La mirada de la trol se desvía hacia Oak y parece que podría comérselo en tres bocados. Al cabo de un rato, hace una reverencia renuente y superficial.

—Nos honráis con vuestra presencia.

El príncipe, por su parte, parece genuinamente complacido de conocerla y no siente el menor temor, lo que denota una gran arrogancia o estupidez, o ambas.

—El honor es nuestro —dice y parece casi dispuesto a besarle la mano si ella se la ofreciera. Me resulta imposible imaginar sentirse tan seguro de que se te recibirá bien vayas donde vayas.

Solo de pensarlo me duele el estómago.

—Buscamos a la bruja de espinas, que habita en las tierras de la reina Annet. Tenemos entendido que, sin permiso para verla, los solicitantes se pierden en su pantano durante cien años —dice Oak.

La trol ladea la cabeza, como si siguiera evaluando lo delicioso que sería.

—Algunos nunca regresan.

El príncipe asiente, como si acabara de confirmar sus sospechas.

—Por desgracia, no tenemos tiempo para ninguna de esas opciones.

La trol sonríe un poco a pesar de sí misma, por la tontería de sus palabras.

—¿Y vuestros acompañantes?

—Sir Tiernan —dice el caballero, señalándose—. Jack de los Lagos. Lady Wren. Y nuestro prisionero, Hyacinthe.

La mirada de la trol pasa por encima de Hyacinthe y de Jack hasta posarse en mí durante un momento largo que termina por ser incómodo. Hago una mueca en una respuesta automática, para enseñar las puntas de los dientes.

Lejos de mostrarse turbada, la trol me hace un gesto con la cabeza, como si apreciara lo afilados que están y mi desconfianza.

—La reina Annet querrá saludaros personalmente —dice la trol y da tres patadas a la pared detrás de ella—. Querrá agasajaros en su

salón y todas esas cosas. He llamado a un sirviente para que os conduzca a unas habitaciones. Allí podréis refrescaros y vestiros para la fiesta de esta tarde. Incluso encerraremos a vuestro prisionero durante la noche.

—No será necesario —dice Oak.

La trol sonríe.

—Pero lo será.

Hyacinthe mira a Tiernan, quizás en busca de que su antiguo amante hable en su nombre. Siento cómo una trampa se cierra a mi alrededor, pero al mismo tiempo no creo ser yo a quien pretenden atrapar.

—Estaremos encantados de disfrutar de la hospitalidad de la Corte de las Polillas —dice Oak. Si espera conseguir lo que ha venido a buscar, le será imposible decir otra cosa.

La sonrisa de la guardia trol se vuelve imposiblemente amplia.

—Estupendo. Seguid a Dvort.

Observo su mirada y me doy la vuelta, sorprendida al ver que un feérico se ha escabullido detrás de nosotros. Su piel y su barba son del mismo color que las raíces que descienden del techo y sus ojos son de un rosa sanguinolento. Tiene las orejas largas, como las de un conejo, y su ropa parece estar cubierta de una capa pesada de musgo que le hunde los hombros. No habla, solo se inclina, se da la vuelta y arrastra los pies por el pasillo.

Hyacinthe me golpea el hombro con el suyo.

—Antes de que me lleven, déjame demostrarte que lo que te he dicho es cierto y darte al menos esta información. La madre del príncipe era una gancanagh. Una oradora de amor. En la Corte los llamábamos «bocas de miel».

Niego con la cabeza porque temo lo que va a decir a continuación.

—¿No has oído hablar de ellos? Un orador de amor es capaz de despertar tal deseo en los mortales que mueren por ello. Tal vez la pasión no sea letal para las hadas, pero la sentimos igual. La madre biológica de Oak encantó al Alto Rey Eldred y a su hijo Dain en la cama. Se dice que el hermanastro de Oak convirtió tanto a Jude como

a su gemela, Taryn, en sus amantes y le robó a Cardan a su antigua prometida. ¿Qué crees que el príncipe sería capaz de…?

Hyacinthe se traga las últimas palabras, porque nos hemos detenido ante cuatro puertas, todas ellas de piedra con bisagras metálicas en espiral.

Pero no puedo evitar terminar la frase por él, tal y como me temo que habría sido. *¿Qué crees que el príncipe sería capaz de hacer con alguien como tú?* Un escalofrío me recorre, el reconocimiento de un deseo que habría preferido negar.

¿Era así como hacía sentir a todo el mundo? No es de extrañar que siempre hubiera una chica. No es de extrañar que Hyacinthe crea que Tiernan le besa los pies.

Dvort se inclina de nuevo, hace un gesto para señalar las habitaciones y luego empuja a Hyacinthe para que siga avanzando hacia uno de los tres pasillos que se ramifican.

—Se queda con nosotros —dice Oak.

—Ya has oído a su alteza. —A pesar de la sorna en su voz cuando habla de Oak, es evidente que Hyacinthe no quiere que se lo lleven. Intenta rodear al paje y volver junto al príncipe. Pero el silencioso sirviente le bloquea el paso.

La mano de Oak se acerca a la empuñadura de la espada.

—Ya basta —dice Tiernan y agarra al príncipe del brazo—. Quieren que rompas las normas de hospitalidad. Para. A Hyacinthe no le hará daño enfriarse los talones en la prisión de la reina por una noche. Lo acompañaré y me aseguraré de que esté cómodo.

—Las Cortes Oscuras son como son —dice Jack de los Lagos con cierta satisfacción.

Veo cómo se marchan y el pánico aumenta cuando nuestro grupo se divide en dos. Cuando me llevan a mi habitación, me siento aún peor.

Es una cámara lúgubre, con paredes talladas en piedra y tierra. En un rincón hay una tosca cama, cubierta de mantas y opulentos cojines, y sobre ella cuelgan tapices. Cada cortina representa criaturas cazadas que se desangran en bosques de colorido follaje, con los cuerpos llenos

de flechas.

Hay una jarra de agua y una jofaina en un soporte, y unos cuantos ganchos en la pared. Doy una vuelta por la habitación para buscar agujeros de espía, pasadizos secretos y peligros ocultos.

El lugar hace que me pique la piel. Aunque hace calor y nada es de hielo, me recuerda demasiado a la Corte de los Dientes. Quiero alejarme de aquí.

Me siento en la cama y cuento hasta cien, esperando que se me pase la sensación de pánico.

Justo cuando llego al número ochenta y ocho, Oak abre la puerta.

—He conseguido que vieras a la costurera real.

Clavo la mirada en el hueco de su garganta, justo por encima del cuello. Intento evitar mirarlo a los ojos.

Un orador de amor.

—No quiero ir. —Lo único que quiero es acurrucarme en un rincón hasta que nos marchemos.

Parece incrédulo.

—No vas a asistir a la fiesta así.

La vergüenza me calienta las mejillas mientras me fijo en su elegancia.

No es justo. Estoy más limpia de lo que he estado en semanas. Es cierto que tengo agujeros en el vestido, que el dobladillo está rasgado y que en algunos puntos la tela se ha desgastado tanto como para rasgarse. Aun así, es mío.

—Si crees que te voy a avergonzar, déjame en la habitación —gruño y espero que acepte.

—Si te presentas tal como estás, parecerá que Elfhame no te valora, y eso sería peligroso en la Corte de las Polillas —dice.

Frunzo el ceño, sin querer ser razonable.

El príncipe suspira y se aparta el pelo de los ojos de zorro.

—Si permaneces en la habitación, Tiernan tendrá que quedarse para vigilarte, y le apetece beber vino dulce y escuchar las canciones de la Corte de las Polillas. Así que venga, arriba. Mañana puedes volver a ponerte tu viejo vestido.

Humillada, me levanto y lo sigo.

Alguien canta una inquietante melodía al otro lado de la puerta de la costurera y siento la atracción de la magia, gruesos coágulos de ella. Lo que sea que esté ahí dentro, tiene poder.

Le lanzo a Oak una mirada de advertencia, pero llama de todos modos.

La canción se detiene.

—¿Quién llama a la cámara de Habetrot? —dice una voz susurrante.

Oak levanta las cejas hacia mí, como si pretendiera que respondiera yo.

Bien, si es lo que quiere.

—Suren, cuyo atuendo ha sido calificado de inadecuado por parte de un odioso príncipe, a pesar de que he visto a gente asistir a fiestas desnuda.

En lugar de sentirse insultado, Oak se ríe encantado.

La puerta se abre para revelar a una mujer de piel verde rana, labio inferior ancho y cejas salvajes. Vestida con una prenda negra tan grande que se traga su cuerpo por completo, va tan inclinada que sus dedos casi tocan el suelo.

Me mira y parpadea con ojos negros y húmedos.

—Pasa, pasa —dice.

—Te dejo con este asunto —dice Oak y se despide con una reverencia.

Me muerdo el labio para no gruñir y sigo al hada por un túnel de techo tan bajo que tengo que agacharme.

Cuando salimos, nos encontramos en una cámara llena de rollos de tela que descansan en estantes lo bastante altos como para que la oscuridad los envuelva. La luz proviene de velas colocadas en apliques por toda la habitación, cubiertas por globos de cristal nublado.

—¿Sabes lo que dicen de mí? —Habetrot susurra—. Que en lugar

de coser prendas, las arranco de los sueños. Ropas como las que yo creo nunca se han visto antes, ni después. Así que dime, ¿con qué sueñas?

Frunzo el ceño y bajo la vista a mi vestido hecho jirones, confundida.

—¿Eres una chica del bosque? ¿Una de las hadas montaraces que han llevado a la Corte?

Asiento, porque se acerca bastante a la realidad, en cierto modo.

—¿Quizá quieras algo de corteza y pieles? —pregunta mientras camina a mi alrededor y entrecierra un poco los ojos, como si estuviera visualizando lo que me va a poner.

—Si es apropiado —digo, insegura.

Me agarra del brazo y lo rodea con los dedos para medirlo.

—No me insultarías con tal falta de extravagancia, ¿verdad?

No sé qué pensar. Incluso si pudiera ver dentro de mis sueños, no encontraría ninguna prenda que se le pareciera a lo que quiere que imagine.

—No sé lo que quiero. —Las palabras salen como un susurro, demasiado ciertas en parte.

—Destrucción y ruina —dice con un chasquido de la lengua—. Prácticamente lo huelo en ti.

Sacudo la cabeza, pero no puedo evitar pensar en la satisfacción que sentía al destrozar los hechizos de la glaistig. A veces tengo la sensación de que hay un nudo dentro de mí y, si se deshiciera, solo surgirían dientes.

Habetrot me mira con los ojos negros como cuentas, sin sonreír. Luego empieza a buscar entre los rollos de tela.

Lo que llevo puesto fue una vez un vestido de verano, con mangas abullonadas. Un vestido blanco diáfano que fluía a mi alrededor cuando giraba. Lo encontré en una tienda una noche. Me quité la ropa de la Corte de los Dientes, la tiré y me puse eso en su lugar.

Me gustaba tanto el vestido que me tejí una corona de eléboros y bailé por las calles nocturnas. Me miraba en los charcos, convencida de que, con tal de no sonreír, podría incluso ser guapa. Sé que ya no

es así, pero soy incapaz de imaginarme llevando ninguna otra cosa.

Ojalá Oak hubiera visto el vestido tal y como era, aunque hace mucho tiempo que ya no tiene ese aspecto.

Unos minutos después, Habetrot se acerca con una tela de un color gris suave y profundo que parece ondear en sus manos entre el marrón y el azul cuando la mueve bajo la luz. Acerco los dedos a la tela y acaricio el terciopelo. Es tan suave como la capa que el príncipe me puso en los hombros.

—Ah, sí —dice—. Esto servirá. Pon los brazos en cruz. Así.

Mientras me quedo quieta y dejo que me cubra con la tela, echo un vistazo a sus colecciones de botones, fibras y tejidos. Al huso que descansa en una esquina y el brillo del hilo en él, como la luz de las estrellas.

—Niña —dice Habetrot y me pincha con el dedo en el costado—. Echa los hombros atrás. No te agaches como un animal.

Hago lo que me dice, aunque le enseño los dientes. Ella hace lo mismo. Son romos, ennegrecidos en las encías.

—He vestido a reinas y a caballeros, a gigantes y a brujas. Te vestiré a ti también y te daré lo que temías pedir.

No veo cómo sería posible, pero no discuto. Pienso, en cambio, en el camino que hemos recorrido. He contado los pasajes y estoy casi segura de que sé cómo volver al agujero oculto por la niebla de la superficie. Los repaso una y otra vez para fijarlos en mi memoria por si tengo que huir. En caso de que todos tengamos que huir.

Cuando ha terminado de tomarme las medidas, quizás en más de un sentido, se acerca a la mesa y comienza a rasgar y coser, mientras me deja vagar con torpeza por la habitación, mirando las cintas, algunas de las cuales parecen hechas de pelo tejido y otras de piel de sapo. Me meto en el bolsillo unas tijeras de aspecto afilado con el mango en forma de cisne. Son más ligeras que mis cuchillos y mucho más fáciles de ocultar.

No voy a negar que, aunque evito el contacto con todos los feéricos, me fascinan. A pesar de que son engañosos y peligrosos.

Me fijo en un botón de bronce dorado, del mismo color exacto que

el cabello de Oak. Luego en otro del color púrpura de los ojos de Hyacinthe.

Lo imagino en las mazmorras. Hyacinthe, medio maldito, con esa horrible brida, tan desesperado que buscaría incluso mi ayuda.

—Ven a probártelo —dice Habetrot y me saca de mis pensamientos.

—Pero si solo han pasado unos minutos —digo, desconcertada.

—Magia —me recuerda con una floritura y luego me hace pasar detrás de un biombo—. Dame ese vestido que llevas. Quiero quemarlo.

Me quito la tela desgastada por encima de la cabeza y la dejo caer al suelo entre nosotras, mientras le echo una mirada desafiante para que no se atreva a tocarla. Me siento tan vulnerable como un selkie quitándose la piel.

Habetrot me pone en las manos la suave prenda de color azul-púrpura-gris. Me la pongo con cuidado y siento cómo el forro se desliza con suavidad por mi piel, el peso reconfortante de la tela.

Es un vestido, pero uno como nunca he antes visto. Está compuesto en su mayor parte por la tela que me enseñó, pero lo atraviesan tiras de otros materiales, algunas diáfanas y otras satinadas, algunas con dibujos de alas de mariposa y otras de lana afieltrada. De los bordes desgarrados cuelgan hilos y ha enrollado algunos trozos de tela fina para darles una textura distinta. El remolino de retazos que ha creado es a la vez andrajoso y hermoso.

Mientras la miro, no sé qué pensar. ¿Que me haga vestirme así es una burla, con trapos y retales, por muy hábilmente cosidos que estén?

Aunque tal vez es lo que creyó que me quedaría mejor. Tal vez el tonto sea Oak, que atrapó a un lobo y pensó que con ponerle un vestido y hablarle como si fuera una niña, se convertiría en una.

Al menos el dobladillo de la falda no se arrastra de forma poco práctica por el suelo. Todavía puedo correr con ella mientras aúllo a la luna.

—Sal para que te vea —dice.

Salgo de detrás del biombo y respiro hondo al hacerlo; temo verme en el espejo y sentir el ardor de una nueva humillación.

La costurera me empuja hacia un objeto de bronce pulido que parece un escudo. Mi reflejo me devuelve la mirada.

Soy más alta de lo que recordaba. Mi pelo es una maraña salvaje a pesar del intento de peinarlo con los dedos y lavarlo en el motel. No conseguí deshacer todos los nudos. Se me marca la clavícula por encima del cuello del vestido y sé que estoy demasiado delgada. Pero la prenda me ciñe el pecho y la cintura y la falda se abre a la altura de las caderas. Los bordes rotos le dan una elegancia inquietante, como si estuviera envuelta en las sombras del crepúsculo. Tengo el aspecto de una cortesana misteriosa y no el de alguien que duerme en el suelo.

Habetrot deja caer unas botas a mi lado y me doy cuenta de cuánto tiempo llevo ahí de pie, mirándome. Un tipo diferente de vergüenza me calienta las mejillas.

Retuerzo la falda con las manos. El vestido tiene incluso bolsillos.

—Sabía que las tenía todavía —dice y señala el calzado—. Si le gustas la mitad de lo que te gustas a ti misma, imagino que se sentirá encantado.

—¿Quién? —pregunto con brusquedad, pero se encoge de hombros y me pone un peine de hueso en la mano.

—Arréglate el pelo —dice y vuelve a encogerse de hombros—. O hazlo más salvaje. Estás preciosa igual.

—¿Qué querrás por todo esto? —pregunto mientras pienso en todos los tratos con hadas que he escuchado y en lo mucho que me gusta el vestido que llevo, en que las botas me vendrían muy bien. Comprendo la tentación que sienten algunos tontos en los bosques.

Me estudia unos segundos con sus ojos negros como cuentas y luego niega con la cabeza.

—Sirvo a la reina Annet y me ha encargado que le conceda al príncipe de la Corte Suprema todo lo que me pida, mientras se encuentre al alcance de mis talentos.

Por supuesto. Alguien debió de indicarle a Oak dónde estaban los aposentos de Habetrot y asegurarle que sería capaz de hacer lo que

quería. Así que no es con ella con quien estoy en deuda, sino con Oak. Y él con la reina Annet. Se me encoge el corazón. Las deudas no son fáciles de ignorar en Faerie.

Y la Corte de las Polillas está demostrando lo buenos anfitriones que son.

—El vestido es lo más hermoso que he visto —digo, ya que es la única forma que tengo de pagarle sin insultarla. Hacía mucho tiempo que no me hacían un regalo, por muy mordaz que sea—. Parece salido de un sueño.

Habetrot se sonroja.

—Bien. Tal vez vuelvas luego y me cuentes qué le ha parecido al Príncipe del Sol la Reina de la Noche.

Avergonzada, salgo al pasillo mientras me pregunto cómo he sido tan tonta de creerme que un mero vestido, por muy bonito que sea, iba a convertirme en un objeto de deseo. Me pregunto si todos en la fiesta van a pensar que estoy colada por Oak y se reirán a escondidas.

Vuelvo hasta mi habitación dando grandes zancadas y abro la puerta de un tirón, para encontrarme a Oak recostado en uno de los sillones, con las extremidades extendidas en una comodidad desvergonzada. Una corona de flores de mirto descansa encima de sus cuernos. También lleva una camisa nueva de lino blanco y unos pantalones escarlata bordados con vides. Incluso parece que le han pulido las pezuñas.

Tiene justo el aspecto del apuesto príncipe de las hadas que es, querido por todos y por todo. Seguro que los conejos comen de su mano. Los arrendajos azules intentan darle los gusanos destinados a sus propios hijos.

Sonríe, como si no se sorprendiera al verme con un hermoso vestido. De hecho, me mira con gesto rápido para luego posar los ojos con una extraña intensidad en mi rostro.

—Espectacular —dice, aunque me parece imposible que le haya prestado suficiente atención como para saberlo.

Me siento tímida y resentida a la vez.

El Príncipe del Sol.

No me molesto en alabar su aspecto. Estoy segura de que sabe perfectamente cómo se ve.

Se pasa una mano por los rizos dorados.

—Tenemos una audiencia con Annet. Espero que logremos persuadirla para que nos envíe a ver a la bruja lo antes posible. Hasta entonces, nos han invitado a recorrer sus salones y a comer de sus mesas de banquetes.

Me siento en un taburete, me pongo las botas nuevas y ato los cordones.

—¿Por qué crees que se llevó a Hyacinthe?

Oak se pasa una mano por la cara.

—Supongo que para demostrar que podía hacerlo. Espero que no sea nada más.

Saco el peine de un bolsillo del nuevo vestido y dudo. Si empiezo a desenredar la maraña que tengo en la cabeza, Oak se dará cuenta de lo mal que está en realidad y le recordará dónde me encontró.

Se levanta.

Bien. Se marchará y después podré peinarme sola.

Sin embargo, se pone detrás de mí y me quita el peine de las manos.

—Déjame a mí —dice y separa algunos mechones con los dedos—. Es del color de las prímulas.

Se me tensan los hombros. No estoy acostumbrada a que me toquen.

—No tienes por qué… —empiezo.

—No es ninguna molestia —dice—. Me pasé la infancia con tres hermanas mayores a las que les encantaba cepillar y trenzarme el pelo, sin importar cuánto gritara. Aprendí a manejar el suyo por pura defensa propia. Y mi madre…

Sabe lo que hace. Separa cada mechón por la base y deshace los nudos poco a poco desde de las puntas hasta el cuero cabelludo. Bajo sus manos, se vuelve suave como la seda. Si lo hubiera hecho yo, me habría arrancado la mitad del cabello con frustración.

—Tu madre… —repito, una invitación a que continúe. La voz solo

me tiembla un poco.

Comienza a trenzar y me recoge el pelo de modo que unas gruesas trenzas forman una diadema similar a la suya que me envuelve la cabeza.

—Cuando estábamos en el mundo de los mortales, sin sirvientes, necesitaba ayuda para peinarse —dice con voz suave.

Junto con los ligeros tirones en el cuero cabelludo, el roce de las yemas de sus dedos en el cuello cuando separa una sección y el ceño de concentración de su rostro, me resulta abrumador. No estoy acostumbrada a tener a nadie tan cerca.

Cuando levanto la vista, su sonrisa es toda una invitación.

Ya no somos niños, jugando y escondiéndonos bajo la cama, pero siento que hemos empezado un juego diferente, uno del que no conozco las reglas.

Con un escalofrío, agarro el espejo del tocador. Con el pelo y el vestido, me veo guapa. El tipo de belleza que permite a los monstruos engañar a la gente en los bosques, en bailes en los que encuentran la perdición.

6

Un golpe en la puerta anuncia a una caballero con el pelo del color de la hierba podrida y los ojos como el ónice, que se presenta como Lupine. Nos dice que debe conducirnos a la fiesta que se celebra en el gran salón del palacio. Cuando habla, veo que el interior de su boca es tan negro como sus ojos.

—La Reina de las Polillas os espera.

Parece una sluagh, una medio muerta. Las banshees, de las que se dice que son las almas de los que han muerto de pena. Los fetches, que reflejan los rostros de los moribundos y anuncian su final. Si las hadas de la nobleza son la prueba de que los feéricos pueden vivir para siempre y mantenerse jóvenes, los sluagh son la prueba de que podrían vivir incluso después. Los encuentro desconcertantes y fascinantes a partes iguales.

Tiernan y Jack se han adecentado. El kelpie se ha echado el pelo oscuro hacia atrás y se ha colocado una flor justo debajo del cuello de la camisa. Tiernan lleva un jubón que debe de haber sacado de una de sus bolsas, de terciopelo marrón y ligeramente arrugado, más propio de un soldado que de un cortesano. Frunció el ceño cuando vio a Oak salir de la habitación conmigo.

—Adelante —dice Oak a Lupine y, tras una reverencia superficial, la mujer se pone en marcha y la seguimos.

Los túneles de la Corte de las Polillas desprenden el aroma de la tierra recién removida y del agua de mar. Al ser la Corte más

meridional en la costa, no es de extrañar que pasemos por cuevas marinas, con las paredes tachonadas con los restos afilados de los percebes. Nos llega una especie de estallido húmedo y, por un momento, temo que el océano vaya a precipitarse sobre nosotros y ahogarnos a todos. Pero retrocede y comprendo que las olas deben de estar lo bastante lejos como para no ser un peligro.

Avanzamos un poco más y llegamos a un bosquecillo subterráneo. La humedad del aire es asfixiante. Pasamos por delante de árboles de la lana, con gruesos troncos grises cubiertos de espinas más grandes que dos dedos juntos. De ellos cuelgan lo que parecen ser nidos de lana de vainas blancas. Algunas se retuercen mientras las estudio, como si en su interior hubiera algo más que semillas intentando nacer.

En la siguiente sala hay un estanque inmóvil que se sumerge en profundidades desconocidas, con agua oscura como la noche. Jack de los Lagos se acerca para mojarse la mano, pero Tiernan le tira bruscamente del jubón por la espalda.

—No quieres nadar ahí, kelpie.

—¿Crees que está encantado? —pregunta Jack, fascinado, mientras se pone en cuclillas para mirar su reflejo.

—Creo que es la entrada de las gentes del mar —dice el caballero con aire sombrío—. Nada demasiado lejos y terminarás en el inframundo, donde sienten poco aprecio por los habitantes de los lagos.

Le doy patadas a la falda al andar. Rebusco con los dedos en los bolsillos para repasar lo que he guardado. Las tijeras afiladas que le robé a Habetrot, la caja de cerillas, la figurita del zorro, una única gominola de regaliz. Detesto la idea de que mis cosas se queden en la habitación y las manoseen sirvientes curiosos para hacerle una lista a la reina.

Tres vueltas más y oigo los acordes de la música. Pasamos por delante de un grupo de guardias, uno de los cuales se relame al verme.

—¿Te han dejado ver a Hyacinthe? —pregunto a Tiernan y ajusto mi paso al suyo. No me gusta la idea de que el antiguo halcón esté confinado cuando ya se sentía desesperado por ser libre. Y me

preocupan los planes de la reina Annet, así como sus caprichos.

Tiernan parece sorprendido de que hable con él voluntariamente.

—Está bien.

Estudio al caballero. Su expresión es rígida y tiene los anchos hombros tensos. Una fina barba le oscurece la mandíbula. Lleva el pelo negro y corto sin cepillar. Me pregunto cuánto tiempo ha pasado en las prisiones y cuán rápido ha tenido que vestirse por ello.

—¿Qué crees que hará la reina Annet con él? —pregunto.

Tiernan frunce el ceño.

—No mucho. El príncipe ha prometido… —Se corta antes de terminar la frase.

Lo miro de reojo.

—¿De verdad engañaste a Hyacinthe para que lo capturasen?

Se vuelve hacia mí con brusquedad.

—¿Te dijo eso?

—¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Habrías usado la brida para evitar que hablara si hubieras sabido lo que iba a decir? —Mantengo la voz baja, pero algo en mi tono hace que Jack de los Lagos me mire, con una sonrisita en las comisuras de la boca.

—¡Claro que no! —espeta Tiernan—. De todas formas, no soy yo quien lo domina.

Me parece irrelevante, ya que Oak le habrá dicho a Hyacinthe que obedezca al caballero. Yo misma lo he visto darle órdenes varias veces. Aun así, detesto el recordatorio de que el príncipe es el dueño de la brida. Quiero que me guste. Quiero creer que no se parece en nada a Madoc.

Más adelante, Lupine le cuenta a Oak algo sobre las estructuras cristalinas y que hay habitaciones de rubí y zafiro cerca de las prisiones. Señala hacia una puerta de arco, más allá de la cual se ven unos escalones que bajan. El príncipe se inclina para responder y el rostro de la mujer cambia, se le empañan ligeramente los ojos.

Orador de amor.

—¿Es ahí donde está retenido? —pregunto y señalo con la cabeza en la dirección que indicó Lupine.

Tiernan asiente.

—Crees que soy horrible, ¿verdad? El padre de Hyacinthe era caballero y había jurado servir a lady Liriope, la madre biológica de Oak. Cuando la envenenaron, se suicidó por la vergüenza de haberle fallado.

»Hyacinthe juró vengar a su padre. Cuando Madoc le demostró que el príncipe Dain era el responsable, declaró que le sería leal a partir de entonces al general que había causado su muerte. Y la lealtad de Hyacinthe era inigualable.

—¿Por eso eligió el castigo en lugar de arrepentirse? —pregunto.

Tiernan hizo un gesto de incertidumbre.

—Hyacinthe había oído cosas horribles del nuevo Alto Rey, que les arrancaba las alas a las hadas que no se inclinaban ante él, ese tipo de rumores. Además Cardan era el hermano del príncipe Dain. Así que sí, en parte se debió a su lealtad a Madoc, pero no fue todo. Es incapaz de abandonar su deseo de venganza, aunque ya no tenga claro a quién culpa.

—¿Por eso lleva la brida? —pregunto.

Frunce el ceño.

—Hubo un incidente. Este castigo era preferible a los otros.

Es la conversación más larga que he tenido con Tiernan, pero incluso ahora, sospecho que habla principalmente consigo mismo.

Aun así, si espera que me crea que le ha puesto la brida a Hyacinthe por su propio bien, me resulta muy difícil. En la Corte de los Dientes, todas las cosas horribles que me pasaron se suponía que eran lo mejor para mí. Habrían encontrado la manera de cortarme el cuello y considerarlo un regalo.

Nos detenemos al borde del gran salón.

—¿Me permites acompañarte dentro? —me pregunta Oak y me ofrece el brazo.

Lupine suspira.

Incómoda, coloco la mano sobre la suya, como veo que hacen los demás. La presión de su piel en la palma es sorprendentemente íntima. Observo los tres anillos de oro que lleva en dedos. Tiene las uñas

limpias. Las mías están dentadas o mordidas.

No estoy familiarizado con las Cortes Feéricas en tiempos de paz, pero no creo que eso sea lo único que me hace sentir la atracción hacia la violencia que flota en el aire. Las hadas dan vueltas en bailes circulares que se entrecruzan. Algunas visten ropas de seda y terciopelo, saltan junto a las que llevan vestidos de hojas o cortezas cosidas, y otras con la piel desnuda. Entre los pétalos, las hierbas, las sedas y las telas bordadas hay ropas humanas: camisas, chaquetas de cuero, faldas de tul. Uno de los ogros se ha puesto una bata de lentejuelas plateadas sobre unos pantalones de cuero.

Los gigantes se mueven con la suficiente lentitud para que la multitud se aparte a su paso, algunos duendes bailan, un trol hunde sus dientes en lo que parece ser el hígado de un ciervo, un gorro rojo se ajusta el sombrero empapado de sangre, las ninfas revolotean entre las enmarañadas raíces del techo abovedado y los nixes se sacuden el pelo aún húmedo mientras retozan. Observo a un trío de gnomos que juegan a un juego con castañas en un rincón, probablemente para decidir qué harán con una sílfide que uno de ellos tiene en una jaula, con los pies atrapados en miel.

Cuando entramos, todos se vuelven hacia nosotros. No me miran con horror, como hacían en la Corte de los Dientes, donde a menudo me obligaban a desfilar ante la gente mientras intentaba morder a mis captores y me resistía a mis cadenas. Noto curiosidad en los ojos que me siguen, e incluso algún rastro de admiración, aunque esa parte se debe sin duda al vestido que llevo o al príncipe que me agarra del brazo.

El olor dulce de las flores y la fruta madura espesa el aire y me mareo cuando me llena los pulmones. Pequeñas hadas zumban por ahí como motas de polvo vivas.

Hay mesas largas y bajas repletas de comida: uvas negras como la tinta descansan junto a manzanas doradas, pasteles espolvoreados de azúcar y pétalos de rosa se elevan en pirámides, y las granadas derraman semillas rojas sobre el mantel, de seda pálida, cuyos flecos se arrastran hasta la suciedad del suelo. Hay copas de plata cerca de

las garrafas de vino, una verde como la hierba, otra púrpura como las violetas y una tercera de un amarillo pálido como los ranúnculos.

Los violinistas y gaiteros están repartidos por todo el espacio y tocan canciones que deberían sonar discordantes, pero en cambio las notas se unen en un ruido salvaje y delirante. Hacen que mi sangre cante.

Hay artistas cerca, malabaristas que lanzan al aire bolas doradas que se vuelven plateadas antes de que vuelvan a atraparlas. Una acróbata con cuernos se sube a un aro recubierto de flores y arquea la espalda mientras gira el cuerpo y da vueltas en el aire. Algunas hadas jadean de alegría. La aristocracia luce sonrisas de superioridad.

Para mí, que he pasado tanto tiempo sola, es como ahogarme en un diluvio de imágenes, sonidos y olores.

Cierro el puño que no toca el brazo de Oak y me clavo las uñas irregulares en la yema del pulgar para forzarme a mantener una expresión neutral. El dolor funciona y me despeja la cabeza.

No grites, me digo. *No muerdas a nadie. No llores.*

Nuestra guía nos señala un estrado ligeramente elevado, en el que la reina de esta Corte Oscura se sienta en un trono de mangle, cuyas raíces extendidas parecen los tentáculos de un enorme pulpo. La reina Annet lleva un vestido que es mitad armadura de cuero y mitad extravagancia dramática, de modo que parece lista para levantarse y luchar en un escenario. El cabello le cae suelto en una cascada de rizos negros, atrapados en una corona de buganvilla magenta. Tiene el vientre redondo por el embarazo y extiende una mano en forma de garra sobre él de manera protectora.

He aprendido muchas cosas en el bosque. Podría contarte los patrones de vuelo de los cuervos o cómo recoger las gotas de agua de las hojas después de una tormenta. Podría decirte cómo desentrañar los hechizos de media docena de feéricos que buscan enredar a los mortales con tratos injustos. Pero no he aprendido nada de política. Sin embargo, tengo la horrible sensación de que cada movimiento que ha hecho la reina Annet desde que hemos llegado ha estado meticulosamente calculado.

Al acercarse Oak, la reina se levanta y hace una reverencia.

—Por favor, no os molestéis —dice Oak demasiado tarde. Le devuelve la reverencia, claramente muy sorprendido de encontrarla embarazada. Las hadas no se reproducen con facilidad ni a menudo, y se rumorea que la reina Annet ha pasado décadas anhelando en vano un hijo.

Yo también hago una reverencia y agacho la cabeza. No conozco bien la etiqueta exacta relativa a nuestros puestos, pero espero que, si me agacho lo bastante y mantengo la postura el tiempo suficiente, bastará.

—Vuestra amabilidad al ofrecernos descanso y comida es más de lo que nos habríamos atrevido a pediros —dice Oak, una frase que solo saldría de boca de alguien a quien han enseñado a navegar las normas de cortesía, ya que suena cortés, pero deja muchas cosas sin decir.

—¿Cómo podríamos complaceros más? —pregunta la reina Annet mientras se acomoda en el trono con la ayuda de un duende.

—He oído que la bruja de espinas habita en las profundidades de un ciprés de vuestras tierras. Sabemos que los que la buscan allí lo hacen por su cuenta y riesgo. Quisiéramos pediros un pase seguro para llegar hasta ella, si está en vuestra mano concedérnoslo.

—¿Y con qué propósito la buscáis? —La mirada de la reina admite pocas evasivas.

—Se dice que puede encontrar todas las cosas perdidas —responde Oak—. Tal vez incluso ver el futuro. Aunque a nosotros nos interesa el pasado.

La reina Annet sonríe de una manera que me preocupa.

—No tengo intención de importunar a la Corte Suprema extraviando a su príncipe. Podría daros una marca para que la pongáis en vuestros zapatos, que os llevaría directamente al pantano.

Oak abre la boca, dispuesto a darle las gracias y a seguir nuestro camino.

—Sin embargo —lo corta la reina—. Quisiera analizar un momento a vuestros compañeros de viaje. Un kelpie, vuestro guardaespaldas y

una reina caída en desgracia. —Se vuelve a mirarme—. No creas que no os conozco, Suren, hija del hielo.

Nuestras miradas se encuentran, la suya rápida y hostil, antes de que pueda reaccionar.

—Y Hyacinthe —dice Oak—. Quien agradecería que me fuera devuelto.

—¿Vuestro prisionero? —La reina Annet levanta las cejas—. Nos ocuparemos de vigilarlo por el momento para que no tengáis que hacer de carcelero en mi casa.

—No es ninguna molestia —dice Oak—. Independientemente de lo que penséis de mí, conozco mi deber para con un enemigo capturado, sobre todo teniendo en cuenta que mi padre es más que responsable de que esté maldito. Debería ser yo quien cuidara de él.

La reina Annet sonríe.

—A veces el deber supone una gran molestia. Mientras todos se comporten como deben, os lo devolveré pronto. ¿Os dirigís al norte, entonces?

—Así es. —El príncipe parece receloso.

—La Corte Suprema se ha negado a ayudar a vuestro padre, ¿verdad? —continúa la reina, sin dejar de estudiar a Oak.

Él no contesta y ella asiente como si el silencio fuera respuesta suficiente.

—Así que no os queda más opción que salvar a Madoc vos mismo. —La reina se adelanta en el trono—. ¿Sabe vuestra hermana que os habéis embarcado en esta misión?

«Jude, no podemos dejarlo morir». Eso fue lo que dijo Oak cuando deliraba y estaba medio inconsciente.

Por eso parece cansado y ansioso, por eso se pone en peligro con nada más que un solo caballero a su lado. Por eso Tiernan y él evaden muchas de mis preguntas. Porque lady Nore ha tomado a su padre adoptivo como prisionero. Y, dado que Madoc es un traidor, desterrado de Elfhame, nadie más está dispuesto a mover un dedo para recuperarlo.

—Qué chico tan servicial —dice la reina cuando Oak no responde.

El gesto de su boca se vuelve afilado.

El corazón me late con fuerza. Si me ha ocultado esto, ha sido por una razón. Tal vez creyó que tenía motivos para que no me gustara Madoc, ya que había sido aliado de la Corte de los Dientes. O tal vez sabía que estaríamos en desacuerdo cuando llegáramos a la Ciudadela, donde yo desearía derrocar a lady Nore y él buscaría negociar.

—La Corte Suprema tal vez no me dé las gracias por ayudaros —dice la reina Annet—. Podría incluso castigarme por haber colaborado con vuestro plan. Parece que habéis traído un problema a mi casa, Oak de Elfhame. Es una pobre forma de pagar nuestra generosidad.

Justo después de comprender el juego que Oak ha jugado conmigo, entiendo el juego que la reina Annet ha jugado con él.

Las reglas feéricas sobre la hospitalidad son extremadamente específicas. Por ejemplo, amparado en el derecho a parlamento, Madoc consiguió que la Corte Suprema les permitiera a lord Jarel, a lady Nore y a él entrar en Elfhame sin que nadie les tocara un pelo, aunque tuvieran un ejército enemigo acampado justo en el borde de una de las islas.

Sin embargo, en el instante en que levantó una espada y rompió las reglas de hospitalidad, todo se desató.

La Corte de las Polillas se ha declarado nuestra anfitriona, así que está obligada a cuidar de nosotros. A menos que seamos malos huéspedes. Entonces, serían libres de hacer lo que quisieran.

Pero ¿qué podría querer Annet de Oak? ¿Un favor para su hijo no nacido? ¿La brida? ¿La cabeza del heredero de Elfhame?

—Si mi hermana le guarda rencor a alguien por esto —dice el príncipe—, será a mí y solo a mí.

La reina Annet lo considera.

—Dadme la mano —dice por fin.

Oak lo hace, con la palma hacia arriba. La reina se corta la punta del dedo con un cuchillo que saca de una de las correas de sus muñecas y le escribe un símbolo en la piel.

—Trazad esto en vuestros zapatos y encontraréis el camino a través del pantano.

La facilidad con la que nos ha dado lo que queríamos me deja claro que prevé obtener algo de nosotros más adelante. Algo que no le daríamos ahora si lo pidiera.

—Nos sentimos muy agradecidos. —Oak inclina la cabeza. Me parece una señal para hacer otra reverencia.

—Me tomo muy en serio mis obligaciones como anfitriona —advierte la reina Annet y luego le dedica a Oak una sonrisita extraña —. Podéis partir por la mañana. Esta noche, divertíos en mis salones. Os hará falta algo de calor allí donde vais.

En algún lugar cercano, un nuevo grupo de músicos comienza a tocar una melodía inquietante.

Mientras nos alejamos del estrado, Tiernan le pone una mano en el brazo a Oak.

—Esto no me gusta.

Me abro paso entre la multitud. Mis pensamientos son una maraña. Recuerdo que Hyacinthe me dijo que lady Nore se había comunicado con Oak. Habría tenido que hacerlo si quería que supiera que tenía a su padre. Y sean cuales fueren sus intenciones, sin importar lo que me haya dicho, quiere asegurar la libertad de su padre mucho más que detener a lady Nore. Si fuera su hermana, no lo habría enviado al norte, no cuando sus objetivos podrían no coincidir con los de ella.

Casi seguro que no coinciden con los míos.

—«Elfhame te necesita» —repito sus palabras con sorna.

No parece ni la mitad de culpable de lo que debería.

—Tendría que haberte explicado lo de Madoc.

—Me pregunto por qué habrás decidido no hacerlo —digo en un tono que indica todo lo contrario.

Me mira con toda la arrogancia de la realeza.

—Todo lo que te he dicho es cierto.

—Ya, engañas igual que todos los miembros de la aristocracia. Con vuestros trucos y omisiones. Tampoco es que tengas la opción de mentir.

Por el rabillo del ojo, noto que Tiernan ha retrocedido para alejarse de la discusión. Se acerca a la mesa del banquete y al vino.

Oak suspira y por fin noto que en su voz se cuela algo parecido a la desazón.

—Wren, tienes muchas razones para no confiar en mí ahora mismo, pero de verdad que quiero detener a lady Nore. Y creo que podemos hacerlo. Aunque pienso traer de vuelta a Madoc, aun así habremos llevado a cabo una hazaña que nadie podrá negar que beneficiará a Elfhame. Aunque yo me enfrente a las consecuencias que sean, tú serás una heroína.

Dudo que nadie haya pensado nunca en mí en esos términos, ni siquiera las personas a las que he salvado.

—¿Y si decido irme? ¿Me atarás las manos y me arrastrarás contigo?

Me mira con ojos de embaucador y arquea las cejas.

—No, a menos que me vuelvas a arañar.

—¿Por qué quieres ayudarle? —pregunto. Madoc había estado dispuesto a utilizar a Oak como herramienta para alcanzar el poder, como mínimo.

—Es mi padre —dice, como si fuera suficiente.

—Me dirijo al norte con el único propósito de destruir a uno de mis progenitores y nunca se te ha pasado por la cabeza siquiera que fuera a dudar —le recuerdo.

—Madoc no es mi padre biológico —dice—. Es la persona que me crio. Es mi padre en todos los sentidos que importan. Sí, cierto, es complicado. Siempre anheló la conquista. Ni siquiera el poder, en realidad, sino la lucha en sí misma. Tal vez porque es un gorro rojo o tal vez solo porque así es como es, pero es como una compulsión.

No me parece que verlo así mejore las cosas.

—La estrategia era un tema de conversación en la mesa. Era un juego. Lo era todo. Desde el momento en que conoció a mi madre y se enteró de quién me había engendrado, desde que supo que podría ser el heredero de Elfhame, no pudo evitar maquinar.

»Después de que lo exiliaran al mundo de los mortales, atrapado con el geis que le impedía levantar un arma, se sintió completamente perdido. Comenzó a trabajar a turnos en un matadero solo para sentir

el olor de la sangre. Me entrenó en el combate que él tenía prohibido. Empezó a jugar a la política con los vecinos de su edificio. En cuestión de un mes, todos querían matarse unos a otros. Lo último que supe fue que una de las ancianas había apuñalado a un joven en el cuello con un bolígrafo.

Oak niega con la cabeza, pero es evidente que quiere a Madoc, incluso sabiendo que es un monstruo.

—Es su naturaleza. No negaré que trajo un ejército a las costas de Elfhame. Por su culpa murieron muchos feéricos y se convirtió en un enemigo de la Corte Suprema. Habría asesinado a Cardan si hubiera tenido la oportunidad. Así que, por mucho que mi hermana quiera a nuestro padre, no puede pedirles a sus súbditos que lo ayuden. Daría muy mala imagen pedirles que arriesgaran la vida por la suya cuando él los puso en peligro. Pero alguien tiene que hacerlo o morirá.

Presto atención a lo que no dice.

—¿Te dijo tu hermana que quería ayudarle?

—No —admite con reticencia.

—¿Y quiere que lo hagas?

Está atrapado y lo sabe.

—Jude no conocía mis planes, pero si tuviera que adivinar cómo se siente ahora mismo, diría que está furiosa. Pero Madoc habría venido a buscarnos si fuéramos nosotros a los que hubieran atrapado.

He visto a la Alta Reina enfadada y, por mucho que lo quiera, no estoy segura de que vaya a perdonar a Oak por haber elegido a su padre antes que a ella. Cuando castigue al príncipe, aunque él crea lo contrario, es muy probable que también castigue a todos los que los ayudaron.

Sin embargo, cuando me da la mano, la acepto y siento un placer nervioso y terrible al notar sus dedos entrelazados con los míos.

—Confía en mí, Wren —dice—. Ayúdame.

Orador de amor.

Embaucador.

Miro los arañazos de su mejilla, que aún están en carne viva. Es obra mía y no me ha reprendido por ello. Por muchos secretos que

guarde, por muy tontas que sean sus razones para querer a su padre, me gusta que lo haga.

—Iré contigo —digo—. Por ahora.

—Me alegro. —El príncipe mira hacia la sala, a la alta burguesía de la Corte de las Polillas, los bailes y el jolgorio. Luego me regala una sonrisa rápida, de esas que me hacen sentir como dos amigos que conspiran juntos—. Ya que estás de buen humor, quizá también aceptes bailar conmigo.

Mi sorpresa tiene que ser evidente.

—¿Por qué?

Sonríe.

—Para celebrar que seguirás adelante con la misión. Porque estamos en una fiesta. Para que la reina Annet crea que no tenemos nada que ocultar.

—¿Tenemos algo que ocultar? —pregunto.

Ensancha la sonrisa y me arrastra hacia los bailarines.

—Siempre.

Dudo, pero una parte de mí quiere que la convenzan.

—No sé bailar.

—Me han instruido en todas las artes cortesanas —dice—. Deja que te enseñe.

Le permito que me guíe entre la multitud. Sin embargo, en lugar de entrar en una de las danzas circulares, me dirige a un lado, para que tengamos espacio para practicar. Me da vueltas entre sus brazos, me muestra un movimiento y espera a que lo repita.

—¿Piensas alguna vez en cómo sería ser reina de nuevo? —me susurra cerca de la mejilla mientras practicamos los pasos.

Me aparto para mirarlo.

Levanta las manos en señal de rendición.

—No es una pregunta con truco.

—Eres tú el que va a gobernar —le recuerdo.

—No —dice mientras observa a los demás bailarines—. No creo que lo haga.

Supongo que ha evitado el trono durante la mayor parte de su

vida. Recuerdo acurrucarnos bajo la cama de su habitación durante la Batalla de la Serpiente, pero destierro el pensamiento de mi mente. No quiero pensar en esa época. Al igual que no quiero pensar en cómo, a pesar de las advertencias de Hyacinthe, estoy dispuesta a comer de la mano del príncipe como una paloma amaestrada.

Es demasiado fácil. Ansío el más mínimo gesto de amabilidad. Ansío atención. Quiero más y más y más.

—Deberíamos comer algo —digo—. Nos espera un largo viaje.

Aunque tiene que saber que es una excusa, me suelta.

Atravesamos la multitud hasta llegar a una mesa de banquetes cargada de manjares. Oak se sirve una tarta rellena de fruta dorada de hadas y la corta por la mitad para darme una porción. Aunque he sido yo quien ha sugerido comer, no me doy cuenta de lo hambrienta que estoy hasta después de dar el primer bocado. Algo avergonzada, me sirvo un vaso de agua de la jarra dispuesta para mezclarse con el vino y lo bebo entero.

Oak se sirve vino, sin diluir.

—¿Me dirás cómo llegaste a vivir…? —Se detiene, como si tratara de buscar las palabras—. Como te encontramos.

Recuerdo con qué cuidado había procurado que no lo supiera. ¿Cómo explicarle que el tiempo empezó a escapárseme entre los dedos, cómo me fui volviendo cada vez más distante e incapaz de extender la mano para tomar nada que quisiera? No quiero que sienta por mí más lástima de la que ya siente.

—Podrías haber venido a verme —dice—. Si necesitabas algo.

Me río de eso.

—¿Ir a verte?

Frunce el ceño y me mira con sus ojos ambarinos.

—¿Por qué no?

La enormidad de las razones se me atasca en la boca. Es un príncipe de Elfhame y yo la hija caída en desgracia de unos traidores. Se hace amigo de todo el mundo, desde la guardia trol de la entrada hasta todas las personas que Tiernan mencionó de la Corte, mientras que yo he pasado años sola en un bosque. Pero, sobre todo, porque

podría haberle pedido a su hermana que me permitiera quedarme en las islas cambiantes y no lo hizo.

—Tal vez quería guardarme ese favor que aún me debes —digo.

Se ríe. Que yo le guste a Oak es tan ridículo como que al sol le guste una tormenta, pero eso no impide que lo desee.

Yo, con mis dientes afilados y mi piel fría. Es absurdo. Grotesco.

Sin embargo, por la forma en que me mira, casi parece posible. Supongo que es lo que pretende. Cautivarme para que me quede a su lado y haga lo que me pida. Sin duda cree que un poco de atención y unas cuantas sonrisas bastarán. Espera que sea tan maleable como una de las damas de la Corte.

Una gran parte de mí quiere ceder y fingir con él, y eso me enfurece.

Si quiere encandilarme, lo menos que puedo hacer es obligarlo a esforzarse. No me voy a conformar con un puñado de sonrisas y un baile. Haré que enseñe sus cartas. Me demostraré a mí misma, a los dos, que su coqueteo no es sincero. Me inclino hacia él y espero que se aparte de forma inconsciente. Que se sienta repelido. Pero solo me mira con curiosidad.

Cuando me acerco, abre un poco los ojos.

—Wren —susurra.

No sé si es una advertencia o no. Odio no saberlo.

En todo momento, espero que se estremezca o que se eche atrás cuando le poso una mano en el hombro. Luego me pongo de puntillas y lo beso.

Es ridículo. Besarlo es profano. Siento una horrible satisfacción, como cuando rompes una copa de cristal.

Es rápido. Una leve presión de mi boca seca en sus labios. Una breve sensación de suavidad, el calor del aliento, y después me alejo, con el corazón acelerado por el miedo, por la expectativa del asco.

Con la certeza de que lo he castigado por haber intentado coquetear conmigo.

La parte furiosa y asalvajada que hay en mí está tan cerca de salir a la superficie que casi huelo su pelaje cubierto de sangre. Quiero

lamer los arañazos que le he hecho.

Sin embargo, no parece alarmado. Estudia mi cara, como si intentara resolver un acertijo.

Tras unos segundos, cierra los ojos y las pestañas pálidas le acarician la mejilla, y entonces se inclina hacia adelante para volver a presionar su boca contra la mía. Va más despacio y con una mano me ahueca la nuca. Un escalofrío me recorre la espina dorsal, un rubor me recubre la piel.

Cuando se retira, no luce su habitual sonrisa retorcida. Más bien parece que alguien le acabase de abofetear. Me pregunto si un beso mío equivale a un zarpazo en la mejilla.

¿Se habrá obligado a hacerlo? ¿Para mantenerme en la misión? ¿Por el bien de su padre y de sus planes?

Pensaba castigarlo, pero lo único que he conseguido es castigarme a mí misma.

Tomo aire y lo suelto despacio. Aparto la mirada de la suya y veo que Tiernan se acerca a nosotros. No estoy segura de cuánto ha visto, pero no quiero escuchar nada de lo que tenga que decir.

—Discúlpame —le digo a Oak—. Me he cansado de bailar. Creo que me voy a marchar.

Levanta la comisura de la boca.

—Ya sabes dónde encontrarme si cambias de opinión.

Odio que las palabras hagan que me sonroje.

Me sumerjo entre la multitud con la esperanza de que me pierda de vista. Me maldigo por haber sido una tonta. Lo maldigo a él por confundirme.

Mientras deslizo la mirada por los bailarines, sé que tengo que hablar con Hyacinthe. «Mientras todos se comporten como deben, os lo devolveré pronto». Fue lo que dijo la reina Annet, pero es posible que ya hayamos fallado desde el principio. Que venir aquí en contra de los deseos de la Alta Reina sea excusa suficiente para mantenerlo encerrado.

Sin embargo, aunque esté encarcelado, puedo ir a hablar con él ahora mismo sin que nadie lo sepa. Quiero escuchar el resto de su

advertencia y que me diga todo lo que sabe.

Recojo un puñado de castañas asadas y me las como despacio mientras dejo caer las cáscaras al suelo de camino a la salida. Un hada con cara de gato desgarra un trozo de carne cruda en una bandeja de plata. Un ogro bicéfalo bebe de una copa que, apretada entre sus dedos, parece tan pequeña como para pertenecer a una muñeca.

Me vuelvo en dirección a Oak. Una chica risueña con pelo dorado y cuernos de ciervo lo arrastra a uno de los bailes. Imagino que no tardará en olvidarse de nuestro beso entre sus brazos. El pensamiento me revuelve las tripas, lo que me empuja otra vez a buscar a Hyacinthe.

Un hombre mortal se sube de un salto a una mesa cerca de mí, con el pelo en rastas finas. Tiene un rostro expresivo y una vulnerabilidad que atrae la atención. Se coloca las gafas en la nariz con un dedo y empieza a tocar el violín.

La canción que canta habla de lugares perdidos y hogares lejanos que ya no son un hogar. Canta sobre un amor tan intenso que no se distingue del odio y unas cadenas que son como acertijos antiguos, que ya no le sujetan y sin embargo no se rompen.

Antes de pensarlo siquiera, busco un encantamiento, pero no lo hay. Parece estar aquí por voluntad propia, aunque me da miedo pensar lo equivocado que estará en cuanto a su audiencia. Aun así, la reina Annet presume de ser una buena anfitriona. Mientras cumpla las estrambóticas reglas de las hadas, podría despertarse de vuelta en su cama por la mañana, con los bolsillos llenos de oro.

Por supuesto, nadie le dirá cuáles son las reglas, así que no sabrá si rompe alguna.

Me doy la vuelta con ese pensamiento en la cabeza y recorro el resto del camino entre la multitud tan rápido como puedo.

7

Me cruzo con unos cuantos guardias aburridos que me miran con hambre. Sin embargo, no me siguen, ya sea porque tienen prohibido abandonar su puesto o porque tengo un aspecto demasiado esmirriado para ser una buena comida.

En cuanto los pierdo de vista, echo a correr. Me desvío por las tres curvas en dirección a donde Lupine habló de las habitaciones con gemas incrustadas cerca de las prisiones. Voy tan deprisa que casi tropiezo.

Mis pensamientos van tan rápido como mis pies. He besado a dos personas antes que a Oak. Al chico al que le gustaba quemar cosas y, más tarde, a un arbóreo. Ninguno de esos besos me pareció tan sentenciado a fracasar como el que he compartido con el príncipe, y ambos lo estaban de sobra.

Es el problema de vivir según el instinto. No pienso.

El nivel inferior tiene un olor húmedo y mineral. Oigo a los guardias delante, así que me arrastro con cuidado hasta la esquina del pasillo y me asomo. La enorme puerta con bandas de cobre que custodian es, con toda seguridad, la de las prisiones, ya que tiene grabadas las palabras «El sufrimiento ennoblece». Una es una caballero con el pelo del color de las rosas rojas. Parece estar perdiendo una partida de dados contra un bauchan de orejas grandes y risueño. Ambos llevan armadura. Ella tiene una espada larga en la cadera, mientras que la de él es curva y la lleva atada a la espalda.

Estoy acostumbrado a entrar y salir del bosque sin que me vean, pero tengo poca experiencia con el tipo de artimañas verbales que podrían conseguir que los guardias me dejaran pasar. Aun así, me preparo y espero que la lengua no me traicione.

Entonces, siento un golpe en el hombro. Me vuelvo y me trago un grito cuando me encuentro cara a cara con Jack de los Lagos.

—Déjame adivinar qué haces —dice, con una expresión complacida y maliciosa, como alguien que acaba de descubrir un cotilleo delicioso—. Tienes intención de liberar a Hyacinthe.

—Solo quiero hacerle unas preguntas —digo.

—¿Así que no quieres sacarlo de las prisiones? —Me mira con astucia.

Quisiera negarlo, pero no puedo. Como a todas las hadas, se me agarrota la lengua cuando intento mentir y, a diferencia de Oak, no tengo facilidad para elaborar un engaño ingenioso con la suficiente rapidez. Sin embargo, que quiera hacerlo no significa que lo haga.

—¡Aaaah! —exclama Jack al interpretar correctamente mi silencio como una confesión—. ¿Es tu amante? ¿Estamos en medio de una balada épica?

—Una que hable de asesinato, quizá —gruño.

—Sin duda, al final —dice—. Me pregunto quién sobrevivirá para componerla.

—¿Has venido a regodearte? —pregunto, frustrada—. ¿A detenerme?

No sé lo poderoso que es un kelpie fuera del agua y con forma de hombre.

—A sorprenderte —dice—. ¿No son maravillosas las sorpresas?

Aprieto los dientes, pero no digo nada durante un largo rato. Tal vez no sea capaz de encandilarlo con palabras melosas, pero entiendo el resentimiento.

—Seguro que te molesta cómo te habló Tiernan.

Jack será una criatura alegre, pero apuesto a que también es mezquino.

—Tal vez no te importaría verlo quedar como un tonto delante del

príncipe. Si su prisionero desapareciera, el noble caballero que lo visitó por última vez quedaría como un auténtico inútil.

No planeo liberar a Hyacinthe. Ni siquiera creo que pueda hacerlo. Sin embargo, Jack no necesita saberlo. Solo tengo que jugar con lo que piensa de mí.

Considera mis palabras y una sonrisa empieza a extenderse en su boca.

—¿Y si provocara un ruido fuerte? Tal vez los guardias abandonarían sus puestos para seguirme. ¿Qué me darías por intentarlo?

—¿Qué quieres? —pregunto y rebusco en los bolsillos. Saco las tijeras con forma de cisne que le robé a Habetrot—. Son bonitas.

—Guárdatelas —se burla—. Sería un insulto que me apuñalaran con ellas.

—Pues no juegues con el destino —gruño en voz baja y sigo rebuscado. Encuentro la nota de Bogdana y la caja de cerillas del motel. No me caben muchas cosas en los bolsillos del vestido y tampoco es que tuviera muchas más, para empezar. Entonces cierro los dedos alrededor del zorro de plata con ojos de peridoto.

Lo saco y lo sostengo en la palma de la mano, reacia a mostrárselo.

—¿Qué es? —pregunta.

Abro la mano.

—Solo hay tres como él. Es una pieza de un juego de la aristocracia. —Me siento orgullosa de mi respuesta, que es a la vez verdadera y, sin embargo, omite el detalle más importante. Empiezo a aprender a hablar como ellos.

—¿No lo habrás robado? —pregunta, quizá pensando en lo desaliñada que estaba cuando me conoció.

—Es mío —digo—. Nadie lo discutiría.

Lo recoge con dos dedos.

—Muy bien. Ahora es mío, supongo, ya que no tienes nada más fino. A cambio, me llevaré a los guardias a una alegre persecución.

Aprieto la mano para obligarme a no arrebatarle el zorro. Ve el gesto y sonríe. Sé que le gusta más la baratija ahora que sabe que no

quería dársela.

—A mi señal —dice—. ¡Escóndete!

—Espera —advierto, pero ya ha empezado a moverse.

El pasillo está iluminado con orbes que brillan en un color verde enfermizo y les dan a las paredes de piedra un tono musgoso. Están lo bastante separados para colarme en un recodo del pasillo y quedar oculta en la oscuridad, siempre que nadie se fije con demasiada atención.

Contengo la respiración. Oigo el ruido de los cascos y luego un gran alboroto acompañado de gritos.

—¡Esa es mi espada! —grita la mujer caballero de pelo rosa. Entonces Jack de los Lagos pasa a toda velocidad por delante de mí, galopando en su forma de caballo mientras se ríe y sujeta una espada de plata brillante entre los dientes.

La caballero aparece ante mí.

—¡Cuando te atrape, te voy a despellejar! —grita mientras le da caza. El bauchan le sigue los pasos con la espada desenvainada.

Cuando se alejan lo suficiente, salgo de la oscuridad.

Me dirijo a toda prisa a la puerta de cobre que conduce a las prisiones. Las rocas que rodean la puerta están salpicadas de cristales que brillan en contraste con el gris apagado de la piedra.

Giro el pestillo y entro. Todas las habitaciones son como cámaras de una cueva, con enormes estalagmitas y estalactitas que sirven de barrotes. No parece muy distinto a mirar filas y filas de bocas con filas y filas de dientes horribles.

En algunas de las celdas se mueven figuras que se acercan para mirarme desde la oscuridad.

Una mano con garras se extiende a por mi brazo. Salto lejos de su alcance y sacudo la tela del vestido para que la suelte. Sigo adelante con un escalofrío.

La mayoría de las cámaras están vacías, pero en una hay un tritón. El suelo de la celda está mojado, pero no lo suficiente como para que esté cómodo. Tiene las escamas opacas y secas. Me mira con ojos pálidos hasta que me alejo; las pupilas apenas se distinguen de los iris

o la esclerótica.

Oigo una especie de roce al otro lado. Una chica lanza un trozo de roca al aire y lo atrapa. Por un momento, creo que es un hechizo, pero un instante después me doy cuenta de que es humana.

Parece de mi edad y tiene el pelo del color de la paja. También tiene un moratón en la mejilla.

—¿Me das un poco de agua? ¿Sabes cuánto tiempo tengo que quedarme aquí? —Le tiembla la voz al hablar.

Sigo su mirada hasta una tina de madera en la esquina de la estancia, de la que cuelga un cazo de cobre manchado de verdín. Empuja un cuenco de cerámica hacia los barrotes y me mira con lástima.

—¿Hay aquí un hombre con un ala por brazo? —pregunto.

La humana se pone en pie con entusiasmo.

—No eres un guardia.

Sumerjo el cucharón en la bañera y saco un poco de agua, luego la vierto en el cuenco. Al otro lado del pasillo, el tritón emite un gemido bajo. Vuelvo a mojar el cazo y lo salpico.

—¿El tipo alado? —susurra la humana—. Está ahí abajo. —Señala hacia el final del pasillo—. ¿Has visto? Puedo ser útil. Déjame salir y te ayudaré.

Resulta trágico que no tenga a nadie más a quien suplicar. ¿No ha visto mis dientes de depredador? ¿Cuánto miedo debe de tener para que le parezca una posible aliada?

Vuelvo a salpicar al tritón. Con un suspiro, se pega todo lo posible al suelo y flexiona las branquias.

Necesito ver a Hyacinthe, pero al mirar a la chica, no puedo evitar pensar en Bex, mi no hermana. Me la imagino en un lugar como este, sin nadie que la ayude y sin salida.

—¿Cómo has terminado aquí? —pregunto, consciente de que, cuanto más sepa, más difícil me será alejarme.

—Mi novio —dice—. Se lo llevaron. Conocí a una criatura y me dijo que podría recuperar a Dario si amenazaba con excavar hasta su… —Se detiene, posiblemente al recordar que soy una de ellos.

Sin embargo, asiento y parece suficiente para que vuelva a hablar.

—Busqué una pala y salí a la colina encantada, donde todo el mundo dice que pasan cosas raras.

Mientras habla, evalúo las estalagmitas y estalactitas de su celda. Tal vez se podría agrietar una si alguien muy fuerte balanceara algo pesado contra ella, pero estas prisiones se habrán construido para albergar incluso a ogros, así que es imposible que yo pueda hacerlo.

—Entonces me agarraron. Esas cosas me dijeron que me iban a llevar ante su reina y que ella me castigaría. Empezaron a enumerar lo que creían que ordenaría que me hicieran. Todas las sugerencias parecía sacadas de una peli de *Saw*. Ella… —Suelta una risita extraña, una que me indica que se está resistiendo a la histeria—. No sabes de lo que te hablo, ¿verdad?

Tras haber vivido en el mundo de los mortales, me hago cierta idea, pero no tiene sentido decírselo. Mejor alejar su mente de lo que podría ocurrir.

—Espera aquí.

Se frota la cara con la mano.

—Tienes que ayudarme.

Encuentro la celda de Hyacinthe al final del pasillo. Está sentado en el suelo, sobre una alfombra de heno. A su lado hay una bandeja con naranjas y caramelos, así como un cuenco de vino, colocado de forma que pueda beberlo como un perro. Me mira sorprendido y abre mucho los ojos. Yo también me sorprendo, porque ya no está embridado.

—¿Dónde está? —pregunto, aterrorizada porque la tenga la reina Annet.

—¿La brida? —Se frota la mejilla con el ala. Tiene unas cuantas plumas nuevas en la garganta. La maldición se extiende despacio, pero se extiende—. El príncipe temía que cayera en manos de la Corte de las Polillas, así que hizo que Tiernan me la quitara.

—¿La tiene Oak? —pregunto, mientras medito si será la verdadera razón por la que ordenó que se la quitaran. Me pregunto qué pensaba hacer con él.

Hyacinthe asiente.

—Supongo. —Luego suspira—. Lo único que sé es que no tengo que llevarla, al menos hasta que salgamos de la Corte de las Polillas. ¿Nos vamos ya? ¿Por eso estás aquí?

Niego con la cabeza.

—¿Te ha pedido algo la reina Annet?

Se acerca dos pasos a los barrotes.

—Creo que pretende retrasar a Oak lo suficiente para determinar si sacaría algún beneficio al devolverlo a la Corte Suprema, al menos eso es lo que escuché decir a los guardias.

—¿Crees que su hermana lo quiere de vuelta?

Hyacinthe se encoge de hombros.

—Atarlo y entregarlo podría reportarle a la reina alguna recompensa si eso fuera lo que quiere Jude, pero no le serviría de nada contrariarla si resulta que el Alto Rey y ella apoyan la misión del príncipe. Descubrir lo que quieren lleva tiempo, de ahí el retraso.

Asiento y medito.

—Si Elfhame quiere detenernos…

Si la Corte Suprema hace cautivo al príncipe, sea por amor o por ira, entonces, ¿quién detendrá a lady Nore? ¿Me apresarán a mí también? De lo contrario, ¿cuánto tiempo pasará antes de que Bogdana me encuentre?

—No lo sé —dice en respuesta a una o a todas las preguntas que no le hago.

Bajo aún más la voz.

—Háblame de los poderes de gancanagh del príncipe. ¿Qué mensaje le envió lady Nore? Ahora no estás atado por la brida.

—Libérame —dice con una mirada incisiva—. Libérame y te diré todo lo que sé.

Por supuesto. ¿Por qué, si no, iba a tratar de interesarme por la información que posee?

No por mi beneficio. Quería escapar.

Debería concentrarme en mi propia supervivencia. No es a esto a lo que vine a las prisiones. Ayudar a Hyacinthe solo servirá para que yo misma termine llevando la brida.

Sin embargo, soy incapaz de darme la vuelta y alejarme, dejándolo en una jaula. Ni Oak ni Tiernan fueron crueles con él cuando era su prisionero y aun así me horrorizó verlo. La Corte de las Polillas podría ser mucho peor.

Pero Oak nunca me lo perdonaría.

A menos que… nunca se enterara de que fui yo quien lo ayudó a escapar. Nadie me ha visto entrar aquí, salvo Jack de los Lagos. Y Jack no puede decírselo a nadie, ya que ha colaborado en ello.

Tal vez podría guardar este secreto, como Oak me ha ocultado otros.

—Prométeme que no le dirás a nadie, en especial a lady Nore, nada de Oak ni de Tiernan ni de mí que nos ponga en peligro o exponga nuestros planes. —Trato de convencerme de que este plan podría favorecer al príncipe y que se beneficiaría si los planes de la reina Annet se frustraran al menos en parte. Después de todo, si Hyacinthe desaparece de sus prisiones después de que insistiera en retenerlo, difícilmente podría considerarse a sí misma una buena anfitriona.

Si Oak se entera, no verá mis acciones desde esa perspectiva. Creerá que lo besé para desviar su atención mientras lo apuñalaba por la espalda. Creerá que todo lo que Tiernan dijo sobre mí era cierto.

Pero si no hago nada, es probable que la reina Annet no libere a Hyacinthe, con la esperanza de retener a Oak o de atraerlo de vuelta a su Corte. No soporto la idea de que alguien más pase por lo que pasé yo, encerrado e indefenso.

—Ayúdame a escapar y no le diré a nadie, en especial a lady Nore, nada de Oak ni de Tiernan ni de ti que os ponga en peligro o exponga vuestros planes —promete Hyacinthe con gracia y palabra por palabra.

La gravedad del momento se asienta sobre mis hombros.

—¿Cómo te saco? —pregunto mientras trato de concentrarme en eso y no en el pavor que siento al tener el destino en mis manos, tanto el mío como el de Hyacinthe. Estudio las estalagmitas en busca de una fisura—. Tienen que abrirse de alguna manera, pero no veo la forma.

Hyacinthe mete los dedos por el hueco de los barrotes en forma de diente y señala hacia el techo.

—Hay algo ahí arriba, escrito en la piedra. Uno de los guardias miró allí mientras hablaba, como si estuviera leyendo. También arrastró los pies, como si hubiera un lugar particular donde pararse.

—¿No oíste lo que decía? —pregunto, incrédula.

Niega con la cabeza.

—Debe de ser parte del encantamiento. Vi cómo movía la boca, pero no me llegó ningún sonido.

Entrecierro los ojos y distingo unas finas líneas escritas. Retrocedo dos pasos y consigo leerlas. Sin embargo, no es una contraseña para abrir los barrotes, sino un acertijo. Entonces me fijo y encuentro uno distinto encima de cada celda.

Supongo que si hace falta una palabra o frase concreta para abrir y cerrar cada celda, conviene tener un recordatorio, sobre todo cuando llegan nuevos guardias todo el tiempo. No todo el mundo tiene buena memoria y existe el riesgo de que, si se olvidan de una palabra, la celda deje de funcionar para siempre.

—«Hija del sol —leo—, pero hecha para la noche, el fuego la hace llorar y, si muere antes de tiempo, córtale la cabeza y renacerá».

—Un acertijo —gime Hyacinthe.

Asiento y pienso en la afición de las hadas por los juegos. En cómo Habetrot llamó a Oak «Príncipe del Sol». En los juegos de mesa a los que jugaba mi familia, como el Scrabble y el Bananagrams. En los poemas que memorizaba de los libros escolares de Bex y que recitaba a las ardillas.

Trato de despejarme la mente.

—¿La luna? —No pasa nada. Al mirar hacia abajo, me doy cuenta de que hay un círculo grabado en el suelo, un poco más allá de donde estoy. Me meto dentro y vuelvo a hablar—. La luna.

Esta vez, las fauces crujen, pero en lugar de abrirse, la celda se encoge, como si mordiera a su prisionero.

Hyacinthe golpea los barrotes de piedra, presa del pánico.

—¿Cómo vas a decapitar a la luna?

—Se encoge hasta ser una astilla —digo, horrorizada por lo que había estado a punto de provocar—. Pero vuelve a crecer. Y podría considerársela una hija del sol, por lo de la luz reflejada y todo eso.

Da igual cuántas explicaciones dé acerca de por qué creí que la respuesta era correcta, no cambiará el hecho de que casi lo aplasto. Incluso ahora que el movimiento ha cesado, sigo temiendo que todo se cierre de golpe y lo haga pedazos.

—¡Ten cuidado! —sisea.

—Adivínalo tú, si quieres —gruño.

Se queda callado.

Pienso más. ¿Tal vez una rosa? Tengo un vago recuerdo de estar con mi abuela en casa de una de sus amigas, jugando en el patio trasero mientras la otra mujer podaba los rosales. Había dicho algo sobre cortar las cabezas de las flores para que salieran más al año siguiente. Y lo de hija del sol… En fin, a las plantas les gustaba el sol, ¿no? Y no les gustaba el fuego. Además, la gente considera que las rosas son románticas, así que ¿quizás estaban hechas para la noche, porque la gente se enamora sobre todo de noche?

La última parte me parecía un poco endeble, pero no se me ocurría nada mejor.

—Tengo algo —digo, sin un ápice de confianza.

Me mira con recelo y suspira.

—Adelante —dice.

Me acerco al lugar y respiro hondo.

—Una rosa.

Los barrotes bajan más; el techo cae tan rápido que Hyacinthe tiene que tumbarse en el suelo para evitar que le golpee. Me llega un sonido que podría ser una risa desde la celda del tritón, pero el soldado alado guarda un silencio sepulcral.

—¿Estás herido? —pregunto.

—Todavía no —dice con cuidado—. Pero no creo que haya espacio para que la celda se encoja más sin que me parta como una nuez.

Acechar a la glaistig y destrozar sus hechizos era muy diferente, porque yo era la única que corría peligro. Colarse en las casas de los

mortales o incluso huir de brujas. Pero pensar que, por un error mío, una vida podría apagarse como una…

Hija del sol. Hecha para la noche. Córtale la cabeza y renacerá.

—Vela —suelto de golpe.

La caverna de piedra se desplaza con un quejido y los barrotes se abren como una boca, como una enorme flor carnívora. Nos miramos fijamente y Hyacinthe pasa del terror a la risa. Se levanta de un salto y me da vueltas con un brazo, luego me da un beso en la cabeza.

—¡Eres maravillosa! ¡Eres sorprendente! Lo has conseguido.

—Todavía tenemos que burlar a los guardias —le recuerdo, incómoda por los elogios.

—Me has liberado de la prisión. Yo haré que salgamos de la colina —dice con una intensidad que creo que es orgullo.

—Pero antes, dime lo que sabes de Oak. Todo, esta vez.

Hace una mueca.

—De camino.

Niego con la cabeza.

Ahora.

—¿Qué es lo que tiene que decirte? —pregunta la chica humana desde su celda y Hyacinthe me lanza una mirada exasperada.

—Aquí no —dice y abre más los ojos para sugerir que la razón debería ser obvia: la chica puede oírnos. Y también el tritón.

—Vamos a sacarlos también, así que no importa —digo. Al fin y al cabo, si me descubren, ya estaré metida en problemas.

Me mira con los ojos como platos.

—Eso sería imprudente.

—Me llamo Gwen —dice la chica—. Por favor. Os prometo que no le diré a nadie lo que he oído. Haré lo que queráis si me lleváis con vosotros.

Miro la inscripción sobre la puerta de su celda. Otro acertijo. «Se atiborra, pero carece de fauces. Bien alimentado, crece rápido y fuerte. Sin embargo, si le das un trago, le das la muerte».

No tiene boca, pero come…

—Wren, ¿me has oído? —exige Hyacinthe.

—Son testigos —digo. Dejar testigos también sería imprudente.

—Pues dame tu cuchillo —dice y frunce el ceño—. Me ocuparé de ellos.

Gwen se acerca al borde de las estalagmitas.

—Espera —dice, con la voz al borde de la desesperación—. Puedo ayudarte. Sé hacer muchas cosas.

Moverse por el mundo humano, por ejemplo. No quiero herir el orgullo del soldado, pero la chica podría esconderlo en lugares donde es poco probable que las hadas lo busquen. Juntos, podrían escapar más fácilmente de lo que ninguno de los dos conseguiría solo.

—El cuchillo —dice Hyacinthe, y extiende la mano como si de verdad esperase que fuese a dárselo y dejarle hacer lo que pretende.

Me doy la vuelta con el ceño fruncido.

—Todavía no me has dicho nada útil sobre el príncipe.

—Está bien —dice—. Cuando lady Nore se llevó a Madoc, envió un mensaje a la Corte Suprema para pedir algo a cambio por la libertad del antiguo general. No sé qué quería, solo que el rey y la reina se negaron.

Asiento. Oak me dijo que deseaba la derrota de lady Nore, aunque un intercambio de mensajes sugiere que podría estar dispuesto a apaciguarla en su lugar. Por un momento, me pregunto si es a mí a quien quiere. Aunque, si fuera así, no necesitaría a la bruja de espinas. Sabe exactamente dónde estoy. Y la Corte Suprema me entregaría sin pensárselo dos veces.

—¿Qué hay de los poderes de gancanagh? —pregunto.

Hyacinthe exhala un suspiro frustrado, claramente deseando estar lejos de aquí.

—Te diré lo que sé lo más rápido posible. Heredó parte del poder de Liriope y ella era capaz de provocar emociones muy fuertes en las personas que la rodeaban, sentimientos de lealtad, deseo y adoración. No estoy seguro de cuánto era consciente y cuánto simplemente ocurría a su alrededor y arrastraba a quienes se acercaban demasiado. Oak te utilizará hasta que no te quede nada que ofrecer. Te manipulará hasta que no sepas qué es real y qué no.

Recuerdo lo que dijo Tiernan sobre el padre de Hyacinthe.

—Olvida la misión. Nunca sabrás lo que el príncipe piensa detrás de sus sonrisas —dice—. Eres una moneda de cambio y él es un miembro de la realeza, acostumbrado a tirar el dinero.

Vuelvo a mirar el acertijo sobre la puerta de Gwen, que de repente me parece más fácil de resolver que cualquiera de mis demás problemas.

¿Qué come pero no bebe? Me vuelvo hacia el agua, hacia el verdín. Pienso en atiborrarse. En bocas hambrientas.

Bocas como la que representan las barras, dispuestas a devorar a Gwen si me equivoco en la respuesta. La celda en la que estaba Hyacinthe me dio tres intentos, pero observo que el techo de la de Gwen es más bajo. Puede que solo tenga dos oportunidades antes de que la aplaste.

Además, los guardias pueden entrar en cualquier momento, así que es posible que tenga aún menos tiempo.

Me aterra la idea de equivocarme y me preocupa igualmente que nos descubran. Ambos pensamientos me distraen y me envuelven en un bucle nervioso.

«Si le das un trago, le das la muerte».

Pienso en salpicar al tritón con agua. Pienso en el mar.

Pienso en la respuesta a la otra puerta: una vela. Se alimenta y un trago de agua lo apagaría. ¿Podrían ambos acertijos tener la misma respuesta? ¿Podrían abrirse todas las celdas de la misma manera?

Abro la boca para hablar, pero la precaución me detiene. «Bien alimentado, crece rápido y fuerte». Las velas no crecen. Casi vuelvo a pronunciar la palabra equivocada.

No, no es una vela, pero algo parecido. Una vela no crece, pero su llama sí.

—Fuego —susurro y la celda de Gwen se abre, liberándola.

Sale a trompicones y mira la habitación como si fuera un truco. Mira a Hyacinthe con cautela, tal vez preocupada de que vaya a usar un cuchillo después de todo.

—Te la vas a llevar contigo —le informo—. En vez de a mí.

Me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque te lo estoy pidiendo y te he sacado de la prisión —digo y le clavo lo que espero que sea una mirada firme.

Sin embargo, no se siente intimidado por mí.

—Ninguna parte de tu precio establecía que tuviera que ayudar a una tonta mortal.

El pánico me revuelve las entrañas.

—¿Y si te libero de la maldición?

—Imposible —dice—. Ni siquiera Oak pudo borrarla de forma permanente y es de la Corte Suprema.

Sin embargo, el príncipe no tiene la práctica que yo tengo en quitar maldiciones. Además, tal vez no quería que desapareciera por completo.

—Pero si pudiera… —pregunto con voz áspera.

A regañadientes, asiente.

Me vuelvo hacia Gwen y le enseño los dientes, complacida cuando se estremece.

—Resuelve el acertijo para liberar al tritón. No te equivoques.

Entonces toco el ala de Hyacinthe.

Siento las plumas en las manos, la suavidad y ligereza de los huesos que hay debajo. Siento cómo la maldición vuelve a tejerse dentro del soldado, como si fuera un ser vivo.

Me introduzco en la magia y me sorprende la pegajosidad de los hilos. Es como tirar de una tela de araña. Cuanto más tiro, más parece adherirse la maldición a mí para tratar de transformarme también. Siento la atracción del encantamiento, su brillo y su ardor, que intentan llegar dentro de mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Hyacinthe. Libera el ala de mis dedos.

Abro los ojos y solo entonces me doy cuenta de que los había cerrado.

—¿Te ha dolido?

—No, no lo sé —dice—. Sentía como si me estuvieras tocando

debajo de la piel.

Respiro hondo y vuelvo a intentar deshacer la maldición. Sin embargo, cada vez que procuro romperla, los hilos del hechizo se me escapan de las manos. Y cada vez me atrae más, hasta que siento que me asfixio entre plumas. Hasta que me ahogo. El nudo que hay dentro de mí, el centro de mi magia, se está deshaciendo.

—Para —dice Hyacinthe y me sacude el hombro—. Basta.

Estoy en el suelo y él se arrodilla a mi lado. Me cuesta recuperar el aliento.

Los hechizos de la glaistig eran un juego de niños comparados con esta maraña de encantamientos. Aprieto los dientes. Tal vez sea lo bastante buena entre las hadas montaraces que pueblan el mundo mortal, pero ha sido arrogante creer que eso bastaría para deshilar la magia de la Corte Suprema.

A unos metros de distancia, veo que Gwen y el tritón me miran. Parpadea y una membrana nictitante le sigue un segundo después.

—Hemos resuelto el acertijo juntos —dice Hyacinthe y frunce el ceño mirando a Gwen—. Ahora, vámonos.

—Pero… —intento protestar.

—Me la llevaré —dice—. A la chica mortal. La sacaré de aquí y a la criatura también. Levántate.

Quiero hacerlo, pero sus palabras me llegan desde muy lejos mientras intento volver a alcanzar la magia. Esta vez, cuando intenta arrastrarme hacia ella, yo la atraigo hacia mí. Dejo que me arrastre. Tomo toda la maldición de golpe.

Todo se detiene. No me queda aire en los pulmones. Siento un dolor en el pecho, como si se me hubiera parado el corazón. Como si algo dentro de mí se resquebrajara. Como si me fuera a desmoronar.

Me concentro en la maldición. En luchar contra el encantamiento pegajoso y asfixiante y aplastarlo hasta que se convierta en algo sólido, pesado y frío. Entonces presiono más, hasta convertirlo en nada.

Cuando abro los ojos, le estoy clavando las uñas en el brazo a Hyacinthe. Un brazo que ya no tiene plumas, que ya no es un ala. Está

de rodillas, muy quieto. Yo tiemblo como una hoja y estoy tan mareada que apenas recuerdo dónde estoy.

—Lo has hecho. Has roto la maldición. Mi señora, te juro lealtad. —Sus palabras tardan un momento en calar y, cuando lo hacen, el horror me invade—. A ti y solo a ti. Me equivoqué al dudar.

—No —consigo decir, pero me atraganto.

No quiero esa responsabilidad. He visto lo que el poder le hace a la gente. He visto cómo los que juran lealtad llegan a resentir esos juramentos y a desear la destrucción de quien los ostenta. Nunca fui menos libre que cuando gobernaba.

—Soy tu siervo para siempre —dice, sin prestar atención y presiona sus labios secos en el dorso de mi mano. El pelo castaño oscuro le cae como una cortina sobre la cara y me roza el brazo como si fuera seda—. Obedeceré tus órdenes.

Niego con la cabeza, pero el voto ya está hecho. Y estoy demasiado cansada para explicar por qué me preocupa. Mi mente flota a la deriva.

Miro a los tres prisioneros que he liberado y, de repente, soy muy consciente de los problemas que he causado. No me había dado cuenta de lo mucho que he cambiado desde que era aquella niña aterrorizada que siempre buscaba un lugar donde esconderse en la Corte de los Dientes. Romper las maldiciones de los mortales me ha vuelto rebelde.

Por un momento, siento una alegría retorcida. No me gusta estar en peligro, pero sí ser la causante de los acontecimientos en lugar de verme arrastrada por ellos.

—Quítate los zapatos —le digo a la chica, con la voz más ajada que nunca.

Se mira las zapatillas.

—¿Para qué?

Le dirijo una mirada autoritaria y se los quita.

Me levanto a duras penas mientras trato de recordar el atisbo de un plan que había trazado. Hyacinthe me agarra del brazo cuando me balanceo y el orgullo me empuja a arremeter contra él, pero me siento demasiado agradecida.

—Para que no hagas ruido al andar —explico—. Los tres cabéis detrás del abrevadero. Está oscuro y si os agacháis no os verán.

Hyacinthe hace una pausa.

—¿Y tú?

Niego con la cabeza.

—Ya te dije que no iba a ir. Mantendré a los guardias ocupados. ¿Encontraréis la salida desde aquí?

Asiente con sequedad. Es un soldado y espero que lo hayan entrenado para situaciones no muy diferentes a esta. Luego frunce el ceño.

—Si te quedas atrás, correrás un gran peligro —dice.

—No me voy —digo.

—No te perdonará por esto.

Si Oak descubre lo que he hecho, es muy probable que tenga razón. Pero aún tengo que enfrentarme a lady Nore o vendrá a por mí. Eso no ha cambiado.

—Me has jurado lealtad —le recuerdo, aunque sus palabras dan voz a mis temores—. Hace apenas unos instantes. Te pido que salgas de aquí y saques a Gwen de la Corte de las Polillas con vida. Y que lleves al tritón a la cueva marina. Está de camino.

—Envíame al norte, con lady Nore, entonces —dice Hyacinthe en apenas un susurro—. Si llegas hasta allí, al menos tendrás un aliado.

—Por eso no deberías jurarle obediencia a nadie en un alarde de dramatismo —digo, con un gruñido—. Rara vez te piden lo que te gustaría.

—Sé lo de las hadas y sus tratos —dice Gwen con ingenuidad—. Tú también me vas a pedir algo, ¿verdad?

La miro de arriba abajo. No había planeado pedirle nada, pero no sería prudente. No lleva mucho encima, pero su ropa y sus zapatillas me permitirían pasar al mundo de los mortales más fácilmente, si tuviera que hacerlo. Y hay otras cosas.

—¿Tienes móvil?

Parece sorprendida.

—Pensaba que me pedirías un año de vida, o un recuerdo querido,

o mi voz.

¿Qué iba a hacer con todo eso?

—¿Prefieres darme un año de vida?

—Supongo que no. —Gwen se mete la mano en el bolsillo y saca el móvil, junto con un cargador que desengancha de un llavero—. Aquí no hay cobertura.

—Cuando Hyacinthe y tú estéis a salvo, avísame —digo y se lo quito. El objeto de metal y cristal no pesa nada. Hace mucho que no sostengo uno.

—Iba a llamar a mi novio —dice—. Una vez descolgó y oí su música de fondo. Si llama…

—Le diré que se vaya —digo—. Ahora escóndete y, cuando entren, os vais.

Hyacinthe me dirige una mirada cargada de significado mientras guía a la mortal hacia la oscuridad.

Es el tritón quien me da la mano.

—Señora de la tierra —dice, con la voz aún más ronca que la mía y la piel helada—. El único regalo que tengo para daros es sabiduría. Se avecina una guerra en las olas. La Reina del Mar se ha debilitado y su hija es aún más débil. Cuando haya sangre en el agua, la tierra haría bien en mantenerse alejada. Cirien-Cròin se acerca.

Después se lanza al barril de agua.

Tras la advertencia, me dirijo a la puerta de cobre y giro el pomo. Todavía me tambaleo y estoy sin aliento, como si hubiera superado una larga fiebre. Nunca antes me había sentido así al romper una maldición y me asusta.

Pero el bauchan y la caballero de pelo rosa del otro lado me asustan aún más. Al verme, la mujer lleva una mano a la espada, que observo que ha recuperado. Espero que eso signifique que a Jack de los Lagos se le cayó y no que lo han atrapado.

—¿Cómo…? —comienza el bauchan.

Los interrumpo con la voz más firme que logro convocar.

—¡El soldado maldito, el prisionero del príncipe, no está en su celda! —Lo cual es bastante cierto, ya que yo lo he dejado salir.

—Eso no explica qué hacías donde no debes estar —dice la caballero de pelo rosa.

—Cuando llegué, no había nadie vigilando la entrada —digo y dejo que la acusación cuelgue en el aire.

Pasa por delante de mí con impaciencia y las mejillas sonrojadas. Se dirige hasta el fondo de la prisión, donde debería estar Hyacinthe. La sigo y mantengo la vista lejos de las sombras.

—¿Y bien? —digo, con una mano en la cadera.

El pánico de sus ojos me indica que la reputación de brutalidad de la reina Annet no es infundada.

—La chica —dice al darse cuenta de que la humana también ha desaparecido.

—Y el espía de Inframar. —El bauchan pronuncia una palabra para abrir la celda del tritón y la recorre. Al menos dejar salir a todos los prisioneros les ha hecho replantearse sus sospechas iniciales en cuanto a lo ocurrido.

—¿No has visto nada? —me pregunta la caballero de pelo rosa.

—¿Qué había que ver? —respondo—. ¿Qué visteis vosotros que os hizo abandonar vuestro puesto?

El bauchan mira a su compañera y le indica sin palabras que no diga nada. Ninguno de los dos habla durante un largo rato. Al final, la caballero dice:

—No se lo digas a nadie. Atraparemos a los prisioneros. No deben salir de la Corte de las Polillas.

Asiento despacio, como si estuviera considerando sus palabras. Levanto la barbilla como he visto hacer a la alta burguesía, como hacía lady Nore. Nadie se habría creído el papel que represento si fuera vestida con mis harapos y llevase el pelo alborotado, pero ahora los guardias me creen. Tal vez este vestido llegue a gustarme por algo más que por su belleza.

—Debo reunirme con el príncipe —digo—. Le ocultaré todo esto mientras pueda, pero si no encontráis a Hyacinthe antes de que partamos en busca de la bruja de espinas al amanecer, será imposible que no se entere.

Con el corazón a punto de estallar, salgo al pasillo. Luego vuelvo sobre mis pasos hasta la fiesta y aprieto las manos contra el pecho para calmar los temblores.

Me dirijo a una mesa y me sirvo un largo trago de vino verde. Huele a hierba machacada y se me sube a la cabeza mientras ahoga el sabor agrio de la adrenalina.

Localizo a Oak con una botella de vino en una mano y la dama con cabeza de gato de antes entre los brazos. Mientras bailan, ella le acaricia los rizos dorados con las garras. Después toca un cambio de pareja y una arpía ocupa el lugar de la dama gatuna.

El príncipe toma su mano marchita y la besa. Cuando ella se inclina para besarle el cuello, él se ríe. Luego la arrastra hacia los pasos de la gavota, con una sonrisa ebria que no decae ni vacila en ningún momento.

Hasta que el ogro que baila con la dama con cabeza de gato la saca bruscamente del círculo que da vueltas. La empuja a través de la multitud hacia un segundo ogro.

Oak deja de bailar y abandona a su pareja mientras cruza la pista hacia ellos.

Lo sigo más despacio, incapaz de que la multitud se separe ante mí como hacen con él.

Cuando los alcanzo, la mujer con cabeza de gato está de pie detrás de Oak y sisea como una serpiente.

—Entrégala —dice uno de los ogros—. Es una ladronzuela y le voy a arrancar la piel a tiras.

—¿Un ladrona? De corazones, tal vez —dice Oak y la mujer gato sonríe. Lleva un vestido de seda rosa pálido con guardainfantes y unos pendientes de cristal que cuelgan de sus orejas peludas. Parece demasiado rica para necesitar robar nada.

—Te crees mejor que nosotros porque tienes sangre real —dice el ogro y clava una larga uña en el hombro del príncipe—. Tal vez lo seas. La única manera de asegurarse es probarla.

Oak se tambalea por la embriaguez cuando empuja la mano del ogro y habla con evidente desprecio.

—La diferencia de sabor sería demasiado sutil para tu paladar.

La dama con cabeza de gato se lleva un pañuelo a la boca y se aleja con disimulo, sin quedarse a presenciar las consecuencias de la galante defensa de Oak.

—Dudo de que nos cueste demasiado desangrarte y averiguarlo —dice uno de los ogros mientras el otro se ríe y se acerca—. ¿Lo comprobamos?

Al oír esto, el príncipe retrocede un poco, pero el segundo ogro está detrás de él.

—Eso sería un error.

Lo peor que Oak podría hacer es mostrarles que tiene miedo. El olor de la debilidad es más fuerte que el de la sangre.

A menos que quiera que le peguen.

Si se viera envuelto en una pelea, violaría las normas de etiqueta como invitado. Pero si uno de los ogros lo golpeara primero, entonces sería el anfitrión quien habría dado el paso en falso. Sin embargo, a juzgar por su tamaño, un solo golpe podría arrancarle la cabeza al príncipe.

No solo son grandes, sino que parecen entrenados para la violencia. Oak ni siquiera fue capaz de bloquearme cuando le arañé la cara.

Debo de hacer algún movimiento impulsivo y brusco, porque el príncipe desvía la mirada hacia mí. Uno de los ogros se vuelve en mi dirección y se ríe.

—Vaya, vaya —dice—. Tiene un aspecto delicioso. ¿Es tuya? Ya que has defendido a una ladrona, quizá debamos enseñarte lo que se siente cuando te roban.

La voz de Oak se endurece.

—Eres lo bastante mentecato como para no diferenciar entre comerte una piedra y un dulce hasta que se te quiebren los dientes, pero espero que esto lo entiendas: ni se te ocurra tocarla.

—¿Qué has dicho? —pregunta su compañero con un gruñido.

Oak levanta las cejas.

—Las pullas no son tu fuerte, ¿verdad? Pretendía indicar que tu

amigo es un tonto, un cabeza de chorlito, un torpe, un imbécil, un zoquete…

El ogro le da un puñetazo y el enorme puño conecta con el hueso de la mejilla de Oak con la suficiente fuerza como para que se tambalee. Lo golpea de nuevo y el príncipe escupe sangre.

Un extraño brillo le aparece en los ojos.

Recibe otro golpe.

¿Por qué no se defiende? Incluso si quería que atacasen primero, ya lo han hecho. Estaría en su derecho de luchar.

—¡La reina Annet os castigará por atacar al príncipe heredero! —grito con la esperanza de que el ogro entre en razón antes de que Oak salga peor parado.

Al oír mis palabras, el segundo ogro le aprieta el hombro a su amigo y le impide dar un tercer golpe.

—El chico ya ha tenido suficiente.

—¿Seguro? —pregunta Oak mientras se limpia la boca con el dorso de la mano.

Ensancha la sonrisa y enseña los dientes manchados de rojo.

Me vuelvo hacia él con total incredulidad.

Se yergue, ignorando el moratón que empieza a aparecerle debajo de un ojo, y se aparta el pelo que le tapa la cara. Parece un poco aturdido.

—Golpéame otra vez —dice, desafiante.

Los dos ogros comparten una mirada. El compañero parece nervioso. El otro cierra el puño.

—Vamos. —La sonrisa de Oak no parece suya. No es la que les dedicaba a las bailarinas. No tiene nada que ver con las que me dirige a mí. Es amenazante y sus ojos brillan como cuchillas—. Pégame.

—¡Basta! —grito, tan fuerte que varias personas más se vuelven hacia mí—. ¡Para!

Oak parece contrariado, como si solo le gritase a él.

—Mis disculpas —dice.

Le permiten que se acerque a mí a trompicones. No sé si está borracho o aturdido por los puñetazos.

—Estás herido —digo como una tonta.

—Te perdí entre la multitud —dice. Tiene un moratón oscuro en la comisura de la boca y unas cuantas motas de sangre mezcladas con sus pecas.

La misma boca que besé.

Asiento, demasiado aturdida para hacer más. Aún tengo el corazón acelerado.

—¿Les damos uso a las prácticas de baile? —pregunta.

—¿Baile? —pregunto, con la voz un poco chillona.

Mira hacia los círculos donde otras hadas brincan y retozan. Me pregunto si estará en estado de shock.

Acabo de volver de traicionarlo. Yo misma me siento bastante conmocionada.

Pongo la mano en la suya como si estuviera hipnotizada. Siento el calor de sus dedos en la piel fría. Sus ojos de zorro ambarinos, con las pupilas dilatadas y oscuras. Se muerde el labio, como si estuviera nervioso. Levanto la mano y le toco la mejilla. Sangre y pecas.

Tiembla un poco. Supongo que si yo hubiera hecho lo mismo que él, también temblaría.

—Alteza —dice una voz.

Suelto su mano. La caballero de pelo rosa se ha abierto paso entre la multitud y la siguen tres soldados con armaduras completas. Sus expresiones son sombrías.

Me da un vuelco el estómago.

La caballero se inclina.

—Alteza, soy Revindra, miembro de la guardia de la reina Annet. Traigo la noticia de que vuestra acompañante ha irrumpido en nuestra prisión y liberado al espía de lady Nore, así como a una mortal que es propiedad de la reina y a un tritón de Inframar.

No digo nada. No tengo nada que decir.

—¿Qué pruebas tienes? —pregunta Oak y me dedica una rápida mirada.

—La confesión de un kelpie que la ayudó. Le pagó con esto. —Revindra abre la palma de la mano para mostrar al zorro plateado de

ojos de peridoto.

Oak tensa la mandíbula.

—¿Wren?

No sé cómo responder por lo que he hecho.

El príncipe levanta el juguete con una expresión abstraída en el rostro.

—Pensaba que no volvería a verlo.

—Hemos venido para llevarnos a Suren —continúa Revindra—. Sería un error que intentaseis impedírnoslo.

Oak me mira con la misma frialdad con la que miró a los ogros.

—No se me ocurriría impedíroslo —dice.

8

A los catorce años, aprendí a hacer té con agujas de abeto machacadas y flores de bergamota hervidas al fuego.

—¿Quiere una taza, señor Zorro? —pregunté a mi peluche, solícita, como si fuéramos muy elegantes.

No quería nada. Desde que había robado al señor Zorro de las cajas de mis no padres, me había acurrucado con él todas las noches. Se le había ensuciado el pelaje por dormir sobre musgo y tierra.

Aún peor, algunas veces lo dejaba atrás para ir a sentarme debajo de las ventanas de la universidad de Bex o de la universidad pública local, donde recitaba en voz baja poemas probablemente inútiles y fragmentos de hechos históricos, o hacía sumas trazando los números en la tierra. Una noche, al volver, descubrí que lo había atacado una ardilla que buscaba material para hacerse un refugio y le había arrancado casi todo el relleno.

Desde entonces, me quedaba en el campamento y le leía una novela sobre una institutriz empobrecida que había sacado de la biblioteca cuando me llevé *Encontrar comida en el sudeste de Estados Unidos.* Hablaba mucho de convalecencia y sabañones, así que supuse que le haría sentirse mejor.

El señor Zorro se parecía demasiado para mi gusto a las pieles que Bogdana colgaba a secar después de una matanza.

—Le conseguiremos tripas nuevas, señor Zorro —prometí—. Tal vez plumas.

Al tumbarme en el suelo, seguí con la mirada a un pájaro del árbol

que estaba sobre nosotros. Me había vuelto rápida y feroz en la naturaleza, por lo que podría haberlo atrapado con bastante facilidad, pero sería difícil asegurarse de que las plumas estuvieran limpias y libres de parásitos. Tal vez debería considerar la posibilidad de desgarrar una de las almohadas de mi no familia.

En el bosque, a menudo pensaba en los juegos a los que Rebecca y yo solíamos jugar. Como una vez en la que fingimos ser princesas de cuento. Hasta nos pusimos accesorios: un hacha oxidada que seguramente nunca había salido del garaje, dos coronas de papel que había hecho con purpurina y papel de periódico recortado, y una manzana, un poco machacada, pero brillante por la cera.

—Primero, yo seré un leñador y tú suplicarás por tu vida —me dijo Rebecca—. Seré comprensivo, porque eres muy bonita y estás muy triste, así que mataré un ciervo en vez de a ti.

Así que jugamos a eso y Rebecca cortó la maleza con el hacha.

—Ahora yo haré de la reina malvada —propuse—. Y tú fingirás que me entregas el…

—Yo soy la reina malvada —insistió ella—. Y el príncipe. Y el leñador.

—Eso no es justo —me quejé. A veces era muy mandona—. Tú lo haces todo mientras yo solo lloro y duermo.

—Te toca comer la manzana —señaló—. Y llevar una corona. Además, dijiste que querías ser la princesa. Eso es lo que hacen las princesas.

Morder la manzana podrida. Dormir.

Llorar.

Un crujido me hizo levantar la cabeza.

—¿Suren?

El grito me llegó a través del bosque. Nadie debería llamarme. Nadie debería saber siquiera mi nombre.

—Quédese aquí, señor Zorro —dije y lo arropé en mi casucha. Luego me arrastré hacia la voz.

Encontré a Oak, el heredero de Elfhame, de pie en un claro. En todos mis recuerdos era un niño alegre, pero se había vuelto alto y

huesudo, como hacen los niños que crecen de repente y demasiado rápido. Cuando se movía, lo hacía con la inseguridad propia de un potro recién nacido, como si no estuviera acostumbrado a su cuerpo. Tendría unos trece años. Y ninguna razón para estar en mi bosque.

Me agaché en un parche de helechos.

—¿Qué quieres?

Se volvió hacia mi voz.

—¿Suren? —volvió a llamar—. ¿Eres tú?

Llevaba un chaleco azul con ranuras plateadas en lugar de botones sobre una camisa de lino fino. En las pezuñas tenía unos casquillos de plata que hacían juego con los dos aros de la parte superior de una de sus orejas puntiagudas. El pelo rubio como la mantequilla, enhebrado con oro oscuro, volaba alrededor de su cara.

Me miré. Tenía los pies descalzos y negros por la suciedad. No recordaba cuánto tiempo había pasado desde que me había lavado el vestido. Una mancha de sangre marcaba la tela cerca de la cintura, donde me había enganchado el brazo con una espina. Más manchas de hierba en la falda, cerca de las rodillas. Recordé cómo me había encontrado atada a un poste, como un animal, a las afueras del campamento de la Corte de los Dientes. No soportaría más lástima.

—Soy yo —dije—. Ahora vete.

—Pero acabo de encontrarte. Y quiero hablar. —Sonaba sincero. Como si nos considerase amigos, incluso después de tanto tiempo.

—¿Qué me darás si acepto, príncipe de Elfhame?

Se estremeció ante el título.

—¿El placer de mi compañía?

—¿Por qué? —Aunque no era una pregunta amistosa, estaba sinceramente desconcertada.

Tardó en contestar.

—Porque eres la única persona que conozco que ha sido de la realeza, como yo.

—Como tú, no —dije.

—Te escapaste —dijo—. Quiero hacer lo mismo.

Cambié a una posición más cómoda. No había huido. No había

tenido ningún otro sitio adonde ir. Arranqué con los dedos una brizna de hierba. Él lo tenía todo, ¿no?

—¿Por qué? —volví a preguntar.

—Porque estoy cansado de que la gente intente asesinarme.

—Creía que te preferirían en el trono a tu hermana. —Matarlo no me parecía que fuera a lograr nada útil para nadie. Era reemplazable. Si Jude quisiera otro heredero, podría tener un bebé. Era humana; seguro que podría tener un montón de bebés.

Apretó la punta de la pezuña en la tierra y escarbó con inquietud en el borde de una raíz.

—Algunos quieren proteger a Cardan porque creen que Jude pretende asesinarlo y piensan que mi ausencia la desalentaría. Otros creen que eliminarme es un buen primer paso para acabar con ella.

—Eso no tiene ningún sentido —dije.

—¿Por qué no sales para que hablemos? —Se volvió y frunció el ceño mientras me buscaba entre los árboles y los arbustos.

—No te hace falta verme para eso —dije.

—Vale. —Se sentó entre las hojas y el musgo y apoyó la mejilla sobre una rodilla doblada—. Alguien intentó matarme. Otra vez. Veneno. Otra vez. Otro alguien intentó reclutarme para un plan en el que mataríamos a mi hermana y a Cardan, para que yo pudiera gobernar en su lugar. Cuando les dije que no, intentaron matarme. Esa vez con un cuchillo.

—¿Un cuchillo envenenado?

Se rio.

—No, uno normal. Pero dolió.

Jadeé. Cuando dijo que había habido intentos, supuse que significaba que los había evitado de alguna manera, no que simplemente no había muerto.

—Así que voy a huir de Faerie —continuó—. Como tú.

Nunca me había imaginado como una fugitiva. Era alguien que no tenía a dónde ir. Solo esperaba a ser mayor. O a tener menos miedo. O a ser más poderosa.

—El príncipe de Elfhame no puede desaparecer sin más.

—Todos serían más felices así —dijo—. Soy la razón por la que mi padre está en el exilio. La razón por la que mi madre se casó con él, para empezar. Mi hermana mayor y su novia tuvieron que cuidar de mí cuando era pequeño, aunque ellas mismas apenas eran unas crías. Mi otra hermana estuvo a punto de morir muchas veces para mantenerme a salvo. Las cosas serán más fáciles sin mí. Se darán cuenta.

—No lo harán —dije mientras intentaba ignorar la intensa oleada de envidia que me producía saber que le echarían de menos.

—Deja que me quede en el bosque contigo —dijo con un resoplido.

Lo imaginé. Compartiendo el té conmigo y con el señor Zorro. Le enseñaría los lugares donde crecían las moras más dulces. Comeríamos bardana, trébol rojo y setas parasol. Por la noche, nos tumbaríamos de espaldas y hablaríamos en susurros. Me hablaría de las constelaciones, de las teorías de la magia y los argumentos de los programas de televisión que había visto mientras vivía en el mundo mortal. Yo le contaría todos los pensamientos secretos de mi corazón.

Por un momento, me pareció posible.

Sin embargo, al final vendrían a buscarlo, igual que lady Nore y lord Jarel habían venido a por mí. Si tenía suerte, serían los guardias de su hermana los que lo arrastrarían de vuelta a Elfhame. Si no, sería un cuchillo en la oscuridad a manos de uno de sus enemigos.

Aquel no era su sitio, durmiendo al raso. Arrastrado a una existencia en los límites de la realidad.

—No —me obligué a decirle—. Vete a casa.

Vi el dolor en su rostro. La confusión sincera que acompañó al dolor inesperado.

—¿Por qué? —preguntó, tan perdido que me dieron ganas de retirar mis palabras.

—Cuando me encontraste atada a aquella estaca, pensé en hacerte daño —dije y me odié por ello—. No eres mi amigo.

No te quiero aquí. Esas son las palabras que debería haber dicho, pero no pude, porque habrían sido mentira.

—Ah —dijo—. Bueno.

Suspiré.

—Puedes quedarte esta noche —solté, incapaz de resistir la tentación—. Mañana te irás a casa. Si no lo haces, usaré el último favor que me debes de nuestro juego para obligarte.

—¿Y si me voy y luego vuelvo? —preguntó mientras intentaba disimular el dolor.

—No lo harás. —Cuando llegara a casa, sus hermanas y su madre le estarían esperando. Se preocuparían cuando no lo encontrasen. Le harían prometer que no volvería a hacer nada parecido—. Eres demasiado honorable.

No respondió.

—Quédate donde estás un momento —dije y me escabullí entre la hierba.

Después de todo, lo tendría allí conmigo por una noche. Y aunque no creía que fuera mi amigo, no significaba que yo no pudiera ser la suya. Le llevé una taza de té, caliente y fresca. La dejé en una roca cercana, con unas hojas al lado a modo de plato, con moras encima.

—¿Quieres una taza de té, príncipe? —pregunté—. Está por aquí.

—Claro —dijo y caminó hacia mi voz.

Cuando la encontró, se sentó en la piedra, acomodó la taza en su pierna y sostuvo las moras en la palma de una mano.

—¿Vas a beber conmigo?

—Sí —dije.

Asintió y esa vez no me pidió que saliera.

—¿Me hablarás de las constelaciones? —pregunté.

—Pensaba que no te gustaba —dijo.

—No me importa fingir —dije—. Por una noche.

Así que me describió las constelaciones y me contó una historia sobre un hijo de la nobleza que creía haber encontrado una profecía que le prometía un gran éxito, hasta que descubrió que su carta estelar estaba al revés.

Le conté el argumento de una película de mortales que había visto hacía años y se rio de las partes divertidas. Cuando se tumbó en un montón de juncos y cerró los ojos, me acerqué con sigilo y lo cubrí

con hojas secas para que estuviera caliente.

Cuando me desperté por la tarde, ya se había ido.

9

Me arrastran por los pasillos pero no me llevan a la cárcel, como suponía, sino al dormitorio donde me preparé para la fiesta. Mi mochila sigue colgada en el gancho donde la dejé y el peine que usó Oak sigue en el tocador. Revindra, la caballero de pelo rosa, me empuja dentro con tanta fuerza que me golpeo el hombro en el suelo. Luego me patea el vientre, dos veces.

Me enrosco alrededor del dolor y jadeo. Busco entre los pliegues del vestido y encuentro las tijeras que robé de las dependencias de Habetrot.

Es algo que aprendí en la Corte de los Dientes. Al principio, parecía que defenderme solo me traería más dolor. Era la lección que querían que aprendiera, pero pronto me di cuenta de que me harían daño de todos modos. Mejor herir a la otra persona cuando tuviera la oportunidad. Mejor hacerles dudar, que supieran que habría consecuencias.

Revindra lleva armadura, así que, cuando voy a por ella, le corto donde está más desprotegida: la cara.

El filo le corta la mejilla hasta la comisura de los labios. Abre los ojos de par en par y se aparta de mí con un grito salvaje. Se lleva la mano a la boca, se limpia y se mira los dedos con incredulidad, como si fuera imposible que la humedad que siente fuera su propia sangre. Otro caballero me agarra por la garganta y me sujeta mientras un tercero me golpea la muñeca contra el suelo hasta que suelto las

tijeras con un grito de dolor.

«Sería un insulto que me apuñalaran con ellas», recuerdo lo que dijo Jack de los Lagos. Espero que tuviera razón.

Cuando Revindra me da una patada en la nuca, no me molesto en intentar amortiguar el gemido de angustia. En la Corte de los Dientes, les gustaba oírme gritar, chillar y aullar. Disfrutaban viendo los moratones, la sangre, los huesos. He avergonzado a Revindra, dos veces. Por supuesto que está enfadada. No ganaría nada con darle ninguna otra cosa que no sea lo que quiere.

Al menos hasta que tenga otra oportunidad.

—Pediré ser quien administre tu castigo, insecto —dice—. Y lo llevaré a cabo con el mayor de los esmeros.

Siseo desde el suelo y me escabullo hacia atrás cuando viene hacia mí de nuevo.

—Hasta pronto. —Luego sale y los otros caballeros la siguen. Me arrastro hasta la cama y me acurruco, abatida.

Debería haberme controlado, lo sé. Si me satisface causar dolor, eso significa que soy más afín a lady Nore y a lord Jarel de lo que me gusta pensar.

En busca de una distracción de la agonía que siento entre la muñeca y el costado, de una razón para no pensar en la expresión de Oak cuando tomó entre los dedos su antiguo juguete o en la probabilidad de que me ejecuten de una de las maneras que tanto horrorizaban a Gwen, saco su teléfono del bolsillo. El cristal no está roto. La pantalla se ilumina cuando la recorro con los dedos, pero no hay ningún mensaje de Hyacinthe. Mientras miro la pantalla brillante, recuerdo en el número de mi casa, el que mis no padres me hacían repetir una y otra vez cuando Bex era Rebecca y yo su hija.

Estamos bastante lejos bajo tierra, así que la señal es muy débil. Una sola rayita, a veces dos cuando inclino el móvil en un ángulo incierto. Introduzco el número. No espero que suene.

—¿Diga? —La voz de mi no madre se mezcla con la estática, como si estuviera más lejos que nunca. No debería haberlo hecho. Tengo que intentar no sentir nada cuando vuelvan para hacerme más daño y

la voz de mi no madre me hace sentir demasiado. Sería mejor desconectar de todo, flotar lejos de mi cuerpo, convertirme en nada en una noche interminable de nada.

Pero quiero oír su voz, por si no vuelvo a tener la oportunidad de hacerlo.

—¿Mamá? —digo en voz tan baja que imagino que no me oye, debido a la mala conexión.

—¿Quién es? —pregunta, con voz aguda, como si sospechara que le están gastando una broma.

No hablo, siento náuseas. Tiene que parecer un número equivocado o una broma, claro. En su mente, no tiene más hijas. Sin embargo, sigo en línea un momento más mientras las lágrimas me queman en los ojos y noto su sabor salado en la garganta. Cuento sus respiraciones.

Cuando no cuelga, dejo el teléfono sobre la cama y pongo el altavoz.

Me tumbo al lado.

La voz le tiembla un poco.

—¿Sigues ahí?

—Sí —susurro.

—¿Wren? —pregunta.

Cuelgo, demasiado asustada de lo que podría decir a continuación. Prefiero conservar el recuerdo de que haya dicho mi nombre.

Aprieto la palma de la mano contra la piedra fría de la pared para centrarme, para intentar recordar cómo volver a no sentir nada.

No sé cuánto tiempo permanezco tumbada, pero el suficiente para adormecerme y despertarme desorientada. El miedo me revuelve las tripas, afilado y terrible. Me cuesta conjurar ningún pensamiento más allá de él.

Aun así, vienen a mí. Me estremezco por el recuerdo de haber besado a Oak. Cada vez que recuerdo lo que hice, me encojo de vergüenza. ¿Qué pensará de mí por haberme abalanzado sobre él? ¿Por qué me devolvería el beso, si no era para mantenerme dócil?

Después me viene el recuerdo de Hyacinthe instándome a

acompañarlo tras advertirme que no estaría a salvo.

Una y otra vez, oigo a mi no madre decir mi nombre.

Cuando oigo el rechinar de la piedra y el crujir de las bisagras, me siento como un animal acorralado, deseoso de atacar. Vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo y me pongo de pie mientras me sacudo la ropa.

Es la caballero de pelo rosa, Revindra.

—Ven para que te interroguen.

No digo nada, pero cuando estira la mano para agarrarme del brazo, siseo en señal de advertencia.

—Muévete —dice y me empuja por los hombros—. Y recuerda cuánto disfrutaré si desobedeces.

Salgo al vestíbulo, donde me esperan otros dos caballeros. Me hacen pasar a una sala de audiencias donde la reina Annet se sienta en un trono cubierto de polillas blancas empolvadas. Cada una agita un poco sus alas, dando al conjunto el efecto de una alfombra en movimiento. Lleva un vestido negro más sobrio que el de la última vez que la vi, pero Oak aún tiene la misma ropa, como si no hubiera dormido. Entrelaza las manos en la espalda. Tiernan está a su lado, con el rostro impasible.

Me doy cuenta de lo acostumbrada que estoy a ver la sonrisa fácil de Oak, ahora que ya no está. Un moratón le adorna el pómulo.

Recuerdo cómo se tambaleó tras el golpe del ogro, con sangre en los dientes, como si esperara otro golpe.

—Me has robado. —Los ojos de Annet destellan con una rabia apenas disimulada. Imagino que perder a una mortal y a un tritón ya habrá sido bastante embarazoso, por no hablar de Hyacinthe, cuando prácticamente había intimidado a Oak para que la dejara quedárselo. Tiene que resultarle particularmente molesto quedar en ridículo frente al heredero de la Corte Suprema, aunque le haya dado una excusa para retrasarlo un poco más. Aun así, no tiene forma de acusarlo de participar en mis actos.

Al menos, no creo.

Si Revindra está enfadada, la furia de Annet será mucho mayor y

mucho más mortífera.

—¿Lo niegas? —continúa la reina y me mira como un halcón dispuesto a lanzarse a por una rata.

Miro a Oak, que me observa con una intensidad febril.

—No puedo —logro pronunciar. Estoy temblando. Me muerdo el interior de la mejilla para centrarme por medio del dolor. Esperar el castigo de una gobernante caprichosa me es demasiado familiar.

—Así que conspiras con los enemigos de Elfhame —dice la reina oscura.

No dejaré que me acuse de eso.

—No.

—Entonces, dime: ¿puedes jurar ser leal al príncipe en todos los sentidos?

Abro la boca para hablar, pero no me salen palabras. Miro a Oak. Siento que caigo en una trampa.

—Nadie podría jurar eso.

—Ah —dice Annet—. Interesante.

Tiene que haber una respuesta que no lo empeore más.

—El príncipe no necesita a Hyacinthe cuando me tiene a mí.

—Diría que yo te tengo —dice la reina y Oak la mira de reojo.

—¿No irá corriendo a ver a lady Nore para contarle todo lo que planeamos? —pregunta Oak. Es la primera vez que habla y me sobresalto al oír su voz.

Niego con la cabeza.

—Me ha hecho un juramento.

La reina Annet mira al príncipe.

—Delante de vuestras narices, no solo vuestra amada os roba a vuestro prisionero, sino que lo utiliza para empezar a construir un pequeño ejército propio.

Me arden las mejillas. Cada cosa que digo empeora la situación. Mucho.

—Encerrar a Hyacinthe así estuvo mal.

—¿Quién te crees que eres para decirles a tus superiores lo que está bien o mal? —espeta la reina Annet—. La hija traidora de una

madre traidora, deberías dar las gracias por no haber terminado convertida en pez y devorada después de haber traicionado a la Corte Suprema.

Me muerdo el labio y los dientes afilados me rasgan la piel. Saboreo mi propia sangre.

—¿De verdad lo has hecho por eso? —pregunta Oak y me mira con una extraña ferocidad.

Asiento una vez y su expresión se vuelve distante. Me pregunto cuánto odia que la reina me haya llamado «su amada».

—Jack de los Lagos dice que te ibas a escapar con Hyacinthe —continúa la reina—. Se moría por contárnoslo todo. Sin embargo, sigues aquí. ¿Algo salió mal o te has quedado para cometer más traiciones?

Espero que el estanque de Jack de los Lagos se seque.

—No es cierto —digo.

—¿No? —dice Annet—. ¿No pretendías escapar también?

—No —digo—. Nunca fue mi intención.

Se inclina hacia delante en su trono de polillas.

—¿Y eso por qué?

Miro a Oak.

—Porque tengo mis propias razones para continuar con esta misión.

La reina Annet resopla.

—Una traidora valiente.

—¿Cómo convenciste a Jack para que te ayudara? —pregunta Oak, con voz suave—. ¿De verdad lo hizo solo por la figurita del juego? Le habría pagado mucha más plata que eso para que me contara lo que pretendías.

—Por orgullo —digo.

Oak asiente.

—Todos mis errores vuelven a por mí.

—¿Y la chica mortal? —pregunta la reina Annet—. ¿Por qué interferir en su destino? ¿Por qué liberar al tritón?

—Se estaba muriendo sin agua. Y Gwen solo quería salvar a su

amante. —Tal vez mis acciones fueran equivocadas según las reglas de las hadas, pero, en lo que respecta a Gwen al menos, sé que tengo razón conforme a cualquier otra medida.

—Los mortales son mentirosos —dice la reina oscura con un bufido.

—Eso no significa que todo lo que digan sea mentira —respondo. Me tiembla la voz, pero me obligo a seguir hablando—. ¿Tenéis aquí a un chico, un músico, que no ha regresado al mundo de los mortales en días y, sin embargo, debido a un encantamiento, cree que ha pasado mucho menos tiempo?

—¿Y qué si es así? —dice la reina Annet, los más cercano a una admisión que voy a conseguir—. Mentirosa o no, ocuparás su lugar. Has agraviado a la Corte de las Polillas y te lo haremos pagar.

Me estremezco sin poder evitarlo.

Oak mira a la reina oscura, con la mandíbula apretada. Sin embargo, cuando habla, su voz suena ligera.

—Me temo que no podéis quedárosla.

—Ah, ¿no? —pregunta la reina Annet, con el tono de alguien que ha asesinado a la mayoría de sus amantes y no tiene reparos en volver a asesinar si la provocan.

Oak ensancha la sonrisa, esa expresión encantadora con la que podría engatusar hasta a los patos para que le trajeran sus propios huevos para el desayuno. Con la que podría hacer que las delicadas negociaciones sobre una prisionera no parecieran más que un juego.

—Por muy molesta que estéis por la pérdida de Hyacinthe, soy yo quien se verá perjudicado por ello. Tal vez Wren lo haya robado de vuestras prisiones, pero seguía siendo mi prisionero. Lo que no quiere decir que no fuerais una parte perjudicada. —Se encoge de hombros en un gesto de disculpa—. Pero seguro que podemos conseguiros otro mortal y otro tritón, si no algo mejor.

Boca de miel. Pienso en cómo le habló al ogro en la fiesta, en que podría haber usado este mismo tono con él, pero no lo hizo. Parece funcionar con la reina Annet. Parece apaciguarla y su boca pierde parte de la rigidez que proviene de la ira.

Una voz así es un poder aterrador.

La reina sonríe.

—Juguemos. Si ganáis, os la devuelvo, y al kelpie también. Si fracasáis, me quedo con los dos, y con vos, hasta que Elfhame pague por vuestro rescate.

—¿Qué clase de juego? —pregunta el príncipe, intrigado.

—Os doy dos opciones —dice ella—. Podemos jugar a un juego de azar en el que ambos tendremos las mismas probabilidades. O podéis batiros en duelo con el campeón que yo elija y apostar por vuestra propia habilidad.

Un extraño brillo aparece en los ojos de zorro de Oak.

—Elijo el duelo.

—Yo lucharé en tu lugar —dice Tiernan.

La reina Annet abre la boca para objetar, pero Oak habla primero.

—No. Lo haré yo. Es lo que ella quiere.

Doy medio paso hacia él. Habrá llegado a sus oídos la lamentable escena de la noche anterior. Todavía tiene el moratón como prueba.

—Un duelo no es ningún juego —advierto.

—Claro que sí —responde Oak y me recuerda una vez más que está acostumbrado a ser el príncipe querido por todos, para quien todo es fácil. No creo que comprenda que este no será como los duelos entre caballeros que se libran en Elfhame, con tiempo de sobra para rendirse y todas las deferencias. Aquí nadie fingirá la derrota—. ¿A primera sangre?

—Por supuesto que no. —La reina Annet se ríe, demostrando mis temores—. Somos una Corte Oscura. Queremos presenciar un espectáculo mejor que ese.

—¿Hasta la muerte, entonces? —pregunta, como si la idea fuera ridícula.

—Vuestra hermana me cortaría la cabeza si vos perdierais la vuestra —dice la reina Annet—. Acordemos que el duelo continúe hasta que uno de los combatientes se rinda. ¿Qué arma elegís?

La mano del príncipe se dirige a su costado, donde descansa su espada fina.

Pone la mano en la empuñadura ornamentada.

—Estoque.

—Qué cosa más mona —dice la reina, como si le propusiera un duelo con una horquilla para el pelo.

—¿Estáis segura de que queréis un duelo? —pregunta Oak y le dirige una mirada escrutadora a la reina—. Podríamos jugar a otro tipo de juego de habilidad. ¿Un concurso de acertijos o uno de besos? Mi padre siempre me decía que, una vez que comienza, una batalla es un ente vivo que nadie puede controlar.

Tiernan aprieta los labios en una fina línea.

—¿Fijamos el duelo para mañana al atardecer? —pregunta la reina Annet—. Eso nos dará a ambos tiempo para reconsiderarlo.

Oak niega con la cabeza para sofocar su intento de retrasarlo más.

—Disculpadme, pero tenemos prisa por ver a la bruja de espinas, ahora más que nunca. Me gustaría acabar con esto cuanto antes y seguir mi camino.

Ante esto, algunos de los cortesanos de la reina Annet sonríen a escondidas, aunque ella no.

—¿Tan seguro estáis de ganar? —pregunta.

Oak sonríe, como si fuese partícipe de la broma a pesar de que es a su costa.

—Sea cual fuere el resultado, mejor darse prisa.

La reina lo mira como a un tonto.

—¿Ni siquiera vais a molestaros en poneros la armadura?

—Tiernan me la traerá —dice y le hace un gesto con la cabeza al caballero—. No me llevará mucho ponérmela.

La reina Annet se levanta y le hace un gesto a una de sus caballeros.

—Pues no nos entretengamos más. Revindra, busca a Noglan y dile que traiga la espada más fina y pequeña que posea. Ya que el príncipe tiene prisa, nos conformaremos con lo que pueda encontrar.

Tiernan se inclina hacia mí. Baja la voz para que solo yo lo escuche.

—Deberías haberte ido con Hyacinthe.

Me miro los pies, las botas que la Corte de las Polillas me dio por petición del príncipe. Si me llevara la mano a la cabeza, sé que tocaría la trenza que me hizo. Si muere, será por mi culpa.

La sala no tarda en llenarse de espectadores. Ver sangrar al heredero de Elfhame será un espectáculo poco común.

Mientras Tiernan ayuda a Oak a ponerse la cota de malla, la multitud se separa para dejar pasar a un ogro que reconozco al instante. Es el que golpeó a Oak dos veces la noche anterior. Sonríe y entra en la sala con una fanfarronería insufrible. Destaca entre los espectadores con su placa pectoral de cuero y acero y unos pesados pantalones metidos por dentro de las botas. Lleva los brazos desnudos. Los caninos inferiores se le clavan en el labio superior. Este debe de ser Noglan.

Se inclina ante la reina. Entonces me ve.

—Hola, bocadito —dice.

Me clavo los dedos en la palma de la mano.

Se vuelve hacia el príncipe.

—Supongo que no te di lo bastante fuerte la última vez. Lo solucionaré.

La reina Annet da una palmada.

—Despejad el espacio para el duelo.

Los cortesanos forman un amplio círculo alrededor de una parcela vacía de tierra compactada.

—No tienes por qué hacerlo —le susurro a Oak—. Déjame aquí. Deja a Jack.

Me mira de reojo. Su expresión es grave.

—No puedo.

Claro. Me necesita para completar la misión y salvar a su padre. Tanto como para obligarse a besarme. Tanto como para sangrar para conservarme.

Oak avanza a grandes zancadas hasta situarse en el lugar opuesto al que el ogro ha elegido. Noglan bromea con algunas personas de la multitud ansiosa y sedienta de sangre; lo sé porque se ríen, aunque estoy demasiado lejos para oír lo que dicen.

Pienso en el padre de Oak, al que vi en los consejos de guerra. La mayoría de las veces, sus ojos pasaban por encima de mí como si no fuera más que uno de los perros de caza que rezongaban debajo de la mesa, a la espera de que les arrojasen algún hueso. Sin embargo, una noche me vio sentada en un rincón frío, mordiendo mis ataduras. Se arrodilló y me dio la taza de vino caliente especiado que estaba bebiendo, y cuando se levantó, me tocó la nuca con una mano grande y cálida.

Quisiera decirle a Oak que Madoc no merece su amor, pero no sé si puedo.

La dama con cabeza de gato se adelanta y le da a Oak su bendición con un pañuelo de gasa. Él lo acepta con una reverencia y deja que se lo ate en el brazo.

La reina Annet sostiene una polilla blanca en la palma abierta.

—Si le hacen daño… —me susurra Tiernan, sin molestarse en terminar la amenaza.

—Cuando la polilla levante el vuelo, comenzará el duelo —dice la reina.

Oak asiente y desenvaina la espada.

Me llama la atención el contraste entre la brillante cota de malla dorada, el filo del estoque y las duras protecciones de la armadura con la suavidad de su boca y sus ojos ambarinos. Araña con una pezuña la tierra compactada, se coloca en posición de combate y se gira para colocarse de lado frente a su oponente.

—He tomado prestado un palillo —dice Noglan, el ogro, con una espada que parece de juguete en su mano, pero que es mucho más grande que la que empuña el príncipe. A pesar de la altura de Oak, el ogro le saca al menos treinta centímetros y es tres veces más ancho. Los músculos de sus brazos desnudos son como rocas bajo la piel.

En ese instante, algo vacila en los ojos del príncipe. Tal vez por fin se haya dado cuenta del peligro que corre.

La polilla revolotea en el aire.

La expresión de Oak cambia, no sonríe ni frunce el ceño. Parece inexpresivo, vacío de emociones. Me pregunto si es así como se

muestra cuando está asustado.

El ogro cruza el círculo a grandes zancadas mientras sostiene la fina espada como un bate.

—No seas tímido, muchacho —dice—. A ver qué sabes hacer.

Entonces, arremete con el arma hacia la cabeza de Oak.

El príncipe es rápido, se agacha a un lado y clava la punta del estoque en el hombro del ogro. Cuando lo libera, Noglan ruge. Una gota de sangre le recorre el bíceps.

El público jadea un suspiro colectivo. Estoy sorprendida. ¿Habrá sido un golpe de suerte?

Me es imposible creerlo cuando Oak gira para asestar un tajo en el vientre del ogro, justo debajo de la placa pectoral. Los movimientos del príncipe son precisos y controlados. Es más rápido que nadie a quien haya visto luchar.

Un destello de carne rosada y húmeda. Noglan cae al suelo de espaldas mientras varias hadas se apartan de su camino. Algunos espectadores gritan, otros jadean asombrados.

El príncipe camina hasta al otro lado del círculo.

—No te levantes —advierte, con un temblor en la voz—. Podemos acabar con esto ahora. Ríndete.

Pero Noglan se levanta mientras resopla de dolor. Una mancha de sangre crece en sus pantalones, pero la ignora.

—Te voy a destripar.

—No lo hagas —dice el príncipe.

El ogro corre hacia Oak agitando la espada. El príncipe coloca el fino estoque para que se deslice sobre la hoja de su adversario y la afilada punta se hunde en el cuello del ogro.

Noglan se lleva la mano a la garganta y la sangre brota entre sus dedos. La luz desaparece de sus ojos, como una antorcha lanzada al mar. Se desploma en el suelo. La multitud ruge con incredulidad. El aroma de la muerte flota en el aire.

Oak limpia la espada ensangrentada con el guantelete y la envaina.

La reina Annet habría oído la historia de cómo Oak no se defendió de Noglan. Habría llegado a la misma conclusión que yo, que no tenía

agallas. Que nada siniestro se escondía detrás de su sonrisa fácil. Que era justo el príncipe mimado de Faerie que parecía, consentido por sus hermanas, malcriado por su madre e ignorante de los planes de su padre.

Había supuesto que tal vez ni siquiera supiera usar la espada. Se había hecho el tonto, para que sus enemigos creyeran que lo era.

¿Cómo se me había olvidado que la estrategia y el engaño habían sido su pan de cada día? Era un niño cuando comenzaron los asesinatos por el trono, pero no tan joven como para no recordarlo. ¿Cómo no había considerado que su padre y su hermana habrían sido sus tutores en el uso de la espada? ¿O que, dado que había sido el objetivo favorito de los asesinos, había tenido motivos de sobra para aprender a defenderse?

La expresión de la reina Annet es sombría. Esperaba salir beneficiada del encuentro, que Noglan derrotase al príncipe y así restaurase su honor y nosotros tuviéramos que permanecer encarcelados el tiempo suficiente para que le llegase un mensaje de sus contactos en la Corte Suprema.

Tiernan me dirige una mirada feroz y sacude la cabeza.

—Espero que estés satisfecha con lo que has conseguido.

No entiendo lo que quiere decir. Oak está ileso.

Al ver mi expresión, frunce más el ceño.

—A Oak nunca le enseñaron a luchar de otra manera más que para matar. No aprendió movimientos elegantes. No sabe dar un espectáculo. Dar muerte es lo único que conoce. Y una vez que empieza, no se detiene. No sé si puede.

Un escalofrío me recorre. Recuerdo cómo su rostro se quedó en blanco y la terrible expresión en su cara al ver a Noglan en el suelo, como si le sorprendiera lo que acababa de hacer.

—Llevo mucho tiempo deseando un hijo. —La mirada de la reina Annet se desvía hacia mí y luego vuelve a Oak. La conmoción ha desaparecido y se ha dado cuenta de que le corresponde hablar—. Ahora que estoy a punto de tener uno, espero que esté dispuesto a hacer por mí tanto como vos por vuestro padre. Me complace ver a un

Greenbriar que sabe morder.

Supongo que lo último es una indirecta al Alto Rey, bien conocido por haberle dejado la lucha a su esposa.

—Bien, lady Suren, he prometido devolverte al príncipe, pero no recuerdo haber dicho que estarías viva al hacerlo. —La reina oscura sonríe sin diversión—. Entiendo que te gustan los acertijos, dado que has resuelto tantos en mis prisiones. Así que juguemos a un último juego de habilidad. Responde o sufre el destino del acertijo y que el príncipe Oak se lleve tu cadáver: «Di una mentira y te decapitaré. Di la verdad y te ahogaré. ¿Cuál es la respuesta que te salvará?».

—Reina Annet, os lo advierto. Ya no es vuestra para jugar con ella —dice Oak.

Pero la reina no pierde la sonrisa. Espera y no tengo más remedio que participar en su cruel juego.

A pesar de que se me ha quedado la mente en blanco.

Respiro temblorosa. La reina ha planteado que hay una solución al enigma, pero es una situación de esto o lo otro. O ahogamiento o decapitación. O mentira o verdad. Dos resultados muy malos.

Pero si la verdad tiene como resultado el ahogamiento y la mentira la decapitación, entonces tengo que encontrar la manera de usar una de las dos en su contra.

Estoy cansada y dolorida. Me cuesta pensar con claridad. ¿Es una pregunta sin respuesta, una trampa para sellar mi perdición? Si eligiera ahogarme y fuera la verdad, entonces tendría que hacerlo. Lo que significa que la decapitación es el destino de los mentirosos. Así que…

—Me decapitaréis —digo. Porque, si lo hace, entonces habría dicho la verdad y tendría que haberme ahogado. No hay forma de ejecutarme correctamente.

Suspiro aliviada; hay una respuesta, de modo que, fuera lo que fuere lo que quisiera hacer, tiene que dejarme ir.

Esboza una sonrisa tensa.

—Oak, podéis llevaros a vuestra traidora con la bendición de la Corte de las Polillas. —Mientras él da un paso hacia mí, la reina

continúa—. Tal vez penséis que Elfhame verá con malos ojos mis intentos de manteneros aquí, pero os prometo que a vuestra hermana le gustaría mucho menos descubrir que os he dejado partir con lady Suren, solo para descubrir que os ha rebanado la garganta.

El príncipe da un respingo.

Annet observa su reacción.

—Exacto. —Después se aleja en un remolino de faldas negras, con una mano sobre el vientre hinchado.

—Vamos —ordena el príncipe. Un músculo de la mandíbula le tiembla, como si apretara demasiado los dientes.

Sería mejor que le odiara. Como no puedo, tal vez sea bueno que ahora él me odie.

Liberan a Jack de los Lagos en la colina. Tiene la cara magullada. Arrastra los pies hasta nosotros y evita soltar ningún comentario ingenioso. Se arrodilla ante Oak y me recuerda a Hyacinthe cuando me hizo el juramento.

Jack no dice nada, solo se inclina hasta tocar con la frente la pezuña de Oak. El príncipe todavía lleva la armadura. La cota de malla dorada reluce y parece a la vez real y distante.

—Soy vuestro para que me castigues —dice el kelpie.

Oak extiende una mano y la coloca sobre la cabeza de Jack, como si ofreciera una bendición.

—Mi deuda contigo está pagada y la tuya conmigo —dice—. En adelante no nos deberemos nada, salvo la amistad.

Me sorprende su amabilidad. ¿Cómo puede hablar en serio cuando está tan enfadado conmigo?

Jack de los Lagos se levanta.

—Por vuestra amistad, príncipe, os llevaría al fin del mundo.

Tiernan resopla.

—Ya que Hyacinthe se ha llevado a Damisela, quizá deberías aceptar la oferta.

—Resulta tentador —dice Oak, con una media sonrisa—. Sin embargo, creo que será mejor que a partir de aquí sigamos caminos separados.

Estudio las punteras de mis botas y evito el contacto visual con todo el mundo.

—Si cambiáis de opinión, solo tenéis que llamarme —dice el kelpie —. Estéis donde estéis, acudiré.

Entonces se transforma en caballo, con el pelaje negro como el musgo y los dientes afilados. Mientras cabalga hacia el ocaso de la tarde, a pesar de todo lo ocurrido, me apena verlo partir.

10

Nubes de mosquitos revolotean en el aire caliente y húmedo de la marisma donde vive la bruja de espinas. Las botas se me hunden en el barro pegajoso. Los árboles están cubiertos de plantas trepadoras y enredaderas venenosas que bloquean el camino. En el agua marrón, algo se mueve.

—Siéntate —dice Oak cuando llegamos junto a un tocón. Es la primera vez que me habla desde que salimos de la Corte de la reina Annet. Saca de la mochila un pincel y un bote de brillante pintura dorada—. Extiende un pie.

Tiernan se adelanta para examinar la zona.

El príncipe me marca la parte inferior de una bota y luego la otra con el símbolo que nos han dado. Me sujeta las pantorrillas con firmeza. Un calor traicionero me enciende las mejillas.

—Sé que estás enfadado conmigo… —empiezo.

—¿Lo estoy? —pregunta y me mira como si notase un sabor amargo en la boca—. Quizá me alegre de que me hayas dado la oportunidad de ser la peor versión de mí mismo.

Sigo sentada en el tocón mientras reflexiono sobre lo que ha dicho cuando Tiernan regresa y me arranca un mechón de pelo de la cabeza.

Siseo y me pongo en pie, enseñando los dientes y con la mano busco un cuchillo que ya no tengo.

—Sabes cómo funciona la brida mejor que nadie —dice Tiernan, en voz baja, de modo que Oak, ocupado en dibujarse símbolos en los

cascos, no parece oírlo. Sostiene tres cabellos de color azul pálido en la mano—. No vuelvas a traicionarnos.

Un escalofrío me recorre al oír las palabras. El gran herrero Grimsen forjó la brida y, como todas sus creaciones, oculta un secreto corrupto. Hay otra forma de controlar a alguien que no la lleve puesta: un poco de pelo envuelto y unas cuantas palabras; así era como lady Nore y lord Jarel pretendían engañar a la Alta Reina cuando se atara al rey serpiente.

Mi pelo en los dedos de Tiernan es un recordatorio de que, aunque no me pongan la brida, no estoy a salvo. Debería dar gracias por no llevarla puesta ya.

—Si fuera por mí —dice—, te habría dejado atrás y me habría arriesgado a enfrentarme solo a lady Nore.

—No es demasiado tarde —digo.

—No me tientes —responde el caballero—. Si no fuera por ti, Hyacinthe seguiría con nosotros.

Aunque sé que tiene motivos para estar enfadado conmigo, yo también lo estoy. Hyacinthe, con la maldición a medio romper, me recuerda demasiado a mí misma, a mi deseo de que alguien me liberase, lo mereciera o no.

—Nadie encadenado podría amarte de verdad.

Me fulmina con la mirada.

—¿Esperas que me crea que sabes algo del amor?

La verdad me golpea como un puñetazo.

Me doy la vuelta y avanzo por el estiércol y la vegetación podrida, mientras el canto de las ranas resuena en mis oídos y me recuerda que la lengua afilada del caballero ya le costó a Oak la lealtad de Jack de los Lagos. Lanza las palabras como si fueran cuchillos. Imprudente. Sin miramientos.

Lo opuesto a una lengua de miel.

Una serpiente que se desliza me llama la atención, con el cuerpo tan negro como el reptil en el que se convirtió el Alto Rey. En el agua, algo que podría ser la cabeza de un cocodrilo, u otra cosa aún más monstruosa, rompe la superficie. La piel de la criatura se ha vuelto

verde por la vegetación.

Confío en que los demás también lo vean, aunque no aminoran el paso.

El aire es demasiado cálido y asfixiante, y estoy agotada por los acontecimientos de la noche anterior. Me duelen las costillas en el punto donde me golpeó la bota de Revindra. Pero me muerdo el interior de la mejilla y sigo adelante.

Caminamos durante mucho tiempo antes de llegar a un claro en el que hay unas cuantas sillas humanas desparejadas y oxidadas. Unos pasos más adelante, vemos a un hada arrugada y antigua en cuclillas junto a un fuego. Sobre la hoguera hay un asador y, ensartada en la varilla metálica, una rata desollada. La bruja de espinas la hace girar despacio y la escasa grasa chisporrotea.

La maleza y las zarzas trenzadas de su pelo caen a su alrededor y le sirven de capa. Unos grandes ojos negros asoman entre la maraña. Lleva un vestido de tela y corteza de árbol. Cuando se mueve, veo que va descalza. Anillos brillan en varios de los dedos de sus pies.

—Viajeros —dice con voz ronca—. Veo que os habéis abierto paso por mi pantano. ¿Qué es lo que buscáis?

Oak da un paso adelante y se inclina.

—Honorable dama, halladora de cosas perdidas, hemos venido a pediros que uséis vuestro poder en nuestro favor. —De la mochila, saca una botella de vino de miel, junto con una bolsa de rosquillas blancas y un frasco de aceite de chile, y lo deposita todo en la tierra frente a la bruja—. Hemos traído regalos.

La bruja de espinas nos mira. No creo que esté muy impresionada. Cuando se fija en mí, su expresión cambia a una de franca sospecha.

Oak me mira también y frunce el ceño con desconcierto.

—Esta es Wren.

La bruja escupe en el fuego.

—Nada. Eso es lo que eres. La nada absoluta. —Luego señala los regalos con un gesto de la mano—. ¿Qué queréis de mí que pensáis comprar tan barato?

Oak se aclara la garganta; sin duda no le gusta cómo han ido las

cosas hasta ahora.

—Queremos saber la historia de los huesos de Mab y el corazón de Mellith. Y queremos encontrar algo.

¿El corazón de Mellith? Pienso en las advertencias de Hyacinthe y en el mensaje invisible de lady Nore. ¿Es ese el rescate que pidió a cambio de Madoc? Nunca lo había oído antes.

Mientras miro el rostro del príncipe, de boca suave y ojos duros, me pregunto cuán importante será interpretar el papel de cortesano despreocupado, pues mostrar ambición supondría poner en peligro a su hermana.

Me pregunto a cuánta gente habrá matado.

—Ah —dice la bruja—. Hay una historia.

—Robaron los huesos de Mab de las catacumbas bajo el palacio de Elfhame —dice el príncipe—. Junto con el relicario que los guarda.

Los ojos negros como la tinta de la bruja de espinas no se apartan de él.

—¿Y los quieres de vuelta? ¿Eso es lo que quieres que encuentre?

—Sé dónde están los huesos. —Bajo la calma de Oak hay una sombría resignación, marcada en la arruga de su frente y en la leve inclinación de su boca. Quiere recuperar a su padre, sin importar lo que cueste—. Pero no cómo lady Nore puede usarlos para lo que desea. Tampoco sé por qué el corazón de Mellith es importante. Baphen, el astrólogo de la Corte, me contó parte de la historia. Cuando acudí a Madre Tuétano para saber más, me envió a veros.

La bruja de espinas se arrastra hasta una de las sillas, con el cuerpo oculto por la capa de su pelo y todas las zarzas y lianas que lo adornan. Me pregunto si, de haberme quedado en el bosque el tiempo suficiente, mi cabello habría terminado convertido en una prenda semejante.

—Venid a sentaros junto al fuego y os contaré un cuento.

Acercamos unas cuantas sillas más y nos sentamos. A la luz de las llamas, la bruja parece más vieja que nunca y aún menos humana.

—Mab nació cuando el mundo era joven —empieza—. En aquellos tiempos, las hadas no eran tan pocas como ahora, que el hierro.

Nuestros gigantes eran altos como montañas, los trols grandes como árboles. Y las brujas como yo tenían el poder de dar vida a todo tipo de cosas.

»Una vez por siglo, se celebra un encuentro de brujas, en el que todas, encantadoras y hechiceras, herreras y hacedoras, nos reunimos para perfeccionar nuestro oficio. Los forasteros no son bienvenidos, pero Mab se atrevió a entrar. Nos rogó que le concediéramos lo que deseaba: el poder de crear. No un mero hechizo ni pequeñas creaciones, sino la gran magia que solo nosotras poseíamos. La mayoría la rechazó, pero hubo una que no lo hizo.

»Esa bruja le concedió el poder de crear de la nada. A cambio, debía tomar a la hija de la bruja y criar a la niña como su heredera.

»Al principio, Mab hizo lo que se le pidió. Se otorgó el título de Reina de Roble, unió a las Cortes Luminosas más pequeñas bajo su estandarte y comenzó a otorgar conciencia a todos los seres vivos. Los árboles levantaban sus raíces cuando ella los llamaba. La hierba correteaba y confundía a sus enemigos. De sus manos brotaron hadas que nunca antes habían existido. Y levantó del mar tres de las islas cambiantes de Elfhame.

Oak frunce el ceño mientras mira al suelo.

—¿Ha heredado el Alto Rey algo de su poder? Es por eso por lo que puede…

—Paciencia, muchacho —dice la bruja—. Príncipe o no, te contaré el relato completo o no te contaré nada.

El príncipe esboza una sonrisa de disculpa.

—Si me muestro ansioso, es solo porque el cuento es cautivador y la narradora muy hábil.

Ante esto, ella sonríe y enseña un diente roto.

—Adulador.

Tiernan parece divertido. Apoya el codo en el brazo de la silla y la cabeza en la mano. Cuando no está concentrado en mantenerse en guardia, parece una persona distinta. Alguien que no es tan viejo como quiere hacer creer a la gente que le rodea, alguien vulnerable. Alguien que podría tener sentimientos más profundos y desesperados

de lo que deja entrever.

La bruja de espinas se aclara la garganta y retoma la narración.

—Mab llamó a la niña Mellith, que significa «maldición de la madre». No es un comienzo auspicioso. Sin embargo, hasta que no nació su propia hija, no empezó a buscar formas de liberarse del trato.

—Clovis —dice Oak—. Que gobernó antes que mi abuelo, Eldred.

La bruja inclina la cabeza.

—En efecto. Al final, bastó con un simple truco. Mab se jactó una y otra vez de haber descubierto una forma para que Clovis gobernara, hasta que los rumores terminaron por llegar a oídos de la bruja. Enfurecida, juró matar a Clovis. Así, la bruja se acercó a escondidas al lugar donde dormía la niña por la noche y atacó al bebé que encontró allí, para luego descubrir que había asesinado a su propia hija. Mab la había vencido.

Me estremezco. Pobre niña. Ambas, en realidad. Después de todo, si la bruja hubiera sido un poco más inteligente, la otra niña habría terminado muerta con la misma facilidad. A los peones se los trata un poco mejor, pero no por eso están a salvo en el tablero.

La bruja de espinas continúa.

—Pero la bruja consiguió poner un último encantamiento en el corazón de su hija mientras latía por última vez, porque la niña también era bruja y la magia cantaba en su sangre. Impregnó su corazón con el poder de la aniquilación, de la destrucción, el poder de deshacer. Y maldijo a Mab, de modo que ese pedazo de su hija estaría siempre ligado al poder de la reina. Tendría que mantener el corazón a su lado para que su magia funcionara. De lo contrario, su poder desharía todo lo que Mab creara.

»Se dice que Mab también le echó una maldición a la bruja, aunque esa parte de la historia es incierta. Tal vez lo hiciera, tal vez no. No somos fáciles de maldecir.

Se encoge de hombros y pincha la rata con un palo.

—En cuanto a Mab, ya conocéis el resto. Se alió con una de las hadas montaraces y fundó el linaje de los Greenbriar. Un hilo de su poder llegó hasta su nieto, Eldred, al que le concedió fertilidad cuando

gran parte de los feéricos son estériles, y hasta el Alto Rey actual, Cardan, que sacó una cuarta isla de las profundidades. Pero una gran cantidad del poder de Mab quedó atrapada en sus restos, confinada en el relicario.

Oak frunce el ceño.

—Así que lady Nore necesita esa cosa. El corazón.

La bruja arranca un trozo de rata y se lo lleva a la boca. Mastica.

—Supongo.

—¿Qué puede hacer sin él? —pregunta Tiernan.

—Los huesos de Mab se pueden moler hasta convertirlos en polvo, y ese polvo sirve para lanzar hechizos grandes y poderosos —dice la bruja—. Pero cuando los huesos se agoten, será el fin de su poder y, sin el corazón de Mellith, todo lo hecho acabará por deshacerse.

Deja que el momento se alargue en un silencio dramático, pero Oak, reprendido ya una vez, no la presiona.

—Por supuesto —entona la bruja—, el desenredo podría tardar mucho tiempo.

—¿Entonces lady Nore no necesita el corazón de Mellith? —pregunto.

La bruja me atraviesa con la mirada.

—El poder de esos huesos es grande. Elfhame no debería haber sido tan descuidado. Pero serían mucho más útiles acompañados del corazón. Y nadie sabe de qué es capaz el corazón por su cuenta. También alberga un gran poder, opuesto al de Mab, y, de lograr extraerlo, vuestra lady Nore podría coronarse a la vez como Reina de Roble y de Tejo.

Un pensamiento horrible. Lady Nore desearía el poder de la aniquilación por encima de todo. Y si pudiera tener ambos, sería más peligrosa que la propia Mab. Desharía a todos los que la han perjudicado, incluida la Corte Suprema. Incluida yo.

—¿Es realmente posible?

—¿Cómo voy a saberlo? —pregunta la bruja—. Abrid el vino.

Oak saca un cuchillo y lo utiliza para arrancar el papel de aluminio, luego clava la punta de la hoja en el corcho y la gira.

—¿Tenéis un vaso?

Casi espero que beba un trago a morro de la botella, pero se levanta y se aleja. Cuando vuelve, trae consigo cuatro tarros sucios, una bandeja astillada y una cesta con dos melones, uno verde y otro marrón.

Oak se sirve mientras la bruja retira la rata del asador y la pone en la bandeja. Comienza a cortar el melón.

—Se suponía que el corazón de Mellith estaba enterrado con los huesos de Mab bajo el castillo de Elfhame —dice el príncipe—. Pero no está allí. ¿Sabéis decirme dónde está?

Cuando la bruja termina de arreglar las cosas a su gusto, empuja el plato hacia nosotros y levanta su tarro de vino. Da un largo trago y se relame los labios.

—¿Quieres que descubra dónde está con la vara de zahorí? ¿Quieres que envíe cáscaras de huevo río abajo y te señale tu destino? ¿Entonces qué?

Tiernan arranca una pata de la rata y la mastica con delicadeza, mientras Oak se sirve una rodaja de melón. Yo me como una de las rosquillas.

—Te veo, criatura antinatural —me dice la bruja. La miro con ojos entrecerrados. Se habrá enfadado por comerme la rosquilla.

—Entonces aprovecharé el deseo de lady Nore de conseguirlo para recuperar a mi padre. ¿Qué más? —pregunta Oak.

La bruja sonríe con su sonrisa malvada. Se come la cola de la rata y los huesecillos crujen.

—Seguro que conoces la respuesta, príncipe de Elfhame. Quedarte el poder. Tienes algo de la sangre de Mab en ti. Roba sus restos y encuentra el corazón de Mellith, y tal vez puedas ser el Rey de Roble y de Tejo tú mismo.

Sin duda su hermana lo perdonaría entonces. No solo volvería como un héroe. Volvería como un dios.

Después de comer, la bruja de espinas se levanta y se limpia los trozos de piel chamuscada y azúcar en polvo de la falda.

—Ven —le dice al príncipe—. Te daré la respuesta que has venido

a buscar.

Tiernan comienza a levantarse también, pero ella le indica que se siente.

—El príncipe Oak es quien busca —dice—. Recibirá el conocimiento, pero también debe pagar el precio.

—Lo pagaré yo —declara Tiernan—. Sea lo que fuere.

Oak niega con la cabeza.

—No, no lo harás. Ya has hecho bastante.

—¿De qué sirve traerme para protegerte si no dejas que me arriesgue por ti? —pregunta el caballero y la frustración reprimida tras la pelea en la Corte de las Polillas empapa sus palabras—. Ni se te ocurra decir cualquier tontería sobre el compañerismo.

—Si me pierdo en el pantano y no vuelvo nunca, te doy permiso para que te enfades mucho conmigo —dice Oak.

Tiernan aprieta la mandíbula para contenerse de responder.

—¿Qué queréis? —pregunta Oak a la bruja.

Sonríe y le brillan los ojos negros.

—Ah, hay tantas cosas que podría pedir. ¿Una pizca de tu suerte, quizá? ¿O el sueño que más anhelas? Pero he leído tu futuro en las cáscaras de huevo y esto es lo que me darás: la promesa de que, cuando te conviertas en rey, me darás lo primero que te pida.

Pienso en la historia que nos ha contado y en los peligros de hacer tratos con brujas.

—Hecho —dice Oak—. Apenas importa, ya que nunca seré rey.

La bruja de espinas esboza una sonrisa maliciosa y el vello se me eriza en los brazos. Luego le hace una seña a Oak.

Los veo irse. Las pezuñas del príncipe se hunden en el barro y extiende la mano para sostener a la anciana, por si lo necesitara. No lo necesita y corretea sobre el terreno con gran agilidad.

Tomo otra rosquilla y evito mirar a Tiernan. Sé que sigue furioso por lo de Hyacinthe y, por muy enfadado que esté con Oak ahora mismo, no quiero tentarle a que me gruña.

Esperamos en silencio. Observo cómo la criatura cocodrilo vuelve a surgir del agua y me doy cuenta de que debe de habernos seguido.

Es más grande de lo que supuse antes y me observa con un solo ojo de color verde alga. Me pregunto si estaba esperando a que nos diéramos la vuelta en el pantano y qué habría pasado si lo hubiéramos hecho.

Tras varios largos minutos, regresan. La bruja lleva una nudosa vara de zahorí en la mano, que balancea a su lado. La expresión de Oak es de preocupación.

—El corazón de Mellith no está en un lugar en el que lady Nore pueda encontrarlo —dice cuando se acerca lo suficiente como para que lo escuchemos—. Tampoco debemos perder el tiempo buscando algo que no podemos conseguir. Partamos.

—No se lo habrías dado, ¿verdad? —pregunto.

No me mira a los ojos.

—Mis planes requieren mantenerlo lejos de su alcance. Nada más.

—Pero… —comienza Tiernan.

Oak corta lo que fuera a decir con una mirada.

El corazón de Mellith debió de ser lo que lady Nore le exigió a cambio de Madoc en el mensaje del que habló Hyacinthe. Así que, si Oak había considerado entregárselo, tengo razones para alegrarme de que sea imposible de conseguir. Sin embargo, también debo recordar que, por mucho que quiera acabar con lady Nore, tiene algo que él quiere. En un momento de crisis, podría elegir su lado antes que el mío.

En la orilla del pantano, nos espera el búho con cara de gnomo, posado en las raíces fibrosas de un mangle. Cerca hay un parche de hierba cana, cuyas flores florecen del color amarillo de la cinta de advertencia.

Oak se vuelve hacia mí con una sonrisa.

—No vas a seguir con nosotros, Wren.

No irá en serio. El príncipe peleó y mató a un ogro para mantenerme a su lado.

Tiernan se vuelve hacia él, igual de sorprendido.

—Pero me necesitas —digo, avergonzada por lo necesitada que sueno.

El príncipe niega con la cabeza.

—No compensa el riesgo de llevarte. No pienso batirme en duelo por toda la costa.

—Es la única que puede controlar a lady Nore —dice Tiernan de mala gana—. Sin ella, todo esto es una tontería.

—¡No la necesitamos! —grita Oak, la primera vez que lo veo perder el control de las emociones—. Y no la quiero.

Las palabras duelen, más aún porque no puede mentir.

—Por favor. —Me abrazo el cuerpo—. No intenté huir con Hyacinthe. Esta también es mi misión.

Oak suelta un largo suspiro y me doy cuenta de que parece aún más agotado que yo. El hematoma que tiene bajo el ojo por los golpes recibidos se ha oscurecido, el púrpura amarillea en los bordes y se extiende hasta el párpado. Se aparta un mechón de pelo de la cara.

—Espero que no tengas intención de seguir ayudándonos como hiciste en la Corte de las Polillas.

—Ayudé a los prisioneros —digo—. Aunque supusiera un inconveniente para ti.

Durante un largo rato, nos miramos. Me siento como si acabase de echar una carrera y el corazón me late con fuerza.

—Nos dirigiremos directamente al norte desde aquí —dice mientras se da la vuelta—. Hay un mercado feérico cerca de la ciudad humana de Portland, en Maine. Lo he visitado antes y no está lejos de las islas cambiantes. Tiernan comprará un barco mientras reunimos provisiones para hacer la travesía hacia las tierras de lady Nore.

El caballero asiente.

—Es un buen lugar desde el que partir. En especial si necesitamos despistar a alguien que nos siga entre la multitud.

—Bien —dice el príncipe—. En el Mercado de Undry, decidiremos el destino de Wren.

—Pero… —empiezo a protestar.

—Hay cuatro días de viaje por la costa hasta llegar allí —dice Oak

—. Pasaremos por el territorio de la Corte de las Termitas, la Corte de las Cigarras y media docena más de Cortes. Tiempo de sobra para que me convenzas del error que voy a cometer.

Se aleja a zancadas hacia el parche de hierba cana, arranca un tallo de la planta y lo hechiza para convertirlo en una bestia esquelética con flecos. Cuando tiene dos, nos indica con un gesto que montemos.

—Avanzaremos más deprisa desde el cielo.

—Odio estas cosas —protesta Tiernan mientras pasa una pierna sobre el lomo de una.

El gnomo con cara de búho se posa en el brazo del príncipe y él le susurra algo antes de que vuelva a alzar el vuelo. Se marcha a alguna misión secreta.

Me subo al corcel de hierba detrás de Oak y le rodeo la cintura con las manos. Siento vergüenza porque me haya echado, además de rabia. Por muy rápido que sea en el manejo de la espada, por muy leal que sea Tiernan o por muy listos que sean, siguen siendo solo dos. El príncipe se dará cuenta de que tiene más sentido llevarme.

Mientras nos elevamos en el aire, me veo tan incómoda en las monturas de hierba como Tiernan. Parecen vivas y, aunque no son una ilusión, tampoco son lo que parecen. Volverán a convertirse en tallos y caerán a la tierra, sin más conciencia de lo que fueron que ninguna otra hierba arrancada. Cosas medio vivas, como las criaturas encantadas de lady Nore.

Intento no agarrarme a Oak con demasiada fuerza mientras volamos. A pesar de la extrañeza de la criatura en cuyo lomo me encuentro, mi corazón se estremece en el aire. El cielo oscuro, salpicado de estrellas, refleja las luces del mundo humano que se extiende abajo.

Nos deslizamos por la noche. Algunas trenzas se me sueltan y se deshacen. Tiernan quizá desconfíe de los corceles de hierba, pero Oak y él los montan con inmensa facilidad. A la luz de la luna, los rasgos del príncipe son más feéricos, sus pómulos más afilados y sus orejas más puntiagudas.

Acampamos junto a un arroyo en un bosque con aroma a resina de pino, sobre una alfombra de agujas. Oak engatusa al taciturno Tiernan para que le cuente historias sobre las justas. Me sorprendo al descubrir que algunas son divertidas y que el propio caballero, cuando toda la atención recae en él, casi se vuelve tímido.

Algunas partes del agua son bastante profundas para bañarse y Oak lo hace; se despoja de la armadura y se restriega con la arena de la orilla mientras Tiernan hierve algunas agujas de pino para hacer té.

Intento no mirar, pero con el rabillo del ojo veo la piel pálida, el pelo mojado y el pecho lleno de cicatrices.

Cuando me toca a mí, me lavo la cara caliente y me niego a quitarme el vestido.

Volamos durante otro día y otra noche. La siguiente vez que acampamos, comemos más queso y pan y dormimos bajo las estrellas en un prado. Encuentro huevos de pato y Tiernan los fríe con cebollas silvestres. Oak habla un poco del mundo de los mortales y de su primer año allí, cuando usaba la magia como un insensato y casi metió a su hermana en un montón de problemas.

La tercera noche, acampamos en un edificio abandonado. El aire se ha vuelto frío y hacemos una hoguera con cartones y algunos tablones de madera.

Oak se estira junto al fuego y arquea la espalda como un gato al desperezarse.

—Wren, cuéntanos algo de tu vida. Si quieres.

Tiernan sacude la cabeza, como esperando que no lo haga.

Su expresión es lo que me decide. Me tropiezo con las palabras al principio, pero les cuento la historia de la glaistig y sus víctimas. En parte, supongo, para llevar la contraria. Para ver si me reprocharán que ayude a los mortales y que engañe a una feérica para que no reciba lo que le corresponde. Pero escuchan e incluso se ríen de los momentos en los que gano. Cuando termino de hablar, me siento extrañamente más ligera.

Al otro lado del fuego, el príncipe me observa y las llamas se reflejan en sus ojos ilegibles.

Perdóname, pienso. *Déjame ir contigo.*

Al día siguiente por la tarde, Tiernan se pone la cota de malla dorada de Oak y se marcha por su cuenta, para dejar un rastro falso. Hemos acordado un punto de encuentro no muy lejos del Mercado de Undry y me doy cuenta de que solo dispongo de una noche más para persuadirlos de que me permitan quedarme.

Mientras volamos, intento pensar argumentos. Considero la posibilidad de susurrárselos al oído a Oak, para que no tenga escapatoria, pero el viento me arrebataría las palabras. Una tenue llovizna nos humedece la ropa y nos hiela la piel.

Cuando el sol empieza a ponerse, se acerca una oscuridad que no corresponde a la noche. Las nubes se forman en la distancia, se ondulan hacia arriba y salen disparadas; el cielo se torna en un gris verdoso enfermizo. Dentro parpadean los relámpagos. Parecen llegar a la estratosfera y la parte superior de las nubes adopta una forma de yunque.

Debajo, el viento se arremolina y crea tornados.

Doy un grito, que se pierde en la noche. Oak hace descender al caballo de hierba mientras el aire que nos rodea se espesa. Nos sumergimos en la niebla de las nubes y el vaho húmedo y pesado me empapa los pulmones. El corcel tiembla bajo nosotros. Entonces, sin previo aviso, la criatura de hierba se inclina con brusquedad y luego cae.

Caemos en picado y la velocidad del descenso hace que mis gritos vuelvan a meterse en mi boca. No puedo hacer nada más que aferrarme a la masa sólida del cuerpo de Oak y rodearlo con los brazos con todas mis fuerzas. Los truenos retumban en mis oídos.

Nos sumergimos en una lluvia torrencial. Nos golpea y nos moja los dedos y el pelo, lo que dificulta agarrarnos. Como soy una cobarde, cierro los ojos y aprieto la cara en la espalda del príncipe.

—Wren —grita. Una advertencia. Levanto la vista justo antes de estrellarnos contra el suelo.

Salgo despedida hacia el barro y me quedo sin aliento. El corcel de hierba se desmorona hasta quedar reducido al tallo seco de una planta

en mis palmas magulladas.

Me duele todo, pero es un dolor sordo que no empeora cuando me muevo. Creo que no tengo nada roto.

Me levanto con paso tembloroso y extiendo una mano para ayudar a Oak a levantarse. La acepta y se incorpora haciendo palanca. Tiene el pelo dorado oscurecido por la lluvia y las pestañas en punta. Su ropa está empapada. Sangra por un arañazo en la rodilla.

Me acaricia la mejilla con los dedos.

—Creía que… —Lo miro a los ojos, desconcertada por su expresión —. ¿Te has hecho daño? —pregunta.

Niego con la cabeza.

Se aparta de mí bruscamente.

—Tenemos que llegar al punto de encuentro —dice—. No puede estar lejos.

—Tenemos que hallar un refugio. —Tengo que gritar para que me oiga. Sobre nosotros, un relámpago atraviesa el cielo y golpea el bosque que hay un poco más allá. Los truenos resuenan y un tenue hilo de humo se eleva desde el lugar del impacto antes de que la lluvia apague el fuego—. Encontraremos a Tiernan cuando la tormenta amaine.

—Al menos caminemos en esa dirección —dice Oak. Recoge la mochila y se la echa al hombro. Agacha la cabeza para protegerse de la tormenta y se adentra en el bosque para cubrirse con los árboles. No mira hacia atrás para comprobar si lo sigo.

Seguimos así durante un rato hasta que veo una zona que parece un buen sitio donde parar.

—Allí. —Señalo varias rocas grandes, cerca de donde el suelo se hunde hacia un barranco. Hay dos árboles a menos de dos metros de distancia, con las ramas muy cerca—. Podemos hacer un cobertizo.

Suspira, agotado.

—Supongo que tú eres la experta. Dime lo que tengo que hacer.

—Necesitamos dos palos grandes —digo y lo marco con las manos —. Tan largos como tú de alto. Tienen que sobrepasar las ramas.

Encuentro uno a unos metros que parece medio podrido, pero lo

arrastro de todos modos. Oak ha hecho que otro se doble de forma útil con un poco de magia. Empiezo a rasgarme la falda del vestido en tiras mientras intento no pensar en lo mucho que me gustaba.

—Átalos con esto —digo mientras me pongo a trabajar en el otro extremo.

Una vez colocados, utilizo palos más pequeños como estructura y los apilo para hacer un techo junto con musgo y hojas.

No es ni mucho menos impermeable, pero es mejor que nada. Oak tiembla cuando nos metemos dentro. Fuera, el viento aúlla y los truenos retumban. Arrastro un tronco grande y empiezo a quitarle la corteza para llegar a la madera más seca del interior.

Al ver lo despacio que avanzo, se mete la mano en la bota y saca un cuchillo, y luego me lo tiende.

—No hagas que me arrepienta de dártelo.

—Quería retrasarte —digo en voz baja, consciente de que probablemente no quiera oír mis excusas.

—¿La reina Annet? —pregunta—. Lo sé.

—¿Y crees que casi lo consigue por mi culpa? —pregunto. El interior del tronco está más seco y dispongo los trozos que desmenuzo sobre las piedras en forma de pirámide para intentar desviar la mayor cantidad posible de agua.

Se aparta el pelo mojado de los ojos, con ese extraño color de zorro. Como el oro cortado con cobre.

—Creo que podrías haberme dicho lo que pretendías.

Lo miro con total incredulidad.

—Hyacinthe te dijo algo sobre mí, ¿verdad? —pregunta.

Me estremezco, a pesar de que el frío no me afecta.

—Dijo que tenías una especie de magia que hace que le gustes a la gente.

Suelta un quejido exasperado.

—¿Eso es lo que crees?

—¿Que has heredado una extraña habilidad para hacer que la gente se sienta a gusto contigo y logres convencerla de que acceda a tus deseos? ¿No debería?

Levanta las cejas. Se queda callado un rato. La lluvia cae a nuestro alrededor. Los truenos parecen alejarse.

—Mi madre biológica, Liriope, murió antes de que yo naciera. Después de que la envenenasen, por orden del príncipe Dain, Oriana le abrió el vientre para salvarme. La gente dice que Liriope era una gancanagh y que sus poderes de oradora de amor fueron lo que atrajeron la atención del Alto Rey y de su hijo, pero al final ese poder no le sirvió de mucho. Pagó ese encanto con su vida.

Como no digo nada, responde a la pregunta que no he formulado.

—Seta lepiota. Permaneces consciente todo el tiempo mientras tu cuerpo se ralentiza hasta detenerse. Nací con ella en las venas, si es que se puede llamar «nacimiento» a que te arranquen de las tripas de tu madre muerta.

—Y Liriope y el príncipe Dain…

—Eran mis padres —reconoció. Sabía que formaba parte del linaje de los Greenbriar, pero desconocía los detalles. Con ese horrible legado, entiendo mejor que Madoc le parezca un padre admirable, que adore a la madre que lo rescató y crio—. Fuera cual fuere el poder que tuviera Liriope, yo no lo uso.

—¿Estás seguro? —pregunto—. Tal vez no puedas evitarlo. Tal vez lo hagas sin saberlo.

Sonríe despacio, como si acabara de confesarle algo.

—¿Supongo que quieres creer que te he encantado para que me besases?

Me doy la vuelta cuando la vergüenza me calienta la cara.

—Tal vez lo hice para distraerte.

—Siempre que sepas que fue cosa tuya —dice.

Frunzo el ceño mirando al barro y me pregunto hasta dónde habría llegado si no me hubiera apartado. ¿Me habría llevado a la cama, con odio en el corazón? ¿Lo habría sabido?

—Tú también…

Unos pasos que se acercan me detienen. Tiernan aparece frente al cobertizo, parpadeando bajo el aguacero.

—Estás vivo.

El caballero entra tambaleándose en el refugio y se desploma en el suelo.

Tiene la capa chamuscada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Oak mientras le examina el brazo. La piel está enrojecida, pero no es nada grave.

—Un rayo, muy cerca de donde estaba esperando. —Se estremece —. No es una tormenta natural.

—No, no lo es —coincide Oak.

Pienso en las últimas palabras que me dedicó Bogdana. *Volveré a por ti, niña. Y cuando lo haga, más vale que no huyas*.

—Si llegamos al mercado mañana y conseguimos el barco —dice Tiernan a Oak—, podríamos solicitar la ayuda de Inframar para atravesar el mar de Labrador deprisa y sin incidentes.

—El tritón me dijo… —empiezo, pero vuelvo a callar, porque ambos me miran fijamente.

—Continúa —dice Oak.

Intento recordar las palabras exactas, pero no puedo.

—Me contó que hay problemas en el mar, con la reina y su hija. Y me advirtió sobre alguien, un nombre que no conocía.

Oak frunce el ceño y mira a Tiernan.

—Entonces tal vez sea mejor arriesgarse y no buscar la ayuda de Inframar.

—No sé si me fio del informante de Wren —dice Tiernan—. Sea como fuere, una vez que atraquemos, deberíamos poder viajar a pie. La Ciudadela está a unos cincuenta kilómetros tierra adentro.

—Lady Nore tendrá a las criaturas de palo patrullando por todas partes menos por el Bosque de Piedra —dice Oak.

El caballero niega con la cabeza.

—Atravesar el bosque es un mal plan. Está maldito y el rey trol está loco.

—Por eso nadie nos buscará allí —dice Oak, como si eso fuera una partida en la que acaba de hacer una excelente jugada.

El caballero hace un gesto exasperado.

—De acuerdo. Atravesaremos el Bosque de Piedra. Cuando estemos

a punto de morir, espero tus disculpas.

Oak se pone de pie.

—Como todavía no he sellado nuestra perdición, voy a por provisiones. Me cuesta imaginar que pueda sentir más frío o humedad que ahora y vi las afueras de una ciudad mortal mientras estábamos en el aire.

—Tal vez los vientos huracanados te despejen la cabeza —dice el caballero y se envuelve en la capa húmeda con más fuerza, sin considerar siquiera la posibilidad de ofrecerse voluntario para ir.

Oak le hace una elaborada reverencia y luego se vuelve hacia mí.

—Es poco probable que te haga un juramento como Hyacinthe, pero, si consigues encender un fuego, él tal vez se lo piense.

—No es justo —gruñe Tiernan.

Oak se ríe mientras se aleja corriendo por el bosque húmedo.

Despejo un poco de espacio en el suelo para encender un fuego y apilo los trozos de madera seca que he sacado del interior del tronco. Rebusco en los bolsillos hasta que encuentro la caja de cerillas que me llevé del motel. Rasgo una en la tira de fósforo mientras rezo por que no esté demasiado húmeda para que funcione. Cuando se enciende, la cubro con la mano y trato de prender fuego a los trozos pequeños y secos.

Tiernan observa todo el proceso con el ceño fruncido.

—Sois amigos —digo mientras miro en la dirección por la que se ha marchado el príncipe—. Oak y tú.

Observa cómo el fuego se enciende y el humo se enrosca.

—Supongo que sí.

—Pero también eres su guardia, ¿no?

No sé si se va a ofender por la pregunta, o simplemente porque le hable, pero siento curiosidad y estoy cansada de no saber cosas.

Tiernan extiende una mano para probar el calor de las llamas.

—Tuvo otros tres antes que yo. Dos murieron protegiéndolo. El tercero se volvió contra él por un soborno. Así fue como se hizo la cicatriz de la garganta. A los catorce años, decidió que no quería más guardias, pero su hermana me envió de todos modos.

»Al principio, me arrastraba a todo tipo de fiestas absurdas, como si quisiera empujarme a dejar el trabajo a base de vergüenza. Luego creo que intentó aburrirme no yendo a ningún sitio durante semanas. Pero me quedé. Me sentía orgulloso de que me hubieran elegido para el puesto. Y pensaba que no era más que un crío malcriado.

—Es lo que quería que pensaras —digo, pues yo misma he caído hace poco en el mismo truco.

Asiente en señal de reconocimiento.

—Sin embargo, por entonces no lo sabía. Acababa de cumplir veinte años y era más tonto de lo que me gusta recordar. Pero apenas importa, porque un año después las cosas se torcieron. Un mortal intentó apuñalar a Oak. Lo atrapé, pero no era más que una distracción. Para mi vergüenza, funcionó. Una media docena de gorros rojos y duendes inundaron el callejón desde la otra dirección, todos armados hasta los dientes. Le dije al príncipe que huyera.

»Se quedó y luchó como nada que hubiera visto antes. Rápido. Eficaz. Brutal. Aun así, acabó con dos puñaladas en el estómago y una en el muslo antes de que terminara la batalla. Le había fallado y lo sabía.

»Podría haberse deshecho de mí sin problemas después de aquello. Le habría bastado con contar la verdad de lo que había pasado esa noche. Pero no lo hizo. Consiguió un ungüento curativo en el Mercado de Mandrake para que no se enterase nadie. No sé cuándo él empezó a considerarme su amigo, pero, después de ese momento, yo lo consideraba el mío.

Miro hacia el fuego y pienso en el día que Oak vino a verme al bosque, un año antes de conocer a Tiernan. Me pregunto si sería después de que su propio guardia se volviera contra él e intentara rebanarle el cuello. Si hubiera salido de mi escondite, habría visto si tenía una nueva cicatriz.

Tiernan sacude la cabeza.

—Por supuesto, eso fue antes de que me diera cuenta de por qué no quería un guardia. Había adoptado un nuevo pasatiempo. Decidió convertirse en un señuelo para los ambiciosos, cualquiera que quisiera

atacar a la familia real. Hacía todo lo posible para asegurarse de ser el único objetivo de los ataques.

Recuerdo cuando llegó al bosque. *Alguien intentó matarme. Otra vez. Veneno. Otra vez*. Los intentos de asesinato le disgustaban. ¿Por qué intentaría provocar más?

—¿Lo saben?

Tiernan no se molesta en preguntar a quién me refiero.

—Desde luego que no. Aunque me gustaría que la familia real se diera cuenta. Es agotador ver cómo alguien intenta ser un barco solitario que se estrella contra las rocas.

Recuerdo cómo se negó a dejar que Tiernan lo defendiera en la Corte de las Polillas, la insistencia en ser él mismo quien asumiera la deuda con la bruja de espinas. Cuando los conocí, pensé que Tiernan se cansaría de proteger a Oak; ahora veo lo mucho que tiene que esforzarse para encontrar una oportunidad de hacerlo.

—Hyacinthe acampó con la Corte de los Dientes durante la guerra —dice y lo miro a través de las pestañas mientras me pregunto a qué se debe el cambio de tema—. Me contó un poco de ello. No es un lugar agradable para ser una niña.

Frunzo el ceño y me miro las manos, pero no puedo ignorar sus palabras.

—No es un lugar agradable para ser nada.

—¿Qué crees que planeaban para ti?

Me abrazo las piernas y me encojo de hombros.

—Casarte con el príncipe y luego matarlo, ¿verdad? —No suena como una acusación, solo interés.

—No creo que pretendieran que ninguno de los dos viviera mucho tiempo.

Ante eso, no responde.

Miro el fuego y observo cómo crepitan las llamas.

Me quedo sentada un rato y echo trozos de tronco al fuego mientras veo cómo prenden y las brasas se elevan hacia el cielo como insectos.

Entonces me levanto, inquieta. Después de haber vivido en el

bosque tanto tiempo, debería ponerme a buscar provisiones. Quizá no pueda hacer mucho para compensar haber liberado a los prisioneros, pero al menos puedo construirnos un buen refugio.

—Iré a por más madera —digo—. Y veré si encuentro algo que valga la pena buscar.

—Recuerda que tengo tres mechones de tu pelo —dice el caballero, pero no hay una amenaza real en su voz.

Pongo los ojos en blanco.

Tiernan me mira con extrañeza mientras me alejo y se aprieta la capa húmeda.

Envuelta por la noche, olfateo el aire y me empapo de este bosque desconocido. No avanzo mucho antes de tropezar con una zona de acedera de madera alimonada y zarzas. Recojo un poco y me lo guardo en los bolsillos del vestido nuevo. ¡Bolsillos! Ahora que los tengo, no me creo que haya pasado tanto tiempo sin ellos.

Despreocupada, saco el teléfono de la humana. La pantalla está completamente negra y no se enciende. La batería se ha agotado y no tengo forma de cargarlo a menos que nos refugiemos en otra casa mortal.

Lo guardo. Tal vez sea mejor que no funcione. Me permite imaginar que Hyacinthe y Gwen están a salvo, que mi no madre se alegró de saber de mí. Que tal vez incluso haya devuelto la llamada.

Me adentro más en el bosque y descubro un árbol de nísperos. Los recojo a puñados, como algunos sobre la marcha y me lleno la mochila. Sigo caminando con la esperanza de encontrar rebozuelos.

Oigo un crujido. Levanto la vista, esperando ver a Tiernan.

Pero es Bogdana la que está entre los árboles, con los largos dedos enredados en las ramas cercanas. La bruja de la tormenta me mira con sus brillantes ojos negros y sonríe con dientes afilados y agrietados.

Empiezo a notar un ruido en los oídos y, por un momento, el estruendo de mi propia sangre es lo único que oigo.

Tomo una rama del suelo y la levanto como un bate.

Entonces, habla.

—Basta de tonterías, niña. He venido a hablar.

Me pregunto cómo me ha encontrado. ¿Habrá un espía en la Corte de la reina Annet? ¿Habrá sido la propia bruja de espinas, por cortesía hacia otro poder antiguo?

—¿Qué quieres? —gruño y vuelvo a sentirme como una bestia a pesar de las galas con las que me han vestido—. ¿Has venido a matarme para mi señora madre? Dime, pues, ¿cómo voy a morir?

La bruja alza las cejas.

—Vaya, vaya, mira quién se ha hecho mayor y ahora se dedica a lanzar acusaciones.

Me obligo a respirar. Siento la rama pesada y húmeda en la mano.

—He venido a buscarte —dice Bogdana—. De poco te servirá luchar contra mí, niña. Es hora de que distingas a tus aliados de tus enemigos.

Doy un paso atrás para poner algo de distancia entre nosotras.

—¿Y tú eres mi aliada?

—Podría serlo —dice la bruja—. Seguro que lo prefieres a convertirme en tu oponente.

Doy otro paso e intenta agarrarme; las uñas cortan el aire.

Le doy con la rama en el hombro tan fuerte como puedo. Luego corro. A través de la noche, entre los árboles, las botas me resbalan en el barro, los arbustos espinosos me desgarran la piel y las ramas se me enganchan en la ropa.

Resbalo y piso mal en un charco. Caigo sobre las manos y las rodillas. Vuelvo a levantarme y sigo corriendo.

El sólido peso de la bruja cae sobre mi espalda.

Nos estrellamos juntas y rodamos por la alfombra de hojas húmedas y agujas de pino. Las piedras se me clavan en las magulladuras. Sus uñas se me incrustan en la piel.

La bruja de la tormenta me agarra por la barbilla con sus largos dedos y me presiona la parte posterior de la cabeza contra el suelo del bosque.

—Debería asquearte viajar con el príncipe de Elfhame. —Su cara está muy cerca de la mía y noto su aliento caliente—. Oak, a quien podrías haber obligado a encogerse a tu lado. Tener que recibir

órdenes suyas es una afrenta. Sin embargo, si te da asco, lo has ocultado bien.

Lucho y pataleo. Intento liberarme. Me araña la garganta y las uñas dejan un rastro de líneas ardientes en mi carne.

—Pero quizá no te dé asco —dice Bogdana y me mira a los ojos como si viera algo más que su reflejo—. Dicen que puede convencer a las flores para que se abran de noche, como si su rostro fuera el del sol. Te robará el corazón.

—Dudo de que tenga el menor interés en hacer algo así —digo y me aparto de sus dedos.

Esta vez me suelta, pero me agarra una de las trenzas. Me obliga a levantarme usándola como una correa.

Rebusco en los bolsillos y encuentro el cuchillo que Oak me prestó para desmenuzar el tronco. Lo saco de la funda.

Los ojos de la bruja se encienden de ira al ver que la apunto con un arma.

—El príncipe es tu enemigo.

—No te creo —grito y corto la trenza por la que me sujeta. Luego vuelvo a huir por el bosque.

De nuevo, me persigue.

—Detente —me llama, pero ni siquiera aminoro la marcha. Atravesamos los arbustos. No sé bien dónde estoy, pero creo que me dirijo al refugio. Espero ir hacia la ciudad mortal.

—Detente —repite—. Escúchame y, cuando termine, elige si quedarte o irte.

Ya ha estado a punto de atraparme dos veces. Disminuyo el paso y me doy la vuelta, con el cuchillo aún bien agarrado.

—¿Y no nos harás daño a mí ni a mis compañeros?

Esboza una sonrisa retorcida.

—Hoy, no.

Asiento, pero me aseguro de dejar mucho espacio entre las dos.

—Harías bien en escuchar, niña —dice—. Antes de que sea demasiado tarde.

—Te escucho —digo.

La bruja ensancha la sonrisa.

—Apuesto a que tu príncipe nunca te ha dicho cuál es el trato que le ofreció lady Nore. Intercambiaría a Madoc a cambio de eso que ya está llevando al norte. Tú, niña estúpida.

Niego con la cabeza. No puede ser cierto.

No, lady Nore le pidió el corazón de Mellith. Por eso fue a buscar a la bruja de espinas. ¿Para qué me querría lady Nore, cuando puedo dominarla? Entonces recuerdo las palabras de Oak en la casa humana abandonada: *Eres su mayor vulnerabilidad. Independientemente de qué más haya planeado, tiene buenas razones para querer eliminarte*.

Si lady Nore me quiere, me quiere muerta.

¿No me pregunté si sería a mí a quien pedía, cuando estaba en las prisiones con Hyacinthe? Sospeché y después descarté la idea. No quería creerlo.

Sin embargo, cuanto más lo pienso, más comprendo que Oak nunca me ha dicho que lady Nore le pidió el corazón de Mellith. Solo que esperaba aprovecharse de su deseo de conseguirlo. Que planeaba engañarla.

Si yo soy lo que lady Nore quiere, entiendo por qué ha procurado ocultarme sus planes. Por qué estaba dispuesto a jugarse el cuello para liberarme de la reina Annet. Tal vez incluso por qué había ido a buscar el corazón de Mellith, si pensaba que era algo que podría entregarle a lady Nore en mi lugar.

Se habrá sentido dividido entre querer salvar a su padre y saber que entregarme a lady Nore sería monstruoso.

En el Mercado de Undry, decidiremos el destino de Wren. Eso fue lo que dijo.

Y ahora ya sé qué decisión tomará.

—No olvides quién eres. —La bruja me golpea en el costado—. No eres su sierva. Eres una reina.

—Ya no —recuerdo.

—Siempre —dice.

Pero solo pienso en Oak, en el poder que poseo sobre lady Nore y en cómo mi muerte podría valer la vida de Madoc.

—No lo entiendo. ¿Por qué envió a esas criaturas a por nosotros si Oak estaba haciendo lo que le había pedido?

Bogdana sonríe.

—El mensaje se lo envió a la Alta Reina, no a Oak. Para cuando el príncipe comenzó su misión, lady Nore se había cansado de esperar. Tiene que comprender el peligro que corres.

—¿Además del que supones tú? —pregunto.

—Voy a contarte una historia —dice Bogdana, ignorando mis palabras—. Ojalá pudiera decir más, pero ciertas limitaciones me lo impiden.

Parpadeo, pero me cuesta concentrarme en lo que dice cuando las acusaciones hacia Oak siguen flotando en el aire.

—Es una especie de cuento —comienza la bruja de la tormenta—. Había una vez una reina que deseaba con desesperación tener un hijo. Era la tercera esposa de un rey que había asesinado a las dos anteriores porque no habían logrado concebir, así que conocía cuál sería su destino si no le daba un heredero. Su necesidad de tener un hijo era diferente a la de la mayoría de los monarcas de los cuentos de hadas, pues planeaba usar a su descendencia para traicionar a la Corte Suprema, pero su deseo era tan intenso como cualquier otro que derivase de un sentimiento familiar más puro. Así que la reina consultó a alquimistas, adivinos y brujas. Como ella misma era mágica, tejió hechizos que la unieron a su marido en noches propicias, en un lecho cubierto de hierbas. Sin embargo, ningún niño anidó en el vientre de la reina.

Nadie me había hablado de mi nacimiento, ni del peligro que lady Nore había corrido a manos de lord Jarel. Nunca había oído nada de esto y se me eriza la piel al predecir que, venga lo que viniere, no me va a gustar.

Bogdana me señala con un dedo en forma de garra. Detrás de ella, en el cielo, veo un rayo.

—Con el tiempo, buscaron la sabiduría de una vieja bruja. Ella les dijo que les daría el hijo que querían, pero que tendrían que hacer todo lo que les dijera. Le prometieron cualquier recompensa que

quisiera y ella se limitó a sonreír, pues su memoria era larga.

—¿Qué es lo que…? —empiezo, pero levanta un dedo en señal de advertencia y cierro la boca antes de terminar la pregunta.

—La vieja y sabia bruja les dijo que recogieran nieve y le dieran la forma de una hija. Lo hicieron. Crearon una niña de forma delicada, con ojos de piedra y labios como pétalos de rosa congelados, y las orejas puntiagudas de su pueblo. Cuando terminaron de esculpirla, se sonrieron, cautivados por su belleza.

»La bruja también sonrió, por otras razones.

Me parece una broma de mal gusto. No estoy hecha de nieve. No soy un ser esculpido según los deseos de lord Jarel y lady Nore. Nunca los he cautivado con mi belleza.

Sin embargo, Bogdana me está contando esta historia por una razón. Sluagh. ¿Es eso lo que soy? Un alma a la que se le ha dado un cuerpo, parte de las hadas medio muertas que se lamentan fuera de las casas o prometen la perdición desde los espejos.

—*Ahora debemos darle vida,* les dijo la bruja. *Para ello, necesita una gota de sangre, ya que va a ser vuestra hija. En segundo lugar, necesita mi magia.*

»Lo primero fue fácil de suministrar. El rey y la reina se pincharon los dedos y dejaron que su sangre manchara la nieve.

»Lo segundo también les fue fácil de conseguir, porque lo entregué de buena gana. Cuando mi aliento recorrió a la niña, la chispa de la vida se encendió dentro de ella y vieron cómo movía las pestañas, cómo se estremecían sus mechones. La niña empezó a moverse. Sus extremidades eran delgadas y de un azul casi tan pálido como el reflejo del cielo en la nieve de la que estaba hecha. Su pelo, de un azul más intenso, como las flores que crecían cerca. Sus ojos, del liquen que se aferra a las rocas. Sus labios, del rojo de la sangre recién derramada.

»Serás nuestra hija, le dijeron el rey y la reina. *Y nos entregarás Elfhame*.

»Pero cuando la niña abrió la boca y habló por primera vez, se asustaron de lo que habían hecho.

Niego con la cabeza.

—No es cierto. No he nacido así.

No quiero ser una criatura moldeada por sus manos y despertada con su sangre. Una creación, una muñeca de nieve y palos. Un ensamblaje de partes, más extraña incluso que los sluagh.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —pregunto y trato de mantener la voz uniforme—. ¿Por qué me lo cuentas siquiera?

—Porque te necesito —dice Bogdana—. Lady Nore no es la única que puede conseguir poder. Yo también. Y me debes la vida mucho más que a ella. Abandona a los demás. Ven conmigo y lo conquistaremos todo para nosotras.

Pienso en la bruja de espinas y en la historia que nos contó sobre Mab y el corazón de Mellith. ¿Es posible que fuera Bogdana la bruja que mató a su propia hija? Tal vez solo lo piense porque he escuchado la historia hace apenas unos días antes, pero a lady Nore tuvo que hablarle de los huesos alguien que recordara lo ocurrido, que conociera su verdadero valor.

Si Bogdana era esa bruja, su creencia de que le debo la vida me pone en un peligro mayor que nunca. Asesinó a su propia hija y, aunque fuera por accidente, no me imagino lo que estaría dispuesta a hacerle a algo como yo.

Mi habilidad para dominar a lady Nore es más una maldición que una bendición. Cualquiera que quiera los huesos de Mab encontrará en mí el medio más fácil para conseguirlos.

—Hablaste de restricciones —digo—. ¿Cuáles son?

La bruja de la tormenta me lanza una mirada feroz.

—Por una parte, no puedo dañar al chico Greenbriar, ni a nadie de su estirpe.

Me estremezco. Explicaría por qué huyó al verlo. Por qué solo le envió un rayo a Tiernan. Y encajaría con el tipo de maldición que Mab le habría echado a la bruja que había querido asesinar a su hija.

Tengo que controlar los pensamientos.

—¿Es la historia de mis orígenes lo que fuiste a contarme aquella noche en el jardín de mi no familia?

Me dedica una sonrisa torcida y aterradora.

—Fui para advertirte de que el príncipe Oak iba a buscarte, para que pudieras evitarlo.

—¿Pero no sobre las criaturas de palo de lady Nore? —espeto.

Bogdana resopla.

—A esas pensé que sabrías manejarlas sin problema. Tal vez te harían darte cuenta de lo que podías ser.

Lo más probable era que me hubieran atravesado con flechas o que las arañas de palo me hubieran destrozado.

—Me has contado tu historia. La he escuchado. Ahora me voy a ir. Ese era nuestro acuerdo.

—¿Estás segura? —Me mira con dureza y hace la pregunta con tal peso en la voz que sé que la respuesta traerá consecuencias.

Asiento, porque siento que es más seguro que hablar. Entonces empiezo a alejarme.

—La chica me vio.

Me paralizo.

—¿Qué chica?

Sonríe con sorna.

—La mortal de la casa que acechas.

—¿Bex? —Estaba segura de que estaría dormida en la cama. Debió de aterrarla ver a un monstruo en su jardín.

—Cuando el príncipe empezó a agitar su espadita, retrocedí. Creía que había visto su cara en la ventana, pero estaba afuera.

Me cuesta respirar.

—No gritó. Es una chica valiente. —La bruja de la tormenta parece disfrutar de alargar el momento—. Me dijo que te estaba buscando.

—¿A mí?

—Le dije que la última vez que te había visto, estabas en compañía de un príncipe y que te había hecho prisionera. Quería ayudar, por supuesto. Pero los mortales siempre lo lían todo, ¿no crees?

—¿Qué hiciste? —Apenas me sale la voz.

—Le di algunos consejos, nada más —dice Bogdana y se adentra en las sombras de los árboles—. Igual que ahora te los daré a ti. Aléjate

del chico Greenbriar antes de que sea demasiado tarde. Y cuando te vuelva a ver, más te vale hacer lo que te pida. O apagaré la chispa que puse dentro de ti. Y me ocuparé también de tu pequeña no familia, mientras miras.

Me tiembla todo el cuerpo.

—No te atrevas a tocar…

En ese momento, Tiernan atraviesa las ramas.

—¡Traidor! —grita—. Te tengo.

11

Tiernan me mira desde el otro lado del claro, con la espada desenvainada. Doy un paso atrás, sin estar segura de si debería salir corriendo hacia la noche.

Bogdana ha desaparecido en el bosque y solo ha dejado tras de sí el lejano silbido de la lluvia.

Niego con la cabeza con vehemencia y levanto las manos para protegerme.

—Te equivocas. Bogdana me sorprendió en el bosque. Volví a huir de ella, pero me dijo que quería hablar.

Mira hacia los árboles, como si esperase encontrar a la bruja de la tormenta todavía al acecho.

—Me parece obvio que estabas conspirando con ella.

La cabeza me da vueltas. Pienso en el desconcierto de Tiernan cuando Oak sugirió que nos separásemos. En lo inteligente que fue dejarme creer que había emprendido esta búsqueda por mi propia voluntad.

Recuerdo cómo Tiernan me ató en el motel. Apenas me hablaba. Ahora no me cuesta adivinar la razón. Siempre me ha considerado un sacrificio, algo de lo que había que mantenerse alejado y no sentirse apegado. Niego con la cabeza. ¿Cómo me voy a defender cuando decir la verdad expondría su engaño?

—Me ha advertido en contra de continuar hacia el norte —digo—. Y cree que debería ayudarla a ella en lugar de a Oak. Pero no he

aceptado.

Frunce el ceño, tal vez porque se da cuenta de todo lo que no podría negar. Volvemos juntos al campamento y recojo madera nueva mientras avanzamos.

Por muy horrible que me resulte pensar en que Oak vaya a entregarme, es preferible a la historia de mi creación. ¿No soy más que palos y un poco de magia? ¿Soy como un corcel de hierba, algo solo vivo en apariencia?

Siento náuseas y miedo.

Cuando volvemos al campamento, Tiernan se dispone a sacar el fuego de debajo del cobertizo para que no arda todo cuando se seque. Para mantener las manos ocupadas, entrelazo ramas y las anudo con más trozos de vestido para crear una estera para el suelo. Todo sigue húmedo y las gotas que caen de los árboles con cada ráfaga de viento hacen que el fuego eche humo y chisporrotee. Intento no pensar en nada más que en lo que estoy haciendo.

Por fin, el calor seca las cosas lo suficiente para que Tiernan se estire en la húmeda estera, se quite las botas empapadas y embarradas y se caliente los pies mojados junto al fuego.

—¿Qué te ha ofrecido a cambio de tu ayuda?

Extiendo la mano hacia el fuego. Como estoy hecha de nieve, me pregunto si me derretiré. Acerco los dedos lo suficiente como para que se quemen, pero lo único que ocurre cuando los recupero es que las puntas están enrojecidas y escuecen.

—Para —dice Tiernan.

Lo miro.

—La oferta de Bogdana era no asesinarnos a mi familia y a mí.

—Habrá sido tentador.

—Preferiría una mayor cortesía que la que he recibido de cualquiera que ha querido utilizarme por mi poder —digo, consciente de que lo que él quiere de mí es muy diferente.

Creo que Tiernan detecta un secreto en mi voz, pero es imposible que adivine lo que oculto. Es imposible que sepa lo que soy, ni por qué la bruja de la tormenta cree que estoy en deuda con ella. Si se

preguntara si me ha contado que estoy destinada a ser el rescate de Madoc, trataría de convencerse de lo contrario. Si no le gusta mirarme a la cara cuando sabe que soy un sacrificio, ¿cuánto peor sería hacerlo si yo también lo supiera?

Tampoco me hago ilusiones de que Bogdana sea una aliada fácil. Me imagino a Bex enfrentándose a la bruja de la tormenta, de pie en el jardín a la luz de la luna. Debió de sentirse mareada de terror, como yo cuando vi por primera vez a un hada.

Sin embargo, Bex no se habría asustado lo suficiente. Pienso en el teléfono que llevo en el bolsillo y deseo escabullirme y cargarlo, llamarla, avisarla.

Me pongo de pie y alcanzo la capa de Tiernan. Me lanza una mirada incisiva.

—Deberías colgarla para que se secase —digo.

Desabrocha el cierre y me deja que se la quite. Me alejo un poco para colgarla de una rama mientras con los dedos recorro la tela para buscar los mechones de cabello que me arrancó. Son algo muy fino y fácil de esconder. También de perder, espero, pero no los encuentro.

El silbido de Oak nos alerta de su regreso. Tiene el pelo seco y lleva ropa limpia: unos vaqueros demasiado cortos en los tobillos y un jersey de punto del color de la nata cuajada. Sobre un hombro, tiene las correas de una mochila de excursionista y, en el otro, va el gnomo con cara de búho.

La criatura me mira con evidente desagrado y hace un ruido animal bajo y silbante; luego vuela hacia una rama alta.

Oak deja la mochila junto al fuego.

—El pueblo debe de ser encantador durante el día, pero de noche deja bastante que desear. Había un local vegetariano llamado Iglesia del Seitán y un puesto agrícola que vendía melocotones por fanegas. Ambos estaban cerrados. Una estación de autobuses cercana, donde conseguir diversos entretenimientos. Por desgracia, nada que me apeteciera.

Miro la luna, visible desde que la tormenta se ha disipado. Empezamos a volar con los caballos de hierba al anochecer, así que ya

debe ser más de medianoche.

Oak abre la mochila y saca y despliega dos lonas. Encima, coloca un surtido de comestibles y un montón de ropa mortal. Nada tiene etiquetas y una de las lonas tiene un pequeño desgarro. Ha traído un pollo asado a medio comer en un recipiente de plástico. Melocotones, a pesar de que ha dicho que el puesto estaba cerrado. Pan, nueces e higos en una bolsa de plástico arrugada de una ferretería. También una garrafa de agua fresca, que le ofrece primero a Tiernan. El caballero da un trago agradecido de lo que antes había sido un brik de leche, según la pegatina lateral.

—¿De dónde has sacado todo esto? —pregunto, porque es evidente que no ha salido de las estanterías de ninguna tienda. Sueno más acusadora de lo que pretendía.

Oak me dedica una sonrisa traviesa.

—Conocí a la familia en el puesto agrícola y fueron de lo más generosos con un extraño atrapado en una tormenta en una noche de viento. Me dejaron ducharme. Incluso secarme el pelo.

—Diablo vanidoso —dice Tiernan con un bufido.

—Desde luego —afirma Oak. Se pasa la correa de su propia mochila por encima de su cabeza y la deposita no muy lejos del fuego. Pero no la deja con las provisiones comunes de la otra mochila. En esa bolsa es donde debe guardar la brida—. Convencí a la familia de que me prestase algunas cosas de su garaje y su nevera. Nada que vayan a echar de menos.

Me atraviesa un escalofrío al pensar en cómo habrá hechizado a esa familia, o los habrá hecho quererle. Me imagino a una madre, un padre y un hijo en la cocina de su casa, atrapados en un sueño. Un niño pequeño y regordete que llora en una trona mientras sus padres le llevan al príncipe comida y ropa, y los gritos del bebé parecen venir cada vez de más lejos.

—¿Les has hecho daño? —pregunto.

Me mira, sorprendido.

—Por supuesto que no.

Sin embargo, tal vez tenga una idea muy limitada de lo que

significa hacerles daño. Sacudo la cabeza para alejar las escenas que imagino. No tengo motivos para pensar que les haya hecho nada, solo porque tenga planeado hacérmelo a mí.

Oak mete la mano en el montón y me tiende un jersey negro, unos leggings y unos calcetines nuevos.

—Espero que te vayan bien para viajar.

Debe ver la sospecha escrita en mis facciones.

—Cuando volvamos del norte —promete y se lleva la mano al corazón de forma exagerada, por lo que sé que lo considera un juramento tonto más que solemne—, se despertarán y encontrarán sus zapatos llenos de rubíes elegantes y gordos. Podrán usarlos para comprar más leggins y otro pollo asado.

—¿Cómo van a vender los rubíes? —pregunto—. ¿Por qué no dejarles algo más práctico?

Pone los ojos en blanco.

—Como príncipe de Faerie, me niego en rotundo a dejar dinero en efectivo. Es muy poco elegante.

Tiernan niega con la cabeza por los dos y luego hurga en los alimentos para servirse un puñado de frutos secos.

—Las tarjetas regalo son aún peor —dice Oak cuando no respondo —. Traería la vergüenza a toda la estirpe de los Greenbriar si les dejara una tarjeta regalo.

Ante esto, no puedo evitar sonreír un poco, a pesar del peso que siento en el corazón.

—Eres ridículo.

Horas atrás, lo habría considerado bondadoso por bromear conmigo después de lo ocurrido en la Corte de las Polillas. Pero eso era antes de saber que planea cambiarme por su padre, como si yo fuera una tarjeta regalo.

Picoteo un ala del pollo, le arranco la piel, luego la carne y después hago crujir los huesos del ave. Un trozo irregular me corta el interior de la boca, pero sigo comiendo. Si tengo la boca llena, no tendré que hablar.

Cuando termino, recojo la ropa que Oak me ha traído y me

escondo detrás de un árbol para cambiarme. Mi hermoso vestido nuevo está cubierto de barro, por no hablar de los rasgones del dobladillo. Ya va camino de ser peor que el anterior. Siento la piel húmeda cuando me lo quito.

Hacía muchos años que no llevaba ropa mortal como esta. De niña, solía vestir con leggins y camisetas y llevar zapatillas de deporte brillantes con cordones de arcoíris. Mi yo más joven se habría sentido encantada de tener el pelo de colores de forma natural.

Mientras me pongo el jersey por la cabeza, oigo a Tiernan hablar en voz baja con Oak. Debe de estar hablándole de mi encuentro con Bogdana.

Cuando vuelvo al refugio con el peso de la sospecha sobre los hombros y los planes de lady Nore, Bogdana y Oak enredados a mi alrededor, me doy cuenta de que no quiero esperar a que el destino venga a por mí.

Tengo que marcharme ahora, antes de que descubran lo que sé. Antes de que Oak admita que planea entregarme a lady Nore. Antes de que se dé cuenta de que todo sería más fácil si me pusiera la brida. Antes de que me vuelva loca por esperar lo inevitable y pensar en una forma de evitarlo cuando pase.

Es mejor que siga hacia el norte por mi cuenta desde aquí y que mate a mi madre, la que me creó con nieve y me llenó el corazón de odio. Solo entonces estaré a salvo de ella y de todos aquellos que quieran usarme para dominarla, sin importar sus razones. Soy una criatura solitaria, destinada a estar sola y a estar mejor así. Haber olvidado eso fue lo que me trajo tantos problemas.

En cuando comprendo el camino que debo tomar, me siento más ligera de lo que me he sentido desde que Bogdana me atrapó en el bosque. Disfruto de la dulce pegajosidad del néctar de melocotón y del ligero sabor a plástico del agua.

Tiernan suspira.

—Supongamos que atravesamos el Bosque de Piedra —dice—. A pesar de los pozos profundos que terminan en calabozos, los árboles que se mueven para hacer que te pierdas, las arañas de hielo que

envuelven a sus presas en telarañas congeladas, el rey loco y la maldición. ¿Y luego qué? No tenemos a Hyacinthe para entrar en la Ciudadela de la Aguja de Hielo.

—Se supone que la Ciudadela es muy hermosa —dice Oak—. ¿Lo es, Wren?

Cuando la luz atravesaba el hielo del castillo, formaba arcoíris que bailaban a lo largo de los fríos pasillos. Casi se veía a través de las paredes, como si todo el lugar fuera una gran ventana empañada. Cuando me llevaron allí por primera vez, pensé que era como vivir dentro de un diamante brillante.

—No, no lo es —digo—. Es un lugar horrible.

Tiernan parece sorprendido. No me cabe duda de que así es, ya que, si le arrebató a Hyacinthe a lady Nore, sabrá exactamente cómo es la Ciudadela.

Sin embargo, cuando pienso en ella, todo lo que recuerdo es grotesco. Hacer que la gente se traicione a sí misma era el deporte favorito de lady Nore, y se le daba de maravilla. Engañar a quienes le suplicaban y a los prisioneros para que sacrificaran lo que más les importaba. Hacerles romper sus propios instrumentos. Sus propios dedos. Los cuellos de los que más amaban.

Todo moría en la Ciudadela de Hielo, pero la esperanza era lo primero en morir.

«Ríe, niña», me ordenó lady Nore, no mucho antes de que viajáramos a Elfhame. No recuerdo de qué quería que me riera, aunque no me cabe duda de que sería algo horrible.

Para entonces me había replegado tanto en mi interior que no creo que tuviera claro si la escuchaba siquiera. Me dio una bofetada y la mordí; le desgarré la piel de la mano. Fue la primera vez que me pareció ver un destello de miedo en su rostro.

Ese es el estado al que tengo que regresar, un lugar frío donde nada me alcanza. Donde puedo hacer cualquier cosa.

—Por ahora —dice Oak—, preocupémonos por llegar al Mercado de Undry. No creo que debamos arriesgarnos a volver a usar la hierba cana, aunque encontrásemos más. Tendremos que ir a pie.

—Yo iré primero —dice el caballero—. Empezaré a buscar un barco. Vosotros seguid una ruta diferente para confundir el rastro.

En algún lugar en la persona de Tiernan, o en su mochila, guarda unos mechones de mi pelo. Pero incluso si doy con ellos, ¿cómo asegurarme de que no tenga más? ¿Cómo saber que no hay uno pegado en la capa que Oak me puso sobre los hombros? ¿Cómo estar segura de que no me robó otro cuando me cepilló el pelo?

Miro la mochila del príncipe. No tendría que preocuparme por los mechones de pelo si no tuvieran nada que hacer con ellos.

Si robase la brida y huyera, cuando llegara hasta lady Nore podría ser yo quien la obligara a llevarla.

Oak está sentado junto al fuego y canta para sí una canción de la que solo capto fragmentos. Algo sobre un péndulo y una tela que empieza a deshilacharse. La luz del fuego le ilumina el pelo, que se le ha oscurecido, y las sombras vuelven sus rasgos nítidos y duros.

Posee el tipo de belleza que hace que la gente quiera destrozar cosas. Esta noche, mientras duerman, robaré la brida. ¿No mencionó Oak algo de una estación de autobuses, una que parecía abierta, sin importar la hora?

Iré allí y comenzaré el viaje como haría cualquier mortal. Tengo el móvil de Gwen. Lo usaré para avisar a mi no familia de lo que se avecina.

Mientras pienso en el plan, Oak le habla a Tiernan de una sirena que conoce, con el pelo del color plateado de las olas. Cree que, si lograse hablar con ella, podría descubrir más información sobre lo que ocurre en Inframar.

Al cabo de un rato, me acurruco en la manta mientras Tiernan cubre el refugio con las lonas que ha traído Oak. Después se sube a un árbol y se acomoda en las ramas como en una cuna.

—Haré la primera guardia —se ofrece voluntario.

—Titch puede vigilar durante unas horas —dice Oak y señala con la barbilla al gnomo con cara de búho del árbol. Este asiente y gira la cabeza de forma extraña—. A todos nos vendría bien descansar.

Intento contener el creciente pánico. Sin duda será más fácil burlar

a Titch que a Tiernan, pero no había contado con que nadie hiciera guardia. Un descuido que hace que me pregunte qué otras obviedades habré pasado por alto. ¿Qué otros errores tontos me quedan por cometer?

Oak se envuelve en su capa húmeda. Me mira como si quisiera decir algo, pero, cuando me niego a mirarlo, se acomoda para dormir. Mejor. No se me da tan bien ocultar lo que siento como me gustaría.

Al principio, cuento estrellas, empiezo por el este y avanzo hacia el oeste. No es fácil, porque a veces no sé si ya he contado alguna y tengo que volver a empezar. Pero me sirve para pasar el tiempo.

Por fin, cierro los ojos y vuelvo a contar, esta vez hasta mil.

Cuando llego a novecientos noventa y nueve, me incorporo. Los demás parecen dormidos y sus respiraciones son uniformes y profundas. Por encima de mí, los ojos dorados de Titch parpadean y observan en la oscuridad.

Me acerco con sigilo a la mochila de Oak, que yace junto a su espada. El fuego se ha reducido a brasas. La luz de las estrellas le ilumina los rasgos, suavizados por el sueño.

De rodillas, deslizo un dedo por dentro de la mochila. Toco un libro de bolsillo, barritas de cereales, velas, un pergamino y varios cuchillos, hasta que siento la suavidad de la correa. Me tiembla la mano al tocar el cuero. El hechizo que contiene parece hacerla brillar.

Tiro de la brida con toda la suavidad y la lentitud posibles.

Cerca, un zorro aúlla. Las ranas croan entre los helechos.

Me arriesgo a mirar al duende con cara de búho, pero sigue vigilando los posibles peligros fuera del campamento. Me convenzo de que no hay razones para que crea que estoy haciendo otra cosa que no sea buscar un bocadillo. No soy una amenaza.

No tengo una bolsa como la de Oak para esconder la brida, pero tengo un pañuelo. La enrollo en él y me lo ato a la cintura como un cinturón. El corazón me late tan deprisa que parece saltar, como cuando lanzas piedras a un estanque.

Me pongo de pie y doy un paso, tan convencida de que están a punto de atraparme que la angustia me marea.

Dos pasos más y la línea de los árboles aparece a la vista.

Entonces oigo la voz de Oak detrás de mí, pastosa por el sueño.

—¿Wren?

Me vuelvo e intento no entrar en pánico, gruñir ni salir corriendo. No puedo dejar que vea lo asustada que estoy de que me haya atrapado.

—Estás despierta —dice y se incorpora.

—La cabeza no deja de darme vueltas —digo, en voz baja. No es mentira.

Me hace una seña para que me acerque. De mala gana, camino hasta él y me siento a su lado. Se inclina hacia delante y atiza el fuego con un palo.

Veo su rostro aunque no quiera, ablandado por el sueño, y recuerdo cómo fue besarlo. Cuando recuerdo la curvatura de la boca de Oak, tengo que obligarme a pensar en ella estirada en una mueca de desdén.

No la quiero. Me recuerdo sus palabras. Si alguna parte de él sí quiere tenerme, es porque soy, como dijo Hyacinthe, una moneda de cambio.

Respiro hondo.

—No vas a obligarme a irme, ¿verdad?

—Debería —dice—. Este plan es una temeridad.

Me pregunto si cree que la idea de separarme de él es lo que me mantiene despierta.

—Lo sabía desde el principio.

—Nunca debería haberte metido en esto —dice, con la voz cargada de autodesprecio. Tal vez esté flaqueando por culpa del cansancio. No creo que le guste lo que planea hacer. No es un monstruo.

—Puedo detener a lady Nore —le recuerdo.

Me regala una sonrisa, con una extraña luz en la mirada.

—Si fuéramos capaces de dejar de lado la desconfianza, seríamos un equipo formidable.

—Tal vez podríamos hacerlo —digo—, si estuviéramos seguros el uno de la otra.

Me toca la espalda y me hace temblar.

—¿Sabes lo que admiro de ti?

Soy incapaz de imaginar lo que dirá a continuación.

—Nunca has dejado de estar enfadada —dice—. Odiar puede ser valiente. A veces es como la esperanza.

No me sentía valiente en la Corte de los Dientes. Ni esperanzada. Solo sentía una desesperación que me devoraba por dentro, como si siempre me estuviera ahogando en un vasto mar, tragando agua mientras me hundía. Entonces, justo cuando sentía que iba a abandonarme a las olas, algo me empujaba a patalear una vez más. Tal vez ese algo fuera el odio. Odiar requiere seguir adelante, incluso cuando ya no crees que vaya a haber un futuro mejor. Pero me sorprende que Oak, de todas las personas, lo sepa.

—Serás un Alto Rey interesante —digo.

Parece alarmado.

—No, para nada. El pueblo adora a Cardan y le tiene pavor a mi hermana, dos cosas excelentes. Espero que gobiernen Elfhame durante mil años y luego le pasen el trono a una de sus decenas de descendientes. No hace falta que me involucre.

—¿De verdad no quieres ser el Alto Rey? —pregunto, desconcertada. Era lo único que querían lord Jarel y lady Nore, el centro de toda su ambición, la razón de mi creación. Casi me parece un insulto que lo rehuyera como si fuera el equivalente a comerse una manzana con un gusano dentro.

Incluso si estoy de acuerdo con él.

—Cardan fue inteligente al no quererlo hasta que le puse la corona en la cabeza —dice Oak y hace una mueca al recordarlo que pronto desaparece—. El deseo de gobernar Elfhame ha arruinado muchas vidas. El mero hecho de ser el heredero ya es lo bastante malo.

—¿A qué te refieres? —Lo observo a la luz del fuego, cómo los rizos dorados y despeinados le rozan las mejillas y la curiosa intensidad de su expresión. Casi me creo que me cuenta todo esto porque quiere ser mi amigo, si no fuera porque sé que mostrarse vulnerable probablemente tenga el objetivo de hacerme bajar la

guardia.

Se estira como un gato.

—Algunos preferirían verme en el trono, ya sea porque piensan que sería más fácil de manipular o porque harían cualquier cosa por no estar gobernados por una mortal. No ocultan que, si dijera la palabra adecuada, derramarían veneno en mi oído y por la garganta de mi familia. Mientras tanto, sospecho que mi hermana Jude evita tener hijos para dejar claro que yo seré el siguiente en la línea. Dice que no, pero es demasiado buena mentirosa como para estar seguro.

Visualizo a la Alta Reina tal y como la vi en la batalla final, con el rostro salpicado de sangre. Cómo cortó la cabeza de la serpiente que una vez había sido su amante, aunque así condenara a su bando al fracaso, todo por salvar una tierra que la despreciaba.

Eso sí que era un odio que, de alguna manera, también era esperanza.

Se ríe y me sorprende.

—Esta noche estoy un poco sombrío, ¿eh? Deja que te enseñe un truco.

Lo miro con desconfianza, pero se saca una moneda del bolsillo y la hace girar en el borde de un dedo.

Resoplo a mi pesar.

Tira la moneda al aire y la recoge con la otra mano, luego abre las dos palmas. La moneda ha desaparecido.

—¿Sabes dónde está? —pregunta.

—¿Se ha ido por arte de magia al mundo de las hadas? —ofrezco, pero sonrío.

Sonriendo también, Oak lleva una mano detrás de mi oreja y siento el metal, calentado por su piel, en un lado del cuello.

Me emociono como una tonta, aunque no deba.

—Me lo enseñó Cucaracha —dice y guarda la moneda—. Aún estoy aprendiendo.

—Me acuerdo de él —digo—. De la Corte de las Sombras.

Oak asiente.

—Y antes, de la Corte de los Dientes. Allí no lo retuvieron solo.

Bomba. También la recuerdo. Lady Nore la llamaba Liliver. Considerando lo mucho que corrompe la Corte de los Dientes, tengo que admirar su lealtad mutua.

—Debieron de sufrir mucho.

Oak me mira con extrañeza.

—Igual que tú.

—Deberíamos intentar dormir —me obligo a decir. Si paso más tiempo en su compañía, le preguntaré si piensa entregarme a lady Nore. Entonces descubrirá mis planes y lo más probable es que termine con la brida puesta.

Sacude la cabeza, creo que para sí mismo.

—Sí, tienes razón.

Asiento. *Vuelve a dormir, Oak. Por favor. Duérmete antes de que cambie de opinión sobre irme*.

Aunque me quiera hacer daño, lo echaré de menos. Extrañaré su forma de moverse por el mundo, como si no hubiera nada tan terrible que no pudiera reírse de ello.

Incluso echaré de menos el malhumor de Tiernan.

Vuelvo a tumbarme en las mantas y espero; cuento otra vez hasta mil. Cuando estoy segura de que el príncipe está dormido, me levanto y camino con paso firme hacia la arboleda. No miro atrás para ver si los ojos de búho del gnomo me siguen. Debo comportarme como si no estuviera haciendo nada digno de mención, nada malo.

Una vez que me alejo del campamento y el gnomo no da ningún grito de alarma, me olvido de la precaución y echo a correr por el bosque y luego por el pueblo, hasta que llego a la estación de autobuses.

Tardo tres minutos en conseguir hechizar un disfraz lo bastante bueno como para pasar por humana. Me toco la cara y los dientes para asegurarme.

Después, respiro hondo y entro en la estación iluminada. Huele a gasolina y a desinfectante. Hay unos cuantos humanos sentados en bancos de metal, uno con una bolsa de basura que parece llena de ropa. Una pareja joven con una sola maleta entre los dos que habla en

susurros. Un señor mayor con un bastón que se ha quedado dormido y tal vez ya haya perdido el autobús.

Según el horario, el próximo autobús se dirige al norte y al oeste, hacia Michigan. No es fácil comprar un billete con dinero encantado, porque aunque las personas no se den cuenta cuando les estás dando hojas, las máquinas sí notan la diferencia. En lugar de eso, recojo un recibo de la basura y lo hechizo. Es una imitación burda de un billete y tendré que encantar al conductor para que me deje pasar, pero seré más convincente con algo en la mano. Mi magia es lo bastante inestable como para necesitar toda la ayuda posible.

Cuando levanto la vista, un hombre con pantalones sucios y barba descuidada me observa. Se me acelera el corazón. ¿Me habrá visto rebuscando en la basura o habré tenido la mala suerte de encontrarme con un humano con la visión auténtica? ¿O será otra cosa, algo diferente?

Le sonrío y se estremece como si viera el filo de mis dientes. Después deja de mirarme.

Enchufo el teléfono de Gwen a la pared y espero.

Una chica da una patada a una máquina expendedora. Un chico fuma un cigarrillo mientras pasea por fuera y habla consigo mismo. Un anciano recoge un céntimo del suelo.

A mi lado, oigo un zumbido repentino. Miro abajo y me doy cuenta de que la pantalla del teléfono ha vuelto a la vida. Han entrado diez llamadas perdidas mientras estaba sin batería, ninguna de números que conozca.

Hay tres mensajes de Gwen. El primero dice:

«Se me hace raro escribir a mi propio teléfono, y más después de todo lo que ha pasado, que no parece real, pero he llegado a casa de mis padres. El elfo guapo era un poco idiota, pero me contó lo de su ex y el príncipe y parece que tienes problemas. Hazme saber que estás bien».

Debajo, hay una foto suya con el violinista de la Corte de las Polillas. Están abrazados y sonríen en el asiento delantero de un coche. El siguiente mensaje dice:

«MI NOVIO ESTÁ AQUÍ. Dice que se ha despertado en la ladera de una colina. Lo último que recuerda es que alguien que parecía un demonio le puso sal en la lengua. No sé lo que hiciste, pero GRACIAS GRACIAS».

Y luego:

«¿Estás bien? Por favor, escríbeme para saber 1) que estás bien y 2) que no te he soñado».

Sonrío al teléfono. La mayoría de las personas cuyas maldiciones he roto me tenían tanto miedo como a la glaistig. Se me hace raro pensar que a Gwen le gusto. Sí, la había ayudado, pero los mensajes suenan como si pudiéramos ser amigas.

Le respondo al mensaje:

«Cuesta cargar un teléfono en el mundo de las hadas. He llegado a una estación de autobuses y estoy sola. Ni príncipes, ni caballeros. Me alegro de que estés bien y de que tu novio también lo esté».

Entonces pierdo la sonrisa. Porque tengo que llamar a casa. Tengo que avisar a Bex.

Introduzco el número de memoria. La voz de un hombre contesta. Mi no padre.

—¿Quién es?

Miro el reloj y la puerta, casi esperando que Oak entre a zancadas y me arrastre de vuelta al campamento a punta de espada. Me recuerdo a mí misma que tengo la brida y que, incluso si me estuviera buscando, no tendría ningún motivo para venir aquí.

—¿Puedo hablar con Bex, por favor? —pregunto y procuro mantener la voz firme.

Durante un largo rato, mi no padre se queda callado y creo que va a colgar. Luego le oigo llamar a mi no hermana.

Me muerdo las uñas y veo pasar los segundos del reloj; observo a los demás que se mueven por la estación.

Se acerca al teléfono.

—¿Sí?

—Tienes que escucharme —digo y hablo en voz baja para que no me oiga toda la estación de autobuses—. Estás en problemas.

Jadea con brusquedad.

—¡Mamá! —grita y luego suena apagada, como si tuviera la mano sobre el altavoz—. Ha vuelto a llamar. No, es ella.

Me entra el pánico, preocupada de que vaya a colgar.

—Escúchame, por favor. Antes de que ese monstruo vaya a por ti.

Escucha a este monstruo, no al otro.

—Mamá quiere hablar contigo.

Me mareo un poco mal al pensarlo.

—No. Sólo tú. Por ahora, al menos. Por favor.

Su voz se vuelve distante, como si hablara con otra persona más que conmigo.

—Espera. Sí, se lo diré.

—¿Por qué saliste esa noche? —pregunto.

Hay una pausa, pasos, luego escucho una puerta cerrarse.

—Vale, me he alejado de ellos.

Repito la pregunta y centro toda la atención en un chicle del suelo para calmar la ansiedad, en el olor a tubo de escape, la savia en mis dedos, el sonido de sus suspiros.

—Quería asegurarme de que estuvieras bien —dice por fin.

—¿Te acuerdas de mí? —Me atraganto con las palabras.

—Viviste con nosotros durante siete años —dice, con lo que parece una acusación en la voz—. Después de que volvieras con tu familia biológica, esperábamos saber algo de ti. Mamá lloraba en la fecha que inventó para tu cumpleaños.

—Me dijo que me fuera. —Gruño las palabras. Sé que no fue culpa suya, que los tres estaban hechizados. Pero ¿cómo iba a volver con ellos, obligarlos a enfrentarse a mi monstruosidad y darles la oportunidad de rechazarme de nuevo?—. Papá me dio una patada.

Miro el reloj. Es casi la hora de que llegue el autobús. Bex suena enfadada.

—No es verdad.

Tengo que colgar. Desconecto el cable de carga de la pared y de la base del teléfono y empiezo a enrollarlo. Pronto estaré de camino al norte. Pronto tendré frío por dentro y por fuera.

—Has visto a la bruja de la tormenta —digo—. Sabes que cualquier historia que hayas oído no es toda la verdad. Sabes que me adoptaron, no estaba en acogida. No podía irme sin más con mis padres biológicos, ni ellos venir a buscarme. Piénsalo un poco y verás que historia se desmorona. Porque te hechizaron para que la creyeras, para poder explicar algo inexplicable.

Se produce un silencio al otro lado, pero oigo voces de fondo. Creo que la puerta ya no está cerrada.

—La primera vez que te vi, creí que eras un fantasma —dice en voz baja.

Me siento tonta por pensar que nadie me había visto entrar y salir de la casa. Si haces algo durante el tiempo suficiente, seguro que te acabarán atrapando.

—¿Cuándo?

—Hace unos seis meses. Me quedé despierta hasta tarde leyendo y vi algo moverse fuera. Cuando me asomé, fue como ver un espíritu que había vuelto de la muerte. Pero entonces pensé que tendrías algún tipo de problema. Y empecé a esperarte.

—La leche —digo—. La dejabas para mí.

—No eres humana, ¿verdad? —Susurra las palabras, como si le diera vergüenza decirlas en voz alta.

Pienso en la sorpresa de mi no madre al escuchar mi voz.

—¿Les has dicho…?

—¡No! —me interrumpe—. ¿Cómo iba a hacerlo? Ni siquiera estaba segura de lo que había visto. No están muy contentos conmigo ahora mismo.

Miro el reloj. El autobús debería estar ya aquí. Por un segundo de pánico, creo que lo he perdido, que el tiempo ha saltado mientras hablaba con Bex. Pero un rápido vistazo alrededor me demuestra que ninguna de las personas que esperan se ha movido del asiento.

El autobús llega tarde, me digo. *Está a punto de llegar. Solo se ha retrasado*. Pero el corazón me sigue latiendo con fuerza y me encojo; si me quedo lo bastante quieta, quizá la ansiedad deje de roerme las entrañas.

Y si el autobús no es la única razón por la que me siento así, al menos es una parte.

—Escucha —digo mientras miro hacia la carretera, atenta a los faros—. No sé cuánto tiempo tengo, pero si Bogdana sabe dónde estáis, no es seguro. Llenaos los bolsillos de sal. Las bayas de serbal evitarán que su magia os hechice. Odian el hierro forjado en frío. Y no pueden mentir. —Me corrijo—. No podemos mentir.

—¿Qué eres…?

Oigo el crujido de la tela y la voz de mi no madre corta a Bex.

—Wren, sé que quieres hablar con tu hermana. —Enfatiza la última palabra como si esperase que fuera a negarla—. Pero tengo algo rápido que decir. Si estás en problemas, podemos ayudarte. Solo tienes que decirnos qué pasa. Bex nos ha dado a entender que vives en la calle.

Casi me río.

—Sobrevivo.

—No es suficiente. —Suelta un largo suspiro tembloroso—. Aunque lo fuera, quisiera verte. No he dejado de preguntarme si estarías bien. Qué estarías haciendo. Si tendrías suficiente para comer. Si tendrías frío.

Me arden los ojos, pero no me imagino en su salón con mi verdadero rostro. Se horrorizarían. Tal vez no gritarían y me apartarían al principio, como cuando estaban encantados, pero pronto las cosas se torcerían. No podía ser la niña a la que habían amado.

No después de todo lo que me había pasado. No después de aprender que estoy hecha de palos y nieve.

Los faros aparecen. Cuando oigo el chirrido de los frenos, ya me he puesto en marcha.

—Nunca he tenido frío —digo a mi no madre, con la voz dura y cargada de la rabia que me corroe por dentro desde hace años.

—Wren —dice, compungida.

Siento que estoy a punto de llorar y ni siquiera sé por qué.

—Dile a Bex que se acuerde de la sal, el serbal y el hierro —digo y cuelgo el teléfono. Corro hacia el autobús.

Solo se baja una persona y después me subo, le tiendo el billete falso al conductor y concentro la magia en él. *Créeme,* ruego con toda la fuerza que poseo. *Créete que tengo billete*.

Asiente distraído y me escabullo a la parte de atrás del autobús, todavía con el móvil en la mano. Suben algunas personas más, entre ellas el hombre que me miraba con extrañeza. Siento demasiadas cosas a la vez como para prestarle atención a ninguna.

Cuando lady Nore esté muerta o tenga puesta la brida, tal vez vuelva a hablar con Bex y con mi no madre y mi no padre. Tal vez, si estoy segura de que puedo mantenerlos a salvo de Bogdana. Si sé que puedo mantenerlos a salvo de mí.

Apoyo la mejilla en el cristal y deslizo la mano entre los pliegues del pañuelo, en busca del tacto tranquilizador de la correa de cuero de la brida, para recordarme que tengo un plan. Hundo los dedos en la tela y me rodeo el cuerpo; me rasco la barriga y una nueva oleada de pánico me inunda el pecho.

La brida no está.

Al otro lado de la ventanilla, Titch está sentado en un canalón de la estación y me observa con ojos dorados.

El autobús comienza a moverse. Intento convencerme de que aún puedo escapar. De que tal vez el bus circule más rápido de lo que vuela la criatura. De que Oak y Tiernan no podrán seguirme.

Entonces oigo el estallido de un neumático. El autobús se detiene y me doy cuenta de que no tengo escapatoria.

12

Mientras regreso por el bosque, me siento furiosa con todo el mundo, pero en especial conmigo misma.

Aunque sabía que Oak había engañado a toda la Corte de las Polillas y había dejado que le pegasen en la cara dos veces para convencerlos de que era un noble presumido e inútil, se había acicalado y se había bebido una cubeta entera de vino para ocultar su habilidad con la espada. Aunque me dijo que Cucaracha le había enseñado el truco de la moneda, no consideré que el duende también le hubiera enseñado la habilidad mucho más práctica de robar.

El príncipe procuró hablarme como si no pasara nada, incluso cuando me quitó la brida de la cintura, con tal destreza que no sentí más que un simple roce. Encandilada por la conversación, me permití creer que lo había engañado, cuando era él quien me estaba engañando.

Era igual de embustero que el resto de su familia. Más, incluso. Nunca había bajado la guardia conmigo, ni una sola vez.

Demasiado tarde, comprendo lo aterrador de su encanto. Parece un libro abierto cuando en realidad es ilegible. Cada sonrisa es una farsa, una máscara.

«Quizá me alegre de que me hayas dado la oportunidad de ser la peor versión de mí mismo».

El campamento está tan tranquilo como cuando me marché. Tiernan continúa tumbado en el árbol y ronca suavemente. Titch me sigue con sus ojos brillantes. Observo con atención a Oak; en parte espero y en parte temo que se dé la vuelta y se enfrente a mí.

Al pasar junto a él, noto que su respiración es uniforme, aunque apuesto a que tiene el sueño ligero como los gatos. Si me acercara demasiado, seguro que se levantaría listo para luchar.

Si es que está dormido siquiera.

Me arrastro hasta mis mantas y me dejo caer sobre ellas. La desesperación me induce al sueño, donde vuelvo a caminar en círculos por la nieve. Cuando me despierto, me llega el olor de los panecillos con mantequilla y el café del pueblo. Oak y Tiernan comen y hablan en voz baja. Oigo reír al caballero y me pregunto si parte de la conversación tendrá que ver con mi intento de fuga, si mi fracaso les resultará hilarante.

Oak lleva ropa mortal encima de la brillante cota de malla dorada. Le asoma por el cuello y los puños. Tiernan se ha puesto la armadura de siempre, sin ninguna cobertura.

Cuando el príncipe me mira, su expresión no cambia. Quizá sea porque, para él, nada ha cambiado. Nunca ha creído que fuera nada más que una adversaria potencial o un sacrificio potencial.

Me muerdo la lengua hasta que sangra.

Me sonríe y por fin veo el destello de la ira en sus ojos. Me satisface que, aunque esconde mucho, no pueda ocultar eso. Se acerca y se sienta a mi lado.

—Sabías que era un embaucador.

Entonces, antes de que reaccione, se lleva un dedo a los labios y mira de reojo a Tiernan. Tardo un momento en comprender que no le ha contado al caballero que intenté robar la brida. Lo que no entiendo es por qué.

Tiernan se levanta y arroja agua al fuego, lo que provoca una nube de vapor. La tarde es soleada, el azul del cielo es casi doloroso después de la tormenta.

Me meto un panecillo en la boca y recojo los restos de mi vestido.

Me guardo el cuchillo que Oak me prestó en la bota.

Tiernan murmura algo y se adentra en el bosque.

—¿A dónde va? —pregunto.

—Al Mercado de Undry. Va a adelantarse para negociar por el barco. Cree que, si los duendes saben quién soy, nos pedirán un precio descabellado. Tomaremos otro camino y veremos si algo nos sigue. —Hace una pausa—. No te importa, ¿verdad?

Me levanto y me sacudo las piernas. Cuando alguien frustra tu intento de robarle, deja claro que eres su prisionero y luego te hace una pregunta así, no es una pregunta de verdad.

Caminamos un rato en silencio.

—¿Recuerdas lo que te dije de que seríamos formidables, si fuéramos capaces de dejar de lado la desconfianza? —pregunta.

Asiento con desgana.

—Veo que no hemos sido capaces —comenta—. ¿Ahora qué, Wren?

Me siento impotente, como si me arrease en un tablero de ajedrez para dar jaque mate.

—¿Por qué me lo preguntas?

Deja escapar un resoplido frustrado.

—De acuerdo, iré al grano. Si querías irte, ¿por qué no hacerlo cualquier otra noche?

Otra trampa.

—¿Por qué debería contarte nada cuando eres tú quien tiene tantos secretos?

—Todo el mundo tiene secretos —dice, aunque en su voz hay algo parecido a la desesperación.

—Secretos sobre mí —aclaro.

—Me has traicionado. Me has robado. Te reuniste con la bruja de la tormenta y horas más tarde me arrebataste un poderoso objeto mágico para después huir. ¿No merezco respuestas?

—Quería la brida para que nunca pudieras obligarme a llevarla.

Levanta un remolino de hojas de una patada.

—¿Qué motivos te he dado para acusarme de algo así?

Aparto la mirada con amargura.

No dice nada, sino que espera a que responda. El silencio se alarga y me sorprende ser yo quien lo rompa primero.

—Tiernan me dijo que me pondría la brida si os traicionaba de nuevo.

Lo fulmino con la mirada.

Oak parpadea, sorprendido, y guarda silencio durante un largo rato.

—No entiende por qué liberaste a Hyacinthe y a los demás —dice por fin—. No se cree que lo hicieras solo porque querías ayudarlos. La gente no actúa así en el lugar de donde venimos.

Pateo una piedra, con fuerza.

—Si quieres irte, vete —dice, con un elaborado giro de muñeca hacia los árboles que nos rodean.

Miro el bosque, pero no soy tan tonta como para aceptar la oferta al pie de la letra.

—Entonces, ¿por qué no me dejaste marchar anoche?

Oak me dedica una mirada culpable.

—Porque no me gusta ser el tonto al que han engañado. Me gustan los juegos, pero odio perder.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Qué?

Se encoge de hombros con impaciencia.

—No es mi mejor cualidad —dice—. Además, me pareció que valía la pena preguntarte si estabas trabajando con Bogdana.

—No lo hago —digo y, como se me queda mirando, lo repito con todas las letras—. No trabajo para lady Nore ni con ella. No estoy aliada con Bogdana. Quiero ir al norte y evitar que lady Nore dé vida a más monstruos. Incluso quiero liberar a tu padre.

—Entonces, ¿por qué te marchaste?

Este es el problema con Oak. Te invita a confiar en él y te hace sentir una tonta por dudar, pero luego descubres en mitad de una estación de autobuses hasta qué punto te ha engañado.

—En vez de acabar enviada a Elfhame, decidí ir al norte sin ti y

enfrentarme a mi madre sola.

Me pregunto si me saldré con la mía sin decir nada más.

Cuando me mira, sus ojos de zorro brillan.

—Es un plan aún más insensato que el que tenemos.

Se me revuelve el estómago.

—No lo entiendo —dice y se pasa la mano por la cara—. Debería enfadarme contigo, pero admiro lo que hiciste en la Corte de las Polillas. Incluso a pesar de que, según dijiste, me supusiera un inconveniente.

Hago una mueca ante mis propias palabras, pero luego me doy cuenta de la importancia de lo que ha dicho.

—¿Admiras lo que hice?

—Más de lo que me gustaría reconocer. —Cuando me mira, veo en su rostro la misma intensidad que recuerdo cuando estaba junto a la reina Annet—. Te importaba el destino de la mortal y del tritón, incluso el de Hyacinthe. Nos desafiaste a todos y, por lo que veo, no obtuviste nada a cambio.

No sé cómo responder.

—¿Te dolía tenerlo prisionero?

—Intentó matar al Alto Rey.

—¿Qué?

Recuerdo que Tiernan dijo que había habido un incidente.

Oak parece divertido por la conmoción de mi voz.

—Mi padre me dijo que los conflictos se producen entre creencias o deseos. Pero más a menudo tienen lugar entre gobernantes. Aquellos que siguen a dichos gobernantes pueden ser de lo más agradables, de modo que terminas con dos personas de lo más agradables con un puñal en la garganta de la otra. Hyacinthe y yo podríamos haber sido amigos si no nos hubieran colocado en lados opuestos de un campo de batalla.

Lo medito durante un largo rato y me pregunto si también me verá así. ¿Qué pensaría al descubrir que estoy hecha con magia, que soy un maniquí animado por una bruja? Quizás entonces se sentiría menos culpable.

Podría tomarle la palabra e intentar irme. Pero no ha prometido no perseguirme. Tampoco ha dicho que no me haría llevar la brida.

Podría escabullirme en el Mercado de Undry y encontrar un lugar donde esconderme. Pero no tengo motivos para creer que la gente de allí me ayudaría en vez de a su príncipe. Lo más probable es que me entreguen por unas pocas monedas.

O podría intentar sacarle la verdad.

—Te gustan los juegos —digo—. ¿Qué tal si jugamos a uno?

—¿Cuál es la apuesta?

—Si gano yo —le propongo—, contestas a una pregunta. Sin evasivas.

Nada en la forma en que me mira sugiere que no considere que es una apuesta importante. Aun así, asiente.

—¿Cuál es el juego?

—Tienes la pieza. Como cuando éramos niños, a ver quién lanza mejor.

Vuelve a asentir y la saca del bolsillo. Los ojos de peridoto brillan.

—¿Y si gano yo?

—¿Qué quieres? —pregunto.

Me estudia y lo estudio a su vez. Ninguna sonrisa disimularía ahora el acero que esconde su mirada.

—Bailarás conmigo para que lo que practicamos en la Corte de las Polillas no haya sido en vano.

—Es una apuesta absurda —digo, con las mejillas encendidas.

—Es lo que quiero —dice.

Asiento deprisa, inquieta.

—De acuerdo. Tira primero.

Dejamos de caminar. Se pone en cuclillas y limpia de ramitas y hojas caídas un trozo de hierba. Es como si fuéramos niños, como si estuviéramos jugando. Pienso en que muchas de las cosas horribles de mi vida ocurrieron antes de ese momento y muchas de las cosas horribles de la suya ocurrieron después.

Tira el zorro al suelo y cae de lado. Cero puntos. Me mira y levanta las cejas.

Lo recojo y lo lanzo; contengo la respiración. También cae de lado.

Lo recoge y creo que va a lanzarlo de nuevo, pero lo coloca de espaldas, con las patas hacia arriba.

—Tú ganas.

Niego con la cabeza, incrédula.

—Tú ganas —repite, con más firmeza—. Pregunta.

De acuerdo. Si me va a dejar ganar, sería tonta si no aprovechara la situación.

—Lady Nore te pidió que me entregaras a cambio de Madoc, ¿no es así? —Me preparo para la respuesta, o para lo que haga en lugar de darme una—. Por eso me llevas contigo al norte.

Su sorpresa es evidente.

—¿Eso es lo que te dijo Bogdana?

Asiento.

Suspira.

—No me extraña que huyeras.

—¿Es cierto? —pregunto.

Frunce el ceño.

—¿Qué te dijo exactamente? Para que pueda responder sin evasivas.

—Que lady Nore se ofreció a intercambiar a Madoc con el príncipe a cambio de «eso que ya está llevando al norte. Tú, niña estúpida».

—Es cierto que lady Nore se ofreció a cambiar a mi padre por lo que la bruja de la tormenta cree que estoy llevando al norte —dice Oak—. El corazón de Mellith. Eso fue lo que pidió y, si he conseguido convencer a Bogdana de que lo tengo, mejor que mejor. Tal vez lady Nore también lo crea. En cuanto a lo que te dijo la bruja, quiso engañarte con la forma en que colocó las palabras.

Pienso en la maraña de lo que me dijo Bogdana y lo que no. No me dijo sin más que lady Nore se había ofrecido a cambiar a Madoc por mí. Si hubiera podido decirlo, lo habría hecho.

—¿Así que no tienes el corazón de Mellith y no vas a entregarme ni a entregárselo a lady Nore? —Necesito que diga las palabras.

Sonríe.

—No pienso entregarte a nadie. Lady Nore no te ha pedido a cambio. En cuanto al corazón de Mellith, te mostraré lo que pretendo cuando lleguemos al mercado. Es un buen truco, creo.

Me quedo mirando sus ojos de zorro y siento un alivio tan profundo que me marea. Miro al cielo, el azul intenso que sigue a la tormenta, y me permito creer que no estoy en peligro. No en este momento. No por él.

Recojo la pieza de juego y, como no parece darse cuenta ni exigirme que se la devuelva, me la guardo en el bolsillo. Entonces reanudamos la marcha.

Poco después, un derroche de colores asoma entre los árboles. Debe ser el Mercado de Undry. El viento nos trae los retazos de una canción.

—¿Qué te parece si —dice, con una mirada pícara—, en aras de ahorrar tiempo, fingimos que hemos jugado dos veces más? Yo he ganado una, así que me debes un baile. Pero tú has ganado una segunda vez, así que, si quieres preguntarme algo más, puedes hacerlo.

Son palabras de broma, pero de pronto estoy de humor para bromear.

—De acuerdo. Háblame de las chicas.

Levanta las cejas.

—¿Las chicas?

—Tiernan dice que había dos damas en particular a las que querías impresionar. Violet, creo. Y Sibi. Pero también dice que te enamoras mucho.

Suelta una risotada sorprendida, aunque no niega nada.

—Hay ciertas expectativas en cuanto a cómo debe actuar un príncipe de la Corte.

—No hablarás en serio —digo—. ¿Te sientes obligado a estar enamorado?

—Ya te dije que soy un cortesano, versado en todas las artes cortesanas. —Pero sonríe mientras lo dice, consciente de que es absurdo.

Niego con la cabeza y sonrío también. Dice tonterías, pero no sé hasta qué punto lo son.

—Sí que tengo la mala costumbre de enamorarme —dice—. A menudo y con consecuencias espectaculares. Lo cierto es que nunca sale bien.

Me pregunto si la conversación le recordará a nuestro beso, pero fui yo quien lo besó. Él solo me devolvió el beso.

—Con lo encantador que eres, ¿cómo es posible? —digo.

Se ríe de nuevo.

—Eso es lo que siempre dice mi hermana Taryn. Dice que le recuerdo a su difunto marido. Lo cual tiene cierto sentido, ya que habría sido su medio hermano. Pero también resulta alarmante, porque fue ella quien lo asesinó.

Al igual que cuando me habló de Madoc, es extraño el cariño que Oak demuestra cuando me cuenta algo horrible que ha hecho un miembro de su familia.

—¿De quién te has enamorado? —pregunto.

—Veamos, de ti —dice el príncipe—. Cuando éramos niños.

—¿De mí? —pregunto, incrédula.

—¿No lo sabías? —Parece alegrarse por mi asombro—. Pues, sí. Aunque eras un año mayor que yo y nunca habría funcionado, estaba loco por ti. Cuando te fuiste de la Corte, me negué a comer nada más que té y tostadas durante un mes.

Me río sin poder evitarlo, porque lo que dice es absurdo.

Me pone una mano en el corazón.

—Y ahora te ríes. Es mi maldición adorar a mujeres crueles.

No pretenderá que me crea que de verdad sentía algo por mí.

—Déjate de juegos.

—Está bien —dice—. ¿Pasamos a la siguiente? Se llamaba Lara, una mortal del colegio al que fui cuando vivía con mi hermana mayor y su novia. A veces, Lara y yo nos subíamos al recodo de un arce y compartíamos los bocadillos. Pero ella tenía una amiga infame que me implicó en un cotilleo, lo que hizo que Lara me apuñalara con un portaminas y pusiera fin a nuestra relación.

—Sí que te gustan las mujeres crueles —digo.

—Después llegó Violet, una ninfa. Le escribía poemas terribles sobre cuánto la adoraba. Por desgracia, ella adoraba los duelos y se metía en problemas para que yo tuviera que luchar por su honor. Aún más desafortunado es que ni mi hermana ni mi padre se molestaron en enseñarme a luchar con la espada como espectáculo.

Pienso en la expresión sin vida en su rostro antes del combate con el ogro y en las airadas palabras de Tiernan.

—Eso provocó que matara por accidente a una persona que le gustaba más que yo.

—Ah —digo—. Eso sí que es un infortunio.

—Luego fue Sibi, que quería huir de la Corte conmigo, pero en cuanto nos fuimos, lo odió y lloró hasta que la llevé de vuelta a casa. Y Loana, una sirena, a quien terminó por parecerle insoportable mi falta de cola, pero trató de ahogarme de todos modos, porque le resultó igual de insoportable que amara a otra.

La forma en que narra las historias me recuerda a cómo me ha contado antes muchas cosas dolorosas. Algunas personas se ríen en la cara de la muerte. Él se ríe en la cara de la desesperación.

—¿Qué edad tenías?

—Quince, con la sirena —dice—. Casi tres años después, espero ser más sabio.

—Seguro —digo, preguntándome si lo es. Preguntándome si quiero que lo sea.

La entrada al Mercado de Undry la marcan dos árboles inclinados el uno hacia el otro, con las ramas enredadas. Al agacharnos para pasar por debajo, lo que antes eran retazos de canciones y manchas de color se deshacen de todo disimulo y el abanico completo sale a la luz. Las tiendas y los puestos llenan el claro. El aire es rico en perfumes, vinos de miel y frutas asadas. Pasamos por una zona de tiendas con laúdes y arpas, donde el vendedor intenta atraer nuestra atención por encima del sonido de uno de los instrumentos mientras relata una terrible historia sobre su fabricación.

Mientras caminamos, veo que el mercado se extiende hasta una

zona rocosa cerca de la costa, donde se ha construido un muelle sobre las olas. Un único barco se balancea en un extremo. Me pregunto si es lo que Tiernan está tratando de comprar a los duendes.

Entonces me distraigo con el martilleo de los herreros y una canción. Hay una herrería no muy lejos de donde estamos, con una exhibición de espadas al frente. Al lado, un poste con cintas y unos cuantos bailarines que lo rodean y se enrollan con ellas. Un puesto de capas en todos los colores del cielo, desde el primer rubor del amanecer hasta la profundidad de la medianoche y las estrellas. Una panadería que vende panes trenzados con cortezas brillantes decoradas con hierbas y flores.

—¿No tienes oro? —grita un comerciante con cornamenta—. Paga con un mechón de pelo, un año de vida o un sueño que no quieras volver a tener.

—¡Acercaos! —dice otra—. Tenemos las mejores chaquetas en cien leguas. Verdes como el veneno. Rojas como la sangre. Negras como el corazón del rey de Elfhame.

Oak se detiene para comprar queso envuelto en papel encerado, media docena de manzanas y dos barras de pan. También nos consigue ropa más abrigada, junto con gorros y guantes. Cuerda, mochilas nuevas y un garfio, cuyas púas se doblan como los tentáculos de un calamar que se desliza por el agua.

Pasamos por delante de una mujer que vende barriles de flechas con diferentes plumas en los extremos. De cuervo y de gorrión, incluso de un reyezuelo. A continuación hay un expositor de vestidos en verde escarabajo, azafrán y rojo granada. Un puesto con ramos de hierbas secas que cuelgan boca abajo, junto a vainas de semillas. Después, un librero, con estantes de tomos viejos y libros vacíos, recién encuadernados, abiertos por páginas blancas que esperan ser escritas. Un puesto más allá, una alquimista muestra un estante de venenos, incluida tinta envenenada. A su lado, una hilera de calaveras de formas extrañas.

Oak se detiene para comprar algunos explosivos.

—Por si acaso —me tranquiliza.

—Querida señora —dice un hada que se nos acerca desde una tienda que vende joyas. Tiene los ojos de serpiente y una lengua bífida que asoma cuando habla—. Esta horquilla parece hecha para vos.

Es preciosa, tejida en oro y plata con forma de pájaro, con una sola cuenta verde en la boca. Si hubiera estado en un expositor, la habría pasado por alto como otra de las decenas de cosas que me son inalcanzables. Sin embargo, mientras la sostiene para mí, no puedo evitar imaginar tenerla.

—No tengo dinero ni casi nada que canjear —digo con pesar y niego con la cabeza.

La mirada del tendero se dirige a Oak. Creo que piensa que el príncipe es mi amante.

Oak se hace el remolón y extiende la mano para tomar el alfiler.

—¿Cuánto cuesta? ¿Aceptáis plata o debe ser el último deseo de mi corazón?

—La plata servirá. —El tendero sonríe mientras Oak saca unas monedas de la bolsa.

Una parte de mí quiere detenerlo, pero dejo que la compre y que me la ponga en el pelo. Sus dedos en mi cuello son cálidos. Cuando me suelta, me estremezco.

Me mira.

—Espero que no estés a punto de decirme que la odias y que solo estabas siendo educada.

—No la odio —digo en voz baja—. Y no soy educada.

Se ríe.

—Una cualidad encantadora.

Admiro la horquilla en cada superficie reflectante por la que pasamos.

Atravesamos un amplio prado donde se celebra un espectáculo de marionetas. La gente se reúne alrededor de una caja con cortinas y contempla cómo un intrincado recorte de papel de un cuervo parece volar por encima de un molino. Hay unos cuantos niños humanos y me pregunto si serán niños cambiados.

La marioneta del cuervo baja hasta un árbol de papel maché

pintado. El titiritero oculto mueve un palo y el pico del cuervo se abre y se cierra.

El pájaro canta:

Croc, croc, croc.
Mi madre me mató,
mi padre me comió,
mi hermana recogió mis huesos
y bajo el manzano los enterró.
¡Contempla! Un joven cuervo del huevo salió.
Croc, croc, croc, qué hermoso pájaro soy.

Me detengo a mirar. Resulta que al molinero le gusta tanto la canción que le da una piedra de molino para escucharla de nuevo. Cuando el pájaro vuela a casa, deja caer la piedra sobre la cabeza de su madrastra y la mata.

El público sigue aplaudiendo cuando me doy cuenta de que Oak se ha ido a la herrería. Llego a tiempo de ver cómo el herrero de cejas pobladas regresa de la parte de atrás con lo que parece una caja de metal y cristal, diseñada para ver el interior. Tiene las patas doradas y está vacía.

—¿Qué es eso? —pregunto mientras se lo guarda con cuidado en la bolsa.

—Un relicario —dice—. Encantado para preservar su contenido en perfecto estado. Es muy parecido al que albergaba los huesos de Mab. Envié a Titch para encargarlo.

—Y es para…

Me indica que nos alejemos de la tienda. Juntos caminamos hacia el muelle.

—Un corazón de ciervo —dice—. Es lo que voy a llevarle a lady Nore. En un relicario lujoso, tardará un tiempo en notar la diferencia, con suerte el suficiente para que podamos cumplir nuestro objetivo y te acerques a ella.

—¿Un corazón de ciervo? —repito.

—Eso es lo que llevo al norte. Un truco. Un juego de manos, como la moneda.

Le sonrío y, por una vez, creo que estamos del mismo lado. Cuando llegamos a la orilla, encontramos a Tiernan todavía regateando con tres duendes. Uno tiene el pelo dorado y la barbilla puntiaguda, el segundo tiene el pelo negro y las cejas pobladas, y el tercero tiene las orejas muy grandes y es calvo. El que no tiene pelo sostiene un odre con vino y me mira con la seriedad de un borracho. Se pasa la bebida con un gigante pelirrojo sentado en un muelle con los enormes pies colgando sobre el mar.

El duende de pelo negro levanta un cuchillo con mango de plata y comprueba su peso.

—¿Qué más tienes?

Hay un pequeño montón de tesoros en una roca cercana: una perla gorda, al menos dieciséis piezas de oro y una piedra que podría ser una esmeralda.

—Sobrestimas el valor de lo que vendes —dice Tiernan.

El duende borracho se ríe a carcajadas.

En el agua, hay un barco tallado en forma de cormorán. En la parte delantera, la larga curva de su cuello lo hace parecer desbocado y las alas se elevan a ambos lados, protegiendo a quienes descansan en el casco. Está muy bien hecho y, si entrecierro los ojos, veo que también es mágico.

—Ah —dice el duende de pelo dorado a Oak cuando nos acercamos—. Explícale a tu amigo que no vamos a venderle una de nuestras mejores artesanías por unas cuantas baratijas.

Tiernan está claramente frustrado.

—Hemos acordado un precio, pero me falta un poco, eso es todo. Ahora que estás aquí, podemos compensar la diferencia y partir.

Más allá de la razón por la que creyó que se le daría mejor negociar que a Oak, está equivocado. No está en su naturaleza disfrazar la verdad ni bailar a su alrededor.

El duende de pelo dorado nos mira expectante.

—Queremos el resto de nuestro pago ahora, por favor.

Oak mete la mano en la bolsa y saca varias monedas de oro, así como un puñado de monedas de plata.

—¿Esto es suficiente?

—Nos quedaremos con los anillos —dice el duende de pelo dorado y señala los tres aros que rodean los dedos del príncipe.

No sé si tienen algún significado, pero supongo que no deben tenerlo, ya que Oak suspira y comienza a quitárselos. No solo eso, sino que añade su diadema. Una corona debería ser pago más que suficiente.

El duende de pelo dorado niega con la cabeza.

Veo el cambio en la sonrisa del príncipe. *Lengua de miel*.

—Tal vez vuestro barco sea demasiado bonito para nuestras necesidades. Necesitamos un navío apto para navegar y poco más.

Dos de los duendes intercambian miradas.

—Nuestro barco es tan resistente como cualquiera —dice el de pelo negro.

—Sin embargo, sería una lástima ver una embarcación tan hermosa como esta enfrentarse a los elementos. —La expresión de Oak se vuelve pensativa—. Tal vez tengáis algo menos refinado que vendernos.

Ante ello, el duende de pelo negro resopla, ofendido.

—No hacemos cosas feas.

—No, no —dice Oak y actúa como si estuviera decepcionado—. Por supuesto que no.

Me doy cuenta de lo que pretende.

—Quizá deberíamos buscar un barco en otro lugar —sugiero.

Tiernan parece querer estrangularnos. No sé si no es consciente de lo que está haciendo Oak o si solo es escéptico respecto de que vaya a funcionar.

El duende de pelo dorado observa a Oak.

—¿De verdad no tenéis nada más para canjear? Me cuesta creerlo, unos viajeros tan atractivos. ¿Qué lleva en el pelo?

Oak frunce el ceño mientras me quito la horquilla de las trenzas. Con pesar, la dejo en la pila con el resto de los tesoros. Me digo que

no importa. De todos modos, habría sido inútil allí donde vamos.

El duende de cejas pobladas resopla, agarra la horquilla y le da la vuelta entre los dedos.

—De acuerdo. Si este surtido de baratijas es todo lo que tenéis, supongo que nos apiadaremos de vosotros y aceptaremos el intercambio. Los anillos, el cuchillo, la perla, las monedas, la esmeralda que no tiene ni el tamaño de un huevo de pato, la diadema y la horquilla. Por ello, os venderemos el barco.

Con una sonrisa, Oak se adelanta para estrechar la mano del duende y sellar el trato.

Tiernan baja de un salto a la embarcación y me hace un gesto para que le pase la bolsa. Parece aliviado de que las negociaciones hayan terminado por fin y vayamos a ponernos en marcha.

El gigante borracho se pone en pie y se queda mirando al príncipe.

—Mira lo que lleva debajo de la ropa. Armadura de oro —gruñe—. Nos quedamos con eso también. Díselo.

—Hemos acordado un precio —advierte Tiernan.

La mano de Oak se dirige a la empuñadura de su espada y algo salvaje destella en sus ojos.

—No quiero pelear —dice, y sé que una parte de él lo dice en serio.

—¡Querías engañarnos! —grita el gigante.

A toda prisa, me arrodillo y empiezo a deshacer el nudo de la cuerda que ata el barco al muelle. Está mojada y tensada, amarrada con algo de magia además.

—Rangi —dice uno de los duendes al gigante—. Hemos hecho un trato.

Sin embargo, el gigante está muy borracho, demasiado para molestarse en seguir negociando. Se lanza a por el príncipe, que salta hacia atrás, lejos de su alcance. Tiernan grita una advertencia, aunque no estoy segura de a cuál de ellos. La expresión del príncipe se ha vuelto fría y vacía.

Por fin, consigo aflojar el nudo y el barco empieza a liberarse de las amarras.

Me aferro al hombro de Oak y él me mira con ojos vacíos. Por un momento, creo que no me reconoce en absoluto.

—¿Sabes nadar? —pregunto.

Asiente una vez, como si despertara de un sueño. Un instante después, se lanza hacia un lado.

No para apuñalar al gigante, como espero. Ni a mí. Agarra la horquilla.

Después, gira sobre los talones y corre hacia el agua.

—¡Ladrones! —grita un duende mientras saltamos juntos desde el muelle.

Aterrizo con un chapoteo y un grito a medio metro del barco. Me sumerjo y me hundo hasta que toco el barro del fondo con los pies, y luego salgo a la superficie.

Cuando emerjo entre las olas, el príncipe se agarra al ala tallada del cormorán. Me tiende la mano.

Nado hacia él y escupo agua turbia.

Detrás de nosotros, los duendes gritan. Tiernan los ignora mientras me sube a la cubierta. Luego va a por Oak.

Enfurecido, el gigante salta y comienza a vadear las olas.

El príncipe se acerca a trompicones al mástil y desata una vela de tela. En cuando se despliega, a pesar de no ser una tarde muy ventosa, se agita y se llena. Los duendes no logran detener la magia que nos impulsa hacia el mar. En un instante, estamos fuera del alcance del gigante.

Me lamo la sal del labio superior. Tiernan toma el timón y nos aleja de la costa. Con un silbido, Titch sale volando del mercado y da una vuelta en el aire antes de posarse en el mástil.

No tardamos en perder de vista el muelle.

Oak camina hacia la proa y se envuelve con una capa. Mira al mar.

Recuerdo el viaje a las islas de Elfhame en un barco mucho más grande. Me mantuvieron bajo cubierta durante la mayor parte del trayecto, pero me subieron una o dos veces para respirar el aire salado del mar y escuchar las llamadas de las gaviotas.

«Si te casas con el chico», me había dicho lady Nore, «no le

arranques el corazón de inmediato. Sé lo sanguinaria que eres, pero tendrás que ser paciente». Después se rio un poco.

Asentí y traté de aparentar que estaba sedienta de sangre y que podía ser paciente. Haría cualquier cosa que me permitiera sentarme un rato más al sol.

No me apetecía asesinar a un chico que no conocía, pero para entonces tampoco lo había pensado demasiado. Si era lo que quería que hiciera y me evitaba el dolor, lo haría.

Cuesta creer lo rápido que me volví irreconocible para mí misma.

Me pregunto cómo se verá a sí mismo Oak cuando está a punto de luchar. Luego me pregunto cómo se verá después.

—Wren —dice Tiernan y me arranca de esos pensamientos—. Dime lo que sepas del lugar adonde vamos.

Me obligo a volver a ese doloroso borrón de tiempo.

—La Ciudadela tiene tres torres y tres entradas, si contamos la aérea. —Las esbozo con un dedo húmedo en la madera del casco.

Tiernan frunce el ceño.

—¿Qué? —pregunto—. Conozco el lugar tan bien como Hyacinthe.

—Solo me preguntaba por la entrada aérea —dice Tiernan—. Creo que no lo había oído antes.

Asiento.

—No es una puerta propiamente dicha. Hay una abertura en forma de arco en una de las torres y las cosas que vuelan entran por ahí.

—Como los pájaros —dice—. Tal vez Hyacinthe haya mencionado que la había usado.

—Había guardias en todas las puertas menos en esa —digo—. La mayoría eran huldu entonces. Ahora serán criaturas de palo, supongo.

Tiernan asiente para animarme a seguir y lo hago.

—Los cimientos y el primer nivel de la Ciudadela son de roca negra. El resto de las paredes son de hielo, translúcidas en algunos lugares, a menudo casi transparentes, y opacas en otros. Es difícil saber si hay algún lugar donde esconderse en el que tu sombra no te delate —digo, muy consciente de este hecho—. Las prisiones están en la parte de roca negra.

Tiernan saca un trozo de grafito del bolsillo.

—Toma, a ver qué dibujas con esto.

Dibujo las puertas de entrada y el patio en el centro de la Ciudadela con marcas borrosas en la cubierta de madera.

Conozco la Ciudadela, sé dónde duerme lady Nore, dónde están la sala del trono y el salón de banquetes. Tal vez Hyacinthe habría sabido explicar mejor cuáles son las defensas actuales, pero yo me sé de memoria el número de escalones hasta la cima de cada torre. Conozco todos los rincones en los que podría esconderse una niña, todos los lugares en los que podrían descubrirla.

—Si lograra colarme en sus aposentos, podría dominarla —digo—. Lady Nore no tendrá muchos guardias allí dentro con ella.

Sin embargo, lo que sí tendrá es ferocidad, ambición y ni un ápice de duda a la hora de derramar sangre. Lord Jarel y ella odiaban la debilidad como si fuera una enfermedad contagiosa.

Imagino la brida clavada en su piel. Me imagino disfrutando de su horror. El momento antes de que se dé cuenta de que ha caído en una trampa, cuando todavía vista la arrogancia como armadura, y cómo su rostro cambiará cuando el pánico se apodere de ella.

Tal vez me parezco más a ellos de lo que me gustaría creer, si esa imagen me resulta agradable.

Tras ese incómodo pensamiento, me levanto y me dirijo a la proa, donde Oak está sentado, envuelto en una capa empapada.

Mechones de pelo mojado le besan las mejillas y se le pegan a la garganta y a las puntas de los cuernos. Tiene los labios tan azules como los míos.

—Deberías ponerte ropa seca —dice.

—Sigue tu propio consejo, príncipe.

Se mira, como si le sorprendiera encontrarse medio congelado. Luego me mira.

—Tengo algo para ti.

Extiendo la mano y espero que me devuelva la horquilla, pero es la brida lo que me pone en la palma.

—¿Por qué? —pregunto sin dejar de mirarlo.

—Alguien tiene que llevarla. Por qué no tú —dice—. Solo tienes que acompañarnos a la Ciudadela y tratar de creer, pase lo que pase y sin importar lo que diga o haga, que mi intención es que todos sobrevivamos. Que ganemos.

Quiero confiar en él. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Cierro la mano alrededor de las correas de cuero.

—Por supuesto que iré a la Ciudadela.

Nuestras miradas se encuentran.

—Bien.

Me permito relajarme por un momento, creer en la amistad.

—¿Qué pasa con la horquilla?

Sonríe y me la entrega. Acaricio con el pulgar el pájaro plateado y después se la pongo en el pelo, en lugar del mío. Cuando le rozo el cuello con los dedos y enhebro sus mechones de seda, se estremece por algo que no creo que sea frío. De repente soy demasiado consciente de su físico, de sus largas piernas y de la curva de su boca, del hueco de su garganta y de la punta afilada de sus orejas, donde antes colgaban los pendientes. De los mechones que escapan de la horquilla y cubren un cuerno marrón claro hasta posarse en su pómulo.

Cuando nuestros ojos se encuentran de nuevo, el deseo, afilado como una espada, corta el aire entre los dos. El tiempo se ralentiza. Quiero morderle el labio. Sentir el calor de su piel. Deslizar las manos bajo su armadura y trazar el mapa de sus cicatrices.

El gnomo con cara de búho despega del mástil y nos sobresalta. Me levanto demasiado rápido y me doy cuenta de dónde estoy. Tengo que agarrarme a las alas de madera del cormorán para no caer al mar.

Tiernan está a unos seis metros de distancia, mirando al horizonte, pero se me calientan las mejillas como si me leyera los pensamientos.

—¿Wren? —Oak me mira con extrañeza.

Me dirijo al puente y me agacho para pasar bajo la botavara. Pero incluso con la distancia que nos separa, el deseo de tocarlo persiste.

Me alegro al menos de que Oak no me siga, sino que se dirija bajo cubierta para ponerse ropa seca. Más tarde, cuando vuelve a la popa,

toma sin palabras el timón de manos de Tiernan.

El barco mágico, impulsado por vientos invisibles, vuela por el mar. Vemos goletas y petroleros mortales, barcazas de recreo y barcos de pesca. En dirección al norte, rozamos el borde de la costa oriental, pasando entre Maine a un lado y las islas de Elfhame al otro. Luego navegamos más al norte, a través del golfo de San Lorenzo hasta el mar de Labrador.

Todo debería ser como antes, pero no lo es. Cada vez que rozo la mano de Oak cuando me pasa un trozo de pan o un odre con agua, soy muy consciente de ello. Cuando dormimos por turnos mientras uno de los tres se queda a guiar el barco según la posición de las estrellas, me siento atraída a observar su rostro, como si a través de los sueños fuera a conocer sus secretos.

No estoy nada bien.

Al tercer día, mientras comemos, me vuelvo para arrojar un corazón de manzana al mar y me doy cuenta de que los tiburones rodean el barco. Decenas de aletas cortan el oleaje. Tan cerca de la superficie del agua que incluso sus cuerpos largos y pálidos son visibles.

Jadeo.

Oak levanta una mano para protegerse los ojos del sol justo cuando una sirena sale a la superficie. Tiene el pelo plateado como la espuma de las olas.

—Loana —dice el príncipe con una sonrisa que solo parece un poco forzada. Recuerdo ese nombre. Es una de las chicas de las que se enamoró, la que quiso ahogarlo.

Miro a Tiernan, que agarra la empuñadura de la espada, aunque sigue enfundada. No creo que una espada vaya a servir de mucho aquí.

—Me has mandado llamar y he venido, príncipe Oak. Tienes suerte de que lo haya hecho, porque Inframar se enfrenta a desafíos por todos lados, pues la reina Orlagh es débil y todos buscan ganar ventaja. Pronto podría ser tu única amiga bajo las olas.

—El tratado con la superficie sigue en pie —le recuerda Oak.

—Por ahora, rostro hermoso. —El pelo flota a su alrededor en un halo de plata. Sus ojos son del azul brillante del cristal marino. Su cola aparece a ratos detrás de ella y golpea el agua antes de volver a deslizarse debajo—. Se dice que Nicasia tiene intención de celebrar un concurso y casarse con el ganador.

—Ah —responde Oak con cuidado—. ¿Divertido?

—O tal vez revoque el tratado. —Un tiburón nada hacia la sirena y ella le acaricia el costado. Observo fascinada. Las mandíbulas de la bestia podrían partir el barco por la mitad—. Y cuando tenga a todos los contendientes juntos, dejará que la superficie los destruya.

—Ya veo —dice Oak—. Me temo que la superficie tiene sus propios problemas. Por eso quiero tu ayuda. Nos gustaría viajar ocultos mientras atravesamos los mares para llegar a tierra sin ser detectados.

—Viajarías más rápido bajo las olas. —Su tono es pura tentación.

—Mejor no —responde él.

La sirena hace un mohín.

—De acuerdo, si es lo único que quieres de mí. Haré lo que me pides por el precio de un beso.

—Oak… —comienza Tiernan, con una advertencia en la voz.

Doy un paso hacia el príncipe, que se arrodilla en el casco.

—Eso es fácil —dice Oak, pero algo en su rostro contradice las palabras—. No tiene dificultad.

Hay una cuerda atada al mástil. Mientras el príncipe habla, empujo un extremo en dirección a Oak con el pie.

No mira abajo cuando la cuerda le golpea el muslo. Se la enrolla en un brazo con sigilo mientras se inclina hacia Loana.

La sirena levanta los dedos palmeados y le rodea la nuca. Presiona los labios contra los de él. Deben de estar más fríos que el mar, más fríos que los míos. Oak tiene los ojos casi cerrados y las pestañas le rozan los pómulos. La lengua de ella entra en su boca. Lo agarra más fuerte.

Odio mirar, pero soy incapaz de apartar la vista.

Entonces tira de él con brusquedad y agita la cola. La cuerda se

tensa y es lo único que impide que lo arrastre al mar.

Oak vuelve a subir al barco mientras respira con dificultad. Tiene la camisa mojada por el rocío del agua y los labios enrojecidos por el beso.

—Ven conmigo bajo las olas —dice Loana—. Ahógate con placer.

Oak se ríe.

—Una oferta irresistible, pero debo continuar con esta misión.

—Entonces te ayudaré a cumplirla —dice la sirena mientras se sumerge y se aleja. Los tiburones la siguen y desaparecen en las profundidades. Distingo el brillo de una niebla por el rabillo el ojo.

—Espero que haya valido la pena estar a punto de ser arrastrado al fondo del mar —dice Tiernan y sacude la cabeza.

—Estamos ocultos de Bogdana y de lady Nore —dice Oak, pero no nos mira a los ojos.

Al anochecer, navegamos entre trozos de hielo flotantes y aterrizamos en una playa azotada por el viento, justo al lado del estrecho de Hudson. Oak impulsa la embarcación entre las rocas negras. Tiernan asegura una cuerda para amarrarla y que no escape cuando suba la marea. No me piden ayuda y no se la ofrezco.

En el cielo, una luna menguante ilumina mi regreso a casa.

Recuerdo las palabras del espectáculo de marionetas, cuando el cuervo cantaba sobre la piedra del molino. *Croc, croc, croc, qué hermoso pájaro soy*.

13

Los vientos azotan las montañas y se hunden en el valle con un inquietante silbido. El sol de la tarde se refleja en el pelo dorado de Oak, casi tan brillante como la nieve.

Nos cubrimos las espaldas con gruesas capas. Titch se acurruca en la capucha del príncipe y se asoma de vez en cuando para fulminarme con la mirada.

La nieve rara vez está quieta. Se arremolina y ciega. Se adhiere a todo, brilla y resplandece, y cuando llega una ráfaga, se convierte en niebla blanca.

Y pica. Primero como agujas, luego como cuchillas. Diminutas partículas de hielo me rozan las mejillas, e incluso cuando se asientan, esconden trampas. Doy un paso demasiado pesado y caigo, una pierna se me hunde y el otro muslo se dobla dolorosamente en la plataforma de hielo.

Oak se inclina para darme la mano y me levanta.

—Mi señora —dice, como si me subiera a un carruaje. Siento la presión de sus dedos a través de los guantes de ambos.

—Estoy bien —digo.

—Por supuesto que sí —afirma.

Reanudo la marcha e ignoro una ligera cojera.

El Bosque de Piedra se cierne frente a nosotros, a unos treinta kilómetros de distancia, y se extiende en ambas direcciones hasta donde alcanza la vista, lo que complica pensar en formas de rodearlo.

Pinos altos con cortezas de color gris plateado. Crecen en la llanura cubierta de nieve y se alzan como una inmensa muralla.

A medida que avanzamos, llegamos a una estaca en el suelo en la que han clavado la cabeza de un trol. El astil de madera se inclina hacia un lado, como si lo moviera la fuerza del viento, y la parte superior está ennegrecida por el líquido seco. Los ojos del trol están abiertos y miran a la nada con los iris nublados y empañados. Tiene las pestañas blancas, cubiertas de escarcha.

En la estaca están escritas las siguientes palabras: *Mi sangre ha sido derramada por la gloria de los Reyes de Piedra, que gobiernan desde debajo del mundo, pero mi cuerpo pertenece a la Reina de las Nieves.*

Observo la cabeza, la carne cortada en el cuello y la astilla de hueso que asoma justo debajo. Luego miro hacia adelante, a la extensión de nieve, salpicada de formas similares. Ahora que sé que no son ramas caídas ni árboles esbeltos, me fijo en que hay al menos media decena, tres agrupadas en un lugar y las demás dispersas.

Mientras me pregunto qué significarán, la cosa abre la boca y habla.

—En nombre de nuestra reina —dice, con una voz horrible y sibilante—, bienvenidos.

Retrocedo con sorpresa, resbalo y caigo de espaldas. Mientras me levanto, Tiernan saca la espada y corta la cabeza en dos. La mitad del cráneo cae en la nieve y desparrama trozos de sangre congelada lo bastante grandes como para parecer rubíes.

Sin embargo, los labios de esa cosa siguen moviéndose y nos dan la bienvenida una y otra vez.

Oak levanta las cejas.

—Creo que es seguro asumir que nuestra presencia ya no es secreta.

Tiernan observa la media decena de formas similares. Asiente una vez, limpia la espada en los pantalones y la vuelve a envainar.

—No estamos lejos la cueva. Habrá pieles esperándonos y madera para encender un fuego. Una vez allí, pensaremos qué hacer.

—¿Cuándo has dispuesto todo eso? —pregunto.

—Cuando vine a por Hyacinthe —dice Tiernan—. Aunque no fuimos los primeros en usarla. Ya había algunos suministros antiguos, de la época en que la Corte de los Dientes y los halcones de Madoc acamparon cerca.

Mientras avanzamos, considero la respuesta.

No había pensado en el momento del rapto de Hyacinthe. Sabía que había pasado en Elfhame el tiempo suficiente como para intentar asesinar a Cardan y que le pusieran la brida. Tuvo que ser anterior al secuestro de Madoc.

Pero que Hyacinthe estuviera en Elfhame cuando capturaron al general me parece extraño, demasiada coincidencia. ¿Había ayudado a lady Nore? ¿Sabía que iba a suceder y no dijo nada? ¿Tiene Tiernan más razones para sentirse traicionado de las que sé?

La tercera cabeza que pasamos es de un hada de la aristocracia. Sus ojos son gotas negras y tiene la piel blanca por la pérdida de sangre. La estaca tiene escrito el mismo mensaje sobre los Reyes de la Piedra que la del trol.

Oak extiende la mano para tocar la mejilla congelada del hada. Cierra los ojos.

—¿Lo conocías? —pregunto.

Duda.

—Era un general. Lihorn. Uno de los halcones malditos. Venía a casa de mi padre cuando yo era niño, para beber y hablar de estrategia.

Por fortuna, esta cabeza no habla.

Oak tiembla bajo la capa. A Tiernan no le va mucho mejor. La pesada lana que los envuelve les ofrece cierta protección contra las gélidas temperaturas, pero no la suficiente.

El sol tiñe el hielo de escarlata y oro cuando empezamos a subir por la ladera de una montaña. Es un ascenso escarpado. Nos arrastramos por las rocas e intentamos no resbalar. Me resulta difícil, así que no hablo por la concentración. Oak sube detrás de mí y sus pezuñas resbalan en el hielo. Tiernan se mueve con pies ligeros gracias a su entrenamiento, pero respira de forma entrecortada, lo que delata

el esfuerzo que le supone. El aire se vuelve más frío cuanto más oscuro es el cielo. El aliento de Oak forma nubes blancas y Tiernan se estremece. El frío les quema a través de la tela de los guantes y les endurece los dedos, que se vuelven torpes. A mí no me afecta, salvo porque quizá me siento un poco más viva, un poco más despierta.

Las ráfagas de viento azotan afiladas agujas de hielo contra nuestras mejillas. Avanzamos a duras penas, sin ver el camino entre los árboles, las rocas y los carámbanos.

Sin pretenderlo, me viene a la mente que lo que tengo delante es aquello de lo que estoy hecha. Nieve y palos. Palos y nieve. No soy una niña de verdad. Una muñeca de papel, para jugar con ella, luego romperla y tirarla.

Me crearon para traicionar a la Corte Suprema. Nunca para sobrevivir más allá de eso. Si soy la causa de la caída de lady Nore, me supondrá un placer mucho mayor del que ella jamás hubiera previsto.

La entrada de la cueva es ancha y baja y el techo es una lámina de hielo manchado. Agacho la cabeza al entrar. El gnomo con cara de búho sale de la capucha del príncipe y se adentra volando en la oscuridad.

Oak saca de la bolsa un trozo de vela. Coloca cuatro alrededor de la habitación y las enciende. Las llamas envían sombras en todas direcciones.

En el fondo de la cueva, hay amontonados una serie de suministros: pieles de oso enmarañadas, cajas, un cofre pequeño y pilas de madera que llevan aquí el tiempo suficiente para estar cubiertas por una fina capa de escarcha.

—Interesante —dice Oak mientras se acerca al cofre y lo golpea con suavidad en un lado con la pezuña—. ¿Abriste algo de esto la última vez que estuviste aquí?

Tiernan niega con la cabeza.

—Tenía un poco de prisa.

Había estado con Hyacinthe, todavía en forma de pájaro, antes de que Oak le quitara la maldición. ¿Lo llevaría atrapado, enjaulado? ¿Iría subido en el hombro de Tiernan, seguro de que lo estaba

salvando? ¿O habría ido de buena gana, con la intención de ayudar a lady Nore a secuestrar a Madoc? Frunzo el ceño al pensarlo, ya que recuerdo que me dijo lo leal que había sido.

Oak mira la cerradura del baúl.

—Una vez, Bomba me contó una historia sobre unas arañas venenosas guardadas dentro de un baúl. Cuando el ladrón lo abrió, le picaron por todas partes. Sufrió una muerte horrible. Creo que intentaba disuadirme de robar caramelos.

Tiernan da una patada a la pila de leña con una bota cubierta de nieve. Los troncos caen fuera del montón.

—Voy a encender un fuego.

Levanto una piel y la pongo del revés; paso la mano por el forro para comprobar si hay podredumbre o bichos. No hay nada. Tampoco decoloración, como la que causaría el veneno. El único olor que desprende es el del humo empleado para curtir la piel.

Unos cuantos uniformes del ejército que se desbandó ya hace tiempo forman un montón de lana gris. Los sacudo y los evalúo mientras Oak trata de desarmar el cofre oxidado.

—Es muy improbable que contenga arañas —dice cuando lo miro.

Dentro hay una rueda de queso encerada y unos panecillos que tienen muchísimo tiempo, junto con un pellejo de vino medio congelado. Parece decepcionado.

De nuevo, estudio su rostro. La curva de su boca sonriente y la dura línea de su mandíbula. Lo que quiere que vea y lo que quiere ocultar. Después de un rato, me doy la vuelta y me dirijo a la parte delantera de la cueva, donde Tiernan golpea un antiguo pedernal en el costado de la espada, con la esperanza de sacar una chispa.

Me pregunto cuánto le molestará volver a estar aquí, solo.

—¿Cuánto tiempo estuviste con Hyacinthe? —pregunto y saco la caja de cerillas dos veces empapada y se la entrego, aunque tal vez sea inútil.

Tiernan suspira.

—Nos conocimos el verano anterior a la abdicación del rey Eldred, en una velada nocturna. No una fiesta de la Corte, sino algo informal.

Todavía esperaba que me nombrasen caballero.

Frunzo el ceño, sin saber a qué se refiere.

—¿No eres caballero?

Tiernan sonríe, más divertido de lo que lo he visto nunca.

—¿Yo? No. Me entrenaron para ello, pero nunca tuve oportunidad de serlo.

Miro a Oak, más confundida que nunca. No sé mucho sobre el proceso, pero estoy bastante segura de que implica que un miembro de una familia real te toque el hombro con una espada. Esta misión por sí misma debería ser motivo suficiente para merecerlo.

—Me uní a la Corte de las Sombras —dice, lo que responde a la pregunta que no hago.

—¿Eres un espía? —Creo que me quedo un rato con la boca abierta.

—¿A quién, si no, elegiría mi hermana como guardia? —interviene Oak desde el fondo de la cueva—. Siente mucho cariño por los espías que querían ser caballeros, dado que ella misma fue una.

—Pero yo no lo era entonces. Era joven y estaba lleno de esperanzas, y un poco borracho.

Sonríe al recordar.

—Hyacinthe estaba medio oculto en las sombras y me preguntó si sabía algo sobre profecías. Creo que estaba muy borracho.

»Nos perdimos juntos en un laberinto de setos y hablamos de las grandes hazañas que pensábamos hacer, como los caballeros de antaño. Me pareció que su búsqueda de venganza era imposiblemente romántica. —Hace una mueca, como si le doliera recordar esa versión de sí mismo, o a un Hyacinthe que todavía no había elegido la venganza por encima de él.

El fuego se enciende.

—Y aquí estás, haciendo grandes hazañas —digo.

Medio sonríe.

—A veces la vida nos concede el terrible regalo de hacer nuestros deseos realidad.

Oak ha pelado el papel de cera del queso del cofre. Se sienta a

nuestro lado, mastica un trozo y pone una mueca.

—Está curado —dice, como si fuera motivo para disfrutarlo a pesar del sabor.

Busco en su bolsa una barrita de cereales y me la como.

—Cuéntale el resto —dice Oak.

Tiernan frunce el ceño, pero el príncipe sonríe.

—Sí, ya he oído la historia. Muchas veces. Pero Wren, no.

—Lo que Oak quiere que te cuente, supongo, es que Hyacinthe y yo pasamos casi dos años juntos, antes de que se fuera con el ejército de Madoc. Nos hicimos la típicas promesas que se hacen los amantes. —Habla con un rastro de rigidez. Tiernan parece ser el tipo de persona que, cuanto más fuerte es un sentimiento, más le cuesta hablar de él, aunque al parecer le ha contado muchas cosas a Oak—. Pero cuando Hyacinthe quiso que cometiera traición con él, no pude.

»Pensé que su venganza ya había terminado. El príncipe Dain estaba muerto. El Alto Rey era un poco vanidoso, pero no peor que Eldred. Hyacinthe no estaba de acuerdo. Tuvimos una gran discusión en la que Sin me llamó «cobarde» y no lo vi durante un año.

¿Sin? Me obligo a no sonreír ante el apodo que había conseguido callarse hasta ahora.

—Sí, cuando volvió para matarte —dice Oak y luego se gira hacia mí—. Hyacinthe había viajado con la Corte de los Dientes, como el resto del ejército de Madoc. Y habría luchado en la Batalla de la Serpiente. Contra Tiernan.

—No nos vimos —aclara él—. Ni mucho menos nos enfrentamos. No hasta después.

Pienso en mí, bajo la cama de Oak. Me pregunto si él también estará pensando en ello.

Tiernan continúa.

—En las prisiones. Para entonces, ya formaba parte de la Corte de las Sombras y me dejaron visitarlo. Hablamos y pensé… En fin, no sabía qué pasaría, si le concederían piedad, pero prometí que, si lo condenaban a muerte, lo salvaría. Incluso si significaba traicionar a Elfhame después de todo.

»Al final, sin embargo, lo único que tenía que hacer era arrepentirse. Pero ni siquiera fue capaz de eso. —Tiernan entierra la cabeza en las manos.

—Era orgulloso —dice Oak—. Y estaba enfadado.

—¿Se supone que yo debía ser menos orgulloso? —exige Tiernan.

Oak se vuelve hacia mí.

—Aquí es donde el halcón Hyacinthe acude a Tiernan, que podría haberlo alimentado y en un año tenerlo de vuelta, pero…

Lo rechazó.

—Me arrepentí —dijo Tiernan—. Por eso, cuando supe que se había ido a la Ciudadela, vine y lo recuperé. Lo llevé a Elfhame. Convencí a Oak para que rompiera la maldición. Y me dio las gracias intentando matar al Alto Rey.

—No hay bien sin castigo, ¿no es eso lo que dicen? —Oak rompe otro trozo del queso asqueroso e intenta clavarlo en algo para que se derrita sobre el fuego.

—Está preocupado por ti —digo a Tiernan—. Hyacinthe.

Me mira con recelo.

—¿En qué sentido?

—Cree que Oak te ha hechizado.

Tiernan resopla, molesto.

Oak se ríe, pero suena más forzado que divertido. Después de un rato, vuelve a hablar.

—Hasta este viaje, creía que me gustaba el frío. Uno puede vestirse de la manera más extravagante cuando no hay riesgo de sudar: brocados, adornos de oro, sombreros. Pero me lo estoy replanteando.

Me doy cuenta de que Tiernan agradece que le quiten la atención de encima.

Las tonterías de Oak y su sonrisa me empujan a seguirle el juego.

Pongo los ojos en blanco.

Sonríe.

—Tienes una elegancia sencilla, así que no tienes que preocuparte por el tiempo.

Cuando llega la hora de dormir, Tiernan y Oak se envuelven en

pieles de oso. Oak me pone una sobre los hombros. No digo nada para indicarle que no la necesito, que nunca tengo frío. Cuando nos acostamos junto al fuego, me observa. La luz baila en sus ojos.

—Ven aquí —dice y acompaña las palabras con un gesto de la mano.

No sé si conozco a la persona que se mueve y se acomoda para que apoye la cabeza en el hombro de Oak. Ese «yo» siente su aliento en el pelo y la presión de sus dedos extendidos en la parte baja de mi espalda. Enreda los pies con los míos y mis dedos rozan el pelaje justo por encima de sus pezuñas. Apoyo la mano en su estómago y no puedo evitar sentir sus abdominales duros, sus músculos y sus cicatrices. Cuando la muevo, se le corta la respiración.

Los dos nos quedamos quietos. Tiernan, cerca del fuego, se revuelve en el sueño. A la luz de las llamas, los ojos ámbar del príncipe son de oro fundido.

Soy consciente de mi piel como nunca antes lo había sido, de los ligeros movimientos de mis miembros, de las subidas y bajadas de mi pecho. Oigo el latido de su corazón en la mejilla. Hasta la última fibra de mi cuerpo quiere gritarle que me bese, pero no lo hace y soy demasiado cobarde para hacer nada más que quedarme tumbada y anhelar hasta que se me cierran los ojos.

Cuando me despierto por la tarde, Tiernan está arrastrando el cuerpo de un ciervo. Lo descuartiza deprisa y los dos desayunamos carne de venado carbonizada.

Oak lava el corazón para limpiarlo de sangre y lo coloca en el relicario cuando aún está caliente. Una vez asegurado, el príncipe juguetea con la cerradura, la cierra con cuidado y ajusta algo en el interior para mantenerla así. Luego nos ponemos de nuevo en marcha, el príncipe y Tiernan envuelven sus capas con pieles de oso para estar más calientes. El Bosque de Piedra se alza ante nosotros y la luz brilla en los árboles, cuyas ramas están cubiertas de hielo.

—No podemos entrar ahí —digo—. Los trols deben de trabajar para lady Nore.

—Teniendo en cuenta lo que vimos ayer, debo admitir que tenías razón al sugerir que rodeáramos este tramo de bosque —dice Oak mientras mira hacia los árboles con el ceño fruncido.

Tiernan esboza una media sonrisa.

—Te felicito por esta sabia decisión.

Nos desviamos hacia el este y bordeamos el límite del bosque. Incluso desde la distancia, es extraordinario. En los árboles helados crecen frutos azules del tamaño de melocotones, envueltos en una corteza congelada. Algunos se han caído y se han abierto como manzanas de caramelo. Desprenden un aroma a miel, especias y savia. Las hojas de los árboles emiten un sonido inquietante, parecido al de las campanillas de viento, cuando el aire sopla entre las ramas.

Cuanto más caminamos, más nos damos cuenta de que no es posible evitar el Bosque de Piedra. A veces hasta parece que se mueve. En dos ocasiones, he levantado la vista y me he encontrado rodeada de árboles. El tirón de la magia me recuerda a la resaca de una playa: una franja de agua tranquila y oscura que parece inocua, pero que, una vez que te tiene, te arrastra lejos de la tierra.

Caminamos durante todo el día y hacemos lo posible por mantenernos al otro lado de los límites del bosque. No nos detenemos a comer, sino que, temiendo que los árboles nos sorprendan, caminamos mientras masticamos las provisiones de nuestras mochilas. Al anochecer, algo que se mueve hacia nosotros a través de la nieve interrumpe nuestra marcha.

Criaturas de palo, enormes y terribles, arañas gigantes hechas de zarzas y ramas. Cosas monstruosas de bocas abiertas, cuerpos de corteza quemada y ennegrecida y dientes de piedra y hielo. Partes de cuerpos mortales a la vista, como si alguien hubiera desmontado a personas como a muñecos y las hubiera pegado de nuevo con formas horribles.

—Dirigíos al bosque —dice Tiernan, con resignación. Me mira primero a mí y después a Oak—. Ahora.

—Pero… —comienza el príncipe.

—No vamos a caballo —le recuerda Tiernan—. A pie no tenemos ninguna posibilidad de escapar, a menos que estemos a cubierto. Esperemos que tu loco plan fuera el correcto después de todo.

Entonces dejamos de luchar contra el bosque y nos adentramos en él.

Pasamos a la carrera junto a un enorme peñasco negro, y luego bajo un árbol que tintinea cuando los carámbanos amenazan con caer.

Cuando miro por encima del hombro, me horrorizo al ver que las criaturas de palo se acercan, más rápido de lo que esperaba.

—Aquí —dice Oak, junto a un árbol caído medio cubierto de nieve —. Escondámonos. Wren, ponte lo más abajo que puedas. Si no nos ven, tal vez logremos engañarlas para que pasen de largo.

Tiernan se arrodilla y coloca la espada en la nieve a su lado, luego me indica con un gesto que me acerque. Me agacho en la hondonada bajo el árbol y miro el cielo cubierto de lentejuelas y la brillante guadaña de la luna.

Y el halcón que lo atraviesa.

—Tienen ojos en el aire —digo.

Desconcertado, Oak sigue la dirección de mi mirada y lo comprende.

—Tiernan —susurra, con voz áspera.

Tiernan se pone en pie y echa a correr en dirección a las criaturas, justo cuando el pájaro chilla.

—Sácala de aquí —le grita al príncipe.

Al instante siguiente, una lluvia de flechas de hielo cae desde los árboles.

El astil de una se estrella en la tierra a mis pies y me hace tropezar. Me detengo tan de sopetón que caigo en la nieve.

Oak me levanta. Maldice con un reguero de palabras y frases soeces que se entrecruzan, algunas en lenguas mortales y otras no.

Las criaturas monstruosas ganan terreno. Cuanto más se acercan, con más claridad distingo las raíces que se retuercen en sus cuerpos, los trozos de piel y los ojos que no parpadean, los enormes dientes de

piedra que parecen colmillos.

—No te pares —me dice Oak y se da la vuelta mientras desenvaina la espada—. Casi hemos llegado a la Ciudadela. Si alguien puede detenerla, eres tú.

—No… —intento protestar.

Me mira a los ojos.

—¡Vete!

Corro, pero no llego muy lejos antes de sacar el cuchillo prestado y agacharme detrás de un árbol. No tengo la habilidad de Oak, pero sigo siendo feroz. Apuñalaré todo lo que se ponga a tiro y, si algo se acerca lo suficiente, le arrancaré de un mordisco lo que más se parezca a una garganta.

Mi plan se ve truncado casi de inmediato. Cuando salgo, una flecha me roza la pierna y me desgarra la piel. Una criatura retorcida con un arco se arrastra hacia mí mientras prepara otra flecha. Me apunta a la cabeza.

Oak ataca desde un lado y corta su arma por la mitad, atraviesa el arco y llega hasta el estómago de la criatura. Abre la boca una vez, pero no sale ningún sonido cuando Oak gira y la decapita. Cae en una lluvia de tierra, bayas y sangre que se esparce por la nieve.

El rostro del príncipe está en calma, pero el frenesí de la batalla vuelve a aparecer en sus ojos. Pienso en su padre, un gorro rojo, a quien piensa rescatar, y en cómo habrá entrenado el príncipe. Me pregunto si alguna vez habrá mojado un gorro en la sangre de alguien.

Más criaturas de palo se le acercan, con garras y colmillos y carne robada, brillantes flechas de hielo y cuchillas manchadas de negro.

Oak será un gran espadachín, pero es imposible que una sola persona las contenga a todas. Aun así, parece dispuesto a intentarlo.

Me mira un segundo.

—Escóndete —articula en silencio.

Me escabullo detrás de la roca negra y contengo el aliento. El Bosque de Piedra está tan lleno de magia que hasta me marea. El palpitar de los encantamientos resuena en los árboles y las ramas, en los helechos y las rocas. Había oído las historias, pero estar dentro y

sentir lo que me rodea es muy distinto. Todo el bosque está maldito.

Antes de que pueda detenerlo, me veo arrastrada por el hechizo. Siento la piedra a mi alrededor, la presión, los pensamientos que fluyen como la miel.

Déjame ser carne otra vez. Déjame. Déjame. Dos voces retumban, tan alto que tengo que taparme los oídos, aunque las palabras solo se oyen en mi mente. La fuerza desmedida del sonido es como la descarga de un cable pelado. Este peñasco fue una vez un rey trol, convertido en piedra por el sol, y su gemelo se encuentra en algún rincón más profundo del bosque. La maldición ha crecido y se ha expandido hasta abarcar todo el Bosque de Piedra. La huelo en los pinos y en la fruta azul partida, tan potente que no entiendo cómo no me he dado cuenta antes. La expectación susurra entre los árboles, como una respiración entrecortada. Me insta a seguir adelante.

Llego a la raíz del encantamiento, anudado con fuerza en todo lo que me rodea. Comenzó con la maldición original de todos los trols, que se convierten en piedra a la luz del sol. Como la magia se ha debilitado, los trols de Elfhame vuelven a ser de carne al caer la noche, pero esta maldición pertenece a una época en la que la magia era más fuerte, cuando la piedra era eterna.

La maldición creció y se alimentó de la magia de los reyes trol. Avivada por su ira por estar atrapados, ahora aprisiona a su pueblo y a todos sus descendientes.

Siento cómo la magia trata de atarme a ella, de arrastrarme a su interior de la misma manera que el bosque trataba de envolvernos. Me siento como si me enterraran viva, como si cavase la tierra y arrancase las raíces peludas que intentan atrapar mis miembros como serpientes. Pero incluso al liberarme, la maldición del propio Bosque de Piedra sigue igual de firme.

Pero ahora que he llamado su atención, quizá pueda darle a la magia otro objetivo.

Hay invasores, susurro en mi mente e imagino a las criaturas de palo con toda la claridad de la que soy capaz. *Se llevarán a tus gentes*.

Siento que las hebras de magia se alejan de mí con un suspiro.

Entonces la tierra misma se resquebraja, con la fuerza suficiente para lanzarme hacia atrás. Abro los ojos cuando una fisura se abre paso por el suelo, más ancha que la boca de un gigante.

Minutos más tarde, Oak sale a trompicones de entre dos árboles y los helechos cubiertos de escarcha crujen bajo sus pasos. Un viento sopla entre las ramas a su izquierda y envía una lluvia de trozos de hielo como cuchillas sobre la nieve. El príncipe sangra por un corte en el hombro y ha perdido tanto la piel de oso como la capa.

Me levanto. Tengo arañazos en las manos y la rodilla magullada. La herida donde la flecha me rozó la pierna palpita.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

Un bramido llega desde el bosque.

—Este lugar —dice y rodea con un amplio margen la grieta del suelo—. Algunas criaturas cayeron en la tierra cuando se abrió. A otras los he cortado en dos. Pero todavía hay más. Tenemos que seguir avanzando.

Me da la mano.

Tomo la suya y, juntos, nos adentramos entre los árboles.

—¿Has visto a Tiernan?

—Todavía no.

Admiro lo mucho que no se permite pensar en ninguna otra posibilidad.

El príncipe se detiene de repente. En el claro de delante, una enorme criatura arácnida de palos y tierra se arrastra hacia nosotros.

—Vamos —digo, pero me suelta la mano—. ¿Qué haces?

—Solo hay una —dice y sostiene la espada en alto.

La araña es enorme, la mitad de alta que uno de los árboles. Se cierne sobre nosotros. Una es más que suficiente.

—¡Oak!

Mientras se abalanza sobre ella, no puedo evitar pensar en lo que dijo Tiernan, que el príncipe intenta ser un barco solitario que se estrella contra las rocas.

La araña arremete y chasquea los colmillos, que parecen hechos de fémures partidos. Cae sobre el príncipe, que rueda por debajo de ella y

corta hacia arriba con la espada. Le llueve tierra encima. La criatura hace un barrido con una pierna que termina en espinas.

El corazón late tan fuerte que duele.

Oak trepa por dentro de la criatura. Entre el tejido de ramas y huesos, como si fuera un parque de juegos.

La araña se pone de espaldas y se desgarra su propio pecho con las espinas de las patas. Se está arrancando las entrañas para llegar hasta él. Oak la golpea con la espada y la corta. Algunos pedazos se desprenden. Se agita y muerde el aire mientras se deshace. Por fin, lo que queda de la criatura se queda inmóvil.

Oak sale de la carcasa, con arañazos en los brazos. Sonríe, pero antes de que diga nada, se oye un ruido detrás de mí. Me doy la vuelta y tres altos trols salen de entre los árboles.

Tienen la piel verde claro y los ojos dorados y me amenazan con flechas de punta de bronce directamente al pecho.

—Habéis traído aquí a esos monstruos de la Ciudadela —dice uno.

—Nos han seguido —tartamudeo.

Llevan una armadura de tela pesada, cosida en un patrón de espirales como el mapa de un laberinto de setos o una huella dactilar.

—Acompañadnos a conocer a nuestra portavoz —dice el más alto —. Ella decidirá qué hacer con vosotros.

—Sois muy amable al invitar a un par de extraños a vuestro pueblo —dice Oak mientras camina hacia nosotros, tergiversando la intención de nuestros captores sin llegar a mentir—. Pero hemos perdido a un amigo en el bosque y no querríamos irnos a ningún sitio sin él.

El trol más alto parece a punto de convertir su petición en una orden. Entonces, desde la oscuridad, un cuchillo capta la luz de la luna cuando aparece en la base del cuello del más bajo.

—Vamos a apuntar las armas a otra parte —dice Tiernan.

El trol más alto entrecierra los ojos y baja el arco. Lo mismo hace el otro. El tercero, con el cuchillo en la garganta, no se mueve.

—Parece que has encontrado a tu amigo —dice el trol.

Oak le dedica una sonrisa lenta y considerada.

—Por lo tanto, no nos quedan motivos para rechazar vuestra

hospitalidad.

El campamento trol está situado en un gran claro, donde han construido edificios de piedra y arcilla alrededor de una enorme hoguera. De ella saltan chispas que caen en forma de lluvia negra y manchan todo lo que tocan.

Las casas están hechas de forma inteligente y artística. La arcilla, parecida al estuco, está esculpida con diversas formas; espirales, árboles y rostros, todos del mismo color de barro pálido, decoran las viviendas. En lo alto de las paredes, han insertado círculos de cristal, en su mayoría verdes y ambarinos, que crean el efecto de unas vidrieras. Me acerco y veo que son partes de botellas, y distingo algunas azules y carmesíes brillantes.

La escala de todo es intimidante. Por muy alto que sea Oak, los trols le sacan al menos una cabeza. La mayoría supera con creces los dos metros, con cuerpos verdes o del gris de la piedra en la que se convierten.

Nos recibe una mujer trol, grande y de miembros pesados, que se presenta como Gorga, la portavoz del pueblo. Lleva un hacha atada a la espalda y el pelo recogido en trenzas con broches de plata. Viste una falda de cuero, con aberturas a los lados para facilitar el movimiento.

—Estáis herido —dice al ver nuestro aspecto precario—. Y fríos. Pasad el día con nosotros y os daremos provisiones y os guiaremos a vuestro destino de forma segura al anochecer.

Parece una oferta demasiado buena para ser cierta.

Oak la mira a los ojos con total sinceridad.

—Vuestra generosidad es inagotable. Tal vez podría convencerte de que me hablases de este lugar. Y de ti.

—Tal vez —dice, complacida—. Comparte una taza de té fuerte conmigo. Te daré pan negro y miel.

Miro a Tiernan. Me dedica una media sonrisa y un movimiento de

cabeza, una invitación a disfrutar con él del despliegue de las artes cortesanas de Oak.

—Comamos algo caliente y sentémonos junto al fuego —dice y me da una palmada en el hombro—. No nos necesita.

Caminamos juntos y cojeo un poco. Unos trols jóvenes nos traen tazas de piedra, bastante pesadas para mis manos. Están llenas de un líquido caliente que parece té, pero sabe a corteza hervida. Me siento en una roca cerca de la hoguera. El calor es tal que las piedras están calientes.

Voy por la segunda taza cuando Oak se une a nosotros y trae consigo un sándwich de miel que parte en trozos para ofrecernos uno a cada uno.

—El rey trol, Hurclaw, ha salido a cortejar, según me ha dicho Gorga. Ha tenido mucho cuidado de no revelar con quién exactamente tiene la intención de casarse. Ha mostrado la misma cautela al hablar de lo que pasaría si intentáramos irnos.

—¿Somos prisioneros? —susurro.

Suspira.

—Por ahora, nos permitiremos fingir que no.

Doy un mordisco al pan negro azucarado. Luego doy dos más y prácticamente me lo meto entero en la cara.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunta Tiernan.

La sonrisa de Oak es tensa.

—El menor posible. Mantengamos los ojos bien abiertos. Mientras tanto, Wren, déjame que te vea la pierna.

—No hace falta —digo, pero me ignora y remanga el bajo de mis pantalones. Hay sangre, pero no es grave. No impide que pida vendas y agua caliente.

Desde que me marché del mundo de los mortales, nadie ha curado mis heridas más que yo. La delicadeza del tacto me provoca demasiadas sensaciones y tengo que volver la cara para que no se dé cuenta.

Un viejo trol llega con un cubo de madera lleno de agua, que salpica por el borde cuando se mueve. Tiene un parche en un ojo y el

pelo blanco recogido en dos largas trenzas a cada lado de la cabeza. En las orejas luce media docena de aros de oro.

—Déjame que lo lleve —dice Oak y se levanta.

El trol resopla.

—¿Tú? Eres tan pequeño como para bañarte dentro, como un bebé.

—Aun así —dice el príncipe.

El viejo trol se encoge de hombros y deja el cubo en el suelo mientras le indica a Oak que lo intente. Lo levanta y el anciano se sorprende.

—Ponlo en el fuego para que se caliente —le indica al príncipe—. Es para la dama.

Oak lo coloca en el gancho del trípode de metal que pende sobre las llamas.

El anciano se sienta a ver cómo hierve y le entrega un rollo de vendas que saca de la bolsa.

Oak se arrodilla junto a mis pies. Ha mojado una de las vendas en el agua y la usa para limpiar la sangre y el corte. Sus dedos están cálidos mientras me envuelve y trato de concentrarme en cualquier cosa que no sea la sensación de sus manos en la piel.

—Me preocupaba que te hubieran envenenado en el bosque.

Un niño trol viene a sentarse junto a Oak, lo que me evita tener que responder. Le hace una pregunta con timidez y luego otra. Un segundo niño se acerca con más preguntas. Oak se ríe mientras los niños comparan las puntas de sus orejas con las suyas, le tocan los pequeños cuernos que le salen de la frente y la suave queratina de sus pezuñas.

—Abuelo —dice uno con una vocecita aguda e infantil que contrasta con su tamaño—. ¿Le vas a contar un cuento al príncipe?

Estaba casi segura de que sabían quién era Oak, pero la confirmación no me calma los nervios.

—¿Quieres un cuento para pasar el tiempo, principito? —pregunta el viejo trol.

—Me encantan los cuentos.

—Tal vez la historia de los reyes atrapados en piedra —digo—. Y de la maldición.

El anciano me mira, entrecierra los ojos y luego se vuelve hacia el príncipe.

—¿Es eso lo que quieres?

Asiente. Las risitas de los niños han cesado y me preocupa haber roto algún tabú al preguntar.

Sin embargo, comienza sin vacilar.

—Hay dos versiones de la historia. En la primera, los reyes son unos tontos. Es la historia que aparecía en las canciones que cantábamos y en las obras de teatro que representábamos cuando yo era joven y dado a la risa. Cuando salir del bosque durante más de un puñado de días no parecía tener importancia.

»Se suponía que eran hermanos, estos reyes trol. Compartieron el poder y las riquezas de forma pacífica durante muchos años. Engalanados del oro extraído de las profundidades de la tierra, tenían todo lo que querían. Hasta que conocieron a un muchacho mortal, un cabrero, de extremidades ágiles y con un rostro que parecía tallado en mármol. Tan atractivo que los dos reyes trol lo desearon más que nadie más.

»No era muy avispado, pero el hermoso cabrero tenía una madre sabia que le dijo que, si elegía a uno de los hermanos, el otro seguramente lo preferiría muerto antes que ver a su hermano conseguir lo que él deseaba. Si el cabrero quería vivir, tenía que asegurarse de no elegir nunca.

»Y así, el chico y su madre idearon un ingenioso plan. Ofreció su amor al rey trol que pudiera lanzar la roca más grande. Primero uno y luego el otro lanzaron rocas cada vez más grandes hasta que se agotaron y nadie sabía quién había ganado.

»Entonces el cabrero les dijo que el que venciera al otro en una pelea cuerpo a cuerpo tendría su corazón. Y así los hermanos lucharon durante toda la noche. Cuando salió el sol, ambos se convirtieron en piedra y el cabrero fue libre de entregar su amor a quien quisiera.

Me imagino lo divertida que tiene que ser la obra de teatro y

cuánto debe molestar a los reyes malditos si lo saben.

—¿Cuál es la versión seria?

El viejo trol se aclara la garganta y un brillo de orgullo en su rostro deja claro que, por mucho que se haya reído de la primera historia en su juventud, esta es la versión del cuento que prefiere.

—Es similar en muchos aspectos. Sigue tratando de dos reyes trol, pero en este caso nunca fueron hermanos. Siempre han sido enemigos, enfrentados en una guerra que duró muchas décadas. Después de una matanza interminable en ambos bandos, decidieron que se apostarían la guerra en una contienda entre ambos. Así que se encontraron en el campo de batalla y se lanzaron el uno contra el otro. Chocaron una y otra vez, tan igualados que en cuanto uno recibía un buen golpe, el otro recibía el siguiente. A medida que se acercaba la mañana, los dos bandos les pedían a gritos que abandonaran la lucha. Pero ambos sabían que, si detenían el combate, el otro vencería. De modo que aguantaron hasta el final y se convirtieron en piedra, encerrados en el abrazo de la batalla.

»Existe otra versión más. Se dice que antes de declararse la guerra, habían sido amantes, y que su pasión se había convertido en odio, hasta que el deseo de superar y poseer al otro lo consumió todo.

Me sonríe con los dientes torcidos.

Miro a Tiernan. Observa el fuego como si pensara en su propio amante, ahora su enemigo.

—Eres un buen cuentacuentos —dice Oak.

—Soy el cuentacuentos —dice el viejo trol, como si los elogios del príncipe fueran inadecuados. Tras esto, se levanta y se marcha, y la mayoría de los niños se van con él.

—Este bosque está maldito —susurro a Oak.

Frunce el ceño, probablemente pensando que lo digo con el mismo sentido vago que todos los demás cuando se refieren al Bosque de Piedra.

Tiernan se pone de pie y se marcha. La historia parece haberle molestado.

Me apresuro a hablar y las palabras se tropiezan entre sí en mi

apuro por sacarlas.

—A eso se refería el trol con que «salir del bosque durante más de un puñado de días no parecía tener importancia». Porque hay algo que los retiene aquí.

—Entonces, ¿dónde está Hurclaw? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Solo sé que, si no está en el bosque, debe de haber encontrado una manera de evitar las consecuencias, al menos de forma temporal. Pero creo que por eso quiere despertar a los viejos reyes. No porque esté loco. Porque es la única manera de acabar con la maldición.

Tiernan regresa con pan y una sopa de cebada y cebollas. Unos cuantos trols desuellan los cuerpos de unos renos y huelo la cocción de la carne recién troceada. La música empieza a sonar, una melodía bulliciosa.

En el aire se respira una alegría que no estaba antes, el filo desenfrenado del jolgorio. Las sonrisas de los trols que miran en nuestra dirección tienen un punto mordaz.

—Nos han ofrecido pasar la noche en la casa de la portavoz —dice Oak sin levantar la voz.

—Parece amable —digo.

—Es una forma de decirlo —responde.

Tiernan come un poco de carne de reno y mastica el hueso.

—Escaparemos al amanecer —dice en voz baja—. Cuando no podrán seguirnos sin convertirse en piedra.

Nos interrumpe una atractiva mujer trol que se acerca al príncipe, se ríe de lo pequeño que es y se ofrece a trenzarle el pelo. Aunque no lo lleva muy largo, él se lo permite mientras me sonríe.

Recuerdo sus manos en mi pelo, peinando los enredos y trenzándolo, y siento un escalofrío en la nuca.

Justo antes del amanecer, llega la portavoz.

—Portavoz Gorga —dice Oak y se levanta. Tiene tres pequeñas trenzas en la espalda, una se está deshaciendo.

—Permitidme llevaros a mi casa, donde podréis descansar —dice —. Al anochecer, os conduciremos a salvo por la nieve hasta vuestro

destino.

—Qué generoso —dice Oak.

Tiernan mira alrededor mientras cruzamos el pueblo, atento a cualquier oportunidad.

Cuando llegamos a la casa, nos abre la puerta y nos invita a entrar. Una estufa de barro ventila el humo por el techo superior y da al lugar un calor acogedor. Hay una pila de troncos junto al fuego y Gorga añade más, de modo que las brasas empiezan a arder.

Luego nos indica que nos acerquemos a una cama cubierta de pieles de todo tipo cosidas entre sí. Tendré que saltar para subirme.

—Esta noche podéis dormir en mi cama.

—Eso es demasiado generoso —dice Oak.

—No es nada. —Saca una botella con tapón y vierte el contenido en cuatro tacitas—. Compartamos un trago antes de descansar.

Levanta su taza y se la bebe entera.

Tomo la mía. El aroma a hierbas, casi a regaliz, me azota los sentidos. Hay sedimentos en el fondo. Pienso en mis temores la primera noche en que Oak me ofreció un té. Pienso en lo fácil que sería poner el veneno en el fondo de algunas tazas, en lugar de en la botella, para que pareciera que todos estábamos bebiendo lo mismo.

Miro al príncipe de reojo; quiero advertirle de alguna forma, pero no se me ocurre ninguna para que Gorga no se dé cuenta. Oak se bebe el té de un trago, luego me quita el mío de un tirón y se lo bebe también.

—¡No! —grito, pero es demasiado tarde.

—Delicioso —anuncia mientras se lleva también la taza de Tiernan —. Como la leche materna.

Incluso la portavoz Gorga parece alarmada. Si había medido bien las dosis, el príncipe acaba de beberse el triple de lo que había calculado.

—Perdonad mi avaricia —dice Oak.

—Mi señor —advierte Tiernan, con horror en el rostro.

—¿Te apetece otra ronda? —sugiere la portavoz Gorga, insegura, y levanta la botella medio llena.

—Claro, por qué no. Y los demás aún no lo han probado —dice el príncipe. La trol vierte más en las tazas. Cuando miro en el fondo, aún hay sedimento, pero mucho menos. El veneno, sea lo que fuere, estaba ya en los vasos. Preparado antes de que entráramos en la habitación.

Me llevo la taza a la boca y la inclino contra los dientes, pero no bebo. Me obligo a tragar visiblemente dos veces. Al otro lado de la mesa, Oak atrae la atención de Gorga con preguntas sobre las frutas encerradas en hielo, de modo que aprovecho para meter la mano bajo la mesa con disimulo y verter el líquido dentro de mi capa.

No bajo la vista, así que no estoy segura de haberme salido con la mía. Tampoco me atrevo a mirar a Tiernan para ver si ha conseguido hacer algo similar.

—¿Por qué no dejo la botella? —pregunta la portavoz Gorga y la deposita en el suelo—. Decidme si necesitáis algo más.

—¿Qué más podríamos querer? —pregunta Oak.

Con una sonrisa tensa, la trol se levanta y se va.

Por un momento, nos quedamos donde estamos. Entonces el príncipe se levanta, trastabilla y cae de rodillas. Comienza a reírse.

—Vomita —dice Tiernan y empieza a palmearle la espalda.

El príncipe consigue soltar dos arcadas en un cuenco de piedra antes de desplomarse.

—No te preocupes —dice, pero los ojos ambarinos le brillan demasiado. A pesar del frío, tiene la frente perlada de sudor—. Es mi veneno.

—¿Qué has hecho? —pregunto, con voz áspera. Dado que solo me sonríe con aire soñador, me vuelvo hacia Tiernan—. ¿Por qué lo ha hecho?

El caballero parece igual de horrorizado que yo.

—Porque está más loco que el rey trol.

Abro y cierro cajones en busca de un antídoto. No hay nada que parezca vagamente prometedor.

—¿Qué era? ¿A qué se refiere con eso de «su veneno»?

Tiernan se acerca a una de las tazas, la huele y niega con la cabeza.

—No lo sé.

—Nací con seta lepiota en las venas —dice el príncipe. Habla muy despacio, como si ya no controlase del todo la lengua—. Hace falta una gran cantidad para que me afecte de manera prolongada.

Recuerdo lo que dijo la noche en que lo envenenaron con dulcemuerte.

Qué lástima que no fuera seta lepiota.

—¿Cómo sabías lo que era? —pregunto y me arrodillo a su lado mientras pienso en que hace muy poco ha tenido otro veneno en la sangre.

—Estaba desesperado —dice—. Temía que uno de vosotros… que tú… —Se interrumpe y se le nubla la vista. Mueve un poco la boca, pero no lo suficiente como para emitir un sonido.

Observo cómo se le mueve el pecho. Es muy lento, demasiado. Le aprieto la frente húmeda con los dedos. La desesperación hace que todo se acelere y se ralentice a la vez.

El mero hecho de pensar me obliga a atravesar una niebla de pánico. *Sabe lo que hace,* me digo. *No es tonto. No se está muriendo. No está muerto*.

Tiernan mira las sombras cambiantes de la vidriera de cristales de botella del techo. Entra una luz rosada y suave que me deja ver la angustia de su rostro.

El amanecer.

Intenta abrir la puerta. No hay ninguna cerradura visible, pero no se abre. Está cerrada. Por supuesto, no hay ventanas por las que podría entrar la luz del sol y convertir a Gorga en piedra. De repente, Tiernan lanza todo su peso contra la puerta, pero la madera no se mueve.

—Es su casa, no una prisión normal, así que lo que sea que nos retiene dentro tienen que haberlo colocado con ese propósito —digo y me levanto. Pienso en las posibilidades mientras hablo y procuro no centrarme en nada más. Recuerdo la pesadez de la puerta, el grosor de la madera.

—Se abre hacia afuera. Seguramente la habrán bloqueado con

algo.

—¿Importa? —espeta Tiernan.

Frunzo el ceño.

—Supongo que no, ya que deberíamos quitar las bisagras.

Se me queda mirando un momento y suelta una risa desesperada y cargada de pánico.

—No se me va a olvidar nunca que se te haya ocurrido a ti.

Hay muchas cosas que no sé, pero sé mucho sobre el encarcelamiento.

Tiernan desmonta las bisagras con un cuchillo. Trabaja rápido, mientras yo envuelvo a Oak en una manta de lana demasiado grande. Cedo a la tentación y le retiro un mechón de pelo que le ha caído sobre un ojo. Al tocarlo, se estremece.

Lo ves, me digo. *No está muerto*.

—No vamos a llegar muy lejos si tenemos que llevarlo a cuestas —advierto, aunque debería ser evidente.

Tiernan termina de arrancar la puerta, lo que revela una enorme roca que nos bloquea el camino. Sin embargo, es más redonda que cuadrada y hay algunos huecos a los lados.

—Eres pequeña. Pasa por ahí y busca algo donde ponerlo, un carro, un trineo, lo que sea. Intentaré sacarlo —dice Tiernan.

—Seré rápida —digo y me escurro por el hueco entre la roca y la pared exterior de la casa. Subo un poco, avanzo despacio y consigo abrirme paso.

Se me hace raro encontrar la aldea trol tan tranquila bañada por la luz dorada del sol. Dado que Gorga es la portavoz del pueblo, tendría sentido que tuviera más posesiones que la mayoría, así que decido empezar la búsqueda por su casa. Me arrastro hasta la parte trasera. Hay una pequeña dependencia de piedra y arcilla cerca del borde del claro. Cuando abro la puerta, veo dentro un trineo y una cuerda.

Un trineo. Justo lo que necesitamos para llevar a Oak.

Se va a poner bien, despertará a tiempo de encontrar a su padre, Tiernan le gritará y yo…

Los pensamientos sobre lo que haré después de que se despierte se

desvanecen cuando detecto un olor a podredumbre en el aire. El frío lo apacigua, pero proviene de algo cercano. Camino más allá del trineo y me adentro en el anexo. Lo que sea que se esté descomponiendo parece estar guardado en un cofre en la parte trasera.

No está cerrado con llave y se abre con facilidad cuando levanto la tapa.

Dentro hay ropa, armaduras y otros suministros. Espadas. Flechas. Todas manchadas de sangre, ennegrecidas por el tiempo. Cosas de las víctimas que han pasado por el bosque antes. El corazón se me acelera al imaginar mis propia ropa entre ellas, junto con la brillante cota de malla dorada de Oak. Aprieto los dientes, meto la mano dentro y rebusco hasta dar con un tabardo que se parece a los que llevaban los soldados de Madoc. Es posible que perteneciera a Lihorn, cuya cabeza encontramos clavada en una estaca en la llanura nevada. También encuentro ropas que me recuerdan a las que llevaban los huldu que servían a lady Nore, algunas salpicadas de sangre.

El corazón se me acelera ante la certeza de lo que les ocurrió a otros viajeros. Amontono unas cuantas prendas en el trineo y lo llevo todo de vuelta a la casa. Tiernan está de pie en la nieve, con Oak apoyado en él como si se hubiera desmayado tras excederse con el vino.

—Tenemos que irnos —susurro.

Usamos la ropa como acolchado y lo atamos al trineo. Tiernan lo arrastra detrás de nosotros mientras salimos a hurtadillas del campamento trol, haciendo el menor ruido del que somos capaces.

A medida que nos acercamos a la línea de los árboles, siento que la maldición intenta desviarme por el camino equivocado, de obligar a mis pasos a regresar al corazón del bosque. Pero ahora que soy consciente de ella, a la magia le cuesta más confundirme. Me adelanto a Tiernan para que me siga. A cada paso siento que me enfrento a una niebla espesa, hasta que por fin alcanzamos el límite del bosque.

Miro detrás de mí y veo a Tiernan dudar, confundido.

—¿Estamos…?

Detrás de él, en el trineo, el cuerpo de Oak se retuerce contra las ataduras.

—Es por aquí.

Alcanzo la mano enguantada de Tiernan y me obligo a tirar de él, aunque siento las piernas de plomo. Doy otro paso. Otro más. Cuando llegamos a la extensión de nieve, respiro con más facilidad. Suelto la mano de Tiernan y me acuclillo mientras tomo aire.

En el trineo, Oak ha vuelto a quedarse quieto.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta y se estremece. Vuelve a mirar al bosque y luego a mí, como si no recordara bien los últimos minutos.

—La maldición —digo—. Cuanto más lejos estemos del bosque, mejor. Vamos.

Nos ponemos en marcha de nuevo. Caminamos a lo largo de la mañana y el sol se refleja en la nieve.

Al cabo de una hora, Oak empieza a murmurar para sí. Nos detenemos para ver cómo está, pero parece desorientado.

—Mi hermana cree que es la única que puede tomar veneno, pero yo soy veneno —susurra, con los ojos entrecerrados. Habla consigo mismo—. Veneno en mi sangre. Enveneno todo lo que toco.

Es muy extraño oírle decir algo así. Todo el mundo lo adora.

Sin embargo, recuerdo cómo huyó a los trece años, convencido de que muchas cosas eran culpa de él.

Frunzo el ceño mientras avanzamos; trozos de hielo se me pegan al pelo y a la lengua.

—Eres fuerte, ¿lo sabías? —dice Tiernan y su aliento forma una nube en el aire—. Y astuta.

Quizá sea su forma de agradecerme que le haya guiado fuera del bosque.

—¿No soy un animal rabioso, indigno de acompañaros en esta misión? —espeto, aún resentida por haberme atado el tobillo a la cama del motel.

No se defiende.

—Tampoco eres un espanto. Por si te preguntas lo que pienso, aunque estoy bastante seguro de que no lo haces.

—¿Por qué me dices todo esto? —pregunto, en voz baja. Vuelvo a mirar a Oak, pero está observando el cielo y se ríe solo—. Es imposible que te importe mi aspecto.

—Me habló de ti —dice Tiernan.

Ahora sí que me siento como un animal al que han acorralado en su guarida. Temo y deseo a la vez que siga hablando.

—¿Qué te dijo?

—Que no te gustaba. —Me lanza una mirada evaluadora—. Creía que os habríais peleado cuando erais jóvenes. Pero me parece que sí te gusta. Solo que no quieres que lo sepa.

La verdad duele. Aprieto los dientes afilados.

—El príncipe es un adulador. Un zalamero. Y un liante —explica Tiernan, algo totalmente innecesario—. Hace que cueste creerle cuando tiene algo sincero que decir. Pero nadie me acusaría a mí de ser un adulador y él…

Se traga el resto porque, en la distancia, la Ciudadela de la Aguja de Hielo surge de entre la nieve.

Una de las torres ha caído. El castillo de hielo nebuloso, como un enorme trozo de cuarzo, estaba antes lleno de agujas y puntas, pero muchas se han agrietado y astillado. Los carámbanos dentados que antes servían de adornos han crecido hasta convertirse en estructuras elefantiásicas que cubren algunas de las ventanas y caen en cascada por los lados. Se me corta la respiración. He visto este lugar tantas veces en mis pesadillas que, incluso medio derruido, me siento como si hubiera caído en otro sueño horrible.

14

Los rayos de sol golpean la nieve y derriten una capa de hielo que se congela y vuelve a formarse cada día. Al dar un paso, siento que la capa se rompe y una grieta se extiende desde mis pies.

Esta vez, no me caigo. Sin embargo, bajo ese brillo reflectante y reluciente, es difícil esconderse.

Durante la caminata hacia la Ciudadela, Oak se desató y se bajó a rastras del trineo. Declaró que ya se sentía bastante bien y luego demostró que su definición de «bastante bien» distaba mucho de la de «bien», ya que no ha dejado de tambalearse como si estuviera borracho.

Titch nos encontró de nuevo, bajó en picado y se posó en el hombro de Tiernan. El caballero mandó al gnomo a explorar.

—Vamos a parar aquí —dice, y Oak se desploma agradecido en la nieve—. Wren ha sugerido que nos cambiásemos de ropa.

—Aprecio que quieras que tengamos el mejor aspecto posible —dice el príncipe.

A estas alturas, estoy acostumbrada a Oak y no pienso ni por un momento que no entiende el plan. Saco los uniformes que le robé a Gorga. Para mí, con mi piel azulada, selecciono el vestido de una sirvienta del castillo. Los huldu, como lady Nore, tienen la piel y la cola grises. Mi tono no es del todo correcto y no tengo cola, pero las largas faldas ocultarán su ausencia.

Me enrollo la brida a la cintura con una tira de tela y la ato por

debajo del vestido como una faja. Me guardo el cuchillo en el bolsillo.

Me cambio deprisa. Oak hace lo mismo y se estremece al ponerse unos pantalones de lana ásperos sobre los de lino liso. Le cubren lo suficiente como para que las pezuñas parezcan botas cuando están medio cubiertas de nieve. Tiernan tiembla sin parar mientras se pone el nuevo uniforme.

—Aún es probable que te identifiquen si alguien te ve de cerca —advierto a Oak.

Después de todo, es el príncipe, con unas pezuñas no muy diferentes a las del antiguo príncipe Dain.

—Por eso debería entrar yo —dice Tiernan en lo que me parece la millonésima vez.

—Tonterías. Si me atrapan, no pondrán inmediatamente mi cabeza en una pica —responde Oak.

Es probable que tenga razón. Aun así.

—Sí, pero hay probabilidades de que te atrapen —digo.

—Deberías ponerte de mi parte —dice y finge estar dolido—. Me han envenenado.

—Otra buena razón para que vaya yo —replica Tiernan.

—Qué pragmático —dice Oak, como si fuera un insulto.

Nos acercamos tanto como nos atrevemos y ahuecamos la nieve de una caverna para esperar allí hasta el anochecer. Oak y Tiernan se pegan las manos y los pies al cuerpo, pero los labios del príncipe siguen de un color azulado.

Me quito la capa que llevo puesta y se la paso. Niega con la cabeza.

—Quédatela. Te vas a congelar.

Se la tiendo.

—Nunca tengo frío.

Me mira con extrañeza, quizá pensando en mí tumbada con él junto al fuego, pero debe de estar demasiado helado para protestar.

Mientras repasan el plan una vez más, empiezo a creer que es posible. Entramos, robamos los restos de Mab y nos marchamos con el general. Si algo sale mal, tenemos el corazón de ciervo en el relicario,

pero el farol de Oak me parece demasiado arriesgado, así que espero que no tengamos que depender de él. En vez de eso, me concentro en recordar que aún tengo el poder de dominar a lady Nore.

Sin embargo, mientras nos acercamos a la Ciudadela, me es imposible no recordar la vez que me perdí en la nieve, llorando mientras las lágrimas se me congelaban en las mejillas. El mero hecho de estar aquí hace que vuelva a sentirme como esa niña monstruosa, sin amor e imposible de querer.

Al caer la noche, Tiernan sale de la improvisada morada.

—Si vas a entrar, al menos deja que me adelante y me asegure de que todo esté como esperamos.

—No es necesario que… —comienza Oak, pero Tiernan lo corta con una mirada.

—Wren debería quedarse atrás con el corazón —dice—. Si no planeas enfrentarte a lady Nore, entonces no importa si puede dominarla y no te serviría de nada en una pelea.

—Podría servir para evitar una —recuerdo.

Oak no parece convencido por el argumento de Tiernan.

—Si está dispuesta a venir, vendrá.

Tiernan levanta las manos y se aleja por la nieve, evidentemente enfadado con los dos.

—Creo que podría necesitarte dentro de la Ciudadela —dice Oak —. Aunque me gustaría que no fuera así.

Me alegro de que me quiera con él, aunque no soy caballero ni espía.

—Quizá podríamos ir los tres —aventuro.

—Tiernan tiene que quedarse aquí, por si nos atrapan —dice Oak —. Se quedará con el corazón y negociará nuestra liberación con él.

Un momento después, Tiernan vuelve a meter la cabeza en el interior, con el gnomo con cara de búho en el hombro.

—Podéis escalar por el lateral hasta la entrada de los pájaros. Titch ha observado los turnos de patrulla y son descuidados. Cuesta saber cuándo van a pasar, pero se abre una oportunidad cuando llegan.

Oak asiente y se levanta.

—De acuerdo, entonces —dice—. No hay momento como el presente.

—Una cosa más —dice Tiernan—. Hay trols en los campos de batalla, también esas criaturas de palo y algunos soldados halcón.

—Pero creía que los trols estaban atrapados… —empiezo, pero me callo, porque hay muchas posibilidades. Podrían no proceder del Bosque de Piedra y, por tanto, no están sujetos a su maldición. Sin embargo, cuando pienso en los montones de ropa y en las cabezas en las picas, me pregunto si lo que presenciamos serían restos de sacrificios destinados a apaciguar a los antiguos reyes trols para que permitieran alejarse del bosque.

Mi sangre ha sido derramada por la gloria de los Reyes de Piedra, que gobiernan desde debajo del mundo, pero mi cuerpo pertenece a la Reina de las Nieves.

Tras ese inquietante pensamiento, sigo a Tiernan y a Oak fuera del túnel de nieve y salimos al aire gélido.

Nos mantenemos lo más cerca del suelo que podemos. En la oscuridad, es más fácil acercarse a la Ciudadela sin llamar mucho la atención. Al menos, hasta que vemos una gran y horrible criatura en forma de araña de hielo y piedra, carne y ramas, que atraviesa la noche.

Se oye un grito desgarrador y veo que la araña tiene una mujer huldu entre las pinzas. Están demasiado lejos para que podamos ayudarla. Un momento después, los gritos cesan y la araña comienza a alimentarse.

—Si esa cosa come —dice Oak—, entonces está viva de verdad. No es una de las creaciones ornamentales de Grimsen con alas que se mueven como un reloj. No es como la cabeza de la pica, que repite el mismo mensaje una y otra vez. Tiene hambre y sed, siente deseos.

Como yo.

No quiero estar aquí. Odio este lugar. Odio todo lo que es y todo lo que podría enseñarme sobre mí misma.

Unos enormes braseros arden a ambos lados de la puerta de la Ciudadela. Esperamos en la nieve hasta que vemos movimiento en las

almenas.

Tiernan agita un cuchillo en la mano.

—Provocaré una distracción en la plaza mientras subís por el muro.

Es mi última oportunidad para dar la vuelta y evitar regresar al lugar de mis pesadillas. Solo tengo que decirle a Oak que he cambiado de opinión. Tiernan estaría encantado.

Pienso en las palabras de Bogdana en el bosque. *El príncipe es tu enemigo*.

Pienso en el aliento de Oak en el cuello, en sus ojos de zorro con las pupilas dilatadas y negras. Pienso en lo desesperado que debe de estar, para venir hasta aquí por su padre, tragar veneno y arriesgar la vida en un plan incierto.

Pienso en la brida que me rodea la cintura, la que intenté robar. La que me dio para que la guardara.

Tengo que confiar en él. Sin mí, nadie podrá dominar a lady Nore.

—Deberíamos ir directamente a las prisiones —dice Oak—. Encontrar a Madoc y seguir desde ahí.

—Mejor, no —digo—. No sabemos si estará herido y nos moveremos más rápido sin él. Si conseguimos el relicario, entonces lo liberaremos y lo trasladaremos directamente al trineo.

Oak duda. En su rostro se refleja el conflicto entre conseguir lo que ha venido a buscar y conseguirlo todo.

—De acuerdo —dice por fin.

—Si no estáis de vuelta al amanecer —dice Tiernan—, sabéis a dónde iré con el relicario. —Luego de eso, se dirige a través de la nieve.

—¿Qué clase de distracción pretende crear? —le pregunto a Oak, e intento caminar con la cabeza gacha, como si fuera una sirvienta que pertenece a la Ciudadela y que vuelve de cumplir un recado aburrido, quizá de recoger moras. Intento comportarme como si Oak fuera un soldado que me acompaña al interior.

—Mejor no preguntar —dice el príncipe con una ligera sonrisa.

De cerca, el exterior de la Ciudadela no es un único trozo de hielo

translúcido, sino que está compuesta por bloques que se han fundido con mucho cuidado. Oak mete la mano en la mochila y reconozco el garfio y la cuerda que compró en el Mercado de Undry.

Mira las agujas, buscando la correcta.

—Ahí —susurro y señalo hacia arriba.

La entrada, tres pisos por encima de nosotros, no es visible cuando estás debajo. Parece un arco, igual que los demás que la rodean.

—¿Lista? —me pregunta.

No lo estoy. Cuando pienso en lady Nore, la cabeza empieza a darme vueltas y se me entremezclan los pensamientos. Asiento en respuesta, porque no confío en lo que diré cuando no tengo la capacidad de decir nada más que la verdad.

Oak lanza el gancho. Fabricado para el hielo, el borde afilado se clava con firmeza.

—Si caigo, promete que no te reirás. Todavía estoy un poco envenenado.

Pienso en Tiernan y en lo exasperado que se sentiría si escuchara esas palabras. Me pregunto cuánto significa exactamente «un poco».

—Tal vez debería ir yo primero.

—Tonterías —dice—. Si no fueras detrás de mí, ¿quién frenaría mi caída?

Entonces se agarra a la cuerda, apuntala los pies en el lateral de la Ciudadela y procede a subir por la pared.

Pongo los ojos en blanco, agarro la cuerda y lo sigo mucho más despacio.

Nos detenemos en la cima de la torre. Oak enrolla la cuerda y suelta el gancho, mientras miro hacia abajo, hacia la cámara al otro lado de la abertura. Se escucha una música lejana. Debe de venir del gran salón, donde están los tronos y donde antes se tocaban instrumentos encordados con tripas secas de mortales o con trozos de sus huesos para el deleite de la Corte de los Dientes. Sin embargo esto suena más como un músico solitario, no como la compañía habitual.

Cuando miro hacia abajo, un sirviente pasa corriendo con una bandeja llena de copas vacías que repiquetean. Por suerte, no levanta

la vista.

Me llevo la mano al corazón y agradezco que no estuviéramos descendiendo en ese momento.

—Ahora vas tú primero —dice Oak y hunde el gancho en el hielo de nuevo—. Yo te cubriré.

Creo que lo que quiere decir es que, si alguien me descubre, da igual si es un sirviente o un guardia, lo va a matar.

—Tu familia te ha enseñado muchas cosas —digo. La prestidigitación, escalar muros, la esgrima.

—A no morir —dice—. Eso es lo que intentaron enseñarme, de todas las maneras posibles. Cómo no morir.

Teniendo en cuenta la frecuencia con la que se lanza de cabeza al peligro, no creo que le hayan enseñado lo suficiente.

—¿Cuántas veces alguien ha intentado asesinarte?

Se encoge de hombros, con la atención puesta en lo que ocurre abajo.

—Cuesta saberlo, pero calculo que ha habido unas cuantas decenas de intentos desde que mi hermana llegó al poder.

Serían más de dos veces al año por cada año desde que lo conozco.

Y la cicatriz del cuello sugiere que alguien estuvo muy cerca.

Lo recuerdo en el bosque a los trece años, deseando huir. Enfadado y asustado. Lo recuerdo tumbado en el trineo esta mañana.

«Enveneno todo lo que toco».

Cada vez que siento que lo conozco, descubro que hay otro Oak oculto debajo.

Desciendo por la cuerda y me dejo caer cuando estoy ya lo bastante cerca del suelo como para no hacerme daño. Mis pies provocan un ruido seco cuando llego abajo y la familiaridad que siento me produce náuseas. No llegué a pasar ni dos años aquí y, sin embargo, el mero olor del aire me da ganas de vomitar.

Un enorme candelabro de hueso cuelga en el centro de la sala; la cera de las velas gotea y está tan caliente que provoca hendiduras en el suelo.

Mientras que el exterior de la Ciudadela está formado por

gigantescas losas de hielo transparente y brillante, algunas de las paredes interiores destacan por tener cosas congeladas dentro del hielo, lo que da como resultado algo parecido a un papel pintado. Piedras suspendidas en una especie de caída eterna. Huesos, limpiados y utilizados aquí y allá para formar esculturas. Rosas, cuyos pétalos se conservan para siempre en flor. En las paredes de esta sala hay dos hadas congeladas, conservadas para que nunca se conviertan en musgo y piedra, como el resto de los feéricos. Dos mujeres, vestidas con galas y coronas en la cabeza.

El Salón de las Reinas.

Antes no sabía que, si no hubiera sido por mí, lady Nore había estado a punto de unirse a sus filas. Un horror más que se suma a todos los demás.

Vuelvo a sentirme como una niña, cuando el tiempo se dilataba a mi alrededor. Cada hora y cada día se hacían interminables y se retorcían sobre sí mismos. Recordaba los espacios distorsionados, los pasillos más cortos, los techos menos altos.

Aún tengo unos bultos en las muñecas donde lord Jarel me perforó la piel para atravesar las finas cadenas de plata que me ataban. Si me toco las mejillas, aún siento, justo debajo del hueso del pómulo, las marcas de las cicatrices.

No me doy cuenta de cuánto tiempo me he quedado embobada hasta que Oak aterriza a mi lado; el ruido de sus cascos es más fuerte que el de mis pies calzados. Observa la habitación y a mí.

—¿Sabes por dónde ir? —pregunta.

Asiento y me pongo en marcha.

Uno de los peligros de la Ciudadela es que la transparencia del hielo varía en toda su extensión, por lo que hay lugares en los que el movimiento es perfectamente visible entre las habitaciones, o incluso a través del suelo y del techo. Podríamos estar semiexpuestos en todo momento, de modo que no debemos agacharnos ni intentar escondernos. Debemos movernos de manera que nuestros tenues contornos no nos delaten.

Conduzco al príncipe por un pasillo y luego por otro. Pasamos ante

una fina ventana de hielo que da al patio interior y miro a través. Oak me hace retroceder hacia las sombras y, tras un instante, me doy cuenta de por qué.

Lady Nore está fuera, frente a varias esculturas de palos y nieve. Una fila de diez, algunas con forma de hombre, otras de bestia y otras de criaturas que no son ninguna de las dos cosas. Tienen las bocas llenas de dientes afilados y dentados como carámbanos. Tienen piedras en lugar de ojos y los de algunas están clavados en cuencas de carne. Veo otras cosas horribles: un pie, dedos, mechones de pelo.

De una bolsa, lady Nore saca un fino cuchillo en forma de medialuna. Se hace un corte en la palma. A continuación, extrae una pizca de huesos triturados de una bolsa que lleva a la cintura y se la unta en la mano abierta y ensangrentada. Una a una, se acerca a las esculturas de nieve y les mete en la boca los trozos de hueso, brillantes por la humedad.

Una por una, despiertan.

Son como yo. Sean lo que fueren, son como yo.

Sin embargo, estas criaturas parecen marionetas vivas y poco más. Permanecen en una fila impecable hasta que ella les ordena entrar y obedecen al instante, como si nunca hubieran tenido otro pensamiento. Pero no comprendo por qué, si la magia de los huesos de Mab es lo que da vida a estas criaturas, no son conscientes como lo soy yo.

Aunque esté hecha de nieve, palos y sangre, hay algo diferente que me permite comportarme como una hija desobediente, mientras que estas criaturas no parecen tomar ninguna decisión por sí mismas.

Entonces recuerdo a la araña que cazó a la sirvienta y ya no sé qué pensar.

Un ruido de pasos es nuestro único aviso antes de que dos guardias doblen la esquina.

Oak me pone las manos en los hombros y me empuja contra la pared.

—Finge conmigo —susurra. Y luego presiona la boca contra la mía.

Un soldado que besa a una chica de servicio. Un exhalcón aburrido que busca divertirse un poco. Oak oculta nuestras caras y nos da una razón para que no nos presten atención. Lo entiendo.

No es una declaración de deseo. Sin embargo, me quedo clavada en el sitio por el calor de su boca, la suavidad de sus labios y la forma en que con una mano se apoya en la pared de hielo para sujetarse y con la otra me recorre la cintura y después busca la empuñadura del cuchillo cuando se acercan.

No es por mí. Nada de esto tiene que ver conmigo. Lo repito una y otra vez mientras dejo que me separe los labios con la lengua. Le recorro la espalda con las manos por debajo de la camisa y dejo que mis uñas le arañen la piel.

Me han instruido en todas las artes cortesanas. Bailar y batirse en duelo, besar y engañar.

Aun así, me siento satisfecha cuando se estremece, cuando la mano con la que se apoyaba en la pared se enreda en mi pelo y me ahueca la nuca. Deslizo la boca por su mandíbula hasta su garganta, y luego por el hombro, donde clavo las puntas de los dientes. Se pone rígido y aprieta más los dedos para acercarme a él. Cuando muerdo, jadea.

—Tú —dice uno de los soldados, un trol—. Ve a tu puesto. Si la señora se entera…

Cuando Oak se aparta, tiene los labios enrojecidos. Sus ojos parecen negros bajo las pestañas doradas. Tiene las marcas de mis dientes en el hombro. Se gira y clava el cuchillo en el estómago del trol. Cae sin hacer ruido mientras el príncipe se da la vuelta para cortarle la garganta al otro.

La sangre caliente salpica el hielo. Donde cae, sale vapor y se forma una constelación de manchas oscuras.

—¿Hay alguna habitación cerca? —pregunta Oak con un leve temblor en la voz—. Para dejar los cuerpos.

Lo miro como una tonta durante unos segundos. Estoy aturdida por el beso, por la rapidez de la violencia. Aún no me he acostumbrado a la capacidad de Oak de matar sin vacilar, para luego mostrarse arrepentido, como si hubiera hecho algo de mal gusto.

Como si hubiera tomado una botella de buen vino, tal vez. Como si se hubiera puesto unos pantalones que no le combinan con la camisa.

Aunque no negaré que me alegra que los haya matado deprisa y sin hacer ruido.

Lo conduzco por el vestíbulo hasta una pequeña y extraña cámara donde se guardan suministros de limpieza y provisiones para cubrir las necesidades de la nobleza en esta parte del castillo.

En el interior, el cadáver congelado de un alce cuelga en una esquina, con trozos de carne cortados. En la pared opuesta, hay estantes de madera repletos de manteles, tazas, vasos y bandejas, así como hierbas secas que cuelgan en manojos. En el suelo hay dos barriles de vino, uno abierto con un cucharón apoyado en el borde.

Oak arrastra a los guardias dentro. Le quito la capa a uno y saco un mantel de las estanterías para volver a limpiar la sangre.

Mientras lo hago, compruebo si hay partes translúcidas en el hielo por las que alguien podría haber presenciado lo ocurrido. De haberlo hecho, habría parecido un violento espectáculo de sombras, algo no del todo inusual en la Ciudadela. Aun así, si alguien nos estuviera buscando, podría ser un problema.

No veo nada que nos delate, así que vuelvo a guardar la tela sucia en la habitación. Oak ha dejado los cuerpos en un rincón y los ha cubierto con una tela.

—¿Estoy manchado de sangre? —pregunta y se toca la parte delantera de la camisa de lana.

No salpicó mucho y, aunque le alcanzó la ropa, es casi invisible en la tela oscura. Tiene un poco en el pelo y se lo limpio. Le froto la mejilla y justo por encima de la comisura de la boca.

Me dedica una sonrisa de culpabilidad, como si esperase que le echara en cara el beso o los asesinatos. No sé cuál.

—Ya casi hemos llegado a las escaleras —digo.

En el rellano, vemos a otros dos guardias en el extremo opuesto de un largo pasillo. Están demasiado lejos para vernos las caras y espero que demasiado lejos para fijarse en si nuestros trajes son reales. Mantengo la vista al frente. Oak saluda con la cabeza a uno de ellos y

el guardia le devuelve el saludo.

—Descarado —murmuro en voz baja y el príncipe sonríe. Me tiemblan las manos.

Pasamos por la biblioteca y la sala de guerra, y luego subimos otro tramo de escaleras. Ascienden en espiral durante dos pisos hasta llegar a los aposentos de lady Nore, en lo más alto de la torre más a la izquierda.

La puerta es alta y termina en punta. Está hecha de un metal negro, helado por el frío. El picaporte es una pezuña de ciervo.

Estiro los dedos y lo giro. La puerta se abre.

Los aposentos de lady Nore son completamente nuevos y la habitación está bañada en rojo. Tardo unos segundos en darme cuenta de dónde viene el color. Vísceras. Los cuerpos desollados y abiertos de sus víctimas expuestos alrededor, congelados en las paredes para que la luz se filtre a través de ellos y le conceda a la habitación ese extraño tinte rojizo.

Oak también contempla el horrible espacio con los ojos muy abiertos.

—Un relicario lleno de huesos no se verá fuera de lugar entre todo este arte grotesco.

Le dirijo una mirada agradecida. Sí. Cierto. Solo tenemos que encontrar los restos de Mab. Después escaparemos con su padre. Y tal vez ya no me sentiré atrapada por la Ciudadela, dejaré de estar congelada en el pasado, como uno de los cuerpos en la pared.

Hay una gran cama en el centro, con el cabecero y los pies de ónice tallado con formas afiladas que parecen lanzas. Sobre los cojines descansa una colcha de armiño. Un brasero arde en una esquina de la habitación y calienta el aire.

Enfrente cuelga un espejo con un marco negro en forma de serpientes entrelazadas. Debajo, hay un tocador, con joyas y horquillas esparcidas por la superficie. En los cajones encuentro un tintero y un peine de oro.

Espero que todo esté perfectamente ordenado, como lo estaba en los recuerdos de mi infancia, pero cuando me acerco al enorme

armario de lady Nore, construido en madera de ébano y con incrustaciones de dientes de distintas bestias y seres, varios de sus vestidos yacen en el suelo. Son espléndidos, de color escarlata y plata brillante, con gotas que parecen lágrimas congeladas. Hay vestidos enteros de plumas negras de cisne. Pero cuanto más me fijo, más noto las manchas y los desgarros. Son tan viejos como las torres rotas del castillo.

El desorden me hace suponer que lady Nore se arregló deprisa y sin la ayuda de sirvientes. La desesperación que desprende la escena contradice el vasto poder que alberga.

Oak me pone una mano en el brazo. Me sobresalto.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Cuando me llevaron por primera vez del mundo de los mortales a la Corte de los Dientes, lord Jarel y lady Nore intentaron portarse bien conmigo. Me dieron buena comida y me vistieron con atuendos elegantes, me dijeron que era su princesa y que sería una reina hermosa y amada —digo; las palabras se me escapan de los labios antes de pensar siquiera en refrenarlas. Sigo rebuscando en el armario para no tener que verle la cara mientras hablo—. Lloraba sin parar. Durante una semana, lloré y lloré hasta que ya no lo aguantaron más.

Oak guarda silencio. Aunque me conoció de niña, nunca me vio así, no conoció a la chica que aún creía que el mundo era bueno.

Aunque sus hermanas también fueron robadas. Tal vez ellas también lloraban.

—Lord Jarel y lady Nore ordenaron a los sirvientes que me encantaran para que durmiera, y lo hicieron. Pero nunca duraba. Seguía llorando.

Asiente, solo un poco, como si un movimiento mayor fuera a romper el hechizo de mis palabras.

—Lord Jarel me trajo un hermoso plato de cristal en el que había hielo aromatizado. Cuando di un mordisco, el sabor fue indescriptible. Era como comer sueños.

»Lo comerás todos los días si dejas de llorar, me dijo. Pero no podía parar.

»Entonces me trajo un collar de diamantes, tan frío y hermoso como el hielo. Cuando me lo puse, los ojos y el pelo me brillaron y mi piel resplandeció como si le hubieran echado purpurina. Me veía hermosa. Pero cuando me dijo que dejara de llorar, no pude.

»Entonces se enfadó y me dijo que, si no paraba, convertiría mis lágrimas en cristales que me cortarían las mejillas. Y eso hizo.

»Pero lloré hasta que ya no se distinguían las lágrimas de la sangre. Después, empecé a aprender a romper sus maldiciones. No les gustó.

»Después me dijeron que me dejarían volver a ver a los humanos, así los llamaban, al cabo de un año, de visita, pero solo si me portaba bien.

»Lo intenté. Me tragué las lágrimas. En la pared junto a mi cama, empecé a marcar los días en el hielo.

»Una noche volví a mi habitación y descubrí que los arañazos no eran como los recordaba. Estaba segura de que habían pasado cinco meses, pero las marcas daban a entender que solo habían sido algo más de tres.

»Ahí comprendí que nunca volvería a casa, pero para entonces ya no me salían las lágrimas, por mucho que las deseara. Nunca volví a llorar.

Los ojos le brillan por el horror.

—No debería haberte pedido que volvieras.

—Me basta con que no me dejes atrás —digo y me siento más vulnerable que nunca—. Es lo que quiero, por el juego que gané hace tantos años.

—Te lo prometo —dice—. Si depende de mí, nos marcharemos juntos.

Asiento.

—Encontraremos el relicario y acabaremos con ella —digo—. Después no volveré aquí jamás.

Sin embargo, mientras abrimos los cajones y revisamos las pertenencias de lady Nore, no encontramos ningún hueso, ninguna magia.

—No creo que esté aquí —dice Oak y levanta la vista de la caja en

la que está hurgando.

—Tal vez lo guarde en la sala del trono —aventuro. Aunque tengamos que volver a bajar las escaleras y sortear a los guardias, me alegraré de salir de esta terrible sala.

—Mi padre podría saber dónde lo guarda —dice—. Sé que no crees…

—Probemos en las cárceles —concedo de mala gana.

Cuando me vuelvo para echar un último vistazo a la cámara, noto algo extraño en la cama. La base es de hielo y estoy casi segura de que hay algo congelado dentro. No es rojo, sino marfil y marrón.

—¿Oak? —llamo.

Se vuelve y mira en la dirección que señalo.

—¿Has encontrado algo?

—No lo sé.

Atravieso la sala. Aparto las mantas y encuentro tres víctimas congeladas. No están desmembradas como las de las paredes. Ni siquiera sabría decir cómo murieron.

Mientras las estudio de cerca, una abre los ojos.

Me alejo de un salto y, al mismo tiempo, el cuerpo abre la boca y emite un sonido que es mitad gemido y mitad canción. A su lado, los otros dos se despiertan y comienzan a hacer el mismo ruido, que se eleva en un coro fantasmal.

Suena como una alarma.

Oak me agarra del hombro y me empuja hacia la puerta.

—Una trampa —dice—. ¡Vete!

Bajo las escaleras tan rápido como puedo, medio resbalando, con la mano apoyada en la pared. El estruendo de los cascos de Oak va justo detrás de mí.

Llegamos al segundo rellano antes de que aparezcan diez guardias: exhalcones, huldu, nisses y trols. Se despliegan en formación a nuestro alrededor, con las armas desenfundadas. La espalda de Oak choca con la mía y oigo cómo desenvaina el estoque.

15

Oak consigue matar a dos trols y a un nisse antes de que otro trol me ponga un cuchillo en la garganta.

—Alto —dice y presiona el filo hasta que se me clava en la piel—. O la chica morirá.

Por un instante, los ojos del príncipe están tan vacíos que no sé si habrá oído las palabras. Pero entonces vacila y baja la espada. Parece que se estuviera esforzando por volver en sí.

Ninguno se acerca demasiado, ni siquiera entonces. La sangre gotea de la hoja fina como una aguja. Tendrían que pasar por encima de los cuerpos de sus compañeros.

—Tira la espada —dice otro soldado.

—Jura que no le haréis daño —dice Oak mientras respira con dificultad—. Y a mí tampoco. No me apetece que me hagan daño.

—Si no sueltas la espada, la degollaré y luego a ti —amenaza el trol—. ¿Qué te parece esa promesa?

Está tan cerca que huelo el cuero de la armadura, el aceite del cuchillo y la sangre seca. Siento el calor de su aliento. El brazo que me sujeta el cuello es sólido como la piedra.

Intento pensar a pesar del pánico. Aún tengo el cuchillo en la mano, pero el trol me agarra la muñeca que lo sostiene.

Podría morderle el brazo. Tengo los dientes lo bastante afilados como para desgarrar incluso la carne de un trol. El shock de dolor provocaría que me cortara la garganta o que me soltara. Pero aunque

tuviera suerte, aunque aprovechase el momento para zafarme de sus manos y correr hasta Oak, ¿qué haríamos después? Jamás lograríamos salir de la Ciudadela. Lo más probable es que ni siquiera llegásemos a salir de esta sala.

La espada del príncipe le cuelga entre los dedos, pero no la deja caer al suelo.

—Me invitaron a venir aquí y me ordenaron traerle el corazón vivo de Mellith a vuestra señora. Se sentiría muy decepcionada si descubriera que la habéis dejado sin su premio. Muerto, no podré dárselo.

Un escalofrío me recorre ante la idea de que lady Nore consiga lo que quiere, aunque sé que es un juego, una truco, un timo. Oak no tiene de verdad el corazón de Mellith. El peligro reside en que ella se dé cuenta del engaño.

Tampoco importa si consigue meternos en la misma habitación. Solo tengo que hablar.

Oak continúa.

—Ya casi nos tenéis. Solo tenéis que hacer una pequeña concesión y os acompañaré, dócil como un corderito.

—Arroja la espada, príncipe —dice uno de los exhalcones—. Y ninguno de los dos sufrirá daño alguno de nuestra mano mientras os escoltamos a la sala del trono. Ya le suplicarás misericordia a lady Nore y le explicarás por qué, cuando se te invitó a la Ciudadela, os encontramos huyendo de su alcoba.

Oak deja caer la espada. Rebota con estrépito en el suelo.

Un guardia me arranca el cuchillo de la mano, mientras otro desenrolla una madeja de cuerda con la que me envuelve los labios y me la anuda en la nuca. Mientras me empujan, intento morderla, pero a pesar de los dientes afilados, estoy lo bastante bien amordazada como para llegar a la sala del trono con la cuerda aún en la boca.

No han atado al príncipe, pero camina rodeado de espadas desenvainadas. No sé si es una señal de respeto o si no quieren arriesgarse a acercarse demasiado.

Solo sé que debo encontrar la manera de hablar. Unas pocas

palabras y será mía.

El trol me empuja delante de lady Nore y caigo sobre las manos y las rodillas.

Se levanta de la silla frente a una larga mesa cargada de comida. Hemos interrumpido el banquete.

Lady Nore lleva el pelo blanco recogido en un complicado arreglo de trenzas, aunque algunas se le han soltado. Su vestido es una opulenta confección de plumas negras y tela plateada que se oscurece según se acerca al suelo. Los exhalcones la rodean, antiguos soldados leales al gran general de Elfhame, que ahora la obedecen.

Cuando la miro, me invade el mismo odio y el mismo miedo que me paralizaron durante toda la infancia.

Sin embargo, hay un nuevo brillo de locura en sus ojos amarillos. No es la misma que cuando la vi por última vez. De forma inquietante, me veo reflejada en ella. Resentida, atrapada y llena de deseos frustrados. Las peores partes de mí misma y todo mi potencial para el horror.

También son nuevas las dos manos grises que lleva como collar. Horrorizada, veo que los dedos se mueven como si estuvieran vivos y le acarician el hueco de la garganta. Aún más horrible es la sospecha de que una vez pertenecieron a lord Jarel.

Detrás de ella, sobre una columna de hielo, está el relicario agrietado que debe contener los huesos y demás restos de Mab. De la caja crecen zarcillos, como raíces, uno de ellos con un capullo, como si fuera a florecer.

A la izquierda de lady Nore se sienta un trol con una corona de oro batido y un manto de terciopelo azul cosido con escamas de plata. Viste ropa de cuero, ricamente trabajada, con un patrón que me recuerda a los que vimos en el Bosque de Piedra.

Hurclaw, que de alguna manera ha evadido la maldición del bosque. Que ha traído a sus gentes para ayudar a vigilar la Ciudadela. Pero ¿por qué unirse a lady Nore? Si lo que Gorga le contó a Oak era cierto, está aquí para cortejarla. Si es así, tal vez su poder sea una dote convincente.

La mayoría de los comensales son trols, junto con dos damas huldu y Bogdana. La bruja lleva las habituales ropas negras y el pelo tan salvaje como siempre. Cuando me ve, los ojos le brillan de un modo extraño.

En la mesa hay platos de plata y copas de hielo llenas de vino negro de la fruta nocturna de los duergar. Rábanos negros, empapados en vinagre y cortados en finas rodajas para mostrar su pálida carne. Bandejas de nieve rociadas con miel para que se congele y se pueda comer como una galleta. Carne gelificada, con un incómodo parecido a las paredes de la Ciudadela y con cosas congeladas dentro.

Un único músico puntea las cuerdas de un arpa.

A pesar del festín, de los guardias y de los soldados de palo en posición de firmes a lo largo de una de las paredes, la sala parece vacía en comparación con lo que era antes, cuando lord Jarel estaba vivo. Debería haber mesas por toda la estancia, con invitados que ofrecen brindis. Coperos. Artistas. Una corte hecha a medida para satisfacer los caprichos de lady Nore. ¿Habrán huido todos?

Mira detrás de mí, hacia Oak.

—Heredero de Elfhame, dejemos a un lado los detalles desagradables. ¿Me has traído el corazón de Mellith?

Los guardias siguen tensos por la posibilidad de violencia.

—No se me ocurriría venir con las manos vacías cuando la vida de mi padre está en juego —dice Oak. Alterna la mirada entre las manos cortadas en su garganta y el rey trol.

Roigo la cuerda de mi boca, cada vez más desesperada. Pronto le hará una pregunta que no podrá responder. Tengo que hablar. Si hablo, saldremos de esta.

Pero los soldados de Hurclaw suponen un nuevo peligro. Si el rey adivina que puedo controlarla, ordenará que me disparen.

—¿Así que lo tienes? —pregunta lady Nore—. A menos que hayas fallado en tu misión, principito.

El corazón se me acelera. Atravieso la cuerda con los dientes, pero no la corto a tiempo de evitar que tenga que responder. El plan siempre ha sido arriesgado, pero ahora parece una condena.

—Permíteme decirlo con todas las letras para que no tengas que preocuparte por que te engañe —dice Oak—. He traído el corazón de Mellith.

Me quedo tan conmocionada que dejo de masticar. No puede decir eso. Su boca no debería ser capaz de formar las palabras. Es un hada. No puede mentir, igual que el resto.

Sin embargo, vi el cadáver del ciervo abierto en canal y lo vi comprarle el relicario a un herrero. Sé que no es un corazón centenario lo que ha traído a la Ciudadela.

Trata de creer, pase lo que pase y sin importar lo que diga o haga, que mi intención es que todos sobrevivamos.

Eso fue lo que me dijo en el barco. ¿A esto se refería? ¿Estaba dispuesto a entregar el corazón de Mellith si era la única forma de asegurar nuestra supervivencia?

De ser así, si el corazón de ciervo solo tenía el propósito de engañarme, entonces está a punto de entregarle a lady Nore un poder inmenso y terrible. El tipo de poder que amenazaría a Elfhame. Con el que podría destruir el mundo mortal que desprecia.

Y no tengo forma de detenerlo.

—¿Dónde está, entonces? —pregunta lady Nore, con un gruñido.

Oak no se inmuta.

—Tal vez lo tenga, pero no soy tan tonto como para llevarlo encima.

Lady Nore frunce el ceño.

—¿Está escondido? ¿Con qué propósito, cuando debes entregarlo para recuperar a tu padre?

Oak niega con la cabeza.

—Antes de entregarte nada, lo veré partir, junto con Wren.

Ella frunce el ceño y lo estudia. Desvía la mirada hacia mí y se ríe.

—Podría discutir, pero sé ser magnánima en la victoria. ¿Qué tal si saco a Madoc de las prisiones y lo arrojo a la nieve ahora mismo? Espero que aguante bien el frío, ya que me temo que la ropa que lleva es bastante fina. Y por desgracia, algunas de mis criaturas cazan en las tierras que rodean la Ciudadela.

—Eso sería lamentable, para todos —dice Oak. Por muy firme que sea su voz, parece muy joven frente a ella y a Hurclaw. Me preocupa que este sea un juego que no pueda ganar—. Tengo una propuesta alternativa. Mañana por la noche, mi representante se reunirá con nosotros a tres leguas de aquí, cerca de la formación rocosa. Nos llevarás a Madoc, a Wren y a mí. Allí, haremos el intercambio.

—Siempre y cuando entiendas que tú no serás parte de él, niño Greenbriar. Te quedarás aquí, en la Ciudadela, hasta que termine contigo.

—¿Qué planeas hacer exactamente? ¿Retenerme para sacarle una concesión a mi hermana?

—¿No al Alto Rey? —pregunta lady Nore. Rodea la mesa para venir hacia nosotros.

Oak frunce el ceño, confundido.

—Lo que prefieras. Cualquiera de los dos.

—Dicen que esa hermana tuya lo tiene atrapado con algún tipo de trato. —Lady Nore habla con ligereza, pero sé que, en el fondo, nada la habrá horrorizado más que ser vencida por una mortal. Si hay algo además de la muerte de lord Jarel que la ha vuelto loca, es sin duda eso—. ¿Por qué, si no, se casaría con ella? ¿Por qué, si no, haría lo que quiere?

—Va a querer tu cráneo de sombrero —advierte Oak. Se produce un cambio incómodo entre los exhalcones. Quizá recuerden su propia decisión de contrariarla, su propio castigo—. Y Cardan se reirá con ganas mientras tanto.

Lady Nore frunce los labios.

—Necesito tres cosas. Los huesos de Mab, el corazón de Mellith y la sangre de un Greenbriar. Aquí tengo dos y la tercera está tan cerca que casi la saboreo. No me falles, príncipe de Elfhame, porque si lo haces, tu padre morirá y aun así conseguiré lo que quiero.

Oak levanta las cejas. Independientemente de lo que sienta en realidad, su capacidad de mostrarse indiferente es de lo más satisfactoria.

Lady Nore prosigue, como si estuviera encantada de tener a

alguien a quien darle este discurso.

—Si no fuera por la debilidad de tu padre, habríamos ganado la guerra contra Elfhame. Pero ahora tengo a un verdadero aliado y un gran poder. Estoy lista para vengarme.

—Rey Hurclaw —dice Oak y se vuelve a mirar al rey trol—. Espero que lady Nore no os haya prometido más de lo que puede dar.

Una sonrisita asoma en la comisura de la boca del trol.

—Yo también —dice con voz profunda.

Lady Nore frunce el ceño, se levanta y camina hacia mí. Oak tensa la mandíbula. Aprieta los puños.

—Supongo que el príncipe creía que podrías detenerme. —Una terrible sonrisa le retuerce los labios mientras toca la cuerda deshilachada que aprieto entre los dientes—. No tiene ni idea de la criatura lastimera que eres.

Siseo desde lo más hondo de la garganta.

Para mi sorpresa, empieza a soltar las cuerdas que he estado masticando. Separo los labios en el instante en que caen, desesperada por hablar. Estoy a punto de soltar un estúpido e inespecífico «te ordeno que te rindas», pero antes de que me dé tiempo a pronunciar las palabras, me mete un pétalo en la boca. Siento una sensación retorcida en la lengua. Lo que sea parece moverse con vida propia y aprieto la mandíbula. La cosa serpentea unos segundos más y luego se asienta.

Suelta la cuerda y sonríe con malicia.

Me estremezco, pero por fin puedo hablar. Intento sacar las palabras, pero mi lengua se mueve sin que yo se lo ordene.

—Renuncio… —empiezo a decir antes de cerrar la boca con fuerza y morderla con una oleada de dolor.

La horrible sonrisa de lady Nore se ensancha.

—¿Sí, querida?

De algún modo, ha tejido un hechizo de control en el pétalo, sin duda arrancado de la enredadera del relicario, donde creció imposiblemente de los huesos secos. Si trato de hablar, dejaré de dominarla.

Me muero con más fuerza la lengua, para detenerla. Se retuerce dentro de mi boca como un animal.

—Bogdana me contó cómo vivías —dice—. En tu miserable choza, al borde del mundo de los mortales, rebuscando entre las sobras como una rata.

No puedo responder, así que no lo hago.

Hay un destello de inquietud en los ojos de lady Nore. Mira hacia Bogdana, pero la bruja de la tormenta me observa desde su lugar en la mesa con expresión ilegible.

—Niña patética, abre la boca. Te daré lo que más deseas —dice lady Nore.

¿Y qué es eso?, preguntaría si fuera seguro soltar la lengua. En cambio, la mantengo aprisionada entre los dientes.

—No puedo hacerte humana —continúa—. Pero sí acercarme bastante.

No negaré que una parte de mí lo desea. Pienso en la llamada telefónica, en lo fácil que sería volver a mi antigua vida si no tuviera que esconderme o mentir, si no tuviera que preocuparme de que se espantaran al verme.

Sigue sonriendo mientras se acerca a mí y me pone un dedo en la barbilla.

—Te lanzaré un hechizo tan potente que ni siquiera el rey de Elfhame verá a través de él. Ahora tengo los medios para hacerlo, el poder necesario. Haré que olvides los últimos nueve años. Volverás al mundo de los mortales como un recipiente vacío, libre para que proyecten su humanidad en él. Decidirán que te secuestraron y que lo que viviste fue tan terrible que bloqueaste todo recuerdo de ello. No te presionarán. E incluso, si lo hicieran, ¿qué importaría? Creerás cada palabra que les digas.

Me aparto de su mano.

Mi mayor deseo, el anhelo más profundo de mi corazón. Me enfurece lo bien que me conoce y cómo evita concederme hasta la última pizca del consuelo que tanto ansío.

Me estudia el rostro, tratando de determinar si ya me tiene.

—¿Estás pensando en el príncipe? No creas que no sé dónde estabas cuando tu gente moría en la Batalla de la Serpiente. Escondida bajo la cama de ese chico.

Me quedo de piedra. Era una niña y quería escapar de ella. Me niego a sentir nada más que alegría por eso. *Él me quería allí*, diría si pudiera hablar. *Éramos amigos. Somos amigos*.

Pero no puedo evitar pensar en el corazón de Mellith, en lo que me dijo en el barco.

Sin importar lo que diga o haga.

—¿Crees que ahora te protegerá? Eres inútil. El heredero de Elfhame no tiene ninguna razón para pasar ni un segundo más en compañía de una salvaje sin educación. Pero no tendrías que recordarlo. Ni siquiera tendrías que recordarte a ti misma.

—No soy ni la mitad de práctico de lo que supones —dice Oak—. Me gustan muchas cosas inútiles. Incluso a mí me han llamado así en más de una ocasión.

Lady Nore no aparta la vista de mí, ni siquiera cuando suelto una inesperada carcajada que casi me hace separar los dientes y soltar la lengua. Las manos de lord Jarel se tensan sobre sus hombros, como si respondieran a su estado de ánimo.

—Su amabilidad se evaporará en cuanto la necesites. Y bien, niña, ¿aceptarás el acuerdo y no me molestarás más? ¿O me obligarás a tratarte con más dureza?

Imagino que me rindo. No más mirar por las ventanas ni lamentar la pérdida de una vida que nunca más sería mía. No más deseos desesperados. No más futuro incierto. No más terror. Que se quede con el corazón de Mellith y los huesos de Mab. Que Elfhame se pudra y el príncipe de Elfhame se pudra con ella. Que arrase cualquier parte del mundo mortal que elija. ¿Qué me importaría si no pudiera recordarlo?

Pienso en las palabras de la bruja de espinas. *La nada absoluta. Eso es lo que eres*. Eso es lo que sería. Arrojaría al olvido todo lo que he sido, todo lo que he aprendido y hecho. Aceptaría que no importo.

Escupo en la cara de lady Nore. La salpicadura brilla con sangre en

su piel gris.

Frunce el labio y levanta la mano, pero no me golpea. Se queda quieta, temblando de furia.

—¿Te muerdes la lengua para fastidiarme? Te daré una lección. Guardia, córtasela.

Uno de los huldu se acerca y me agarra por los brazos. Pateo y araño, me resisto como nunca antes.

—¡No! —Oak intenta llegar hasta mí, pero dos exhalcones lo agarran—. Si le haces daño, no esperes que me quede mirando como…

Lady Nore se vuelve hacia él y lo señala con un dedo.

—Dime dónde está el corazón de Mellith ahora mismo y no le cortaré la lengua.

Tres guardias más ayudan a someterme. Me retuerzo contra su agarre.

Oak se abalanza sobre la trol más cercana y le roba la espada de la vaina. El príncipe sigue rodeado, pero ahora está armado. Algunos huldu y nisses tensan los arcos.

Hurclaw agita la mano.

—Demostradle al chico que es inútil —dice.

—Acercaos, mis creaciones —dice lady Nore, y los soldados de palo, barro y carne caminan por el gran salón.

Los guardias retroceden y dejan que las criaturas ocupen su lugar.

—Prendedlo —ordena lady Nore.

Los soldados de palo se lanzan a por Oak sin dudarlo. A uno lo acuchilla y lo parte por la mitad y luego gira para apuñalar a otro. Hunde la espada en las ramas del cuerpo de la cosa, pero esta sigue avanzando. Se retuerce hacia un lado en un intento por arrancarle la espada de la mano con la fuerza del movimiento, incluso cuando al hacerlo se desgarra a sí misma.

Oak tira de la espada para liberarla, pero tres más se abalanzan sobre él para que un cuarto lo agarre por la garganta.

Esta vez los guardias le atan las manos a la espalda con una cuerda de plata.

Cuando nuestras miradas se encuentran, su expresión está llena de angustia. No puede ayudarme.

Lucho mientras me tumban en el suelo. Muerdo cuando intentan abrirme la boca.

Pero todo es en vano. Dos soldados me sujetan las muñecas y un tercero me coloca un instrumento punzante en la punta de la lengua. Tira con fuerza.

Después, un cuarto comienza a cortarla con una daga curva.

El dolor agudo y pulsante me da ganas de gritar, pero no puedo con la lengua clavada. Paso de tener la boca seca por estar abierta a tenerla llena de sangre. Inundada. Me dan náuseas. Me ahogo. Me atraganto cuando me sueltan y el grito se me apaga en la garganta.

Tengo la barbilla teñida de escarlata. Cuando me muevo, vuelan motas de rojo.

El dolor me engulle de tal manera que apenas puedo pensar, pero sé que estoy perdiendo demasiada sangre. Se derrama de entre mis labios, me mancha la garganta y el cuello del vestido. Va a matarme. Voy a morir en el suelo de hielo de la Ciudadela.

Lady Nore da un lento paseo alrededor de mi cuerpo acurrucado. Saca otro trozo de hueso de la bolsa y me lo pone en los labios y después entre los dientes. Siento cómo se cierra la herida.

—Tal vez no lo creas, pero esto es lo mejor. Como tu madre y tu vasalla juramentada, debo confiar en mi propia sabiduría en ausencia de órdenes directas.

La pérdida de sangre y el shock me han dejado aturdida. Estoy mareada. Me pongo de pie y me planteo seriamente volver a sentarme. Me planteo seriamente desmayarme.

Como no puede mentir, de alguna manera retorcida, lady Nore tiene que creer de verdad que lo que ella quiere es lo que yo debería querer.

Sin embargo, no necesito una lengua para que lea la rabia en mis ojos.

Enseña los dientes en una mueca y comprendo que no es tan distinta de como era antes. No quiere matarme, porque una vez

muerta, ya no puedo sufrir.

—El príncipe ni siquiera sabe lo que eres —dice y mira a Oak—. Apenas un hada. Nada más que un maniquí, poco más que los restos de una niña cambiada, una cosa destinada a marchitarse y morir.

Aunque no quiero, miro a Oak. Quiero ver si lo entiende. Pero no veo nada más que lástima en su rostro.

Tal vez no sea más que palos, nieve y magia de bruja, pero al menos no soy suya.

No soy hija de nadie.

Eso me hace sonreír y enseño los dientes rojos.

—Mi señora —dice el rey Hurclaw—. Cuanto antes vea el príncipe Oak a su padre liberado, antes tendremos lo que queremos.

Lady Nore lo mira con los ojos entrecerrados. Me pregunto si el rey trol se dará cuenta de lo horrible que es, de que, si no tiene cuidado, lo será con él.

Sin embargo, por ahora, lo complace y hace un gesto a los guardias.

—Uno de vosotros, encerradla en el calabozo como la niña mala que es, para que piense en las decisiones que ha tomado. El príncipe Oak y yo tenemos mucho de qué hablar. Tal vez nos acompañe a la mesa.

Uno de los exhalcones viene a ponerse detrás de mí.

—Muévete.

Empiezo a caminar a trompicones hacia las puertas. La lengua me palpita en la boca, pero la hemorragia ha remitido. La saliva aún me sabe a monedas, pero ya no siento que me vaya a ahogar.

—Diría que te has perdido por el camino, pero te perdiste mucho antes —dice la bruja de la tormenta cuando paso junto a ella—. Despierta, pajarito.

Abro la boca, para recordarle que lo que he perdido es la lengua, y quizá la esperanza.

Hace una mueca y, por un momento, una nueva oleada de miedo y vértigo me invade. Tiene que ser muy malo para que Bogdana ponga una mueca de dolor.

—Muévete —repite el guardia y me empuja entre los omóplatos.

Hasta que no llegamos al pasillo, no miro detrás de mí. A los ojos púrpura de Hyacinthe.

16

Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante unos segundos.

—Te dije que sería prudente enviarme aquí y, dado que no me lo prohibiste expresamente, decidí venir —dice Hyacinthe en voz baja, para que solo yo lo oiga.

No puedo hablar. Me tambaleo un poco y me apoyo en la pared. El dolor es casi insoportable y no sé si él está de mi lado o no.

—Alégrate de que lo haya hecho —dice y agita la lanza hacia mí, con la punta a centímetros de mi garganta—. Nos están mirando. Muévete.

Le doy la espalda y camino. Hace ademán de empujarme para que vaya más deprisa y no tengo que fingir que tropiezo.

Varias veces intento darme la vuelta y captar su mirada para leer sus intenciones, pero cada vez que lo hago me empuja para que tenga que reanudar la marcha.

—¿Está Tiernan contigo? —pregunta cuando llegamos a la puerta de la prisión.

Leal, así se describió Hyacinthe. Leal al padre de Oak. Espero que sea leal a mí. Tal vez leal a Tiernan, también, en cierto modo. Hyacinthe no confiaba en la lengua de miel de Oak. Tal vez quiera salvar a su antiguo amante de él.

Asiento.

Recorremos juntos los pasillos de hielo hacia las prisiones. Excavadas en el suelo helado, apestan a hierro y piedra húmeda.

—¿Él tiene el corazón de Mellith?

Una pregunta peligrosa. Dada la aversión de Hyacinthe por Oak, no estoy segura de si le gustaría que lady Nore obtuviera lo que quiere o no. Tampoco sé qué tiene exactamente Tiernan. Además, me resulta difícil concentrarme con el dolor en la boca.

Como no encuentro la forma de comunicar nada de eso, me encojo de hombros y me señalo los labios.

Frunce el ceño, frustrado.

Las celdas están casi vacías. Cuando vivía en la Ciudadela, siempre estaban a rebosar con aquellos que habían disgustado a lord Jarel y a lady Nore: bardos que elegían baladas ofensivas, cortesanos presuntuosos, sirvientes que cometían errores, ya fueran grandes o pequeños. Pero ahora, a pesar de la escasez de personal en el castillo, solo hay otro prisionero.

Madoc está sentado en un banco de madera, apoyado en la pared de piedra lejos de los barrotes, que apestan a hierro. Tiene la pierna vendada por dos sitios, de forma apresurada y deficiente, como si lo hubiera hecho él mismo. Tiene un paño encima de un ojo y un poco de sangre se filtra a través de la tela. Su piel verde está demasiado pálida a la luz parpadeante de la lámpara y está temblando. Debe de llevar semanas pasando un frío incómodo.

Hyacinthe abre una celda junto a la del general y me hace pasar. Entro con cuidado de no tocar los barrotes de hierro.

—Te sacaré de aquí —me susurra mientras me deslizo a su lado—. Cuando todo esté preparado, te darán una llave. Búscame en la alcoba frente al gran salón. Tengo un caballo.

Lo miro con un gesto interrogativo.

Suspira.

—Sí, esa criatura. Damisela. A pesar del nombre ridículo, es una montura rápida y segura.

Después cierra la puerta. Agradezco que no se haya molestado en registrarme y que no haya descubierto la brida atada a mi cintura, bajo mi uniforme de sirvienta. No sé qué haría con ella.

Me acerco a un banco y me asalta un repentino mareo; temo

caerme antes de llegar. Aunque ya no sigo sangrando, he perdido mucha sangre.

La mirada de Hyacinthe se dirige a Madoc, que parece apenado.

—¿Os encontráis bien, señor?

—Bastante bien —dice el gorro rojo—. ¿Qué ha pasado? Parece como si le hubiera dado un buen mordisco a alguien.

Me sorprende que me haga reír. El sonido suena mal.

—La lengua —dice Hyacinthe y Madoc asiente, como si ya hubiera visto ese tipo de cosas.

Aunque sabía que Hyacinthe había formado parte del ejército de Madoc, olvidé que eso significaba que tal vez se conocieran. Me resulta extraño oírlos hablar como camaradas, sobre todo cuando uno es el carcelero y el otro está enjaulado.

Cuando se marcha, el gorro rojo mira en mi dirección.

—Reinecita —dice Madoc con una sonrisa torcida. A pesar de no compartir sangre con Oak, la picardía en su expresión me resulta familiar—. Has crecido y has vuelto para devorar a tu creadora. No te culpo.

Estoy bastante seguro de que le falta un ojo. Recuerdo al antiguo general de las interminables reuniones y fiestas en las que me sentaba en el suelo o iba atada con una correa. Recuerdo la calma de sus formas y el vino caliente que me daba, así como el brillo de sus dientes siempre que había sangre.

Como ahora, cuando escupo en el suelo en lugar de tragar lo que tengo en la boca.

Hyacinthe le dice algo más a Madoc y yo apoyo la cabeza en los brazos mientras me tumbo en el banco. Me viene otro mareo y cierro los ojos para esperar que pase. Espero poder incorporarme. Pero en lugar de eso, me veo arrastrada a la oscuridad.

Cuando recupero la conciencia, oigo la voz de Oak.

—Respira con normalidad.

Sin embargo, cuando logro centrar la atención, es Madoc quien habla, con una voz profunda.

—Sería mejor que no se despertara. ¿Qué pasará cuando descubra cómo la has engañado? ¿Cuando se dé cuenta de su papel en tu plan?

Trato de no moverme, de no dejar que un tic muscular o una tensión en el cuerpo delaten que estoy consciente y escuchando.

La voz de Oak está cargada de resignación.

—Tendrá que decidir cuánto me odia.

—Mátala mientras puedas —dice el antiguo general, en voz baja. Suena arrepentido, pero también resignado.

—Es tu respuesta para todo —contesta Oak.

—Y la tuya es lanzarte a la boca del lobo y esperar que no le guste tu sabor.

Oak no dice nada durante un largo rato. Pienso en cómo sonrió despreocupado mientras tenía un flechazo en el costado, en cómo se tragó el veneno. Cómo, en Elfhame, por lo visto se dedica a ser el blanco perfecto para los asesinos. Madoc no se equivoca al decir que se lanza de cabeza a las cosas. De hecho, no creo que se dé cuenta de hasta qué punto tiene razón.

—Me desesperas —dice tras un rato el gorro rojo—. No tienes instinto para tomar el poder, ni siquiera cuando te lo sirven en bandeja de plata.

—Basta —dice Oak, como si no fuera la primera vez que tienen esta discusión—. Todo esto es culpa tuya. ¿Por qué no podías ser paciente y quedarte en el exilio? ¿Por qué no te resignaste a tu destino?

—No es mi naturaleza —dice Madoc en voz baja, como si Oak debiera haberlo sabido—. Y no sabía que serías tú quien viniera.

El príncipe suelta un largo suspiro. Oigo crujidos.

—Déjame verte las vendas.

—Estate quieto —protesta Madoc—. Si el dolor me molestase, me habría equivocado de oficio.

Hay un largo silencio y me pregunto si debería fingir un bostezo o alguna otra cosa para indicar que me estoy despertando.

—Nunca la mataré —dice Oak en voz baja, tan baja que casi no lo oigo.

—Pues esperemos que ella no te mate a ti —responde el general.

Después de eso, me quedo muy quieta durante un rato más. Tras un tiempo, oigo los pasos de un sirviente y el tintineo de las bandejas, y lo aprovecho como excusa para emitir un gemido incómodo y darme la vuelta.

Las pezuñas de Oak repiquetean por el suelo y se arrodilla frente a mí, todo pelo dorado, ojos de zorro y preocupación.

—Wren —jadea y extiende la mano a través de los barrotes de hierro, a pesar de que le chamuscan las muñecas. Me acaricia el pelo.

¿Qué pasará cuando descubra cómo la has engañado? ¿Cuando se dé cuenta de su papel en tu plan?

Si no hubiera escuchado lo que le dijo a su padre, nunca habría creído que tenía un secreto tan terrible que pensaba que le odiaría por ello.

La sirvienta deja unos cuencos delante de las celdas, en el suelo. Un gesto cruel, ya que los cuencos son demasiado grandes para caber entre los barrotes, lo que significa que hay que tocar el hierro con la muñeca en cada bocado. La cena parece ser una sopa picante y aceitosa que lleva cebada y probablemente carne de aves marinas.

Me siento.

—Vamos a salir de esta —dice Oak—. Intentaré abrir la cerradura si me prestas la horquilla.

Asiento para mostrarle que le entiendo y me la suelto del pelo. Su expresión es grave.

—Wren…

—Ahora no la molestes a ella. Ni siquiera puede protestar. —El gorro rojo sonríe en mi dirección, como si me invitara a reírme de su hijo.

A quien hace unos minutos le dijo que me matara.

El príncipe saca la mano de entre los barrotes y se da la vuelta. No parece notar la quemadura en el brazo mientras se pone de pie.

¿Qué puede haber hecho que sea tan horrible? Lo único que se me

ocurre es que de verdad tiene el corazón de Mellith y piensa entregárselo a lady Nore.

—Hurclaw es un problema —dice Madoc mientras observa cómo Oak dobla el extremo afilado de la horquilla y lo desliza en la cerradura—. Si no fuera por su gente, habría escapado de este lugar, tal vez incluso habría conseguido tomar la Ciudadela. Pero lady Nore le ha prometido que romperá la maldición del Bosque de Piedra.

—¿Tomar la Ciudadela? Menudo fanfarrón —dice Oak mientras retuerce el alfiler y frunce el ceño.

Madoc resopla y se vuelve hacia mí.

—Seguro de que a Wren no le importaría quedarse con el castillo y las tierras de lady Nore.

Niego con la cabeza ante lo absurdo de la afirmación.

Levanta las cejas.

—¿No? ¿Sigues sentadita como una niña obediente, esperando a que te den permiso para empezar a comer?

Es una descripción incómoda y precisa de cómo he vivido hasta ahora.

—Yo también era así —dice y enseña los incisivos afilados cuando habla.

Sé que la conversación es un intento por evaluar a una oponente y mantenerme confundida. Aun así, la idea de que Madoc espere el permiso de alguien es ridícula. Es el antiguo gran general de Elfhame y un gorro rojo, alguien que se deleita con el derramamiento de sangre. Probablemente ha comido gente. Definitivamente ha comido gente.

Vuelvo a negar con la cabeza. Oak nos mira y frunce el ceño, como si lo pusiera nervioso que su padre hablara conmigo.

Madoc sonríe.

—¿No me crees? A mí también me cuesta, la verdad. Pero he pasado la mayor parte de mi vida en campañas, haciendo la guerra en nombre de Eldred. ¿Disfrutaba del trabajo? Desde luego, pero también obedecía. Aceptaba las recompensas que me daban y las agradecía. ¿Y qué obtuve a cambio? Mi esposa se enamoró de otro, de alguien que

estaba allí cuando yo no.

Su primera esposa, a la que asesinó. La madre de sus tres hijas. Siempre había supuesto que lo habría dejado por miedo, no por soledad.

Madoc mira a Oak antes de volverse hacia mí.

—Juré que usaría la estrategia que había estudiado para mi propio beneficio. Encontraría la manera de tomar todo lo que quisiera, para mí y para mi familia. Qué liberador fue dejar de creer que tenía que merecer algo para conseguirlo.

Tiene razón; sería un pensamiento sorprendentemente liberador.

—Deja de esperar —dice Madoc—. Híncale esos bonitos dientes a algo.

Le dirijo una mirada afilada mientras trato de decidir si se está burlando de mí.

Me inclino y escribo en la tierra y en la costra de mi propia sangre seca:

Los monstruos tienen dientes como los míos.

Madoc sonríe, como si por fin hubiera entendido lo que quiere decirme.

—Exacto.

Oak se aparta de la cerradura con frustración.

—Padre, ¿qué crees que estás haciendo exactamente?

—Solo estamos hablando —dice Madoc.

—No le hagas caso. —Niega con la cabeza y mira a su padre exasperado—. Está lleno de malos consejos de viejo.

—Que sea malo —dice Madoc con un gruñido— no significa que dé malos consejos.

Oak pone los ojos en blanco. Tiene un nuevo moratón en la comisura de la boca y una herida en la frente que le ha dejado una costra de sangre en el pelo. Lo recuerdo luchando en la sala del trono y pienso en el dolor cuando me cortaron la lengua. Lo recuerdo mirando.

Me acerco al plato de sopa, aunque no soporto ni pensar en llevarme nada a la boca. Aun así, si consigo meterlo en la celda,

aunque vuelque la mitad de la comida, podré pasarles lo que quede a Oak y a Madoc.

Sin embargo, cuando empiezo a inclinarlo, veo algo metálico en la sopa. Vuelvo a dejar el cuenco en el suelo, meto los dedos en el líquido aceitoso y tanteo. Toco el peso sólido de una llave y recuerdo lo que me dijo Hyacinthe de que me sacaría de la Ciudadela.

Me obligo a no mirar a Oak ni a Madoc y palpo el objeto. Después me lo guardo en el vestido y me retiro al banco del fondo de la celda. Oak no tiene suerte con la cerradura. Ninguno parece dispuesto a comer la comida.

Los escucho hablar un poco más sobre Hurclaw y una discusión con lady Nore por unos sacrificios que Madoc no terminó de entender, sobre qué harían con los cuerpos. Oak me mira varias veces, como si quisiera hablar conmigo, pero no lo hace.

Al cabo de un rato, Madoc sugiere que descansemos, ya que mañana «pondrá a prueba nuestra capacidad para adaptarnos a la evolución de los planes», lo cual me desconcierta. Sé que Tiernan llegará al lugar de encuentro previsto, con lo que sea que haya en el relicario.

El antiguo general se tumba en el banco y Oak se estira en el frío suelo.

Espero a que se duerman. Recuerdo cómo me atrapó en el bosque y espero mucho tiempo. Pero el príncipe está agotado y, cuando encajo la llave en la cerradura, no se despierta.

Empujo la pesada puerta y se abre con facilidad, el hierro me escuece en la mano. Me escabullo y guardo la llave en un rincón de su celda para que la encuentren si no regreso.

En el pasillo, me quito las botas. Después camino descalza y sin hacer ruido por la fría piedra. El guardia de la puerta de la prisión duerme desplomado sobre una silla. Estará acostumbrado a que Madoc sea su *única* responsabilidad.

Subo las escaleras y los rayos de sol de la mañana convierten el castillo en un prisma; cada vez que las sombras cambian, me preocupa que me delaten.

Pero nadie viene. Nadie me detiene. Comprendo que este era mi destino desde el principio. No iba a ser Oak quien detuviera a lady Nore. Tenía que ser yo.

No voy a buscar a Hyacinthe. Me dirijo a la sala del trono. Al entrar de puntillas en un pasillo que da a las puertas dobles del gran salón, veo que están cerradas y enrejadas, y dos soldados de palo las vigilan. No se me ocurre ninguna forma de superarlos. No duermen, ni parecen tan vivos como para engañarlos.

Pero nadie conoce la Ciudadela mejor que yo.

Hay otra forma de entrar en el gran salón, un pequeño túnel desde las cocinas donde los sirvientes guardan los desechos: tazas vacías, platos y todo tipo de trastos. Los cocineros y el personal de cocina sacan todo después para limpiarlo. Es bastante grande para que quepa un niño y me escondía allí a menudo.

Me dirijo a las cocinas. Cuando veo pasar a los guardias, me escondo entre las sombras y disimulo. Aunque ha pasado mucho tiempo, tengo mucha práctica en pasar inadvertida, sobre todo aquí.

Mientras me muevo, me asalta una extraña disonancia de recuerdos. Camino por estos pasillos cuando era niña. Camino por la casa de mis no padres de noche, como un fantasma. Es lo que he sido durante años. Una no hermana. Una no hija. Ni siquiera una persona. Una chica con un agujero por vida.

Qué apropiado que me corten la lengua, cuando el silencio ha sido mi refugio y mi jaula.

Bajo a hurtadillas hasta las cocinas, en el primer piso de la Ciudadela. El calor que desprenden es lo que hace que las prisiones sean lo bastante cálidas para sobrevivir. Antes creía que los fuegos perpetuamente encendidos derretirían todo el castillo, pero no. La base de la construcción es de piedra y lo que derriten se congela de nuevo en una capa de hielo más dura.

Veo a un niño nisse que duerme en las cenizas ante el fuego, acurrucado en una manta de pieles cosidas. Me escabullo a su lado, junto a los barriles de vino. Entre cestas de moras y montones de pescado seco. Entre los tarros de salazones y encurtidos y los cuencos

de masa cubiertos con toallas húmedas, con la levadura fermentando.

Me escurro dentro del túnel y empiezo a arrastrarme. Aunque soy más grande que la última vez que estuve aquí, aún quepo. Me deslizo junto a copas de vino volcadas con restos secos en su interior y algunos huesos que deben de haberse caído de un plato. Salgo por el otro extremo a la sala del trono vacía.

Sin embargo, al levantarme me doy cuenta de que he vuelto a fallar. El relicario no está.

Me acerco al lugar donde estaba antes mientras el corazón me late con fuerza y el pánico me deja sin aliento. He sido una tonta al venir sola a la sala del trono de lady Nore; he sido una tonta al venir a la Ciudadela.

Hay una hoja marchita en el suelo y, junto a ella, algo que podría ser un guijarro. Lo levanto entre los dedos y toco su borde afilado. Es lo que esperaba, un trozo de hueso.

La bruja de espinas dijo que con los huesos de Mab se podían conjurar hechizos muy poderosos. Tenía la fuerza de la creación en su interior. Y aunque nunca se me ha dado bien la magia, si lady Nore ha podido usar el poder de Mab para crear seres vivos a partir de palos y rocas, si ha podido usarlo para atarme la lengua y obligarme a decir las palabras que quería oír, entonces seguramente haya suficiente magia en este fragmento para recuperarla.

Primero me meto la hoja marchita en la boca. Luego coloco el hueso en la raíz cercenada donde antes estaba mi lengua, cierro los ojos y me concentro. Al instante, siento una opresión en el pecho, como si me crujieran las costillas.

Algo va mal. Me pasa algo.

Caigo de rodillas, con las palmas de las manos en el suelo helado. Algo se retuerce en mi pecho y luego se divide, como una fisura en un glaciar. El centro de mi magia, la parte de mí que he sentido a punto de deshacerse cada vez que me he presionado demasiado, se rompe por completo.

Jadeo, porque duele.

Duele tanto que abro la boca en un grito silencioso. Duele tanto

que me desmayo.

Por segunda vez en menos de un día, me despierto en un suelo frío. Llevo aquí el tiempo suficiente para que la escarcha me cubra la piel; los brazos me brillan y tengo el vestido endurecido.

Me pongo de rodillas. Hay restos de soldados de palo esparcidos a mi alrededor, entre bayas, ramas y trozos de nieve que debían de formar parte de sus pechos.

¿Qué ha pasado aquí? Mis recuerdos son una maraña, como los tallos que crecen de los huesos de Mab.

Arrodillada y temblando por algo que es frío, apoyo la mano en el hielo que hay debajo de mí y noto los patrones de telaraña, como si fuera el cristal destrozado de un parabrisas, roto pero todavía unido. Trastabillo por la sala del trono y me arrastro hasta el túnel.

Allí, vuelvo a cerrar los ojos. Cuando los abro, no estoy segura de si han pasado segundos u horas. Me siento pesada, aletargada.

Con asombro, me doy cuenta de que tengo la lengua en la boca. Se me hace raro que esté ahí. Es gruesa y torpe. No sé si está hinchada o si soy extrañamente consciente de ella.

—Tengo miedo —susurro. Porque es verdad. Porque necesito saber si mi lengua me pertenece y dirá las cosas que quiero que diga—. Estoy muy cansada. Estoy cansada de tener miedo.

Recuerdo a Madoc y su consejo. Hincarle los dientes a algo. Apoderarme del castillo y de las tierras de lady Nore. Dejar de pedir permiso. Dejar de preocuparme por lo que los demás piensen o sientan o quieran.

Me permito imaginarme en control de la Ciudadela de Hielo. Lady Nore, no solo vencida, sino borrada del mapa. Elfhame, feliz con mis servicios. Tanto que estén dispuestos a nombrarme reina de estas tierras. ¿Y si tuviera el control de los restos de Mab, si pudiera usar el poder que tiene lady Nore? Tal vez entonces sería alguien a quien las hermanas de Oak considerarían una novia adecuada, con una dote así.

La fantasía de comprar la aceptación de sus hermanas debería molestarme, pero en cambio me llena de satisfacción. Que incluso Vivienne, la mayor, que se estremeció ante la idea de que tuviera ningún tipo de lazo con su precioso hermano, me invitase a sentarme a su mesa. Que viera mi sonrisa de dientes afilados y me sonriese a su vez.

Y Oak…

Pensaría…

Me detengo antes de sumergirme en una fantasía sensiblera.

Una en la que, de nuevo, estoy pidiendo permiso. Además, no controlo la Ciudadela y menos a lady Nore.

Todavía no.

Salgo por las puertas de la sala del trono y subo los sinuosos escalones de hielo hacia los pisos superiores. Oigo voces justo cuando giro una esquina.

Una patrulla formada por dos exhalcones y un trol me descubre. Durante un largo rato, nos miramos unos a otros.

—¿Cómo has salido de la celda? —pregunta uno, olvidando que no puedo hablar.

Corro, pero me atrapan. La persecución termina pronto. Tampoco es que quisiera escapar.

Lady Nore está en sus aposentos cuando me llevan ante ella. Tres halcones, pájaros de verdad, cuya maldición aún no se ha roto, están pertrechados en el espejo de serpiente del tocador y en el respaldo de la silla.

Miro los picos ganchudos y sus ojos negros. Lo único que lady Nore ha podido hacer por ellos es alimentarlos y esperar. Pero después de romper la atadura de Hyacinthe, me pregunto si podría romper la suya. Si lo hiciera, ¿me serían fieles como le son a ella?

Me pregunto cómo sería no tener que estar nunca sola.

—Niña escurridiza —dice lady Nore con indulgencia. Alarga la

mano y enrosca un mechón de mi pelo con el dedo—. Así es como te recuerdo, merodeando por mi castillo como una ladrona.

Pobre Wren, espero que transmita mi expresión. *Está muy triste. Y le duele la boca.*

Lady Nore no ve más que a su hija idiota, esculpida en nieve. Una decepción constante.

Ahora que la lengua me ha vuelto a crecer gracias a la extraña magia de los huesos de Mab, podría abrir la boca y convertirla en una marioneta que bailara cuando yo tirara de los hilos.

Pero en cambio inclino la cabeza, consciente de que le gustará. Quiero ganar tiempo. En cuanto empiece, tendré que hacerlo todo a la perfección.

—Y calladita —dice y sonríe por su propia broma—. También te recuerdo así.

Lo que recuerdo es un miedo inabarcable que lo dominaba todo. Espero saber imitar esa expresión y no mostrarle lo que siento en realidad: una rabia tan espesa, pegajosa y dulce como la miel.

Estoy cansada de tener miedo.

—No digas nada hasta que te dé permiso —digo. Mi voz suena extraña y ronca, como cuando hablé por primera vez con Oak.

Abre los ojos de par en par. Separa los labios, pero no puede desobedecerme, no después del juramento que hizo ante la Alta Reina mortal.

—A menos que te indique lo contrario, no darás ninguna orden a nadie sin mi permiso explícito —digo—. Cuando te haga una pregunta, la responderás sin ocultar nada que pudiera parecerme interesante o útil y no añadirás ningún relleno con el que disfrazar esas partes interesantes o útiles.

Le brillan los ojos de ira, pero no puede decir nada. Siento un placer cruel ante su impotencia.

—No me golpearás, ni buscarás causarme daño. Tampoco harás daño a nadie más, ni a ti misma.

Me pregunto si alguna vez se habrá visto obligada a tragarse las palabras.

Parece como si fuera a atragantarse con ellas.

—Puedes hablar —digo.

—Supongo que todos los niños crecen. Incluso los que están hechos de nieve y hielo —dice, como si mi control sobre ella no fuera algo que debiera preocuparle demasiado. Pero veo el pánico que intenta ocultar.

El corazón me late con fuerza y aún me duele el pecho. Siento la lengua rara, pero también el resto del cuerpo. Ella no es la única que siente pánico.

—Llama a los dos guardias de la puerta. Ordénales que traigan a Oak. —La voz me tiembla un poco. Sueno insegura, lo que podría resultar fatal—. No les digas nada más y no des ninguna señal de estar en peligro.

Su expresión se vuelve extraña, remota.

—Muy bien. ¡Guardia!

Los dos resultan ser antiguos halcones. No reconozco a ninguno.

—Id a las prisiones y traedme al príncipe.

Se inclinan y se van.

He vivido al margen del mundo durante mucho tiempo. Eso ha hecho que me costase desenvolverme en él, pero también me ha convertido en una excelente observadora.

Miro a lady Nore durante unos instantes mientras medito cuál será mi próximo movimiento.

—Habla si lo deseas —digo—. Pero no levantes la voz y, si alguien entra en la habitación, deja de hablar.

Veo que se plantea no decir nada por puro despecho, pero no se resiste.

—¿Qué pretendes hacer conmigo? —Alrededor de su cuello, los dedos de lord Jarel se mueven.

—No lo he decidido.

Se ríe, aunque suena forzada.

—Ya me imagino. No se te da bien hacer planes, ¿verdad? Eres más bien una criatura de instintos. Sin pensamientos. Sin dirección. Un poco de astucia, quizá, como los animales que a veces te

sorprenden con su ingenio.

—¿Por qué me odias tanto? —pregunto, antes de poder contenerme.

—Deberías haber sido como nosotros —dice lady Nore y se pone rígida. Las palabras le salen con facilidad, como si las hubiera meditado durante mucho tiempo—. En cambio, eres como ellos. Mirarte es como ver algo defectuoso a lo que habría que liberar de su sufrimiento. Mejor estar muerta que vivir como lo haces. Mejor ahogarte como al más débil de una camada.

Saboreo las lágrimas en el fondo de la garganta. No porque desee que me quiera, sino porque sus palabras se hacen eco de los peores pensamientos de mi alma.

Quiero romper los espejos y obligarla a clavarse los cristales en la piel. Quiero hacer algo tan horrible que haga que se arrepienta de desear que sea como ella.

—Si soy tan patética —digo con un gruñido—, entonces ¿qué eres tú, si eres mi vasalla y estás aún por debajo de mí?

Cuando se abre la puerta, me vuelvo a mirarla. Debo de parecer furiosa.

Oak se muestra confundido. Está desarreglado y debía de estar durmiendo cuando han ido a buscarlo. Uno de los exhalcones lo trae dentro de la habitación, con las muñecas atadas.

—¿Wren? —dice.

En ese momento, me doy cuenta de que ya he cometido un grave error. El guardia espera órdenes, pero lady Nore no puede dárselas. Si le digo lo que tiene que hacer, será evidente para todos que tengo poder sobre ella, por no hablar de que haya recuperado la lengua— y el soldado alertará a los demás. Pero si no hago nada y lady Nore no le da órdenes, no tardará en darse cuenta de que algo va mal.

El momento se alarga mientras intento encontrar una salida.

—Puedes irte —dice Oak—. Estaré bien.

El exhalcón hace una pequeña reverencia y sale; cierra la puerta tras de sí. Lady Nore jadea, furiosa y sorprendida a partes iguales.

Mi propia sorpresa es igual de grande.

El príncipe me mira con culpabilidad.

—Imagino lo que estás pensando —dice y sacude las muñecas para desprenderse de la atadura de plata—. Pero no tenía ni idea de cuál era el plan de mi padre. Ni siquiera sabía que tenía un plan. Además ha resultado que no bastaba para ganar.

Recuerdo las palabras de Oak en las prisiones. *Todo esto es culpa tuya. ¿Por qué no podías ser paciente y quedarte en el exilio? ¿Por qué no te resignaste a tu destino?*

Así que Madoc sabía que iban a secuestrarlo, tal vez por Tiernan, que se lo habría sacado a Hyacinthe, o tal vez directamente por Hyacinthe, y había dejado que ocurriera. Todo para volver a reclutar a sus propios soldados, arrebatarle la Ciudadela a lady Nore e impresionar a Elfhame lo suficiente como para que lo dejaran regresar.

Los halcones le habían sido leales una vez y tenía sentido, aunque fuera desde un punto de vista arrogante, que Madoc esperase que las semanas que pasara en el corazón de la Ciudadela le concederían el tiempo necesario para ganárselos.

Hurclaw es un problema. Si no fuera por su gente, habría escapado de este lugar, tal vez incluso habría conseguido tomar la Ciudadela.

Madoc no había previsto la presencia de los trols de Hurclaw, lo que dejaba a los antiguos halcones en inferioridad numérica. Por no hablar de los huldu y los nisses.

Y los monstruos de palos y piedra.

—¿Y ahora? —pregunto.

Oak abre mucho los ojos al oír mi voz.

—¿Hablas?

—Usé una esquirla de los huesos de Mab —digo y me estremezco un poco al recordarlo, pero él no sabe por qué.

—Así que mientras mi padre y yo dormíamos, has encontrado el relicario tú solita y has sometido a lady Nore sin ayuda de nadie. —Se ríe—. Podrías haberme despertado. Habría hecho algo. Aplaudir en los momentos adecuados o sujetarte el bolso.

El halago me hace sonreír un poco.

—Entonces —pregunta él—, ¿qué orden debo darles a los guardias, ahora que estás al mando?

Lady Nore se pone rígida y presta atención. Tal vez se dé cuenta de que no necesito nada más que astucia animal. Solo me hace falta un aliado con poca ambición y que me dedique una pizca de amabilidad.

Tal vez se dé cuenta por primera vez de que no me conoce ni la mitad de bien de lo que cree.

—Tiernan todavía planea reunirse con nosotros, ¿correcto? —pregunto.

Oak asiente.

—Sería una buena forma de reunir a las gentes de Hurclaw en un mismo lugar, para poder rodearlas. Contaríamos con el elemento sorpresa y las criaturas de palo de nuestro lado.

Asiento.

—También hay que pensar en Bogdana.

Aparto los sentimientos por lo que le oí discutir con Madoc y me centro en los posibles planes. Los repasamos una y otra vez. Ordeno a lady Nore que los guardias le traigan las cosas de Oak. Envío un mensaje a Hyacinthe. Que los sirvientes me traigan el hielo dulce que me daba lord Jarel y le lleven vino y empanada de carne a Madoc.

Después mando llamar a las sirvientas de lady Nore para que me ayuden a prepararme.

La puerta se abre enseguida y aparecen dos mujeres huldu, Doe y Fernwaif. Agitan las colas. Las recuerdo de la época que pasé aquí, dos hermanas que habían venido a trabajar para lady Nore en recompensa por alguna hazaña de sus padres.

Eran amables, a su manera. No me pinchaban con los alfileres solo para verme sangrar, como hacían otras. Me sorprende lo hundidos que tienen los ojos. Sus ropas están desgastadas en los dobladillos y las mangas. Pienso en las arañas de palo que cazan en la nieve y me pregunto cuánto peor es estar en la Ciudadela ahora que entonces.

Elijo un vestido del armario de lady Nore y me subo a un taburete cubierto de pieles mientras Doe me lo pone por la cabeza. Fernwaif me arregla el pelo con peines de hueso y ónix. Luego Doe me roza los

labios con jugo de bayas para teñirlos de rojo y hace lo mismo en las mejillas. Todo termina en un abrir y cerrar de ojos.

Mátala mientras puedas.

Oak y yo llevamos mucho tiempo jugando. Esta vez tengo que ganar.

Fuera, nos encontramos con más guardias y con Madoc, a quien han sacado de las prisiones. Busco a Hyacinthe, pero no está aquí. Espero que haya recibido mi nota. Un antiguo halcón nos entrega una muleta, hecha a toda prisa con una rama. Madoc se la coloca bajo el brazo, agradecido.

Lady Nore va montada en un reno, con el relicario en los brazos. Su pelo del color de la nieve sucia se agita al viento. Sus ojos amarillos brillan con codicia y las sombrías manos grises de lord Jarel le aprietan la garganta.

Cuando estaba aquí de niña, siempre tenía miedo. Ahora no pienso ceder ante él.

Nos ponemos en marcha entre las corrientes de aire. Oak se acerca a mí.

—Cuando todo esto termine, quiero contarte algunas cosas. Tengo que darte ciertas explicaciones.

—¿Cómo cuáles? —pregunto sin levantar la voz.

Aparta la mirada hacia la linde del bosque de pinos.

—Te he dejado creer algo que es falso.

Pienso en la sensación de su aliento en el cuello, en sus ojos de zorro con las pupilas dilatadas y negras, la sensación de morderle el hombro casi con fuerza suficiente para desgarrar la piel.

—Pues cuéntamelo.

Niega con la cabeza, apenado, pero muchas de sus expresiones son máscaras y ya no sé distinguir cuáles son reales.

—Si lo hiciera, no serviría más que para aplacar mi conciencia y te pondría en peligro.

—Cuéntamelo de todos modos —digo.

Vuelve a negar con la cabeza.

—Entonces deja que sea yo quien te cuente algo —digo—. Sé por

qué sonríes, bromeas y halagas, incluso cuando no es necesario. Al principio pensaba que era para caerle bien a todo el mundo, luego creí que lo hacías para engañarlos. Pero es más que eso. Te preocupa que te teman.

Me mira con cautela.

—¿Por qué habrían de temerme?

—Porque tú te temes —digo—. Una vez que empiezas a matar, no quieres parar. Te gusta. Tu hermana habrá heredado el don para la estrategia de tu padre, pero tú has heredado su sed de sangre.

Se le crispa la mandíbula.

—¿Me tienes miedo?

—No por eso.

La intensidad de su mirada me quema.

No importa. Es agradable atravesar su armadura, pero no cambia nada.

Mi mayor debilidad siempre ha sido mi deseo de amor. Es un abismo dentro de mí y, cuanto más lo busco, más fácil soy de engañar. Soy un hematoma andante, una herida abierta. Mientras que Oak lleva una máscara, mi rostro tiene la piel descarnada. Una y otra vez, me he dicho que tengo que protegerme de mis propios anhelos, pero no ha funcionado.

Tengo que probar algo nuevo.

Mientras caminamos por la nieve, tengo cuidado de no pisar demasiado fuerte para no romper la corteza de hielo. Aun así, se agrieta a cada paso. El vestido ondea a mi alrededor a merced del viento. Me doy cuenta de que sigo descalza.

Otra chica se habría congelado, pero el frío es parte de mí.

17

Delante de nosotros, lady Nore monta un reno lanudo. Lleva un vestido escarlata con un manto de un rojo más intenso, lo bastante largo como para cubrir el espalda del animal. Porta el relicario en el regazo.

El rey trol monta un alce, cuyos cuernos se elevan en una enorme corona de púas sobre su cabeza. Las riendas son verdes y doradas. Él mismo lleva una armadura cobriza con el mismo extraño patrón, como si cada pieza contuviera un laberinto.

Pienso en cómo habrá pasado Tiernan los dos últimos días. Al principio, esperando que volviéramos, pero entrando en pánico a medida que avanzara la noche. A la llegada del amanecer, sabría que tenía que venir con el corazón y poner en marcha el plan de Oak. Tal vez haya trazado nuevos planes mientras esperaba sentado en el frío, enfadado con el príncipe y aterrorizado por él. No tendría forma de avisarnos.

Y nosotros no teníamos forma de decirle que Madoc había reclutado a muchos de los antiguos halcones.

Lady Nore se baja del reno y su larga capa escarlata se arrastra por la nieve como una marea cambiante de sangre.

—Prended a la bruja de la tormenta —ordena, tal y como hemos planeado. Tal y como le ordené.

Los soldados de palo agarran a Bogdana. El hada centenaria le clava las uñas a uno. Un rayo cae en la lejanía, pero no tiene tiempo

de invocarlo más cerca. Las criaturas le atrapan las manos. La bruja de la tormenta destroza a uno, pero son demasiados y todos van armados con hierro. Pronto está aplastada en la nieve con grilletes de hierro en las muñecas.

—¿Cuál es el motivo de esta traición? —grita Bogdana.

Lady Nore me mira, pero no responde.

La bruja de la tormenta gruñe.

—¿No he hecho todo lo que me has pedido? ¿No te conjuré una hija de la nada? ¿No te he ayudado a ser poderosa?

—Menuda hija conjuraste —dice lady Nore con desprecio.

Bogdana me mira con un nuevo brillo en los ojos. Creo que se ha dado cuenta de algo, pero aún no tiene claro de qué.

—Ahora, príncipe —dice lady Nore, retomando al plan—. ¿Dónde está el corazón de Mellith?

Oak no va armado, aunque el antiguo halcón que lo acompaña lleva la espada del príncipe de modo que pueda alcanzarla fácilmente. Y aunque sus muñecas parecen estar atadas, las cuerdas están sueltas para que se libere cuando lo desee. El príncipe mira a la luna.

—Mi compañero tiene que estar presente.

Echo un vistazo a nuestros acompañantes. Una parte de mí quiere dar la señal ya, tomar el mando de las criaturas de palo de lady Nore y obligar a los trols a rendirse. Pero es mejor esperar a que llegue Tiernan y asegurarnos de que no aparezca en el momento equivocado y se lance a la lucha sin distinguir entre amigos y enemigos.

Me remuevo inquieta y observo a lady Nore. Miro las manos de lord Jarel alrededor de su cuello, un recordatorio de que, si una cosa así le ofrece consuelo, es imposible anticipar sus acciones. Desvío la mirada hacia el rey Hurclaw, alto y de aspecto feroz. A pesar de los rumores de que está loco, comprendo sus motivos mucho mejor que los de ella. Aun así, los treinta trols que lo respaldan son formidables.

—Tal vez estés acostumbrado a que tus súbditos se plieguen a tu antojo, heredero de Elfhame —dice Hurclaw—, pero nos estamos impacientando.

—Estoy esperando igual que los demás —recuerda Oak.

Pasan veinte minutos antes de que aparezca Tiernan, caminando por la nieve, con Titch al hombro. Parece mucho más tiempo con lady Nore mirándome y Hurclaw refunfuñando. Madoc se apoya en el bastón y no se queja, aunque me preocupa que se caiga. A media legua de distancia, Titch salta al aire y agita las alas.

El gnomo con cara de búho da una vuelta, se posa en el brazo de Oak y le susurra al oído.

—¿Y bien? —pregunta Hurclaw.

Oak se vuelve hacia lady Nore, como si fuera la que manda.

—Tiernan dice que Madoc tiene que comenzar a caminar hacia él, con un soldado, como muestra de buena fe. Se encontrará con ellos.

—¿Y el corazón? —pregunta ella y me erizo. Tenía que darle unas órdenes menos estrictas para que actuara frente a Hurclaw, pero es inteligente y buscará un resquicio. Le dije que se comportara como es, pero que no dijera ni hiciera nada que delatara que la estaban controlando. En este juego de acertijos y contraataques, temo no haber sido lo bastante cuidadosa.

—Lo lleva en un relicario —dice Oak—. Se lo entregará al soldado. Después, Suren y yo iremos con él.

Lady Nore asiente.

—Pues date prisa. Que comience el intercambio.

Antes había dicho que quería quedarse con Oak. Ahora parece que planea liberarlo. ¿Le parecerá extraño a Hurclaw? ¿Se dará cuenta? Lo miro de reojo, pero no hay forma de conocer sus pensamientos.

El gnomo vuelve a alzar el vuelo y atraviesa la explanada nevada hasta Tiernan.

—Le he informado que estás de acuerdo con el plan —dice Oak.

Dudo mucho de que eso sea lo que le ha dicho a Titch.

—¿Con este corazón devolverás la vida a los reyes trol? —pregunta Hurclaw mientras entrecierra los ojos para mirar a Tiernan y el relicario que lleva—. ¿Acabarás con la maldición de mi pueblo?

—Eso me dijo Bogdana, hace mucho tiempo —dice lady Nore y mira una vez a la bruja de la tormenta, a quien los soldados de palo han levantado—. Aunque a veces me pregunto si lo quería por sus

propias razones. Pero me acordé de la historia de los huesos y el corazón, recordé que estarían enterrados bajo el castillo de Elfhame. Cuando no encontré el corazón allí, supe que solo un miembro de la familia real podría buscar en los túneles hasta dar con él o sabría si lo habían movido deliberadamente. Así que me llevé a Madoc y les di una razón para buscar.

Asiente a un antiguo halcón que comienza a ayudar a Madoc a cruzar la nieve. El general se inclina y le dice algo. Ralentiza el paso. Esperamos mientras el viento silba a nuestro alrededor y las horas pasan. Tiernan se detiene cuando llega hasta Madoc y le entrega al soldado el relicario con el corazón de ciervo dentro.

El soldado vuelve hacia nosotros. Madoc y Tiernan se quedan donde están, como si de verdad esperasen a que Oak y yo nos reuniésemos con ellos.

Bogdana observa, con la comisura de los labios levantada en un gesto divertido a pesar de los grilletes.

—Qué delicia habría sido —dice lady Nore con una malicia apenas disimulada—. Poseer ese poder y saber que habría sido el hijo de Madoc quien me lo habría entregado.

El rey trol la mira y me doy cuenta de mi error. Le he ordenado no decir nada que delate el poder que tengo sobre ella, pero no he tenido en cuenta que podría soltar declaraciones al aire, pasivo-agresivas, que implicasen la verdad.

—¿Qué significa eso? —pregunta Hurclaw.

—Deberías preguntarle a mi hija —responde con esa dulzura que pretende ocultar el sabor de la podredumbre.

El trol me mira.

—Pensaba que no tenía lengua.

Lady Nore sonríe y el rey hace un gesto con la cabeza a uno de sus soldados.

El trol levanta un arco. Dispara antes de que me dé tiempo a hacer nada más que levantar la mano.

La flecha me atraviesa la yema del pulgar y me golpea en el costado, desgarrando la carne. El impacto me desequilibra. Caigo en la

nieve sobre las manos y las rodillas. Jadeo para respirar y siento agonía. Creo que me ha dado en un pulmón.

Mi costado se torna escarlata. La nieve se tiñe de rojo.

Oak echa a correr hacia mí cuando los arqueros trols apuntan con los arcos al príncipe y Hurclaw le ordena que se detenga. Lo hace. Tiene la espada y las ataduras que le sujetaban las manos han desaparecido.

Los antiguos halcones se despliegan en abanico y Hyacinthe zigzaguea entre ellos para llegar hasta mí.

Todo va mal.

—Príncipe —retumba la voz de Hurclaw—. Traedme el corazón u os acribillaré con flechas a los dos.

Quiero gritar, decirle a lady Nore que ordene a sus tropas que me defiendan, pero no me salen las palabras. Duele.

Duele como cuando…

El fragmento de hueso…

El pecho…

Las grietas en el hielo bajo mis dedos cuando me muevo…

Oak me mira con los ojos de embaucador llenos de pánico. Después inclina la cabeza hacia el rey trol. Camina hasta el antiguo halcón y le quita la caja con el corazón.

Le susurra algo.

Hurclaw se baja de la montura.

Oak se acerca a él. Están cerca, demasiado para que las flechas que le disparen al príncipe no alcancen al rey.

Hurclaw abre el cierre con la uña. Al instante siguiente, trastabilla y se agarra la garganta, donde sobresale un fino alfiler. El corazón, oscuro y arrugado, cae en la nieve. Un corazón de ciervo, nada más.

Era la caja que importaba, el relicario que Oak le encargó al herrero del Mercado de Undry.

Una vez, Bomba me contó una historia sobre unas arañas venenosas guardadas dentro de un baúl. Cuando el ladrón lo abrió, le picaron por todas partes.

El relicario era la trampa.

Recuerdo el cuidado con el que Oak colocó el cierre en la cueva. Estaría poniendo un dardo envenenado, preparado para matar a lady Nore si todos los otros planes fallaban.

—¡Ahora! —grita el soldado que ha recibido las órdenes susurradas del príncipe.

Los halcones han formado un círculo detrás de los trols. A la señal, sacan las armas y se abalanzan sobre ellos.

Estoy rodeada de combates. Flechas y espadas. Gritos.

Me pongo de rodillas.

—Madre —digo con dificultad.

Era la palabra destinada a acabar con la mascarada de control.

—Todos los que me seguís, seguiréis las órdenes de Suren a partir de este momento y para siempre —dice lady Nore, siguiendo mis instrucciones a la perfección, hasta que baja la voz—. Si es que logra dar alguna.

—Detened a los trols —grito y me pongo de pie. Al toser, la sangre me salpica los dedos.

—¿Fuiste tú quien ha ordenado que me capturasen, niña? —grita Bogdana—. ¿Tú?

Parto el extremo de la flecha y aprieto los dientes por el dolor. Me libero la otra mano.

Hurclaw tiembla como una hoja. Sea cual fuere el veneno, actúa rápido.

—Nos has engañado —dice el rey trol—. Nunca tuviste el corazón de Mellith, ¿verdad?

—No puede mentir —dice lady Nore, en medio de la carnicería, mientras la observa como si no tuviera nada que ver con ella—. Nos dijo que lo había traído al norte. Lo tiene.

¿Qué pasará cuando descubra cómo la has engañado? ¿Cuando se dé cuenta de su papel en tu plan?

—Llama a tus soldados —dice Oak a Hurclaw—. Detenlos y te daré el antídoto.

—¡No! —El rey trol se lanza a por Oak y caen juntos en la nieve. El príncipe es hábil, pero no es tan fuerte como Hurclaw.

Tendrá que decidir cuánto me odia.

Oak, que abandonó la búsqueda del corazón después de visitar a la bruja de espinas. Que trató de hacerme marchar, que no quería necesitarme.

Te robará el corazón. ¿No fue eso lo que Bogdana me dijo en el bosque?

Mi mente regresa mareada a la sensación de que algo dentro de mí se deshace.

A estar tumbada en el frío suelo de hielo de la sala del trono. Los recuerdos me asaltan hasta que siento que estoy en dos lugares a la vez.

Soy otra niña pequeña, tampoco deseada y asustada.

«Niña bruja», dice una voz de mujer. «Tomarás el lugar de Clovis en su cama esta noche».

El tacto de las pesadas mantas, bordadas con ciervos y bosques. Caliente y suave. Después despertar a la agonía, a la falta de aliento. A mi madre mirándome desde arriba con un cuchillo ensangrentado en la mano. A la alegría, al alivio que sentí antes de verme consumida por la traición.

Mi verdadera madre. Mi hermosa madre. Bogdana.

Oigo su voz. Pero no me habla a mí, sino a otra persona, hace mucho tiempo. «Me aseguraré de que tu corazón vuelva a latir en otro pecho».

Estoy aterrorizada. Siento la agonía de sus uñas en las costillas.

Parpadeo y es como si viera doble, todavía medio sumergida en el recuerdo, medio de pie en la nieve al borde de la noche.

El corazón de Mellith es el mío.

Debería haberlo sabido desde que me desperté en el frío suelo de la sala del trono. Desde aquellos sueños que parecían demasiado reales. Desde que el poder cantaba por mis venas, esperando a que lo alcanzara.

Tuve miedo de la magia desde el primer momento en que lady Nore y lord Jarel entraron en mi habitación del mundo mortal. Nunca dejé de tener miedo de mí misma. Miedo del monstruo que veía

cuando vislumbraba mi reflejo en los charcos y las ventanas.

Pero todo lo que soy es magia. Contramagia.

No soy nada. Soy lo que hay más allá de la nada. La aniquilación. Soy la deshacedora. Puedo destruir la magia con un pensamiento.

Un objeto vuela cerca. Tardo en segundo en ver que está hecho de bronce con un corcho en un extremo antes de que explote.

Las llamas abrasan el suelo. Los soldados de palo arden. Lady Nore grita.

Vuelvo a caer. El calor es abrasador. Tengo las faldas en llamas. Tiernan corre por la nieve hacia Oak.

Me pongo en pie con dificultad. Mientras lo hago, veo que aunque algunas de las criaturas de palo se están quemando, eso no las frena. Siguen luchando. Una cosa monstruosa de varias piernas está destrozando a un trol, miembro a miembro, como un niño que desmonta un juguete.

El cuerpo de Hurclaw yace en la nieve. Se ha quedado muy quieto.

Oak se limpia la suciedad de la boca con un brazo y me mira mientras se levanta. Tengo la sensación de que lo observo desde muy lejos. Me resuena un rugido en los oídos. Ahora que la magia se ha desatado en mi interior, no creo que pueda volver a contenerla.

Y él lo sabía. Lo sabía. Lo ha sabido todo el tiempo.

Me ha usado como una moneda en un truco de manos. Me ha usado para poder decir que había traído el corazón de Mellith al norte, porque no era mentira.

Respiro hondo y atraigo el poder. El fuego del bajo de mi vestido se apaga.

Cierro los ojos y me concentro. Cuando los abro, dejo que el poder atraviese todos los encantamientos. Los palos se deshacen en un campo disperso de ramas ennegrecidas y forman un círculo a mi alrededor. El olor a humo sigue espeso en el aire.

—¿Qué has hecho? —exclama lady Nore con voz aguda.

Los halcones y los trols se detienen. Dos corren hacia su rey e intentan despertarlo donde yace.

Bogdana se echa a reír.

—Oak —dice Tiernan, que por fin ha llegado junto a su amigo—. ¿Qué le pasa a Wren?

Todos me miran.

Nada. Eso es lo que eres. La nada absoluta.

—¿Quieres decírselo tú o prefieres que lo haga yo? —pregunto al príncipe.

—¿Cuándo…? —empieza, pero lo corto antes de que termine la pregunta.

—Cuando lady Nore y lord Jarel deseaban un hijo que los ayudase a cumplir sus planes, Bogdana los engañó. —Me toca a mí contar un cuento—. Les hizo una niña con nieve, palos y gotas de sangre, tal como les dijo que haría. Pero le dio vida con un corazón centenario.

Recuerdo lo suficiente de la historia de la bruja de espinas. Miro a Bogdana.

—Mab te maldijo. ¿No es así?

La bruja de la tormenta asiente.

—Por la sangre de mi hija, nunca dañaría a ningún descendiente de Mab. Solo Mellith podría acabar con mi maldición, pero no podía darle una nueva vida sin que me lo pidieran, ni hablar de hacerlo sin que antes me lo preguntaran.

—No es posible. No… —Lady Nore no se atreve a admitir cuánto la han engañado.

—Sí —digo—. Soy lo que queda de Mellith. A quien torturaste y despreciaste. Con más poder del que nunca has tenido. Todo al alcance de tu mano. Pero nunca te molestaste en mirar.

—Mellith. La maldición de la madre. —Lady Nore escupe las palabras—. Deberíamos haberte llamado así.

—Sí —digo—. Estoy de acuerdo.

Tiernan tira del hombro de Oak para instarlo a moverse. Madoc los llama desde el otro lado de la explanada de nieve. Pero el príncipe se queda quieto y me mira.

Ahora sé a qué juego jugaba y quién era el peón.

El poder infinito de la nada fluye a través de mí.

—¿Cambiarías la sangre Greenbriar por la tuya propia? —dice lady

Nore—. Podrías haber dominado Elfhame. Pero supongo que es a mí a quien quieres de rodillas.

—Te quiero muerta —rujo y, sin nada más que la fuerza del deseo, se desparrama en la nieve. Rota. Deshecha, con la misma facilidad que un hombre de palo.

Miro la mancha roja. A la bruja de la tormenta, cuyos ojos negros brillan de satisfacción.

El horror me ahoga. No quería… No creí que… No sabía que moriría solo porque lo deseara. No sabía que tenía ese poder.

El impulso de encerrarme en mí misma y esconderme de lo que he hecho es abrumador. Encojo los hombros y mi cuerpo se repliega. Si antes tenía miedo de mi ira, ahora se ha convertido en un terror sin medida. Ahora que puedo hacer que todos los demás sientan el mismo dolor que yo he sentido, no sé cómo parar.

Hurclaw se revuelve. O el veneno no estaba destinado a ser letal o la dosis era para lady Nore y no basta para matar a alguien tan grande.

—Libera a Bogdana —ordeno a Hyacinthe. Lo hace y le quita los grilletes de hierro de las muñecas. Sin embargo, su expresión muestra cautela. Me pregunto si se estará arrepintiendo de su juramento. Le dije que lo haría.

—Pídele el antídoto a Oak y dáselo al rey trol.

Hyacinthe atraviesa la nieve. El príncipe le entrega un frasco del bolsillo sin protestar y sin dejar de mirarme.

El antiguo halcón tarda unos instantes en administrar el líquido y pasan otros tantos antes de que Hurclaw se incorpore.

Me vuelvo hacia el rey trol mientras se levanta con el apoyo de uno de sus súbditos.

—Puedo darte lo que ella no. Puedo romper la maldición.

Suelta un gruñido de aceptación.

—A cambio, me seguirás.

Hurclaw, tras mirar la destrucción que nos rodea, asiente.

—Espero vuestras órdenes, mi señora.

—En cuanto a vosotros tres —digo y miro en dirección a Tiernan,

Madoc y Oak.

Es demasiado tarde para que huyan y todos lo sabemos. Nadie escapará de mí ahora.

Podría decirle a Oak que regresase a la seguridad de las islas de Elfhame, donde volverá a ser encantador y querido. Un héroe, incluso, al traer consigo a su padre y la noticia de la muerte de lady Nore. Podría contar que vivió una aventura.

O podría quedármelo, un rehén para obligar a Elfhame a dejarme tranquila.

Mío.

Es el único modo en el que puedo confiar en él, la única forma de estar segura.

—Heredero de Elfhame —digo—. Ponte de rodillas.

El príncipe Oak se agacha con elegancia y la nieve envuelve sus largas piernas. Incluso inclina la cabeza cornuda, aunque creo que cree que estoy de broma. No tiene miedo. Cree que es mi venganza, para humillarlo un poco. Piensa que, de un momento a otro, todo volverá a ser como antes.

—Los demás podéis iros —digo—. El general, Tiernan, y cualquier halcón que desee partir con ellos. Decidle al Alto Rey y a la Alta Reina que he tomado la Ciudadela en su nombre. Oak se quedará aquí.

—No puedes retenerlo —advierte Madoc.

Híncale esos bonitos dientes a algo.

Alcanzo la brida, que me he quitado de la cintura al vestirme para tenerla a mano. El cuero es suave.

—Wren —dice Oak y el miedo por fin asoma en su voz.

—No habrá más traiciones, príncipe —digo. Al principio se resiste, pero cuando susurro la palabra para dar la orden, se detiene. Las correas se le ajustan a la piel.

Madoc me mira como si quisiera cortarme en pedazos. Pero no puede.

—No tienes que hacerlo —dice Oak con dulzura. La voz de un amante.

Bogdana sonríe desde donde está, cerca de la mancha roja de los

restos de lady Nore.

—¿Y por qué no? ¿No eres acaso el heredero de los Greenbriar, el ladrón de su herencia?

—No seas tonta —dice Tiernan, sin hacer caso de la bruja de la tormenta. Mira a los soldados reunidos, a los trols, a todo lo que tendría que enfrentarse si intentara detenerme, y entrecierra los ojos —. Jude no habrá venido a por su padre, pero traerá todos los ejércitos que consiga reunir para luchar por su hermano. No creo que sea lo que quieres.

Le miro durante un largo rato.

—Vete —digo—. Antes de que cambie de opinión.

—Lo mejor es hacer lo que dice. —Oak sopesa las opciones y toma la única decisión real que le queda—. Lleva a mi padre de vuelta a Elfhame o, si Jude no retira su exilio, a otro lugar donde pueda recuperarse. Le dije a Wren que no me iría sin ella.

Tiernan mira al príncipe, luego a mí y después a Hyacinthe. Asiente una vez, con una expresión sombría, y se da la vuelta.

Algunos de los otros caballeros y soldados lo siguen. Hyacinthe camina por la nieve hasta llegar a mi lado.

—Puedes acompañarlos, si lo deseas —digo—. Con Madoc y con Tiernan.

Observa cómo su antiguo amante ayuda a su antiguo general a cruzar la explanada.

—Hasta que se pague la deuda que te debo, mi lugar es este.

—Wren —dice Oak y me vuelvo hacia su voz—. No soy tu enemigo.

Una leve sonrisa se abre paso en la comisura de mi boca. Siento el filo de los dientes y paso la lengua por ellos. Por primera vez, me gusta la sensación.

18

Bogdana dirige el camino de vuelta a la Ciudadela. Hyacinthe avanza a mi lado. Cuando los sirvientes se inclinan, no lo hacen por mera cortesía. Proviene del mismo miedo que les empujaba a inclinarse ante lady Nore y lord Jarel.

El miedo no es amor, pero a veces se le parece.

Lo mismo ocurre con el poder.

—Escribe a la Corte Suprema —me insta Bogdana—. Como su fiel servidora, has recuperado los restos de Mab, has acabado con la amenaza que suponía lady Nore y has liberado al antiguo gran general. Después solicita que te concedan un favor: que se te permita permanecer aquí en tu viejo castillo y comenzar una nueva Corte. Será el primer paso. Si el mensaje arriba antes que Tiernan, tal vez te lo concedan todo sin que lleguen a enterarse.

»Diles que el príncipe está contigo, pero que está herido —continúa—. Lo enviarás de vuelta a Elfhame cuando haya descansado y esté listo.

Hyacinthe me dedica una mirada rápida, como si quisiera comprobar que soy la misma persona que despreciaba tanto el cautiverio que lo ayudó a escapar.

No estoy segura de ser la misma.

—No te atrevas a darme órdenes —le digo a la bruja de la tormenta—. Tal vez te deba la vida, pero también la muerte.

Retrocede, escarmentada.

No cometeré los mismos errores que Mellith.

—En cuanto Tiernan y Madoc lleguen a Elfhame, informarán a la Corte Suprema que Oak es nuestro prisionero —dice Hyacinthe—. Dará igual el favor que el Alto Rey y la Alta Reina te hayan concedido, exigirán que lo liberes.

—Tal vez una tormenta retrase su avance —sugiero, con un gesto de cabeza hacia la bruja—. Tal vez las heridas de Madoc requieran tratamiento. Podrían pasar muchas cosas.

Siguen apareciendo pájaros por la sala. Soldados condenados a alimentarse de la bondad de otros. A no matar nada o a tener alas para siempre. Cierro los ojos. Veo la magia que los ata. Está muy entretejida, se entrelaza con sus formas emplumadas y aprieta sus pequeños corazones. Me lleva unos instantes encontrar los nudos, pero, cuando lo hago, las maldiciones se disipan como telarañas.

Con suspiros y jadeos de éxtasis, los halcones descubren que se encuentran de nuevo en sus propios cuerpos.

—Mi reina —dice uno, una y otra vez—. Mi reina.

Sin duda, soy más fácil de seguir que lady Nore.

Asiento con la cabeza, pero no logro sonreír. Por muy satisfecha que me sienta con lo que he hecho, no me conmueve. Es como si mi corazón siguiera encerrado en una caja, aún enterrado bajo tierra.

Siento una atracción inexplicable por las prisiones. Allí, en su jaula de hierro, Oak está tumbado sobre las pieles que le he enviado. Mira hacia el techo, con la capa acolchada bajo la cabeza, y silba una melodía.

La reconozco. Es una de las que bailamos en la Corte de la reina Annet.

No salgo de entre las sombras, pero quizás algún movimiento involuntario me haya descubierto, porque el príncipe se vuelve hacia donde estoy.

Entrecierra los ojos, como si tratara de distinguir mi forma.

—¿Wren? —dice—. Háblame.

No respondo. ¿Qué sentido tendría? Sé que me volverá a enredar con palabras. Sé que, si le doy la más mínima oportunidad, siendo la criatura hambrienta de amor que soy, caeré bajo su hechizo de nuevo en cuestión de segundos. A su lado no soy más que una flor nocturna, atraída y repelida por el calor del sol.

—Déjame que te lo explique —dice—. Déjame arreglarlo.

Me muerdo la punta de la lengua para no gritarle. Quiso mantenerme en la ignorancia. Me engañó. Me mintió con cada sonrisa. Con cada beso. Con la calidez de sus ojos, que debería haber sido imposible de fingir.

Sabía de lo que era capaz. Me lo había demostrado en incontables ocasiones. Y en todas y cada una, creí que no habría más trucos. No más secretos.

Ya no.

—Tienes razones para estar furiosa. Pero no podrías haber mentido, si hubieras sabido la verdad. Temía que tuvieras que mentir. —Espera y, como no digo nada, se incorpora para sentarse—. ¿Wren?

Veo las correas de cuero que le recorren las mejillas. Si lleva la brida el tiempo suficiente, le dejará cicatrices.

—¡Habla conmigo! —grita y se pone de pie para acercarse a los barrotes. Veo su pelo dorado, la afilada línea de sus pómulos, el brillo de sus ojos de zorro—. ¡Wren! ¡Wren!

Huyo como la cobarde que soy. El corazón me late con fuerza y las manos me tiemblan. Pero no puedo fingir que no me gusta oírlo gritar mi nombre.

Agradecimientos

Tengo la suerte de haber recibido un montón de ánimos y consejos para este libro.

Quiero dar las gracias a todos los que han colaborado conmigo en el camino hasta llegar a la novela que tenéis en las manos, en especial a Dhonielle Clayton, Zoraida Córdova, Marie Rutkoski y Kiersten White, que me ayudaron a trazar el primer bosquejo de este libro mientras nadábamos en una piscina en otoño. Me siento aún más agradecida con Kelly Link, Cassandra Clare, Joshua Lewis y Steve Berman, que me ayudaron a desmenuzar el manuscrito y a recomponerlo en invierno (y en otras ocasiones). Y con Leigh Bardugo, Sarah Rees Brennan, Robin Wasserman y Roshani Chokshi, que me auxiliaron en la tarea de despedazarlo de nuevo en verano.

Gracias también a las muchas personas que me dedicaron una palabra amable o un consejo que me hacía falta, a todas a las que me voy a martirizar por olvidarme de incluirlas aquí.

Muchas gracias a todo el equipo de Little, Brown Books for Young Readers por volver a Elfhame conmigo. Gracias a mi increíble editora, Alvina Ling, y a Ruqayyah Daud, que me proporcionó una visión inestimable. Gracias a Nina Montoya, por ofrecerme una perspectiva diferente. Gracias también a Marisa Finkelstein, Virginia Lawther, Emilie Polster, Savannah Kennelly, Bill Grace, Karina Granda, Cassie Malmo, Megan Tingley, Jackie Engel, Shawn Foster, Danielle Cantarella y Victoria Stapleton, entre otros. Y en el Reino Unido, gracias a Hot Key Books, en especial a Jane Harris y Emma

Matthewson.

Gracias a Joanna Volpe, Jordan Hill, Emily Berge-Thielmann, Pouya Shahbazian, Hilary Pecheone y a todo el equipo de New Leaf Literary por hacer que lo difícil sea fácil. Y a Joanna, Jordan y Emily, por ir mucho más allá, leer el libro y hacerme un montón de comentarios críticos (en todos los sentidos de la palabra).

Gracias a Kathleen Jennings, por las maravillosas y evocadoras ilustraciones.

Y gracias, siempre y por siempre, a Theo y Sebastian Black, por mantener mi corazón a salvo.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.E

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK